

Contemporánea

PREMIO NOBEL DE LITERATURA

**SAUL
BELLOW**

**Henderson,
el rey de
la lluvia**

Lectulandia

Bellow explora todo el color y el exotismo del continente africano en este libro hilarante: Eugene Henderson es un norteamericano millonario de mediana edad que, en busca de una nueva vida, decide instalarse a vivir en medio de una tribu africana. Las hazañas hercúleas de Henderson y su incontrolable pasión por la vida le granjearán la admiración de la tribu, pero será su don de hacer llover lo que lo convertirá de un simple héroe en un mesías.

Una historia desternillante, por momentos hasta grotesca, en la que el ganador del premio Nobel demuestra su capacidad de retratar a los seres humanos, así como las fuerzas que los guían a través de la vida.

Lectulandia

Saul Bellow

Henderson, el rey de la lluvia

ePub r1.0

German25 28.10.15

Título original: *Henderson the Rain King*

Saul Bellow, 1958

Traducción: Vera Ozores

Editor digital: German25

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A

MI HIJO GREGORY

I

¿Qué me obligó a hacer aquel viaje a África? No tiene fácil explicación. Las cosas iban de mal en peor y de pronto se complicaron demasiado.

Cuando pienso en mi estado de ánimo, a la edad de cincuenta y cinco años, en el momento de comprar el pasaje, me doy lástima. Los hechos me abruman y siento cierta opresión en el pecho. ¡Surgen en un desfile precipitado y confuso mis padres, mis esposas, mis novias, mis hijos, mi granja, mis animales, mis costumbres, mi dinero, mis clases de música, mis borracheras, mis prejuicios, mi brutalidad, mi dentadura, mi cara, mi alma! Y tengo que gritar: «¡No, no, malditos seáis, atrás, dejadme tranquilo!». Pero ¿cómo pueden dejarme tranquilo? Me pertenecen. Son míos. Y me acosan por todas partes. Es un caos.

Sin embargo, todo aquel mundo que parecía oprimirme de un modo tan espantoso ha dejado de atormentarme. Pero si pretendo que lo que os digo tenga sentido y si debo explicar por qué me fui a África, no me queda otro remedio que enfrentarme con los hechos. Podría empezar por el dinero. Soy rico. Heredé del viejo tres millones de dólares, una vez descontados los impuestos, pero yo me creía un inútil, tenía mis buenas razones para creerlo; la principal, que me comportaba realmente como un inútil. Pero en la intimidad, cuando las cosas iban muy mal, consultaba con frecuencia los libros, con la esperanza de encontrar alguna frase que me ayudara. Un día leí: «Siempre hay perdón para los pecados y para ello no es preciso haber llevado una vida justa». Esto me impresionó tan profundamente, que continuamente me lo estaba repitiendo. Pero después olvidé el nombre del libro. Era uno de los miles de libros que había dejado mi padre, quien había escrito también a su vez buen número de ellos. Busqué con insistencia en docenas de libracos, pero lo único que apareció era dinero, pues mi padre solía dejar como señal entre las páginas de un libro cualquier billete que tuviera en el bolsillo, ya fuera de cinco, de diez o de veinte dólares. Apareció incluso algún billete de treinta años atrás, de aquellos grandes y amarillos, que están ya fuera de circulación. Me alegré de tenerlos como recuerdo de los viejos tiempos y, tras cerrar la puerta de la biblioteca para que no entraran los niños, pasé la tarde encaramado a una escalera, sacudiendo libros, mientras el dinero cubría el suelo. Pero no logré encontrar aquella frase sobre el perdón.

Segundo punto: Soy licenciado por una selecta universidad de la Ivy League; no veo ninguna razón para avergonzarse a mi *alma mater* mencionando su nombre. Si no fuera por ser yo un Henderson y el hijo de mi padre, me hubieran echado. Pesaba siete kilos al nacer y fue un parto difícil. Después crecí. Un metro noventa. Más de cien kilos. Una cabeza enorme, robusta, con cabello rizado como la lana de un carnero persa. Mirada desconfiada, ojos casi siempre entornados. Modales torpes. Una gran nariz. Fuimos tres hijos y soy yo el único superviviente. Mi padre necesitó de toda su caridad para perdonármelo y creo que nunca lo consiguió del todo. Cuando llegó el momento de casarme, intenté complacerle y escogí a una muchacha de

nuestra misma clase social. Era una persona extraordinaria: hermosa, alta, elegante, enjuta, los brazos largos y el cabello dorado, reservada, fecunda y discreta. Ninguno de su familia podrá protestar si añado que es una esquizofrénica, porque realmente lo es. A mí también se me considera loco, y con razón; soy temperamental, brusco, tiránico y probablemente lo esté. Juzgando por la edad de mis hijos, estuvimos casados unos veinte años. Edward, Ricey, Alice y dos más... ¡Dios santo, cuántos hijos tengo! ¡El Señor bendiga mi larga prole!

A mi modo, trabajé de firme. Trabajar es un duro sacrificio, y con frecuencia estaba borracho antes del almuerzo. Poco después de volver de la guerra (era demasiado viejo para el servicio activo, pero nada podía impedir que participara: fui a Washington y presioné a personas importantes hasta que se me permitió entrar en combate), Francis y yo nos divorciamos. Fue el día siguiente a la victoria. Pero ¿fue tan pronto? No, debió de ser en 1948. No importa; ahora está en Suiza y tiene a uno de nuestros hijos con ella. No tengo la menor idea de por qué quiere tener un niño a su lado, pero tiene uno, y está bien así, le deseo todo género de venturas.

Quedé encantado con el divorcio; me ofrecía un nuevo comienzo en la vida. Ya había escogido una nueva esposa y nos casamos pronto. Mi segunda mujer se llama Lily (de soltera, Simmons). Tenemos unos mellizos.

Vuelve a surgir el desfile confuso... A Lily se las hice pasar muy mal, peor que a Francis. Francis era distante y esto la protegía; pero Lily me tuvo que aguantar. Quizá había llegado el momento de cambiar de vida; me había acomodado a una existencia rastrera. Siempre que a Francis no le gustaba lo que yo hacía, y esto era frecuente, se alejaba de mí. Era como la luna de Shelley: vagaba solitaria. Lily no era así; yo bramaba contra ella en público y la maldecía en la intimidad. Busqué camorra en las tabernas cercanas a la granja, y la policía me encerró. Estaba dispuesto a habérmelas con todos ellos y realmente me hubieran hecho pasarla mal, de no ser yo tan conocido en la comarca. Llegó Lily y pagó la fianza. Luego me peleé con el veterinario debido a uno de mis cerdos, y también reñí con el conductor de una máquina quitanieves en la carretera nacional número siete, porque quiso obligarme a apartarme de la carretera. Luego, hace un par de años, me caí borracho de un tractor y me atropellé a mí mismo rompiéndome una pierna. Durante meses usé muletas y golpeaba a todo el que se cruzara en mi camino, fuera hombre o bestia. Le hice pasar un infierno a Lily. Con el volumen de un jugador de rugby y el color de un gitano, profiriendo palabrotas y rugiendo, enseñando los dientes y gesticulando, no es de extrañar que la gente evitara cruzarse conmigo. Pero esto no es todo.

Lily está, por ejemplo, agasajando a unas damas, y entro yo, con el yeso mugriento, unos calcetines gruesos y una bata de terciopelo rojo que me compré en Sulka, en París, un día que se me antojó celebrar que Francis me hubiera pedido el divorcio. Remata el conjunto un gorrito de cazador de punto colorado. Me limpio la nariz y el bigote con los dedos y después doy la mano a las invitadas, diciendo: «Soy el señor Henderson, ¿cómo está usted?». Y me acerco a Lily y le doy la mano

también, como si fuera otra invitada, una extraña como las demás. Le digo: «¿Cómo está usted?». Imagino a todas las damas pensando: «No la conoce. En su mente, todavía está casado con la primera. ¿Verdad que es horrible?». Esta imaginaria fidelidad las encanta. Pero todas se equivocan. Esto, como bien sabe Lily, fue hecho a propósito; y cuando estamos a solas, me grita: «Gene, ¿qué demonios pretendes? ¿Qué te propones con estas genialidades?».

Con el cinturón rojo bien atado, enfundado en mi bata roja, me enfrento con ella, el trasero salido y rascando con fuerza contra el suelo el pie enyesado. Meneo la cabeza y digo: «¡Tchu, tchu, tchu!».

Porque cuando me trajeron a casa desde el hospital, con aquel mismo yeso, horrible y pesado, le oí decir por teléfono: «Se trata sólo de otro de sus accidentes. Los tiene continuamente. Pero ¡oh, es tan fuerte...! Nada puede acabar con él». ¿Qué os parece? ¡Qué golpe tan duro!

Ahora bien, es posible que Lily lo dijera en broma. Le encanta bromear por teléfono. Es una mujer robusta y llena de vitalidad. Tiene la expresión dulce y su carácter en general es dulce también. Hemos pasado buenos ratos juntos. Al recordarlos, creo que los mejores fueron cuando estaba en estado, ya muy avanzada en su embarazo. Antes de dormirnos, le frotaba la barriga con bálsamo bebé para evitar se formaran señales al estirarse la piel. Los pezones habían pasado de un rosado a un tostado brillante, y los niños se movían dentro de la barriga redondeada.

Frotaba ligeramente y con mucho cuidado, por temor a que mis dedos, torpes y grandotes, le hicieran el menor daño. Y luego, antes de apagar la luz, me limpiaba los dedos en mi cabello y en el de Lily, le daba un beso de buenas noches, y, envueltos en el aroma del bálsamo, nos dormíamos.

Pero después estábamos otra vez en pie de guerra, y al oírle decir que nada podía acabar conmigo, me empeñé en darle un mal sentido, aunque en el fondo sabía que no era así. No, la trataba como a una extraña ante las invitadas porque no me gustaba su modo de comportarse y de darse aires de señora de la casa, puesto que yo, único heredero de este famoso apellido y hacienda, soy un inútil, y ella no es una señora, sino sencillamente mi mujer..., sólo mi mujer.

Como los inviernos parecían empeorarme, ella decidió que debíamos ir a un hotel de recreo, en el Golfo de México, donde yo pudiera pescar. Un amigo amable había regalado a cada mellizo un tirador hecho de madera, y fue precisamente uno de estos tiradores lo que encontré al deshacer la maleta, y me aficioné a tirar con él. Renuncié a la pesca y me sentaba en la playa a tirar piedras contra unas botellas. De modo que la gente podía decir: «¿Ve aquel hombretón de nariz enorme y bigote? Pues sus tíos abuelos eran embajadores en Inglaterra y en Francia, y su padre era el famoso erudito Willard Henderson, que escribió aquel libro sobre los albigenses, amigo de William James y Henry Adams». ¿No es verdad que debieron decir esto? Podéis estar seguros de que sí. Allí estaba yo, en aquel centro de reposo, con mi segunda mujer, de expresión dulce y angustiada, a la que tampoco le faltaba mucho para medir el metro

ochenta, y nuestros mellizos. En el comedor echaba un buen chorro de una gran botella de *whisky* en mi café del desayuno y en la playa me dedicaba a romper botellas. Los huéspedes se quejaban al gerente por los cristales rotos y él se las entendía con Lily; conmigo no estaban dispuestos a enfrentarse. Era un establecimiento elegante, no aceptaban judíos, y de pronto caigo allí yo, E. H. Henderson. Los otros niños dejaron de jugar con nuestros mellizos y las señoras rehuían el trato de Lily.

Lily intentó hacerme razonar. Estábamos en nuestra *suite*, yo iba en traje de baño, y ella empezó la discusión sobre el tirador y los cristales rotos y mi actitud para con los otros huéspedes del hotel. Ahora bien, Lily es una mujer muy inteligente. No riñe, pero moraliza; tiene una enorme facilidad para ello y cuando le da por ahí, se pone pálida y habla en un susurro. No porque me tenga miedo, sino porque se inicia una crisis en su propia mente.

Pero como veía que no conducía a ninguna parte discutir conmigo, empezó a llorar, y al ver sus lágrimas, perdí la cabeza y grité: «¡Voy a saltarme la tapa de los sesos! No olvidé traer la pistola. La llevo conmigo en este momento». «¡Oh, Gene!», gritó ella y se cubrió el rostro con las manos. Luego dio media vuelta y escapó corriendo. Ahora os diré el por qué.

II

Porque su padre se suicidó de la misma manera, de un pistoletazo.

Uno de los vínculos entre Lily y yo es que los dos tenemos mala dentadura. Ella es veinte años más joven que yo, pero los dos llevamos puentes. Los míos, a los lados; los de ella, delante. Le faltan los cuatro dientes de arriba. Los perdió cuando estaba todavía estudiando bachillerato. Había salido a jugar al golf con su padre, al que adoraba. El pobre viejo era un tío blando y estaba demasiado borracho para jugar al golf aquel día. Inició la jugada en el primer tee, sin mirar a su alrededor ni avisar, y al levantar el palo le dio a su hija. Me revienta pensar en aquel maldito campo de golf un día caluroso de julio, y en aquel borracho vendedor de tubos de plomo y en aquella muchacha de quince años sangrando. ¡Esos puñeteros borrachos sin resistencia! ¡Esos malditos hombres débiles! No soporto a estos payasos que tienen que presentarse en público en cuanto tienen una copa de más para demostrar lo desgraciados que son. Pero Lily no permitía que se dijera una sola palabra en contra de su padre y lloraba por él con mayor facilidad que por sí misma. Lleva siempre su fotografía en el bolso.

No conocí personalmente al viejo. Cuando nos presentaron, hacía ya diez o doce años que él había muerto. Poco después de su muerte, Lily se casó con un hombre de Baltimore de bastante buena posición, según me han dicho... pero ahora que lo pienso, fue ella misma quien me lo dijo. Sin embargo, no se llevaban bien y durante la guerra obtuvo el divorcio (por aquel entonces, yo estaba luchando en Italia). De todos modos, cuando nos conocimos, ella vivía ya otra vez en su casa, con su madre. La familia es de Danbury, la capital de los sombrereros. Francis y yo asistimos a una fiesta en Danbury una noche de invierno, y Francis fue de muy mala gana porque mantenía correspondencia con un intelectual, o algo parecido, de Europa. Francis es una lectora infatigable, le encantaba escribir cartas, y una fumadora empedernida; y cuando le daba por uno de sus arrechuchos filosóficos o similares, yo la veía muy poco. Sabía que estaba arriba, en su habitación, fumando cigarrillos turcos, tosiendo y tomando notas, para aclarar sus ideas. Se encontraba, pues, en una de estas crisis mentales cuando asistimos a aquella fiesta, y en plena reunión recordó algo que debía hacer inmediatamente, subió al coche y se largó olvidándose de mí. Aquella noche también yo estaba hecho un lío y era el único hombre de la fiesta que llevaba corbata negra. Y un smoking azul noche; debí ser el primer tío que llevaba un smoking azul noche en aquella región. Parecía llevar encima hectáreas de tela azul, y Lily, a la que se me había presentado diez minutos antes, vestía un traje navideño a rayas rojas y verdes, y charlábamos los dos.

Al ver lo que había ocurrido, Lily me ofreció su coche, y yo le respondí: «Está bien». Anduvimos sobre la nieve hasta su coche.

Era una noche resplandeciente y la nieve crujía bajo los pies. Tenía el coche estacionado en una cuesta de unos trescientos metros de longitud, resbaladiza como

una plancha de acero. Apenas se alejó de la acera, el coche patinó. Ella perdió la cabeza y gritó: «¡Eugene!». Y me echó los brazos al cuello. No había un alma en la cuesta, ni en las aceras limpias de nieve, ni, por lo que alcanzaba mi vista, en toda la vecindad. El coche giró en redondo. Los brazos desnudos de ella asomaban por las cortas mangas de piel y rodeaban mi cabeza, mientras sus grandes ojos miraban por la ventanilla y el coche se deslizaba por el hielo y la escarcha. Ni siquiera tenía una marcha puesta; alcancé la llave y paré el motor. Patinamos hasta dar en un montón de nieve sin hundirnos demasiado en él. La luz de la luna era muy intensa.

—¿Cómo supo mi nombre? —dije.

—¡Pero si todo el mundo sabe que es usted Eugene Henderson!

Hablamos un poco más y me dijo:

—Debería divorciarse de su mujer.

—¿De qué me está hablando? Esas cosas no se dicen. Además, yo podría ser su padre —dije.

No volvimos a encontrarnos hasta el verano siguiente. Esta vez, ella iba de compras; llevaba sombrero, un vestido de piqué blanco y zapatos también blancos. El tiempo amenazaba lluvia y ella no quería mojarse con aquella ropa (aunque observé que ya no estaba impecable), y me pidió que la acompañara en coche. Yo había ido a Danbury a comprar tablones para el granero y ya había cargado la camioneta; Lily empezó a indicarme el camino de su casa y, con el nerviosismo, se perdió; era muy bonita pero terriblemente nerviosa. Después del bochorno, empezó a llover. Me dijo que torciera a la derecha y nos encontramos en un callejón sin salida, ante una verja de hierro que rodeaba una cantera inundada de agua. El día se había puesto tan oscuro que el enrejado de la verja parecía blanco. Lily empezó a gritar: —¡Oh! ¡Dé la vuelta, por favor! ¡Oh, de prisa! No recuerdo las calles y tengo que ir a casa.

Por fin llegamos, en el preciso momento en que estallaba la tormenta. La casa era pequeña y olía intensamente a habitaciones cerradas en tiempo de calor.

—Mi madre está jugando al *bridge* —dijo Lily—; tengo que llamarla para que no venga a casa. Hay un teléfono en mi habitación. Subimos, pues. Puedo asegurar que Lily no tenía nada de licenciada ni de ligera. Mientras se quitaba la ropa, empezó a decir con voz temblorosa: —¡Te amo, te amo! Y yo me decía, cuando nos abrazamos: «¡Oh! ¿Cómo puede amarte...? A ti... A ti...». Se oyó un tremendo retumbar de truenos, y luego una explosión de lluvia sobre calles, árboles, tejados, y ventanas; con acompañamiento de relámpagos. Todo quedó empapado y brillante. Pero un aroma caliente, como el del pan recién cocido, emanaba de ella, mientras estábamos entre sábanas ensombrecidas por la cálida oscuridad de la tormenta. Desde el principio hasta el fin, no había dejado de repetir: «¡Te amo!».

Después, nos quedamos tumbados en silencio, y transcurrieron las primeras horas de la tarde sin que volviera el sol.

Su madre esperaba en la sala. Esto no me gustó demasiado. Lily la había telefoneado y le había dicho: «No vengas hasta dentro de un rato». Y como es

natural, su madre dejó inmediatamente la reunión de *bridge* y atravesó una de las peores tormentas de verano de los últimos años. No, aquello no me gustaba. No es que me asustara la vieja, pero me daba cuenta de la situación. Lily había querido asegurarse de que su madre se enterara. Fui el primero en bajar y vi la luz junto a la butaca. Cuando llegué al final de la escalera, me planté cara a cara ante ella y le dije: —Me llamo Henderson. La madre era una mujer regordeta y bonita; se había arreglado para la reunión de *bridge* y llevaba la cara maquillada como una muñeca de porcelana. Llevaba sombrero y tenía un bolso de charol encima de sus macizas rodillas. Me di cuenta de que estaba mentalmente haciendo una lista de acusaciones contra Lily. «En mi propia casa. Con un hombre casado», etc. Yo me quedé sentado en la sala, indiferente; sin afeitarse y con la camioneta cargada de tabloncillos fuera. El aroma de Lily, aquel aroma a pan recién cocido, debía de haberseme pegado. Y Lily, extraordinariamente hermosa, bajó las escaleras para mostrar a su mamá lo que había conseguido. Haciéndome el distraído, mantenía las piernas abiertas sobre la alfombra y me manoseaba el bigote de vez en cuando. Entre ellas presentaba la importante presencia de Simmons, el padre de Lily, mayorista en tuberías de plomo que se había suicidado. Realmente, se había matado en el dormitorio del matrimonio, junto al de Lily. Lily culpaba a su madre de la muerte de su padre. Y, ¿qué era yo? ¿Un instrumento de su ira? «¡Oh, no, amigo!», me dije, «No te metas en esto. No dejes que te enreden».

Parecía que la madre había decidido portarse bien. Iba a demostrar que era generosa y así vencía a su hija en su propio juego. O quizá fuese lo natural. De cualquier modo, se portó conmigo como toda una señora, aunque llegó un momento en que no pudo contenerse y me dijo:

—He conocido a su hijo.

—¡Ah, sí! ¿Un muchacho delgado? ¿Edward? Conduce un M G rojo: se le ve por Danbury de vez en cuando.

Me marché pronto y le dije a Lily:

—Eres una muchacha bonita, pero no debiste hacerle esto a tu madre.

La vieja regordeta seguía sentada en el sofá, con las manos entrelazadas, y sus ojos formaban una línea continua bajo las cejas, ya fuera por las ganas de llorar, ya por la indignación.

—Adiós, Eugene —dijo Lily.

—Hasta la vista, señorita Simmons.

La despedida no fue precisamente amistosa.

Sin embargo, pronto volvimos a encontrarnos, pero fue en Nueva York, pues Lily se había separado de su madre, había dejado Danbury y había alquilado un piso de mala muerte en la calle Hudson. En su portal se refugiaban los borrachos cuando hacía mal tiempo. Llegué yo, un peso pesado, una enorme sombra en aquellas escaleras, y con mi cara llena de color campesino y de borrachera; guantes amarillos y en el corazón una voz que repetía: «Quiero, quiero, quiero, ¡oh, sí, quiero...!

Adelante, si, adelante». Me decía a mí mismo: «¡Dale, dale dale, dale!». Y continué subiendo por la escalera, envuelto en mi grueso abrigo, con mis guantes de piel de cerdo, mis zapatos de piel de cerdo, y mi cartera de la misma piel bien llena en el bolsillo, hirviendo de deseo e hirviendo de turbación, y dándome cuenta de que mi mirada se encendía al fijarse en el último rellano, donde Lily, con la puerta abierta, me esperaba. Su rostro era redondo, pálido y lleno; sus ojos, claros, estaban entrecerrados.

—¡Demonios! ¿Cómo puedes vivir en este apestoso cuchitril? ¡Huele mal!, le dije. El edificio tenía los servicios en el vestíbulo; las cadenas de los retretes estaban mohosas y había cristales color violeta en las puertas.

Lily se había hecho amiga de la gente del barrio, especialmente de los viejos y de las madres. Decía que comprendía bien por qué tenían televisión aunque vivieran de la caridad; dejaba que guardaran su leche y su mantequilla en su nevera y les ayudaba a llenar los impresos del seguro. Creo que ella estaba convencida de que les hacía un bien y de que demostraba a aquellos emigrantes italianos lo amable que puede ser un americano. Sin embargo, su intento de ayudarlos era sincero, y correteaba de un lado a otro con sus gestos impulsivos, diciendo muchas cosas incoherentes.

Los olores del edificio se pegaban a la cara, y mientras subía las escaleras, dije:

—¡Uff! Estoy desentrenado.

Entramos en su apartamento, que estaba en el último piso. Vi que también lo tenía sucio, pero por lo menos había luz. Nos sentamos a hablar y Lily me preguntó: —¿Es que piensas echar a perder el resto de tu vida?

Con Francis ya no quedaba esperanza. Sólo una vez, desde mi regreso del ejército, hubo algo íntimo entre los dos, y después de aquello no quiso saber más de mí, de modo que, más o menos, la dejé en paz. Pero una mañana, en la cocina, tuvimos una conversación que nos separó para siempre. Tan sólo fueron unas palabras. Dijimos aproximadamente lo siguiente:

—¿Y qué es lo que piensas hacer ahora?

(Por aquel entonces yo perdía interés por la granja).

Me pregunto —dije— si es demasiado tarde para estudiar medicina... Si pudiera ingresar en la facultad...

Francis abrió la boca, generalmente tan seria, por no decir triste y apretada, y se rió en mis narices. Y mientras ella reía, yo no veía más que aquella boca oscura y abierta, ni siquiera veía los dientes, y esto es extraño, pues desde luego Francis tenía dientes y muy blancos por cierto. ¿Dónde habrían ido a parar?

—Está bien, está bien, está bien —dije.

Me daba, pues, perfecta cuenta de que Lily tenía toda la razón en lo que decía de Francis. Sin embargo, en el resto de la conversación no se volvió a tratar de esto.

—Necesito tener un hijo. No puedo esperar mucho tiempo dijo Lily. Dentro de pocos años cumpliré los treinta.

—¿Acaso soy yo el responsable? —dije. ¿Qué diablos te pasa?

—Tú y yo tenemos que estar juntos —dijo ella.

—¿Quién lo ha dicho?

—Nos moriremos si no lo estamos —me dijo.

Pasó aproximadamente un año y no fue capaz de convencerme. Yo no veía las cosas tan claras. Así pues, se casó, de repente, con un hombre de New Jersey. Un tal Hazard, que era agente de cambio y bolsa. Ahora pienso que me había hablado de él varias veces, pero yo creí que se trataba de uno de sus chantajes. Porque, desde luego, Lily era una chantajista. Sea como sea, la cosa es que ella se casó con él. Éste era su segundo matrimonio. Por aquel entonces, llevé a Francis y a las dos niñas a Europa, a Francia, a pasar un año.

Varios años de mi juventud habían transcurrido en el sur de aquel país, cerca de la ciudad de Albi, donde mi padre había estado muy ocupado en sus pesquisas. Cincuenta años atrás, solía yo hacer rabiar a un chiquillo del otro lado de la calle diciéndole: «François, oh, François, ta soeur est constipée». Mi padre fue un hombre grande, sólido y limpio. Llevaba calzoncillos largos de hilo irlandés, sus sombrereras estaban forradas de terciopelo rojo, encargaba los zapatos en Inglaterra y los guantes en Vitale Milano, Roma. Tocaba bastante bien el violín. Mi madre solía escribir versos en la catedral de ladrillo de Albi. Siempre contaba una anécdota de una señora de París, muy afectada, Se encontraron en el estrecho umbral de la iglesia y la señora dijo: —¿Voulez-vous que je passasse? Ante tanto refinamiento, mi madre respondió: —Passassassez, *madame*. Contaba este chiste a todo el mundo y durante muchos años reía a veces, mientras susurraba: «Passassassez». Pasaron ya aquellos tiempos: es un capítulo cerrado, sellado y desaparecido.

Pero Francis y yo no fuimos a Albi. Ella asistía al Collège de France, donde se reunían todos los filósofos. Resultaba difícil encontrar piso, pero yo le alquilé uno muy bueno a un príncipe ruso. De Vogüé menciona a su abuelo, que había sido ministro bajo Nicolás I. Era un hombre alto y delicado. Su esposa era española, y la suegra española, la señora Guirlandes, les sermoneaba constantemente. El pobre tipo sufría mucho a causa de ella. La mujer y los hijos se fueron a vivir con la vieja y él se trasladó al cuarto de la sirvienta, en el desván. Yo poseo aproximadamente tres millones de dólares. Supongo que pude haber hecho algo por ayudarle. Pero en aquellos tiempos me consumía dándole vueltas a aquella exigencia que ya he mencionado: ¡Quiero! ¡Quiero! ¡Quiero! ¡Pobre príncipe, arriba en el desván! Tenía los hijos enfermos y me dijo que si las cosas no mejoraban, iba a tirarse por la ventana.

—No haga tonterías, príncipe —le dije.

Vivía en su piso con remordimientos, y dormía en su cama y me bañaba dos veces al día en su bañera. Lejos de ayudarme, esos dos baños calientes sólo lograban agravar mi melancolía. Desde el día en que provoqué la risa de Francis al hablarle de mis sueños de ser médico, no volví a contarle nada. Daba vueltas y más vueltas por la ciudad de París; iba a pie hasta las fábricas de Gobelín, hasta el cementerio de Père

Lachaise y St.-Cloud. La única persona que se hacía cargo de lo que yo pasaba era Lily, en aquellos momentos señora Hazard. En la oficina del American Express recibí una nota de ella, escrita en una de las participaciones de boda pero fechada un poco después. Yo reventaba de inquietud. Por aquel barrio, contiguo a La Madeleine, se paseaban muchas putas. Pasé revista a algunas, pero aquella terrible e insistente voz interior repetía: ¡Quiero! ¡Quiero! ¡Quiero!, y ninguno de los rostros que vi logró acallarla. Y vi muchos.

Pensé: «A lo mejor llega Lily». Y así fue. Dio vueltas en un taxi por toda la ciudad, buscándome, y dio conmigo cerca del metro Vavin. Gritó algo desde el taxi; allí estaba, grande y espléndida. Abrió la portezuela anticuada e intentó poner el pie en el estribo. Si, era hermosa..., tenía un rostro hermoso, sincero, puro, cálido y blanco. Su cuello, al estirar la cabeza desde la puerta del taxi, era largo y delicado. El labio superior le temblaba de alegría. Pero aunque estaba emocionada, se acordaba de sus dientes y mantenía la boca cerrada. ¡Qué diablos me importaban a mí aquellos dientes de porcelana! ¡Bendito sea Dios por las mercedes que constantemente me envía!

—¡Lily! ¿Cómo estás? ¿De dónde vienes?

Me sentía muy feliz por volver a verla. Ella opinaba que yo me había portado como un cerdo, pero que, de todos modos, era un hombre que valía la pena y que debía seguir viviendo y no morir (otro año como aquél en París y algo se hubiera acabado en mí para siempre), y que incluso podía hacerse algo de mí. Me amaba.

—¿Qué has hecho con tu marido? —le pregunté.

Camino de su hotel, en el Boulevard Raspail, me dijo:

—Pensé que tenía que tener hijos. Me estaba haciendo vieja (tenía entonces 27 años). Pero al dirigirnos a la iglesia, comprendí que estaba cometiendo un error. Intenté escaparme del coche, vestida de novia, aprovechando un semáforo rojo, pero él me alcanzó y me arrastró al coche. Me dio un puñetazo en el ojo, y menos mal que llevaba velo porque el ojo se me puso negro y no dejé de llorar un solo instante durante toda la ceremonia. Además, ha muerto mi madre.

—¡Qué! ¡Te puso un ojo negro! —dije furioso. Si alguna vez se cruza en mi camino, voy a hacerle pedazos. ¡Ah, siento lo de tu madre!

Le besé los ojos y cuando llegamos a su hotel, en la rue Voltaire, íbamos estrechamente abrazados y nos sentíamos flotar en una nube. Siguió una semana feliz; fuimos a todas partes juntos, vigilados por el detective particular de Hazard. A causa de él, alquilé un coche y organizamos una tournée por todas las ciudades con catedrales. Y Lily, de aquel modo encantador que le era propio —siempre estaba encantadora—, empezó a hacerme sufrir. —Crees que puedes vivir sin mí, pero no puedes —me dijo—, como tampoco yo puedo vivir sin ti. La tristeza me ahoga. ¿Por qué crees que he dejado a Hazard? A causa de la tristeza. Me sentía más triste que nunca cuando él me besaba. Me sentía completamente sola. Y cuando...

—Basta, no sigas —la interrumpí.

—Fue mejor el puñetazo en el ojo. Aquello tuvo algo de auténtico. En aquel momento yo no tenía ganas de echarme al río.

Empecé a beber más que nunca y pasé borracho bajo las puertas de todas las grandes catedrales... Amiens, Chartres, Vézelay, etc. Con frecuencia tenía que conducir ella. El coche era pequeño (un 202 convertible) y los dos, que éramos de buen tamaño, apenas cabíamos en los asientos. Ella, rubia, yo, moreno; ella hermosa, yo borracho. Había venido por mí desde tan lejos, desde América, y yo no le dejaba llevar a feliz término su misión. Así las cosas, fuimos hasta Bélgica y luego en dirección opuesta, hasta Massif, y para uno al que le gustara Francia habría sido estupendo, pero yo no estaba en este caso. Desde el principio hasta el fin, Lily no se apartó de un tema único, se dedicaba a moralizar: uno no debe vivir para esto, sino para aquello; importa el bien y no el mal; importa la vida y no la muerte, y la realidad, no la ilusión. Lily no habla muy claro, supongo que le enseñaron en el colegio que una señorita tiene que hablar bajito, por lo tanto hablaba en un bisbiseo y yo soy sordo del oído derecho; además, había el ruido del viento, de los neumáticos y del motor. Pero yo deducía de la expresión estática y tensa de su rostro pálido que seguía sermoneando. Me perseguía con aquel rostro iluminado y armonioso. Descubrí que era muy descuidada e incluso sucia. Olvidaba lavar su ropa interior, hasta que un día, aunque yo estaba muy borracho, le ordené que lo hiciera. Se debía seguramente a que era una moralista y una intelectual, pues cuando le mandé que lavara su ropa, empezó a discutir conmigo.

—Los cerdos de mis granjas están más limpios que tú —le dije.

Este comentario mío provocó una discusión. La tierra misma es así, corrupta. Sí, pero se transforma a sí misma.

—Una sola mujer no puede realizar todo el ciclo del nitrógeno —le dije.

Ella me dio la razón, pero replicó:

—Pero ¿sabes lo que *puede* hacer el amor?

—¡Cállate! —le grité.

Y ella no se enfadó, me tenía lástima.

Continuamos el viaje y yo captaba dos cosas: una, la religión y la belleza de las catedrales —que lograba ver, cuando mi borrachera lo permitía—, y dos, a Lily, sus abrazos, su belleza y sus bisbiseos entre dientes. Repetía más de cien veces:

—Vuelve a los Estados Unidos conmigo. He venido a buscarte.

—No —dije por fin. Si tuvieras una pizca de piedad en el corazón, no me torturarías así, Lily. ¡Maldita seas! No olvides que soy un soldado condecorado. He servido a mi patria. Paso de los cincuenta y he tenido lo mío.

—Mayor razón para que te decidas a hacer algo ahora —me respondió.

Finalmente, en Chartres le dije: —Si no me dejas en paz, me levantaré la tapa de los sesos.

Fue una crueldad por mi parte, porque yo sabía lo que había hecho su padre. Estaba muy borracho y apenas pude soportar yo mismo mi propia crueldad. El pobre

viejo se había pegado un tiro tras una disputa familiar. Era un hombre débil, afectuoso, sentimental y fracasado. Llegaba a casa cargado de *whisky* y solía cantarles viejas canciones a Lily y a la cocinera; contaba chistes, bailaba y representaba ridículas escenas de revista en la cocina, con voz emocionada... Pero le jugó una mala pasada a su hija. Lily me lo contó todo con tanto detalle, que su padre se me hizo familiar y yo quería y odiaba a un tiempo a aquel viejo puñetero. Solía decirle a su fantasma: «¡Ea, viejo danzarín de pies de plomo, rompe corazones, payaso ridículo, tonto del bote! ¿Qué significa hacerle esto a tu hija y después dejarla en mis manos?». Y cuando la amenacé con suicidarme en la catedral de Chartres, allí, justamente, ante tanta belleza, Lily quedó sin aliento. Su rostro palideció como el nácar. Me perdonó en silencio.

—Me da igual que me perdones o no —le dije.

Nos separamos en Vézelay. Nuestra estancia allí fue desde un principio muy extraña. El convertible tuvo un pinchazo por la mañana, cuando acabábamos de llegar. Como estábamos en junio y el tiempo era espléndido, me había negado a guardar el coche en el garaje del hotel, y estoy seguro de que el gerente me deshinchó el neumático. Acusé a los del hotel y estuve chillando hasta que dejaron caer la cortina de hierro que cerraba la oficina. Cambié la rueda muy de prisa. Estaba enfurecido y en lugar de utilizar el gato, levanté el cochecito en vilo y coloqué una rueda debajo del eje. Después de la pelea con el gerente del hotel (los dos nos decíamos «pneu pneu»), mejoró mi humor. Dimos una vuelta por la catedral, compramos un kilo de fresas en un cucurucho de papel y nos fuimos a las murallas a tumbarnos al sol. Caía un polvillo dorado de los tilos y las rosas silvestres trepaban por los manzanos. Rosas de un rojo pálido y de un rojo encendido, fiero; ásperas como la ira, dulces como un narcótico. Lily se quitó la blusa para tomar el sol en los hombros. Tardó poco en quitarse la combinación, y después el sostén. Se recostó así en mi regazo. Yo comenté molesto: —¿Cómo sabes lo que me apetece? Y después, con voz más suave, influido por las rosas que trepaban por los troncos de los árboles, punzantes y encendidas, le dije: —¿Es que no puedes disfrutar sencillamente de este hermoso atrio?

—No es un atrio, es una huerta —me dijo.

—Ayer te vino la menstruación. ¿Quieres decirme, pues, qué te propones?

Ella respondió que en otras ocasiones yo no me había quejado, y era verdad. — Pero me quejo ahora. Empezamos una discusión y la discusión se hizo tan violenta que le dije que ella volvería a París sola en el primer tren.

Quedó callada y pensé que la había vencido. Pero no, por lo visto no hacía más que comprobar cuánto la quería. Su expresión alocada se oscureció por la intensidad del amor y de la alegría.

—¡No acabarás conmigo! ¡Soy demasiado fuerte! —le grité. Y después me eché a llorar, abrumado por las insoportables complicaciones que llevaba en el corazón. Lloraba y sentía un nudo en la garganta.

—¡Métete en el coche, puta loca! —le dije llorando. Corrí la lona del convertible; tenía varillas y una vez quitadas se restiraba la capota.

Pálida de terror, pero consumida al mismo tiempo por una alegría desbordante y exaltada, Lily murmuraba algo sobre el orgullo, la fortaleza, el alma, el amor y otras cosas por el estilo, mientras yo sollozaba tras el volante.

—¡Vete al diablo! ¡Estás loca de atar! —le dije.

—Sin ti, quizá sea verdad. Cuando estamos separados, no estoy en mi sano juicio y no comprendo nada; pero cuando estamos juntos, *todo lo veo claro*.

¡Al diablo lo ves claro! ¿Cómo es que yo no lo veo? ¡Apártate de mí! ¡Me estás haciendo pedazos!

Arrojé su ridícula maleta llena de ropa sucia en el andén. Seguía sollozando, di vuelta al coche en la misma estación y me dirigí al sur de Francia. Fui a un lugar situado en la costa Vermillon, que se llama Banyules. Hay un acuario allí y sentí una sensación muy extraña en él. Era al atardecer. Estaba mirando un pulpo y aquella criatura parecía mirarme a mí también y apretaba su cabeza blanda contra el cristal. Aplastada así, la carne se ponía blanquecina, descolorida, abultada, llena de manchas. Sus ojos me hablaban con frialdad. Pero resultaba todavía más expresiva, todavía más fría, aquella cabeza fofa y manchada; era un frío cósmico en el que yo me sentía morir. Los tentáculos palpitaban y se movían al otro lado del cristal; las burbujas ascendían, dispersándose, hasta la superficie. Pensé: «Éste es mi último día. La muerte me está pasando un aviso».

Y con eso termina todo lo relativo a la amenaza de suicidio que le hice a Lily.

III

Y ahora unas palabras sobre las razones que me llevaron a hacer el viaje a África.

Al volver de la guerra, vine decidido a montar una granja de cerdos, lo cual ilustra con bastante claridad cuáles eran mis ideas sobre la vida en general.

Nunca se debió bombardear Monte Cassino. Algunos le echaban la culpa a la torpeza de los generales. En aquella carnicería, donde cayeron tantos tejanos, mi pelotón fue muy castigado. Al final sólo quedamos Nicky Goldstein y yo; cosa extraña porque éramos los dos hombres más corpulentos del grupo y ofrecíamos el mejor blanco. Más tarde fui herido por una mina. Pero, en aquella batalla, Goldstein y yo estábamos tumbados bajo los olmos... algunas ramas retorcidas de aquellos árboles se abrían como un encaje y dejaban pasar alguna luz... y le pregunté qué pensaba hacer al terminar la guerra.

—Pues, si mi hermano y yo vivimos todavía y tenemos salud, pondremos un criadero de visones en los Catskills —me dijo.

Y yo respondí, o el demonio que llevo dentro respondió por mí:

—Yo voy a dedicarme a la cría de cerdos.

Apenas lo dije, me di cuenta de que si Goldstein no hubiera sido judío, tal vez hubiera dicho vacas y no cerdos. Pero era demasiado tarde para rectificar. Así pues, por lo que yo sé, es muy posible que Goldstein y su hermano tengan un negocio de visones, mientras que yo tengo otra cosa. Llené de cerdos todos los elegantes edificios de la granja: la cochera, con las paredes recubiertas de madera... —en los viejos tiempos los caballos de un hombre rico se trataban como divas de ópera— y el granero con la torrecita encima del pajar, una hermosa pieza de arquitectura. Era el reino de los cerdos; construí pocilgas en el césped y entre las flores del jardín. En el invernadero les había dejado desenterrar todas las semillas. Derrumbaban las estatuas traídas de Florencia y Salzburgo. Todo el lugar apestaba a bazofia, a cerdos, a pienso cociéndose, a estiércol.

Mis vecinos estaban furiosos y me denunciaron al oficial del Departamento de Sanidad. Lo reté a que se atreviera a detenerme.

Los Henderson han vivido aquí más de doscientos años—, le dije a aquel hombre, un tal Dr. Bullock.

La que entonces era mi esposa, Francis, no hizo otro comentario que:

—Por favor, manténelos lejos del camino del coche.

—Será mejor que no les hagas daño —le dije. Esos animales se han convertido en una parte de mí mismo.

Y al tal Dr. Bullock le dije:

—Todos esos civiles que no dan la talla para el ejército le han azuzado para que hiciera esto. ¡Se alborotan por nada! ¿Es que nunca comen cerdo?

¿Habéis visto alguna vez, en el camino de Nueva Jersey a Nueva York las lujosas cuadras y los magníficos caminos que llevan a ellas? Parecen copiados de los

pueblecitos alemanes de la Selva Negra. ¿Los habéis oído (antes de que el tren entre en el túnel que cruza el Río Hudson)? Pues son centros para cebar cerdos. Los puercos llegan flacuchos y huesudos de Iowa y Nebraska y aquí los engordan. En resumen, yo era criador de cerdos. Y se me podía aplicar lo que el profeta Daniel advirtió a Nabucodonosor: «Te apartarán de los hombres y tu morada estará con las bestias del campo».

Las cerdas devoran a sus crías porque necesitan fósforo. Las ataca el bocio igual que a las mujeres. ¡Ah, desde luego, hice un estudio profundo de aquellos animales inteligentes, condenados de antemano al matadero! Todo porquero conoce su inteligencia. Su descubrimiento me produjo algo parecido a un trauma. Si no le menté a Francis, y realmente se habían convertido en una parte de mí mismo, resulta realmente curioso que perdiera todo interés por ellos.

Pero veo que no me acerco a las verdaderas razones por las que me fui a África; creo que será mejor que empiece por otro lado.

¿Empezaré por mi padre? Era un hombre muy conocido. Llevaba barba, y tocaba el violín. Además tenía...

No, no voy bien por ahí.

Veamos, mis antepasados les robaron tierras a los indios. Como obtuvieron más tierras del Gobierno y estafaban a los demás colonos, yo fui el heredero de una gran hacienda.

No, esto tampoco sirve. ¿Qué tiene que ver esto con el asunto?

De todos modos, se impone una explicación, pues se me han dado pruebas vivas de algo de máxima importancia, y, por tanto, me veo obligado a comunicarlo a los demás. Y no es pequeña dificultad el que todo haya ocurrido como en un sueño.

Bien, debió de empezar unos ocho años después de terminar la guerra. Me había divorciado de Francis y estaba casado con Lily; sentía que algo quedaba por hacer. Me fui a África con un amigo mío, Charlie Albert. Él también es millonario.

Siempre he poseído un temperamento más militar que civil. Cuando en el ejército cogí la sarna, fui a buscar los polvos para curarme. Pero al informar de lo que tenía, me cogieron entre cuatro médicos, y allí mismo, en un cruce de caminos, me desnudaron de pies a cabeza, me enjabonaron, y frotaron, y me afeitaron, además, hasta el último pelo del cuerpo: por delante y por detrás, sobacos, pelo púbico, bigote, cejas, todo. Estábamos cerca del muelle de Salerno. Pasaban camiones cargados de tropas, también lo vieron pescadores, paisanos, niños, muchachas y mujeres. Los reclutas vitoreaban y reían a carcajadas, los paisanos reían a carcajadas, toda la costa se rió a carcajadas, incluso yo reía, mientras intentaba matarlos a los cuatro a un tiempo. Se escabulleron y me dejaron allí, calvo y tiritando, feo, desnudo, picándome los pelos entre las piernas y en los sobacos, rugiendo, desternillándome de risa, y jurando vengarme. Cosas como éstas son las que los hombres más tarde valoran de verdad. Aquel hermoso cielo, el picor enloquecedor y las máquinas de afeitar, el Mediterráneo, cuna de la humanidad, la suavidad ligera de la atmósfera, la suavidad

profunda de aquella agua donde se perdió Ulises, donde escuchó desnudo el canto de las sirenas.

De pasada diré que la sarna encontró refugio en un resquicio y tuve aún tratos largo tiempo con aquellos astutos animalitos.

La guerra significó mucho para mí. Me herí al pisar aquella mina y me dieron una medalla; pasé bastante tiempo en un hospital de Nápoles. Podéis creerme, agradecí que se me perdonara la vida. Aquella experiencia proporcionó a mi corazón una emoción grande y verdadera, que es lo que constantemente necesito.

El invierno pasado estaba partiendo leña para el fuego junto a la puerta del sótano —el podador de árboles había dejado algunas ramas para mí—; saltó un trozo de leña y me dio justamente en la mano. Como hacía un frío intenso, no me di cuenta de lo ocurrido hasta que vi la sangre en mi ropa.

—¡Te has roto la nariz! —gritó Lily. No, no estaba rota. Está protegida por mucha carne, pero llevé la señal durante algún tiempo. Sin embargo, en el momento de sentir el golpe mi único pensamiento fue la *verdad*. ¿Es que son los golpes lo que trasmite la verdad? Desde luego, si existe una idea militar al respecto, es ésta. Intenté explicárselo a Lily; ella también había sentido la fuerza de la verdad cuando su segundo marido, Hazard, le dio en el ojo.

Siempre he sido así, fuerte y sano, brusco y agresivo, y un poco matón. En mi juventud, en la universidad, llevaba pendientes de oro para provocar peleas, y aunque obtuve una licenciatura para complacer a mi padre, siempre me comporté como un hombre ignorante e inútil. Cuando era novio de Francis, me fui a Coney Island e hice que tatuaran su nombre en mi pecho con letras moradas. No le impresionó en absoluto. Ya cumplidos los cuarentaiséis o los cuarentaisiete, de regreso de Europa, después del Día de la Victoria (jueves, 8 de mayo), me dediqué a los cerdos. Luego le confié a Francis que me atraía la medicina y se rió de mí, recordó cómo me entusiasmó a los dieciocho el señor Wilfred Grenfell y más tarde Albert Schweitzer.

¿Qué ha de hacer uno si tiene un temperamento como el mío? Un hombre dedicado al estudio de la mente humana me dijo en cierta ocasión que si uno descarga su ira sobre objetos inanimados, no sólo consigue perdonar a los seres vivos, como todo hombre civilizado debe hacer, sino que logra eliminar toda la porquería que lleva dentro. La cosa parecía razonable y lo intenté. Lo intenté de todo corazón: partía leña, cargaba, araba, ponía ladrillos, preparaba el cemento y cocía la comida de los cerdos. En mi propia granja. Desnudo de cintura para arriba, como un presidiario, piqué piedra. Todo esto me ayudó bastante, pero no bastaba. La rudeza engendra rudeza; los golpes engendran golpes. Por lo menos en mi caso, no sólo los engendraban, sino que se daban aún con mayor violencia. La ira crecía al calor de la ira. ¿Qué puede hacer uno consigo mismo en este caso? Tengo más de tres millones de dólares. Cuando he descontado los impuestos, pensiones alimenticias y todos los demás gastos, me queda aún una renta anual de 110 000 dólares. ¿Para qué los quiere un temperamento militar como el mío? Teniendo en cuenta los impuestos, incluso los

cerdos resultaron rentables. No podía perder dinero. Los cerdos eran para matárselos y para comérselos. Hacían jamones, guantes, gelatina y abonos con ellos. ¿Y qué hacía yo? Supongo que era una especie de trofeo de caza. Un hombre como yo puede convertirse en un trofeo. Bien peinado, limpio, vestido con ropas caras. ¡Debajo del techo hay calefacción, en las ventanas termopán, en los suelos alfombras, sobre las alfombras muebles, encima la tapicería, y luego cubiertas de plástico, las paredes están empapeladas y tenemos cortinajes! Todo está barrido y adornado. ¿Y a quién encontramos en medio de esto? ¿Quién está allí sentado? ¡El hombre! Eso es: ¡el hombre!

Pero llega un día... siempre llega un día de lágrimas y de locura.

Ahora bien, ya he mencionado que en mi corazón llevaba una inquietud, una voz que decía allí dentro: ¡Quiero! ¡Quiero! ¡Quiero! La oía todas las tardes y cuando intentaba acallarla se hacía aún más fuerte. Sólo decía una cosa: ¡Quiero! ¡Quiero!

Y yo solía preguntar: ¿Qué quieres?

Pero no decía más que esto. Jamás pronunció otra palabra que: ¡Quiero! ¡Quiero! ¡Quiero!

A veces la trataba como a un niño enfermo al que se ofrecen caramelos o se proponen adivinanzas. La paseaba, corría con ella, le cantaba nanas, le leía cuentos. No servía de nada. Me ponía un traje de trabajo, me subía a una escalera y reparaba las grietas del techo; partía leña; salía al campo conduciendo un tractor; trabajaba en el establo rodeado de cerdos. ¡No, no! La voz persistía a través de peleas, de borracheras, de trabajos de forzado; persistía en el campo, en la ciudad. Ninguna adquisición, fuese cual fuese su precio, podía disminuir su fuerza. Entonces le solía decir: «¡Ea, dímelo! ¿De qué te quejas? ¿Es por Lily? ¿Deseas una prostituta malhablada? ¿Se trata, pues, del sexo?». Pero eso no pasaba de ser una suposición más. La exigencia de la voz se hacía todavía más insistente: ¡Quiero, quiero, quiero, quiero, quiero! Y yo hubiera llorado, hubiera terminado por suplicar: «¡Oh, dímelo! ¡Dime de una vez lo que quieres!». Para desesperar por fin: «Está bien. ¡Ya verás, imbécil! ¡Cualquier día...! ¡Espera!».

Esto era lo que me obligaba a comportarme de aquel modo. Al llegar a las tres de la tarde yo ya no podía más. Sólo hacia el anochecer la voz cedía un poco. En algunos momentos llegué a pensar que en esto consistía mi profesión: en aguantar aquella voz durante una jornada normal de trabajo. América es enorme; todo el mundo trabaja, hace casas, cava, derriba, transporta, carga, etc. Supongo que los que sufren lo hacen también con la misma intensidad profesional. Todos quieren contribuir a que las cosas avancen. Yo intenté cualquier remedio imaginable. Aunque naturalmente, esperar en estos tiempos locos que a uno no se le pegue la locura es ya una forma de la misma. Igual que la persona que persigue a ultranza la cordura, incurre por eso mismo en otra forma de enajenamiento.

Entre otros remedios, intenté el de tocar el violín. Un día, fisgando en el desván, tropecé con un estuche polvoriento. Lo abrí y me encontré con el instrumento que

solía tocar mi padre. Allí estaba, en aquel pequeño sarcófago, con su mástil rematado en una voluta, la curva de la caja muy estrecha y las cuerdas del arco estropeadas y flojas. Apreté la clavija para tensar las cuerdas del arco y lo pasé sobre las del violín. Surgieron unos ruidos ásperos. Parecía una criatura sensible a la que se hubiera abandonado en el olvido demasiado tiempo. Entonces, empecé a recordar a mi padre. Quizá él lo negaría indignado, pero lo cierto es que nos parecemos mucho. Tampoco él pudo acomodarse a una vida tranquila. A veces era muy duro con mamá; en cierta ocasión la obligó a yacer ante la puerta de su habitación durante dos semanas para perdonarle una frase tonta que ella debía haber dicho. Tal vez algo parecido a lo de Lily por teléfono, cuando dijo que era imposible matarme. También mi padre era un hombre muy fuerte, pero a medida que le fueron fallando las fuerzas físicas, especialmente tras la muerte de mi hermano Dick (que me convirtió a mí en el heredero), empezó a encontrarse muy solo y se aficionó cada vez más a tocar el violín. Por eso empecé a recordar aquella espalda encorvada, aquellas caderas escurridas y estrechas, aquella barba que, como la de un profeta, parecía brotar generosa de su misma alma... blanqueada por la débil sangre temblorosa de la vejez. El instrumento aplastaba contra la clavícula aquella barba, que crecía potente en otro tiempo y que había perdido ya sus rizos, y el ojo izquierdo de mi padre vigilaba el clavijero y el gran codo iba y venía, haciendo vibrar y gemir el violín.

De modo que allí mismo decidí: «Voy a intentarlo también». Cerré de un golpe la tapa del estuche, eché los seguros y me fui inmediatamente a Nueva York, a un taller de reparación de la calle 57, para que restauraran el violín. En cuanto me lo entregaron, comencé a tomar lecciones con un viejo húngaro llamado Haponyi, que vivía cerca del Barbizon-Plaza.

En aquel tiempo, ya divorciado, vivía yo solo en el campo. Una vieja, la señorita Lenox, que vivía enfrente, me preparaba el desayuno: en aquella época el desayuno era mi única necesidad. Francis se había quedado en Europa. Un día, cuando me dirigía presuroso a dar mi lección de violín en la calle 57, me encontré con Lily. — ¡Vaya! — dije. Hacía más de un año que no la veía, desde aquel día que la metí en el tren de París. Pero, desde el primer momento, nos tratamos con la misma familiaridad de siempre. Su rostro, grande y limpio, continuaba igual. Nunca sería un rostro sereno, pero era hermoso. Se había teñido el pelo. Ahora era de un color anaranjado, lo cual me pareció absolutamente innecesario. Llevaba raya al medio y el cabello caía lacio como cortinas. A veces el mal gusto es una especie de maldición que las grandes bellezas llevan encima. Además, se había maquillado los ojos de un modo extraño y no parecían de la misma longitud. ¿Qué puede hacer uno, si pese a todo esto una persona sigue siendo «la misma»? ¿Y qué ha de pensar uno cuando aquella mujer altísima, casi un metro ochenta, vestida con un traje de felpa verde, como las tapicerías de las butacas de tren y calzada con zapato de tacón, se tambalea al verle y olvida de golpe todos los principios de la buena educación en plena calle 57...? Parecía que iba a lanzar por el aire el traje verde, el sombrero, la blusa, las medias y

la faja, y que iba a gritar: «¡Gene, mi vida sin ti es miserable!».

Sin embargo, la primera cosa que dijo en realidad, fue:

—Estoy comprometida.

—Pero ¿otra vez? —le pregunté.

—La verdad es que me interesa mucho oír tu consejo. *Somos* amigos. Te aseguro que tú eres mi amigo. A fin de cuentas, creo que somos uno para el otro los únicos amigos que tenemos en el mundo. ¿Estás estudiando música?

—Si no es cosa de música, será que me he mezclado en una lucha de gangsters. En este estuche sólo puedo guardar dos cosas: la ametralladora o un violín. Supongo que me sentía avergonzado por llevar aquel estuche en la mano. Entonces, ella empezó a contarme, en un bisbiseo, algunas cosas de su nuevo prometido.

—No hables así —le dije. ¿Qué diablos te pasa? Suénate la nariz. ¿Por qué me sueltas semejante rollo en el tono de una estudiante intelectualoide? ¿Por qué hablas a media voz? Lo haces para jugar con ventaja ante una persona vulgar, obligándola a inclinarse para oírte. Ya sabes que soy un poco sordo. Habla más alto y no seas tan esnob. Dime, ¿a qué colegio ha ido tu novio? ¿A Choate o a St. Paul? Tu último marido estudió en el mismo colegio que el presidente Roosevelt..., no me acuerdo del nombre.

Lily habló más claro.

—Ha muerto mi madre.

—¿Ha muerto? Oye, esto es terrible. Pero... un momento, ¿no me dijiste ya en Francia que había muerto?

—Sí.

—Entonces, ¿cuando ha muerto?

—Hace sólo dos meses. Cuando te lo dije en París, no era verdad.

—¿Por qué lo dijiste, pues? ¡Qué cosas tienes! Eso no está bien. ¿Es que le deseabas la muerte a tu propia madre? No; lo que ocurre es que pretendías ablandarme.

—¡Oh, estuvo muy mal por mi parte, Gene! Pero no lo hice con mala intención. Esta vez es verdad. Vi que asomaba a sus ojos la sombra de unas cálidas lágrimas. Ahora ya se ha ido. Tuve que alquilar un avión para esparcir sus cenizas por el lago George, tal como ella había pedido.

—¿Eso tuviste que hacer? ¡Dios santo! Lo siento mucho, Lily —le dije.

—Luché demasiado contra ella. Como aquella vez que te llevé a casa. Realmente, *ella* era de los que luchan, yo también lo soy. Tienes razón en lo de mi novio: estudió en Groton.

—¡Ah! ¿Conque di en el clavo, eh?

—Es un hombre amable. No es lo que tú imaginas. Es muy honrado; mantiene a sus padres. Pero cuando me pregunto si podría vivir sin él, supongo que la respuesta es sí. Estoy aprendiendo a vivir sola. Siempre nos queda el universo. Una mujer no tiene por qué casarse forzosamente y existen por otra parte buenas razones para que

las personas se encuentren solas.

Ya sabéis que la compasión es también un sentimiento inútil. Dura lo suficiente como para meterle a uno en líos. Mi corazón se compadecía de Lily, y fue en este momento cuando ella trató de sobornarme.

—Bueno, muchacha, ¿y qué piensas hacer ahora? —le pregunté.

—He vendido la casa de Danbury. Vivo en un apartamento. Pero hay una cosa que quise que la tuvieras tú y te la he mandado.

—Yo no quiero nada.

—Es una alfombra —me dijo. ¿No la has recibido todavía?

—¡Puñetas! ¿Y qué diablos voy a hacer yo con tu dichosa alfombra? ¿Era la de tu habitación?

—No.

—Estás mintiendo. Es la alfombra de tu habitación.

Lo negé y cuando llegó el paquete se lo acepté al encargado de correos. Creí que era lo que debía hacer. La alfombra era lúgubre y estaba descolorida; era de un color mostaza, la lana estaba deshilachada y tenía manchas azules por todas partes. Era tan fea que me hizo reír. ¡Vaya alfombra asquerosa! Me hizo gracia. La puse en el estudio donde tocaba el violín, en el sótano. Yo mismo había arreglado el suelo con cemento, pero no era lo suficiente grueso y pasaba la humedad. Pensé que tal vez la alfombra mejoraría la acústica.

En aquella época, pues, yo iba a la ciudad a tomar clases de violín con aquel gordo húngaro de Haponyi, y también iba a visitar a Lily. Fuimos novios alrededor de dieciocho meses y después nos casamos y después nacieron los niños. En cuanto al violín, aunque no era ningún Heifetz, no lo abandoné. Muy pronto, aquella voz de siempre —*¡Quiero, quiero!*— volvió a surgir. La vida familiar con Lily no se ajustaba exactamente a lo que hubiera podido esperar una persona optimista, pero estoy seguro de que también ella se encontró con más de lo que esperaba. Una de las primeras decisiones que tomó, después de haber inspeccionado toda la casa con aires de señora, fue hacerse un retrato, para colgarlo junto a los demás retratos de familia. Ese asunto del retrato fue muy importante para ella y duró hasta seis minutos antes de que yo levantara el vuelo hacia África.

Repasemos una mañana típica de mi vida matrimonial con Lily. No dentro de la casa, sino fuera, porque dentro está sucísimo. Imaginemos uno de esos días aterciopelados de principios de otoño, cuando el sol brilla sobre los pinos, la atmósfera es ya un poco fresca y un airecillo frío y agradable llena los pulmones. Veo un enorme pino de mi propiedad y en la verde oscuridad que queda debajo, salvadas no sé cómo de la invasión de los cerdos, crecen begonias, y hay una inscripción de mi padre en una lápida rota: «Vete, rosa feliz...». Termina aquí. Seguramente sigue más abajo, en el trozo enterrado por las agujas caídas de los pinos. El sol, como una enorme apisonadora, aplasta la hierba. Bajo esta hierba, la tierra misma puede estar llena de cadáveres; sin embargo, esto no disminuye el esplendor de un día como éste,

porque se han convertido en humus y la hierba crece magnífica sobre ellos. Cuando sopla el viento, las flores de vivos colores se agitan también en la oscuridad verde, bajo los árboles. Rozan mi espíritu abierto, porque yo estoy allí, en medio de todo aquello, metido en la bata roja de la Rue de Rivoli que compré el día que Francis pronunció la palabra divorcio. Estoy allí, con ganas de jaleo. Las begonias rojas, el verde oscuro y el verde brillante, el frío punzante, el dorado suavísimo del sol, los muertos transformados en humus, las flores rozando mi espíritu; todo esto hace que yo me sienta desgraciado. Hacen que me sienta tan desgraciado como para enloquecer. Hay personas a las que les corresponden, sencillamente, estas cosas, pero yo, embutido en mi bata roja de terciopelo, no soy una de ellas. Y si no lo soy, ¿qué hago yo allí?

Lily se acerca con los dos chiquillos, nuestros mellizos, veintiséis meses, tiernos, con pantaloncitos cortos y unos jerseys verdes limpios, el pelo oscuro cepillado hacia la frente. Ahí va Lily, con su rostro puro, dirigiéndose a posar para su retrato. Y yo estoy de pie, robusto, en mi bata de terciopelo rojo, con las sucias botas de granjero tipo Wellington, que son las que prefiero cuando estoy en casa por la facilidad con que se quitan y se ponen.

Ella se mete en la camioneta y yo le digo: Usa el convertible. Tengo que ir a Danbury dentro de un rato, a buscar algunas cosas, y necesito la camioneta. Mi rostro se ha ensombrecido y tengo un gesto de enfado. Me duelen las encías. La casa está en desorden, pero ella se va, y los críos jugarán dentro, en el estudio, mientras ella posa para un retrato. Lily mete a los mellizos en el asiento trasero del convertible y se va.

Entonces yo bajo al estudio que tengo en el sótano, cojo el violín y empiezo a calentarme con los ejercicios Sevcik. Ottokar Sevcik inventó una técnica para lograr movimientos rápidos y exactos en el violín. El alumno tiene que arrastrar o dejar resbalar los dedos sobre las cuerdas, desde la primera posición hasta la tercera, desde la tercera hasta la quinta, desde la quinta hasta la segunda. Así una y otra vez, para que el oído y los dedos se acostumbren y encuentren las notas con precisión. Ni siquiera se empieza con escalas, sino con frases; se sube y se baja lentamente por las cuerdas. Es horrible. Pero Haponyi insiste en que es el único sistema, ¡húngaro gordinflón! Sabe unas cincuenta palabras de inglés y la que considera más importante es «querido». Dice: —Querido, coja el arco así, no así. ¡Así, así, así! No asesine con el arco. Hágalo bonito. No arañe. No, no, no. ¡Seret lek! Bonito.

A fin de cuentas, soy un tipo militar, ya lo sabéis. Y con estas manos he empujado a los cerdos, he tumbado a los machos, los he sujetado y los he castrado. Y ahora estos mismos dedos intentan arrancar música del violín; se agarran a su mástil y suben y bajan según los ejercicios de Sevcik. El ruido que resulta se parece al que harían unos cajones de huevos al estrellarlos. Sin embargo, pensé que si tenía disciplina, podría llegar con el tiempo a hacer surgir del violín voces de ángel. De todos modos, no esperaba llegar a la perfección de un artista. Mi propósito principal era igualar a mi padre tocando su violín.

Abajo, en el sótano de la casa, trabajé muy duro, como trabajo siempre. Me di cuenta de que estaba persiguiendo el espíritu de mi padre. Le susurraba: «¡Oh, papá, papá! ¿Reconoces los sonidos? Soy yo, Gene, toco tu violín tratando de llegar a ti». Porque lo cierto es que nunca he podido convencerme de que los muertos están completamente muertos. Admiro a las personas racionales, envidio su lucidez. Pero ¿por qué voy a engañarme? Yo tocaba en el sótano para mi padre y mi madre, y cuando llegué a tocar algunas piezas, solía susurrar: «Mamá, esto es “Humoresque”, para ti» o «Papá, escucha... “Meditación” de Taïs». Tocaba con entusiasmo, con sentimiento, con pasión y con amor..., tocaba hasta el borde del agotamiento emocional. Además, en el sótano, yo cuitaba mientras tocaba: «¡Rispondi! Anima bella». (Mozart). «Fue despreciado y odiado, un hombre lleno de tristeza, que conocía bien los sufrimientos». (Haendel). Yo asía el mástil del pequeño instrumento como si fuera a estallarme el corazón; sentía calambres en el cuello y en los hombros.

A lo largo de los años, me había arreglado el sótano a mi gusto; había revestido las paredes de castaño y coloqué un aparato que suprimía la humedad. Allí, en una pequeña caja fuerte, guardaba los papeles y recuerdos de la guerra; también tenía allí un tiro al blanco. En el suelo estaba la alfombra de Lily. Por el empeño que ella puso, me deshice de la mayor parte de los cerdos. Pero tampoco ella era muy limpia, y, por una razón o por otra, nunca encontrábamos a nadie que nos hiciera la limpieza. Bueno, algunas veces Lily barría, pero lo hacía en dirección a la puerta y nunca llegaba a echar la porquería fuera, de modo que junto al umbral crecían los montones de basura. Además, ella se iba a posar para su retrato y abandonaba totalmente la casa, mientras yo me quedaba en el sótano y tocaba los ejercicios Sevcik y fragmentos de ópera y demás, siguiendo el compás que me marcaba aquella voz interior.

IV

¿Os parece extraño que tuviera que irme a África? Ya os he dicho que siempre llega un día de lágrimas y de locura.

Buscaba camorra, tuve líos con la policía, amenacé con suicidarme. Además, esta última Navidad, mi hija Ricey vino a pasar con nosotros las vacaciones. Mi hija padece también de algunas de las dificultades propias de mi familia. Hablando con franqueza, no quiero dejar a esa criatura abandonada en medio del espacio. Y le dije a Lily:

—No la pierdas de vista, ¿eh?

Lily me contestó, muy pálida:

—¡Claro que le ayudaré! Lo haré. Pero tengo que ganarme su confianza.

Dejando, pues, este asunto en sus manos, bajé por la escalera de la cocina hasta mi estudio, cogí el violín, que brillaba, y empecé a practicar Sevcik bajo la luz fluorescente del atril. Me inclinaba con mi bata y fruncía el ceño, no podía menos que hacerlo, ante los chirridos de aquellas escalas terribles. ¡Oh, Dios, juez de la vida y de la muerte! Me había herido las puntas de los dedos, especialmente doloridas por la prima de acero, me hacía daño la clavícula y me apareció en la mandíbula una mancha rojiza, como un eczema. Pero dentro de mí la voz continuaba: ¡Quiero! ¡Quiero!

Pero pronto se oyó en la casa otra voz. Acaso fue la música lo que obligó a Ricey a salir de casa. Lily y Spohr, el pintor, trabajaban de firme para tener listo el retrato el día de mi cumpleaños. Lily pues, se había marchado, y Ricey, sola, fue a Danbury para visitar a una compañera de colegio. No dio con la casa de la chica. En cambio, mientras vagaba por las callejas de Danbury, pasó junto a un coche estacionado y oyó el llanto de un recién nacido, que estaba en el asiento trasero de aquel viejo Buick, metido en una caja de zapatos. Hacía un frío terrible, por lo tanto Ricey se trajo a casa al niño abandonado y lo escondió en el armario de su habitación. El 21 de diciembre, al mediodía, yo comentaba: —Niños, hoy es el solsticio de invierno... Y en aquel momento se oyó, saliendo de los tubos de calefacción que quedaban debajo del aparador, el gemido de un niño. Tiré hacia abajo la visera peluda de mi gorro de caza, que, aunque parezca raro, llevaba a la hora de comer y, para no demostrar mi sorpresa, empecé a hablar de otra cosa. Porque Lily dirigía su risa hacia mí significativamente, con el labio superior cubriendo sus dientes, y su palidez se veía acentuada. Miró a Ricey y vi que se reflejaba en sus ojos una alegría silenciosa. A sus quince años, esta muchacha es, en cierta manera, una belleza, aunque ésta sea un tanto apagada. Pero en aquellos momentos no estaba apagada; estaba arrobada por el crío. Como yo no sabía de que crío se trataba ni cómo había entrado en casa, estaba sobresaltado y desorientado, y les dije a los mellizos: —¡Ajá! ¡Conque hay un gatito arriba! Pero no se dejaron engañar. ¡Buenos son ellos para dejarse engañar! Ricey y Lily tenían biberones en la cocina esterilizándose. Me di cuenta de aquella gran olla

llena de biberones mientras bajaba al sótano para ejercitarme en el violín, pero no hice ningún comentario. Durante toda la tarde, por los conductos de aire, oí berrear al recién nacido. Salí a dar un paseo, pero no pude soportar las frías ruinas de mi hacienda, en otro tiempo reino de los cerdos. Quedaban algunos animales de concurso por vender. Todavía no podía hacerme a la idea de despedirme de ellos.

Había quedado en que tocaría el villancico «Primer Noel» el día de Nochebuena, y lo estaba ensayando, cuando Lily bajó a hablarme.

—No quiero oír nada —dije.

—Pero, Gene... —protestó Lily.

—Tú eres la responsable —le grité—, tú eres la responsable, arréglatelas como quieras.

—Gene, cuando sufres, lo haces más intensamente que cualquier otra persona. No pudo disimular una sonrisa; naturalmente no se burlaba de mi sufrimiento, sino del modo en que sufría. Nadie se lo espera, y el que menos se lo espera es Dios mismo —continuó.

—Ya que estás en condiciones de hablar por el propio Dios —le dije— dime, ¿qué le parece eso de que salgas todos los días de casa para hacerte pintar un retrato?

—¡No creo que tengas motivo para avergonzarte de mí! —dijo.

Arriba, seguía el niño sin cansarse de gimotear, pero en la discusión ya no se trataba del niño. Lily estaba convencida de que yo sentía prejuicios sociales contra su ascendencia social que era en parte alemana y en parte irlandesa de esos de visillos de encaje. Pero, la verdad, yo no tengo tales prejuicios. Es otra cosa lo que me molesta. Nadie ocupa ya, verdaderamente, una posición social en la vida. Lo que abunda, son las personas que sienten que ocupan un puesto que, por derecho, corresponde a otro. Por todas partes encontramos personas desplazadas. «Pues ¿quién esperará el día de la llegada del Justo?, ¿quién se pondrá en pie cuando Él llegue?». Cuando llegue el Justo que debe venir nos pondremos todos en pie, y desfilarémos, los corazones contentos, e inmensamente aliviados, diciendo: «Bienvenido una vez más, Amigo. Todo es tuyo. Tuyas son las dependencias, tuyas las casas, tuya la belleza de este otoño... ¡Tómalo, tómalo, tómalo!».

Acaso Lily enarbolaba la misma bandera que yo, y el cuadro debía probar que ella y yo nos contábamos entre los justos. Pero ya cuelga un retrato mío con los demás retratos. Los otros llevan cuello duro y barba, mientras que yo, al final de la galería, voy vestido con el uniforme de la guardia nacional y llevo una bayoneta en la mano. Y ¿qué beneficio me ha reportado este cuadro? De modo que no podía tomar en serio la decisión que Lily proponía a nuestro problema.

Ahora, escuchadme, yo quería a mi hermano mayor, a Dick. Era el más sensato de todos nosotros, con una espléndida hoja de servicios en la primera guerra mundial, era un verdadero león. Pero, en un momento dado, se pareció a mí, a su hermano pequeño, y este momento acabó con él. Estaba de vacaciones, y se encontraba sentado un día ante el mostrador de uno de esos paradores griegos —el

«Acrópolis»—, cerca de Pittsburg, Nueva York, tomando una taza de café con un compañero de viaje y escribiendo una postal a casa. Pero la estilográfica le falló; la maldijo y ordenó a su amigo: «Toma, sostén esta pluma en el aire». El muchacho obedeció, y Dick sacó su pistola e hizo volar la pluma de la mano del otro. No hubo heridos. El escándalo fue terrible. Resultó que la bala, que deshizo en mil pedazos la pluma, había agujereado también la cafetera *express*, de modo que ésta parecía una fuente, y el chorro de agua hirviendo llegaba hasta la ventana al otro lado del parador. El griego telefoneó a la policía motorizada y, huyendo de ellos, Dick hizo polvo el coche en un terraplén. Entonces él y su compañero intentaron cruzar a nado un río, el compañero tuvo la presencia de ánimo de desnudarse, pero Dick llevaba botas de montar, se le llenaron de agua y se ahogó. Esto dejó a mi padre sólo conmigo en el mundo, pues mi hermana había muerto en 1901. Aquel verano, el de la muerte de Dick, yo trabajaba con Wilbur, un muchacho de nuestro vecindario, desmontando coches viejos.

Pero ahora estamos en la semana de Navidad. Lily está en la escalera del sótano. París, Chartres, Vézelay y la calle 57 han quedado muy atrás. Tengo el violín en las manos y aquella terrible alfombra de Danbury bajo los pies. Llevo puesta la bata roja. ¿Y el gorrito de caza? A veces pienso que es lo que mantiene mi cabeza en su sitio. El viento gris de diciembre azota el alero de la casa y parece tocar un bajo al sacudir los tubos de desagüe mal sujetos. A pesar de todo ese ruido, oigo llorar al niño. Y Lily comenta: —¿Lo oyes?

—No oigo nada. Sabes muy bien que soy un poco sordo le dije, y esto es verdad.

—Entonces, ¿cómo puedes oír el violín?

—Pues, porque lo tengo al lado, y es natural que lo oiga. Corrígeme si me equivoco, pero me parece recordar que, en cierta ocasión, me dijiste que era el único amigo que tenías en el mundo.

—Pero... —protestó.

—No logro entenderte —interrumpí. Vete de aquí.

A las dos llegaron visitas y oyeron los lloriqueos de arriba, pero eran demasiado educados para hacer la menor alusión. Era de esperar en ellos. Sin embargo, para romper la tensión, dije:

—¿Le apetece a alguien ver el tiro al blanco que tengo en el sótano?

Nadie picó, y fui yo el que bajó a tirar unos disparos. Los disparos hacían un ruido tremendo y retumbaban por los tubos de la calefacción. Pronto oí que los visitantes se despedían.

Más tarde, al dormirse el bebé, Lily convenció a Ricey para que se fuera a patinar al estanque. Yo había comprado patines para todos y Ricey es lo suficientemente joven para que estas cosas le hagan ilusión. Cuando se hubieron marchado —Lily me había brindado esta oportunidad—, dejé el violín y sigilosamente subí a la habitación de Ricey. Abrí en silencio el armario y vi al niño dormido en la maleta de Ricey sobre las combinaciones y las medias. Se trataba de un niño de color, y me causó una

terrible impresión. Tenía los puños cerrados a la altura de su enorme cabeza. Aproximadamente la mitad de su cuerpo estaba envuelta en una gruesa toalla turca que hacía de pañal. Me incliné sobre él, con mi bata roja y las botas wellington; el rostro enrojecido de tal modo que me picaba la cabeza bajo el gorro de caza. ¿Debía cerrar la maleta y llevar la criatura a las autoridades? Al observar al niño, aquel hijo de la tristeza, me sentí como el Faraón cuando vio por primera vez al pequeño Moisés. Giré sobre mis talones y fui a dar un paseo por el bosque. En el estanque los patinadores corrían sobre el hielo cristalino. Fue una puesta de sol temprana y pensé: «Bueno, a pesar de todo, Dios os bendiga, hijos».

Aquella noche, ya en cama, le dije a Lily: —Bueno, estoy dispuesto a discutir este asunto contigo.

—¡Oh, Gene, me alegro mucho! (Me concedía una buena nota por esta actitud mía). Me parece bien que seas capaz de aceptar la realidad.

—¿Qué dices? —exclamé. Yo sé más de la realidad de lo que tú sabrás jamás. Estoy en muy buenas relaciones con la realidad. Y no quiero que lo olvides.

Al poco rato empecé a gritar y Ricey, que me oía, y que quizá me viera a través de la puerta, de pie sobre la cama, en calzoncillos, amenazando y sacudiendo los puños, temió, probablemente, por su bebé. El 27 de diciembre se fugó con el niño. No quise llamar a la policía y telefoneé a Bonzini, un detective privado que ha hecho para mí algunos trabajos, pero antes de que él pudiera ocuparse del caso, llamó a la directora del colegio de Ricey diciendo que ella había llegado y que ocultaba al niño en el dormitorio. —Ve tú —le dije a Lily.

—Pero, Gene, ¿cómo quieres que vaya?

—¡Y qué se yo cómo te las tienes que arreglar para ir!

—¡No puedo dejar a los mellizos!

—Supongo que interrumpiré la marcha de tu retrato. Es eso, ¿verdad? Pues estoy dispuesto a prenderle fuego a la casa y a que se quemé hasta el último retrato.

—No se trata de eso —dijo Lily, muy bajito y palideciendo. Ya me he acostumbrado a que me entiendas mal. Antes deseaba que se me comprendiera; pero supongo que a las personas no les queda otro remedio que intentar vivir sin que se las comprenda nunca. Acaso sea un pecado querer que a una la comprendan.

De modo que fui yo. La directora me dijo que Ricey tendría que abandonar su colegio, y hacía ya algún tiempo que sólo la tenía a prueba. —Debemos tener en cuenta el bienestar psicológico de las demás colegialas.

—Pero ¿qué le pasa? Mi Ricey puede dar a esas chiquillas una lección de buenos sentimientos. Y esto es mejor que cuidar su «psicología». —Estaba bastante borracho aquel día. Ricey tiene una naturaleza impulsiva. Se deja arrebatar fácilmente. El hecho de que no hable mucho no quiere decir...

—¿De dónde ha sacado al niño?

—Le dije a mi esposa que lo encontró en Danbury, en un coche estacionado.

—No es esto lo que ella dice. Pretende demostrar que es su madre.

—Pero, usted me deja asombrado —le dije—, usted debería entender de estas cosas. Hasta el año pasado no empezaron a desarrollársele los pechos. La muchacha es virgen. Es mil veces más pura que usted, o que yo.

Tuve que llevarme a mi hija de aquel colegio.

—Ricey, tenemos que devolver al niño. Todavía no te ha llegado la hora de tener un hijo tuyo. Su mamá quiere que se lo devolvamos. Ha cambiado de idea, cariño —le dije. Ahora, al pensarlo, creo que herí a mi hija al separarla de aquel recién nacido. Cuando se hubieron hecho cargo de él las autoridades, Ricey se comportó de un modo muy extraño. —Sabes que no eres la mamá del bebé ¿verdad? —le dije. La muchacha no abrió la boca para responder.

Camino de Providence, Rhode Island, y de la casa de una hermana de Francis, su tía, con la que se quedaría Ricey, le dije:

—Querida, tu papaíto hizo lo que hubiera hecho cualquier otro papaíto.

Tampoco ahora hubo respuesta, y era inútil insistir, porque aquella felicidad callada que habían reflejado sus ojos el 21 de diciembre había desaparecido.

En el tren, de vuelta de Providence, camino de mi casa, me compadecía de mí mismo, y en el coche restaurante saqué un mazo de cartas y me puse a hacer un solitario. Había un grupo de gente que esperaba para ocupar la mesa, pero yo no me levantaba, estaba borracho y ningún hombre en su sano juicio se hubiera atrevido a molestarme. Hablaba solo, lanzaba gemidos y las cartas se me caían al suelo. Al llegar a Danbury, el cobrador y otro hombre tuvieron que ayudarme a bajar del tren; me tumbé en un banco de la estación, mascullando maldiciones: «Pesa una maldición sobre esta tierra. Algo malo está ocurriendo. Algo va mal. ¡Pesa una maldición sobre esta tierra!».

Conocía al jefe de estación desde hacía mucho tiempo. Es un viejo bonachón y evitó que se me llevara a la policía. Telefoneó a Lily para que viniera a buscarme, y pronto llegó ella en la camioneta.

Pero el verdadero día de lágrimas y locuras se produjo más o menos de la siguiente manera: Era una mañana de invierno y me estaba peleando con mi mujer por nuestros inquilinos. Ella había habilitado uno de los edificios de nuestra propiedad, uno de los que no aproveché para los cerdos porque era viejo y estaba apartado. Yo le di mi consentimiento, pero no soltaba ni cinco y en vez de verdadera madera puso pasta de madera e hizo otras economías semejantes. Instaló un water nuevo y pintó todo el edificio por dentro y por fuera. Pero no tenía calefacción. Llegó noviembre y los inquilinos empezaron a sentir el frío. La verdad, eran personas amantes de la lectura y no se movían lo suficiente para entrar en calor. Después de varias quejas, le dijeron a Lily que se querían ir. —Bueno, déjalos que se marchen. Naturalmente no les devolví el depósito, y les dije que se fueran.

Así pues, el edificio reformado quedó vacío, y el dinero que se invirtiera en la imitación de madera, en el water nuevo y en el fregadero se había perdido. Los inquilinos dejaron un gato. Y yo, en la mesa, a la hora del desayuno, estaba enfadado,

gritaba y golpeé con el puño sobre la mesa hasta tirar la cafetera.

De repente Lily, muy asustada, se calló y se puso a escuchar. Yo escuché también. Lily me dijo: —¿Has visto a la señora Lenox durante los últimos quince minutos?

La señora Lenox era la viejecita que vivía al otro lado de la carretera y que venía a hacernos el desayuno. Era una solterona extraña y loca, llevaba chamarra y tenía las mejillas tan coloradas y llenas como si tuviera paperas. Correteaba por los rincones como un ratoncito, y se llevaba a su casa botellas y cajas vacías y otras porquerías por el estilo.

Entré en la cocina y vi a la vieja tendida, muerta en el suelo. Los huevos todavía hervían; golpeaban contra las paredes de la olla, como suelen hacerlo los huevos cuando ebulle el agua. Apagué el gas. ¡Muerta! Toqué el pequeño rostro desdentado con los nudillos y estaba frío. Su alma, como un vientecillo, como una corriente de aire, como una burbuja, escapó por la ventana. La contemplé fijamente. Así pues, esto era el final... ¿la despedida? Y durante todo aquel tiempo, aquellos días y aquellas semanas, el jardín de invierno me había hablado de esto y no de otra cosa. Y hasta aquel momento yo no había comprendido lo que aquel gris, aquel blanco, aquel tostado, lo que las cortezas, la nieve y las ramas me decían. No crucé palabra con Lily. Y sin saber qué hacer, escribí una nota: «No molestar» y la prendí en la falda de la vieja. Crucé el helado jardín de invierno, y después la carretera hasta su casita.

En el patio había un viejo árbol catalpa; la parte inferior del tronco y las ramas bajas estaban pintadas de azul pálido. La vieja había colocado en las ramas espejitos y viejas luces de bicicleta que brillaban en la oscuridad. Durante el verano le gustaba subir al árbol y sentarse allí con sus gatos, a beber un tarro de cerveza. Ahora precisamente, uno de esos gatos me miraba desde el árbol, y al pasar por debajo rechacé mentalmente cualquier culpabilidad que la mirada del felino pudiera implicar. ¿Cómo culparme a mí? ¿Acaso porque tengo este vozarrón y porque mi ira es tan terrible?

En la choza, de habitación a habitación, tuve que pasar por encima de cajas, cochecitos de niño, cajones de mercancías. Había cochecitos de niño hasta del siglo pasado; por tanto es posible que el mío estuviera allí también, pues la viejecita recogía sus porquerías por toda la comarca. Botellas, lámparas, platos viejos, bolsas de compra llenas de cordeles y de trapos, abrebotellas de los que suelen regalar las granjas para abrir las botellas de leche, estaban tirados por el suelo, junto con cestas llenas de botones y perillas de porcelana. En las paredes colgaban calendarios, banderines y viejas fotografías.

Y yo pensaba: «¡Oh, qué pena, qué pena! ¡Oh, qué pena tan grande! ¿Cómo podemos llegar hasta este punto? ¿Por qué nos abandonamos así? ¿Qué demonios hacemos aquí?». Todavía me esperaba la última habitación, llena de porquería. No tenía ventanas. «¡Por el amor de Dios, Henderson, muévete! Da un paso más; tienes que salir de aquí. O tú también morirás asfixiado por esta pestilencia. La muerte te aniquilará y no quedará nada, no quedará más que chatarra. Ahora todavía existe

algo... ¡conque, fuera de aquí!».

Lily lloraba sobre el cadáver de la anciana.

—¿Por qué has dejado una nota así?

—Para que no la tocara nadie hasta que llegara el forense —dije. Es la ley. Apenas si la toqué yo mismo.

Le ofrecí un trago a Lily y no lo quiso. Llené de *whisky* un vaso de agua y lo bebí de un trago. No me causó otro efecto que un escozor junto al corazón. El *whisky* no podía apagar la terrible realidad de los hechos. La vieja había sucumbido por culpa de mi violencia, como se desmayan algunos bajo los efectos del calor o por el tumulto que se forma en las salidas de los metros. Lily lo sabía tan bien como yo y empezó a murmurar algo a este respecto. Estaba muy pensativa. Luego terminó por guardar silencio, y aquella palidez suya empezó a oscurecerse alrededor de los ojos.

El enterrador de nuestro pueblo ha comprado la casa donde yo aprendí a bailar. Hace cuarenta años, solía ir yo allí, con mis zapatos de charol negro. Cuando el coche fúnebre entró, marcha atrás, por el camino que conducía a la casa, le dije a Lily: —¿Sabes, Lily, del viaje que hace Charlie Albert a África? Sale dentro de un par de semanas y creo que voy a ir con él y con su mujer. Será mejor guardar el Buick en el garaje. No necesitarás dos coches.

Por una vez, ella no se opuso a una idea mía. —Quizá debas ir —dijo.

—Tengo que hacer... algo.

Y así, la señorita Lenox se fue al cementerio y yo fui a Idlewild a coger el avión.

V

Creo que todavía no había dado un paso por este mundo cuando me encontré con Charlie. Es, en cierta manera, una persona como yo. En 1915 fuimos juntos a una academia de baile (situada en la funeraria desde donde se llevaron a la señorita Lenox al cementerio) y eso establece uno de estos afectos que permanecen. Sólo es un año más joven que yo, y en la cuestión dinero, me aventaja un poquito, pues él heredará otra fortuna cuando muera su madre, ya muy anciana. Fue con Charlie con quien levanté vuelo hacia África, con la esperanza de encontrar allí la solución. Supongo que fue un error ir con él, pero no hubiera sido capaz de inventar un pretexto para largarme a África yo solito. Hace falta tener un pretexto de antemano. La excusa fue que Charlie y su mujer iban allí para filmar a los africanos y a los animales, pues durante la guerra él había sido camarógrafo en el ejército de Patton —tampoco él, lo mismo que yo, pudo quedarse quieto en casa— y allí aprendió el oficio. A mí la fotografía no me interesa.

De todos modos, el año pasado le pedí a Charlie que viniera a la granja para fotografiar a algunos de mis cerdos. Le gustó tener oportunidad de demostrar su maestría en el oficio y consiguió alguna fotografía de primera. Cuando volvíamos de las pocilgas, me dijo que tenía novia. Y yo comenté:

—Bueno, Charlie, supongo que entiendes mucho de putas, pero ¿qué sabes de las otras muchachas?... ¿Sabes algo?

—Oh —me dijo—, la verdad es que no sé gran cosa. Pero hay algo de lo que estoy seguro: es una mujer única.

—Sí, ya conozco esta tontería de que «es única» —respondí. (Había averiguado todo eso por Lily, que ahora ni siquiera paraba en la casa).

Pese a todo, bajamos al estudio a festejar con un trago su compromiso y él me pidió que yo fuera el padrino. Es un hombre que apenas tiene amigos. Bebimos y bromeamos y recordamos nuestras clases de baile y nos arrancamos uno a otro lágrimas de nostalgia. Fue en este momento, en que ambos nos habíamos puesto tiernos, cuando me invitó a acompañarle a África, donde pensaban ir él y su mujer a pasar la luna de miel.

Asistí a la boda y fui el padrino. Sin embargo, como me olvidé de besar a la novia al concluir la ceremonia, ella se molestó y, con el tiempo, se convirtió en mi enemiga. La expedición, organizada por Charlie, iba equipada con los aparatos más recientes y era moderna en todos los sentidos. Llevábamos un generador de electricidad, una ducha y agua caliente. Yo adopté una postura crítica y comenté: —Charlie, no es así como ganamos una guerra. ¡Qué puñetas, nosotros somos un par de veteranos! ¿Para qué queremos todo esto?

Me mortificaba viajar por África de aquel modo. Pero había ido para quedarme. Al comprar el pasaje en Nueva York, libré una pequeña batalla conmigo mismo en las oficinas de las líneas aéreas (cerca de Battery Park), por si debía comprar o no un

billete de ida y vuelta. Y, como prueba de mi sinceridad, decidí comprarlo sólo de ida. Volamos, pues, de Idlewild al Cairo. Subí a un autobús para ver la Esfinge y las pirámides. Otro avión nos llevó al interior del continente. África me emocionó inmediatamente, antes incluso de tomar tierra. Desde allá arriba, desde el avión, parecía la antigua cuna de la humanidad. Desde aquella altura de tres millas, sentado encima de las nubes, me parecía haber nacido allí arriba y ser parte de ellas. Desde sus cauces profundos los ríos brillaban al sol. Relucían como los charcos de metal fundido que se forman alrededor del fundidor; después se formaba una corteza sobre los ríos y desaparecían. En cuanto al reino vegetal, apenas existía, parecía que no levantaba ni una pulgada del suelo. Soñaba despierto mirando aquellas nubes, desde arriba, y recordé que de niño había soñado mirando las nubes desde abajo, y como ahora había soñado mirándolas desde los dos lados, cosa que ninguna otra generación ha podido hacer, me dije que uno debe estar dispuesto a aceptar con facilidad la muerte. Fue un pensamiento inútil, porque siempre se aterriza felizmente. De todos modos, como había ido a aquel lugar en las circunstancias descritas, es natural que lo saludara con cierta emoción. Sí, tenía la emoción a flor de piel y pensaba sin cesar: «¡Oh, qué vida desbordante! ¡Qué desbordante es la vida!». Pensaba que allí todavía me quedaba alguna posibilidad. Para empezar, el calor era justamente el que yo quería, mucho más calor que en el Golfo de México, y también el colorido era lo que yo necesitaba. No sentía aquella opresión en el pecho y no oía tampoco la voz interior. En aquellos momentos, estaba callada. Charlie, su mujer y yo, con los nativos, camiones y equipaje, estábamos acampados siempre junto a un lago u otro. El agua era muy dulce, había cañas y raíces podridas y se veían cangrejos en la arena. Los cocodrilos se deslizaban entre las azucenas, y cuando abrían la boca me daba cuenta de lo caliente que un animal de agua puede estar por dentro. Los pájaros se metían dentro de sus bocazas y les limpiaban los dientes. Sin embargo, los habitantes de esta región eran muy tristes, no resultaban nada divertidos. Una vegetación que parecía hecha de plumas cubría los árboles, y las cañas de papiro empezaron a recordarme las que adornan las funerarias. Y después de colaborar tres semanas con Charlie, ayudándole con su equipo fotográfico y haciendo un esfuerzo por interesarme en los problemas de la fotografía, volvió mi malestar y cierta tarde oí otra vez la vieja voz interior. Empezó a repetir: *¡Quiero, quiero, quiero!*

Le dije a Charlie: —No quiero que lo tomes a mal, Charlie, pero no creo que eso de andar así, los tres juntos, por África, pueda marchar bien.

Me miró impasible, de arriba abajo, a través de sus gafas de sol. Estábamos junto al agua. ¿Era aquél el muchacho que yo había conocido en las clases de baile? ¿Cómo nos había cambiado el tiempo! Pero estábamos los dos, como en aquel entonces, de pantalones cortos. Él tiene las espaldas muy anchas. Y como yo soy mucho más alto, tenía que levantar la cabeza para mirarme. Estaba enfurecido y en absoluto intimidado. Se frunció la carne alrededor de su boca, mientras se concentraba para pensar, y luego me dijo:

—Bueno. ¿Por qué no?

—Mira —le dije—, yo aproveché esta oportunidad para llegar hasta aquí, Charlie, y te estoy muy agradecido, porque he sido siempre un entusiasta de África. Pero ahora me doy cuenta de que yo no he venido aquí para sacar fotografías. Véndeme uno de tus *jeeps* y levantaré el vuelo.

—¿Dónde quieres ir?

—No sé; lo único que sé es que éste no es lugar para mí.

—Bueno. Lárgate si quieres. Yo no te lo impido, Gene.

¡Y todo porque me había olvidado de besar a su mujer después de la boda y porque ella no había podido perdonármelo! ¿Para qué querría, a fin de cuentas, un beso mío? Algunas personas no saben lo que quieren. No puedo explicarme por qué no la besé; supongo que estaba pensando en otra cosa. Pero creo que ella llegó a la conclusión de que yo estaba celoso de Charlie, y además le estaba estropeando su luna de miel africana.

—Bueno. Quedamos amigos, ¿eh, Charlie? Es que yo no saco ningún provecho de viajar así.

—Está bien. No pienso impedirte que te vayas. Lárgate ya.

Y eso fue lo que hice. Organicé una expedición por separado, que se adaptaba mejor a mi temperamento militar. Contraté a dos de los nativos de Charlie, y en cuanto arrancamos en el *jeep* me sentí mejor.

Después de unos días, impaciente por simplificar más y más las cosas, despedí a uno de los hombres y sostuve una larga conversación con el africano que me quedaba, Romilayu. Llegamos a un acuerdo. Dijo que si me interesaba ver algunos lugares apartados y todavía poco visitados, él mismo podía acompañarme.

—Eso es —dije. Ahora has comprendido lo que yo quiero. No he llegado hasta aquí para sostener una disputa sobre un beso con una estúpida.

—Yo le llevaré lejos, lejos —me dijo.

—¡Hombre, cuanto más lejos mejor! ¡En marcha! —Había dado con el hombre que buscaba; aquello era precisamente lo que yo quería. Nos deshicimos de una parte del equipaje y como sabía lo mucho que le gustaba el *jeep*, le prometí regalárselo si me llevaba lo suficientemente lejos. Me dijo que el lugar a donde nos dirigíamos era tan apartado que tendríamos que llegar a él a pie.

—¿Y qué? Pondremos el *jeep* encima de unos maderos, y a la vuelta es enteramente tuyo.

Esto le gustó mucho. Al llegar a un pueblo llamado Talusi guardamos el vehículo en una choza de paja. Desde allí cogimos un avión, un viejo Bellanca, hasta Baventai. Las alas parecían estar a punto de desprenderse y el piloto era un árabe que conducía el aparato descalzo. Fue un vuelo excepcional, y terminó en un campo de barro reseco, al otro lado de la montaña. Unos pastores negros muy altos, con el pelo rizado y grasiento y la boca hundida, se acercaron a nosotros. Nunca había visto unos hombres tan salvajes y le dije a mi guía Romilayu:

—No será éste el lugar al que prometiste llevarme, ¿verdad?

—No, señor —respondió.

Todavía faltaba otra semana de viaje, a pie, a pie, siempre a pie.

En cuanto a mis conocimientos geográficos, yo no tenía ni la más remota idea de dónde estábamos, y tampoco me importaba demasiado. No venía a cuento tratar de averiguarlo, puesto que el objeto de ir hacia allí era dejar ciertas cosas atrás. Por otra parte, yo tenía plena confianza en Romilayu, mi viejo compañero. Durante días y días me condujo de pueblo en pueblo, avanzando por caminos de montaña, adentrándonos en los desiertos, más lejos, siempre más lejos. Tampoco él podía explicarme bien cuál era nuestro destino con su inglés limitado. Sólo me dijo que íbamos a ver una tribu, que él llamaba Arnewi.

—¿Conoces a esta gente? —le pregunté.

Hacía mucho tiempo, cuando aún era niño, Romilayu había visitado a los arnewi con su padre... ¿o era con su tío?... Lo repitió varias veces, pero no supe entender con quién había sido.

—Bueno, está bien. Quieres volver a los lugares de tu juventud —dije. Yo me hago cargo.

Lo pasaba estupendamente, allá en el desierto, entre las piedras, y me felicitaba a cada momento por haber dejado a Charlie y a su mujer y por haber acertado a quedarme con el nativo que me convenía. Fue una gran suerte dar con un hombre como Romilayu, que supo intuir lo que yo buscaba. Rozaba los cuarenta, me dijo, pero parecía más viejo por las arrugas prematuras. La piel colgaba sobre los huesos. Esto les pasa a muchos negros de algunas razas y dicen que tiene algo que ver con la distribución de la grasa en el cuerpo. Tenía un penacho de pelo polvoriento, que a veces intentaba aplastar suavemente, aunque en vano. Era imposible dominarlo con el cepillo y se ahuecaba a ambos lados de la cabeza como la copa de un pino enano. Viejas cicatrices de su tribu le surcaban las mejillas; le habían mutilado las orejas para que parecieran picos y las puntas desaparecían en el pelo. Tenía la nariz fina, abisinia, y no aplastada. Las cicatrices y mutilaciones demostraban que había nacido pagano, pero en algún momento de su vida se había convertido y ahora rezaba sus oraciones cada noche. Se ponía de rodillas, juntaba apretadamente las manos moradas, hincaba en el pecho la barbilla, y con los labios salidos y los músculos pequeños pero poderosos vibrándole bajo la piel de sus brazos, rezaba. Lograba arrancar de su pecho tonos profundos, como íntimos gemidos del alma. Esto solía ocurrir cuando nos deteníamos al anochecer, para acampar; las golondrinas revoloteando de un lado a otro. Me sentaba en el suelo y le animaba. Le solía decir: «Anda, háblale. Y di una palabra buena por mí».

Todo había quedado atrás, olvidado. Y llegamos a una región que era como un plato rodeado de montañas. Hacía calor, el cielo estaba despejado y la tierra era árida. Desde hacía varios días no se veían ya huellas de seres humanos. Tampoco había muchas plantas. A decir verdad, no había mucho de nada por allí. Todo era simple y

magnífico, y sentí que penetraba en el pasado... en el verdadero pasado, no en la historia y demás tonterías. El pasado anterior al hombre. Creí que existía alguna comunicación entre las piedras y yo. Las montañas desnudas tenían a menudo forma de culebra y en sus laderas sin árboles uno veía cómo se formaban las nubes. Desde las rocas salía vapor, pero no era un vapor vulgar, proyectaba una sombra brillante. Pues bien, yo estaba realmente en forma aquellos primeros largos días, tórridos de verdad. Por la noche, después de los rezos de Romilayu, tumbados en el suelo, la brisa nos soplaba su aliento en la cara y nosotros le devolvíamos aliento por aliento. Teníamos también las estrellas, que daban tranquilas vueltas y más vueltas y cantaban, y muy cerca de nosotros unos pájaros nocturnos de cuerpo pesado nos abanicaban en su vuelo. No se podía pedir más. Cuando pegaba el oído al suelo, me parecía escuchar un trepidar de cascos, como si estuviera tumbado sobre la piel de un tambor. Quizá fueran asnos salvajes o rebaños de cebras que iban de un lado a otro. Así viajaba yo con Romilayu y perdí la cuenta de los días. Supongo que el mundo debía de agradecer también perderme de vista por algún tiempo.

La estación de las lluvias había sido muy corta, los riachuelos estaban secos y los matorrales hubieran ardido fácilmente si se les hubiera acercado una cerilla. Por la noche, yo encendía el fuego con mi mechero, uno de esos mecheros austríacos de mecha larga que comprados por docenas salen a unos catorce centavos cada uno; baten el récord de lo barato. Pues bien, nos encontrábamos en una planicie que Romilayu llamaba Hinchagara. Nunca se había hecho un mapa exacto de este territorio. Mientras atravesábamos aquella planicie requemada y (al menos eso me parecía a mí) ligeramente cóncava, se formaba una neblina caliente, color aceituna, como de humo, bajo los árboles bajos y quebradizos; parecían álces o enebros, pero la verdad es que no soy botánico. Y Romilayu me seguía de cerca, su extraña sombra me recordaba los largos palos de madera que los panaderos meten, rápidos como el rayo, dentro del horno. Y desde luego aquel lugar abrasaba como un horno.

Por fin, una mañana, llegamos junto al cauce seco de un río bastante ancho, el Arnewi. Echamos a andar por él, corriente abajo. El lodo se había convertido en polvo y los guijarros relucían como pepitas de oro en aquella arcilla brillante. Entonces vimos el pueblo de los arnewi y los techos circulares terminados en punta. Sabía que eran de paja y que debían ser frágiles, ventilados y ligeros, como plumas, y sin embargo eran pesados... plumas pesadas. Desde aquellos techos subía el humo hacia el silencio luminoso. Un brillo inanimado irradiaba de las techumbres de paja.

—Romilayu —dije, obligándolo a detenerse. ¿No será un cuadro? ¿Dónde estamos? Pero ¿cuántos años tiene este poblado?

Mi pregunta le sorprendió y me respondió: —Yo no saber, señor.

—Me pasa algo raro al verlo. Esto debe ser primitivo de verdad. Más viejo que la ciudad de Ur. —Incluso pensé que aquel polvo sabía a siglos de pasado. Y añadí—: Algo me dice que este lugar me sentará muy bien.

Los arnewi eran criadores de ganado. Asustamos a algunos de los animales

flacuchos que pacían en la orilla y empezaron a saltar y a galopar. Pronto nos encontramos rodeados de una caterva de críos africanos, ellos y ellas desnudos, que gritaban al vernos. Hasta los más chicos, con sus barrigas abultadas, arrugaban la cara y chillaban con los demás, por encima de los mugidos de las reses. Las bandadas de pájaros que estaban posados en los árboles levantaron el vuelo a través de hojas marchitas. Como no vi que se trataba de esto, me pareció oír el zumbar de piedras en el aire y creí que nos atacaban. Bajo esta impresión equivocada de que nos estaban apedreando, empecé a reír y a lanzar juramentos. Me divertía la posibilidad de que tirasen piedras contra nosotros y comenté:

—¡Caramba! ¿Es así como reciben a los visitantes?

Pero entonces me di cuenta de que eran los pájaros, que huían hacia el cielo.

Romilayu me explicó que a los arnewi les preocupaban muchísimo sus reses, las consideraban como parientes, más o menos, y no como animales domésticos. Allí nadie comía carne de vaca. Y en vez de mandar a un niño con una manada de vacas, se mandaba una vaca con varios niños. Y si el animal sentía cualquier malestar, los niños corrían a consolarlo. Las personas mayores estaban aún más estrechamente ligadas a sus animales, pero me llevó algún tiempo darme cuenta de ello. Recuerdo que en aquellos primeros momentos deseé haber llevado algunos dulces para los niños. Cuando luchaba en Italia llevaba siempre tabletas de chocolate y cacahuates del economato del ejército para los bambini. Siguiendo el cauce del río, nos acercamos al muro que rodeaba el poblado; un muro de espinos y de estiércol, reforzado con barro. Vimos que algunos niños nos esperaban allí, el resto de la caterva había corrido a comunicar la noticia de nuestra llegada.

—¿Has visto qué raros son? —le dije a Romilayu. ¡Con esas barriguitas como toneles y esos rizos espesos! La mayor parte tienen aún los dientes de leche. Los pequeños saltaban arriba y abajo, gritando sin cesar. ¡Cómo me gustarla llevar algún dulce para dárselo! Pero no tengo nada. ¿Crees que les gustaría que prendiera fuego a ese matorral con mi mechero? —Y sin esperar la opinión de Romilayu, saqué el mechero australiano de mecha larga, oprimí la ruedecilla con el pulgar, e inmediatamente el matorral se consumió en unas llamas que apenas resultaban visibles en aquella intensa luz solar. Chisporroteó, en una brillante exhibición, dio de sí cuanto pudo y se extinguió en la arena. Quedé con el mechero en la mano, la mecha colgaba como los pelos de un bigote blanco. Los niños guardaban un silencio unánime; sólo miraban, y también yo los miraba a ellos. ¿Es eso lo que llaman el oscuro sueño de la realidad? De golpe, todos volvieron a dispersarse. Y las vacas galopaban. Las brasas que quedaban del matorral cayeron cerca de mis botas.

—¿Cómo crees que ha salido? —le pregunté a Romilayu. La intención era buena.

Pero antes de que pudiéramos discutir la cuestión, salió a nuestro encuentro un grupo de personas desnudas. A la cabeza iba una mujer, una muchacha creo, no mucho mayor que mi hija Ricey. En cuanto me vio, se echó a llorar estrepitosamente.

Nunca creí que una cosa así pudiera herirme como me hirió. Buenos estaríamos si

uno anduviera por el mundo sin estar preparado para las pruebas, problemas y sufrimientos, pero el ver llorar así a aquella muchacha fue un golpe muy duro para mí. Naturalmente las lágrimas de las mujeres siempre me impresionan profundamente y poco tiempo atrás, cuando Lily se había echado a llorar en nuestra *suite* del hotel del Golfo de México, yo había formulado mi peor amenaza. Pero no es tan fácil de explicar por qué las lágrimas de aquella joven, al fin y al cabo una desconocida, desencadenaron en mí una emoción tan tremenda. Lo primero que se me ocurrió fue: «¿Qué habré hecho? Volveré corriendo al desierto y no me moveré de allí hasta que el demonio haya salido de mí y esté en condiciones de enfrentarme con el género humano sin que les lleve a la desesperación la simple vista de mi persona. Todavía no me he llenado lo bastante de desierto. Voy a tirar mi fusil y mi casco y mi sombrero y todo lo demás, y quizá así podré deshacerme de mi agresividad también, y alimentarme de gusanos, de langostas, hasta que todo lo malo que hay dentro de mí se consuma. ¡Oh, el mal! ¡Oh, el daño! ¡El daño! ¿Qué puedo hacer para evitarlo? ¿Qué puedo hacer para no perjudicar a nadie? ¡Mi carácter! ¡Dios se apiade de mí! He armado un lío tremendo con todo y no hay manera de huir de los resultados. Basta una mirada para saber lo que soy yo».

Bien; había empezado a convencerme de que aquellos pocos días con el corazón ligero, marchando a través de la planicie de Hinchagara con Romilayu, habían producido ya en mí un gran cambio. Pero parecía que todavía no estaba preparado para encontrarme con la sociedad. La sociedad me puede. Cuando estoy solo, puedo ser bastante bueno, pero basta que me mezcle con otras personas y se arma la de San Quintín. Plantado allí, frente a aquella muchacha que sollozaba, yo mismo estaba a punto de llorar también a lágrima viva, pensando en Lily y en los niños y en mi padre y en el violín y en el bebé abandonado y en todas las penas de mi vida. Sentí que se me hinchaba la nariz y que se me ponía muy roja.

Detrás de la muchacha que sollozaba, otros nativos lloriqueaban suavemente, haciéndole coro. Le dije a Romilayu:

—¿Qué demonios les pasa?

—Ellos pena —respondió Romilayu muy grave, con aquel mechón de pelo erizado sobre la frente.

Y aquella robusta muchacha, con aire de virgen, estaba allí y lloraba — sencillamente lloraba— sin hacer gesto alguno, los brazos colgando flácidos a ambos lados del cuerpo, y a la vista todo lo que tenía (en el aspecto físico). Las lágrimas resbalaban por los pómulos alargados y caían sobre los pechos.

—¿Qué le ha picado a esa mocosa? —dije. ¿Qué quieres decir con eso de la pena? Si quieres saber mi opinión, Romilayu, todo esto me parece muy mal. Creo que nos hemos metido en un lío y no me gusta nada la pinta que están tomando las cosas. ¿Por qué no rodeamos el poblado y volvemos al desierto? Me sentía muchísimo mejor allá fuera.

Por lo visto, Romilayu se dio cuenta de que me ponía fuera de mí aquella

embajada lloriqueante, y me dijo:

—No, no señor. Usted no culpa.

—¿Es que me equivoqué con lo del matorral?

—No, no señor. No los hizo llorar usted.

Al oír esto, me golpeé la frente con la mano abierta y exclamé: —¡Vaya! ¡Muy propio de mí! —quería decir que era muy propio de mí eso de echarme a mí mismo la culpa. Esta pobre gente debe estar en un apuro. ¿Podré echarles una mano? Vienen a mí en busca de ayuda. Ahora me doy cuenta. ¿Es que un león se ha zampado a su familia? ¿Hay fieras por estos lugares? Pregúntaselo, Romilayu. Diles que he venido a ayudarles y que si hay matones en el barrio yo los liquidaré. —Cogí mi H y H Magnum con los objetivos telescópicos y lo enseñé a la multitud. Con enorme alivio por mi parte, me había dado cuenta de que las lágrimas no eran por culpa mía y de que podía hacerse algo. No iba a tener que quedarme allí, hecho un pasmarote, soportando la vista de aquellas amargas lágrimas. ¡Oíd todos! ¡Podéis dejarlo de mi cuenta! —grité. ¡Mirad! ¡Mirad! —y empecé a pasar revista al arsenal de armas, ante este público, diciendo «un, dos, tres» como los instructores militares.

Sin embargo, todos seguían llorando. Sólo los niños muy pequeños, con sus caritas de melón, parecían disfrutar de lo lindo con mi teatro. Los demás no habían terminado con su llanto. Se cubrieron los rostros con las manos y los cuerpos desnudos temblaron.

—Bueno, Romilayu —dije. Así no iremos a ninguna parte. Y no cabe duda de que nuestra presencia es muy dura para ellos.

—Llorar por vaca muerta —dijo. Y me explicó con todo lujo de detalles que lloraban por las reses que habían muerto con la sequía y que ellos se sentían responsables de la sequía... los dioses estaban ofendidos o algo por el estilo; hablaron de una maldición. En cualquier caso, como nosotros éramos desconocidos, estaban obligados a salir a nuestro encuentro y a contárnoslo todo y a preguntarnos si sabíamos la causa de su desgracia.

—¿Cómo voy a saberlo yo...? ¡Como no sea la sequía! Una sequía es una sequía —dije. Pero los acompañé en el sentimiento, porque sé lo que es perder un animal querido. —Y empecé a decir, casi a gritos—: Bueno, bueno, bueno. Está bien, señores... Ya está bien, señores. ¡Circulen, por favor! ¡Basta ya! Me hago cargo perfectamente de todo. Esto pareció causar algún efecto sobre ellos, pues supongo que notaron por el tono de mi voz que yo también sentía cierta pena. Le dije a Romilayu: —Bueno, pregúntales lo que quieren que haga. Estoy dispuesto a hacer lo que sea. Lo digo en serio.

—¿Qué hará?

—No importa. Tiene que haber algo que sólo yo pueda hacer. Quiero que se lo preguntes.

Les hablé, pues. Las jorobadas reses de piel aterciopelada no paraban de gruñir con sus voces suaves y profundas (las vacas africanas no mugen como las nuestras).

Pero los sollozos se fueron calmando. Yo empezaba a darme cuenta de que la piel de aquella gente era de un color muy especial y de que el negro era mucho más acentuado alrededor de los ojos, mientras que las palmas de las manos eran del color del granito recién lavado. Como si hubieran estado jugando a la pelota con la luz, ¿comprenden?, y un poco de ella se les hubiese pegado en las palmas. Estas diferencias en el color eran completamente nuevas para mí. Romilayu se había apartado unos pasos para hablar con no sé quién y me dejó solo entre los nativos, que habían dejado casi de llorar. En aquel preciso momento tuve plena conciencia de las discrepancias de mi físico. Mi cara se parece a una estación, quiero decir que es como la estación de Grand Central... la nariz de caballo, la boca ancha que llega hasta los mismos agujeros de la nariz, y los ojos como túneles. Esperé allí, sobre aquel polvo perfumado, rodeado de aquella multitud negra y con aquel brillo que irradiaba de las techumbres de paja de las chozas cercanas.

Entonces, el hombre con el que Romilayu había estado hablando se acercó y se dirigió a mí en inglés, cosa que me dejó atónito, pues nunca hubiese imaginado que unas personas que hablaban inglés pudieran dejarse arrastrar de aquel modo por sus emociones. Sin embargo, ése no era uno de los que se habían dejado arrastrar. Sólo por su tamaño, adiviné que se trataba de un personaje importante; era de una complexión muy robusta. Me llevaba cuatro o cinco centímetros de estatura. Pero no era carnoso como yo; era puro músculo. Tampoco iba desnudo como los demás, sino que llevaba un trozo de tela blanca ceñido a las nalgas —más que a las caderas— y un pañuelo de seda verde en torno a la barriga. La blusa corta y amplia, como la que usan los marinos, le venía muy holgada y le permitía mover libremente los brazos abultados y musculosos. En un primer momento, tenía el gesto un poco duro y creí que a lo mejor estaba buscando camorra. Me miró de arriba abajo, como si yo fuera una especie de seta humana, que abultaba mucho pero a la que sería de lo más fácil tumbar. Me sentía inquieto, pero no era su expresión lo que me inquietaba, pues la suavizó muy pronto; era, entre otras cosas, el hecho de que me hablara en inglés. No sé por qué me sorprendía tanto..., me desilusionaba tanto, si quiero ser exacto. Es el gran idioma imperial hoy en día como lo fue antes el griego y después el latín, etc. Supongo que los romanos no se sorprendían cuando algún parto o un nómada empezaba a hablarles en latín; les parecía probablemente lo más lógico. Pero cuando aquel fulano con facha de campeón, con su taparrabos blanco y su pañuelo y su blusa marinera, se dirigió a mí en inglés, me sentí a la vez asombrado y apenado. Tras adelantar sus labios pecosos un poco y ponerlos en posición de hablar, dijo: —Soy Itelo. Estoy aquí para hacer las presentaciones. Bienvenido. ¿Cómo está usted?

—¿Qué? ¿Qué? —pregunté, poniéndome la mano detrás de la oreja.

—Itelo —dijo con una reverencia.

Rápidamente, yo también me doblé, con mis pantalones cortos y mi ridículo casco blanco, con mi cara congestionada y mi gran nariz. Mi rostro puede causar el efecto de un golpe de campana, y como soy sordo del oído derecho, tengo siempre

que inclinarme hacia un lado para poner el izquierdo a la escucha; escucho de perfil y fijo la mirada en un objeto cualquiera para ayudarme a concentrar la atención. Así lo hice en aquel momento. Esperé a que dijera algo más; sudaba de un modo espantoso y me sentía absolutamente aplastado. No podía creerlo, ¡si estaba tan seguro de haber dejado el mundo atrás! Y, ¿quién podría culparme, después de aquel viaje a través de las montañas, sobre un suelo en el que no había huella de vida humana, con aquel cielo oscuro en el que las estrellas llameaban como naranjas, aquellos millones y millones de toneladas de gas explosivo con un aspecto tan suave y refrescante contra la oscuridad del cielo, y todo, todo el conjunto, aquel frescor, saben, como el del otoño, cuando sales de casa por la mañana y encuentras que las flores han despertado bajo la escarcha con vida punzante? Cuando sentí todo esto en el desierto, noche y día, y me di cuenta de que todo era tan simple, estuve seguro de haberme metido en un lugar nuevo. Y ahora aquella delegación llorosa; pero aquí había alguien que sin duda conocía mundo, ya que hablaba inglés. ¡Y yo que me había pavoneado!: «Mostradme vuestros enemigos y los mataré. ¿Dónde está la fiera que devora a los hombres? Llevadme ante ella». Y había prendido fuego a las matas y repasado el manual de instrucción, y me había comportado como un auténtico payaso. Me sentí completamente en ridículo y lancé una mirada oscura e iracunda a Romilayu, como si él tuviera la culpa por no haber dicho cómo eran las cosas.

Pero aquel nativo, Itelo, no tenía intención de sermonearme por el modo de comportarme a mi llegada. Ni siquiera pareció ocurrírsele. Me cogió la mano y se la llevó al pecho diciendo: —Itelo.

Hice lo mismo y le dije: —Henderson. No quería que se diera cuenta de mi malhumor, comprenden, pero no sirvo para ocultar mis sentimientos; montones de ellos, especialmente los peores, parecen saludar al mundo desde la tribuna de mi cara. No puedo evitarlo. —¿Qué tal? —dije. Y dígame, ¿qué pasa por aquí? ¡Todos llorando a moco tendido! Mi hombre me dice que por las vacas. No es el momento adecuado para hacer una visita, ¿eh? ¿Cree que debo irme y volver en otra ocasión?

—No. Usted será nuestro invitado —dijo Itelo y me dio la bienvenida. Pero debí comprender que me había desilusionado y que la oferta de largarme no era únicamente por galantería y generosidad, pues añadió: —¿Creyó ser el primero? ¿Un país nuevo? Lo siento mucho, ya nos han descubierto.

—Si es esto lo que yo esperaba, la culpa es sólo mía: Ya sé que no queda mundo por descubrir. ¡Caray, tendría que estar loco! Yo no soy un explorador, y además no he llegado hasta aquí para serlo. Y entonces, al recordar la razón por la que había ido allí, empecé a examinar más detenidamente a aquel personaje para tantear lo que podría saber de los hechos más profundos o más importantes de la vida. Al principio sólo me di cuenta de la expresión concentrada de aquella cara y de que básicamente era un hombre de buen carácter. Sólo era dignidad lo que tenía. Dos amplias curvas, que se iniciaban cerca de los orificios nasales, bajaban hasta los extremos de la boca y le daban aquella expresión que yo había interpretado equivocadamente. Tenía un

porte altivo, que se acentuaba por la fortaleza de sus piernas y de sus rodillas, y en los bordes de sus ojos, rodeados del mismo marco oscuro que los de todos los hombres de la tribu, había un brillo que me recordaba las láminas de oro.

—Bueno —dije—, por lo menos veo que usted ha corrido mundo. ¿O es el inglés el segundo idioma de todos los de aquí?

—Oh, no señor, soy yo solito —su voz, quizá por la anchura de la nariz, tenía un tono nasal apenas perceptible. He ido a la escuela de Malindi, y también mi difunto hermano. Después a la escuela de Beirut. He viajado por todas partes. De modo que sólo yo lo hablo. Y nadie más en cien millas a la redonda, excepto el rey de los wariri, Dahfu.

Ni se me había ocurrido enterarme de esto, así que le pregunté: —Oh, perdone, ¿acaso es usted también de la realeza?

—La reina es mi tía Willatale —dijo. Y usted se hospedaría en casa de otra tía, Mtalba. Ella le prestará su casa, señor.

—¡Oh, estupendo! —respondí. ¡Qué hospitalario! ¿De modo que es usted un príncipe?

—Oh, sí.

Esto ya estaba mejor. A causa de su tamaño y de su aspecto, yo había supuesto desde el primer momento que tenía que ser un personaje distinguido. Me dijo, para consolarme, que yo era, que él supiera, el primer blanco que visitaba aquel lugar desde hacía más de treinta años.

—Bien, alteza —le dije— no se pierde nada por no atraer muchos extraños. Creo que en ello tienen algo bueno. No sé cómo será con este lugar, pero he visitado algunas ruinas europeas, de las más antiguas, y ninguna parece tan vieja como su aldea. Si le preocupa que propague la voz sobre ella o que vaya a tomar fotografías, olvídense de ello. No es mi forma de actuar. Me agradeció esto pero me dijo que no había muchas cosas de valor ahí que pudiesen atraer a los viajeros. Yo todavía no me convenzo de no haber penetrado más allá de la geografía. No es que me importe mucho la geografía; es una de aquellas ideas de acuerdo a las cuales, si se ubica un lugar, no hay más que decir.

—Por favor, señor Henderson, venga conmigo y entraremos en el pueblo —dijo.

El tiempo era maravilloso, aunque demasiado seco. Todo era radiante y hasta el mismo polvo resultaba aromático y estimulante. Nos esperaba un batallón de mujeres, las esposas de Itelo. Iban desnudas y tenían aquel color oscuro extendido alrededor de los ojos, como por una acción especial del sol. La piel clara de las manos me recordaba constantemente la piedra rosada y hacía que parecieran más grandes tanto las manos como los dedos. Más tarde, vi a algunas de las muchachas jóvenes jugar durante horas y horas a la cunita con un hilo. Cada pareja de jugadoras tenía generalmente varios espectadores que gritaban «¡Ahú!» cuando una de ellas lograba sacar de manos de la otra una figura complicada. Ahora, el grupo femenino juntó las muñecas y movió las manos; era su forma de aplaudir. Los hombres se metían los

dedos en la boca y silbaban, a veces a coro. Ya habían cesado por completo los lloriqueos, y yo quedé allí riendo, la boca abierta generosamente y aquel gran casco sucio sobre la cabeza.

—Bueno —dijo Itelo— vamos a ver a la reina, a mi tía Willatale, y después, o quizá al mismo tiempo, a la otra, a Mtalba. Se habían acercado ya un par de sombrillas, llevadas por dos mujeres. El sol era deslumbrante. Yo sudaba a mares y aquellos dos paraguas oficiales, de unos dos metros de altura y en forma de flores de calabacín, daban muy poca sombra desde aquella altura. Toda aquella gente era muy guapa; algunos hubieran satisfecho las exigencias del propio Miguel Ángel. Y así, andando por parejas de un modo bastante ceremonioso, nos pusimos en marcha. Itelo iba a la cabeza. Yo sonreía de oreja a oreja, pero fingía que era una mueca debida al sol. De este modo, nos encaminamos al recinto de la reina.

Y ahora empezaba a comprender en qué consistían los problemas del lugar, y la causa de las lágrimas. Al llegar a un corral vimos a un hombre con un gran peine de madera en la mano junto a una vaca... una vaca jorobada como todas las demás, pero esto no era lo importante, lo importante era que la peinaba y la acariciaba de un modo que yo no había visto jamás. Le arreglaba con el peine el áspero mechón de la frente, que caía por encima de los cuernos. La acariciaba con la mano y la abrazaba. El animal no se encontraba bien; uno no tenía que ser del campo, como casualmente es mi caso, para darse cuenta inmediatamente de que algo le pasaba a aquel animal. Ni siquiera le dio un golpecito con la cabeza, como suele hacer una vaca en este caso cuando se siente cariñosa, y el hombre, consumido por la tristeza, la peinaba melancólicamente. Una atmósfera sin esperanza los envolvía a los dos. Me llevó un buen rato atar cabos. Hay que comprender que esta gente ama a sus animales como a hermanos y hermanas, como a niños. Poseen más de cincuenta términos para describir las distintas formas de los cuernos; Itelo me explicó que existen cientos de palabras para las expresiones faciales del ganado y un idioma completo para el comportamiento de las vacas. Hasta cierto punto yo puedo hacerme cargo de esto. También yo sentí gran afecto por algunos cerdos. Pero un cerdo es un animal de porvenir, responde con mucha sensibilidad a las ambiciones y a los fines de los humanos, y no necesita por tanto un vocabulario especial.

La procesión, con Itelo y conmigo, se había detenido y todos mirábamos al hombre y a su vaca. Pero al ver cuánto sufrimiento se encerraba en aquel cuadro, eché a andar otra vez. Sin embargo, lo que vi a continuación era todavía más triste. Un hombre, de alrededor de cincuenta años y con el pelo blanco, estaba arrodillado, gimiendo y temblando, y se echaba tierra encima de la cabeza, porque su vaca agonizaba. Todos lo contemplábamos apenados, mientras el hombre cogía al animal por los cuernos que tenían forma de lira, y le suplicaba que no le dejara. Pero ella habla caído ya en ese estado de indiferencia y la piel se arrugaba sobre los ojos, como si sólo fuera el hombre el que la mantenía aún despierta. Incluso yo me tambaleé ante este espectáculo, sentí compasión y dije: —Príncipe, por el amor de Dios, ¿no se

puede hacer nada?

El ancho pecho de Itelo se hinchó bajo aquella blusa corta y holgada, y lanzó un hondo suspiro como si no quisiera estropear mi visita con tanta tristeza y lágrimas. — No creo —respondió Itelo.

En aquel momento, ocurrió lo más inesperado, y fue que logré ver por el rabillo del ojo una considerable cantidad de agua. Al principio me inclinaba a creer que se trataba del brillo de unas planchas metálicas que bailoteaban sutilmente ante mis ojos. Pero uno se da cuenta perfectamente de cuando hay agua cerca. Además se huele. Paré al príncipe y le dije:

—Corríjame si me equivoco, príncipe, pero aquí tenemos a este individuo, deshaciéndose en lamentaciones, y allí a la izquierda, si no me falla la vista, veo brillar un poco de agua, ¿estoy en lo cierto?

Reconoció que aquello era agua.

—¿Y las vacas se mueren de sed? —dije. O sea, que algo le tiene que pasar al agua. ¿Está contaminada? Mira, algo podéis hacer con ella, filtrarla o algo así. Podríamos fabricar ollas grandes, barriles. Se podría hervir para eliminar las impurezas. Oye, a lo mejor no te parece práctico, pero te sorprenderá el resultado si se moviliza el poblado y todos echan una mano... ¡Al trabajo! Yo ya sé hasta qué punto se paraliza la vida en un lugar ante una situación como ésta.

Pero el príncipe, a pesar de que no cesaba de asentir con la cabeza, estaba en realidad en desacuerdo conmigo. Tenía los brazos robustos cruzados encima de la blusa; una sombra pobre llegaba desde el parasol en forma de calabacín, sostenido firmemente en alto por las cuatro manos de las mujeres desnudas, como si el viento estuviera a punto de levantárselo en vilo. Pero la verdad es que no hacía viento. El aire estaba tan quieto como si lo hubieran clavado al cénit y permaneciera allí, reseco y azul, en un prodigio de belleza meridional.

—Oh... gracias —dijo— por su buena intención.

—Pero no debería meterme donde no me llaman, ¿verdad? Puede que tengas razón. No pretendo menospreciar vuestras costumbres. Pero resulta muy difícil contemplar todo esto, sin adelantar siquiera una sugerencia. ¿Puedo, al menos, echarle un vistazo a vuestro suministro de agua?

Respondió de mala gana: —Supongo que no hay inconveniente. Itelo y yo, los dos casi del mismo tamaño, dejamos atrás a sus mujeres y a los demás del pueblo y nos acercamos al agua. La inspeccioné, y aunque tenía algunas algas, me pareció limpia, y desde luego era abundante. Estaba retenida por una gruesa pared de piedra vercosa; era una especie de cisterna y de presa. Deduje que debía haber un manantial subterráneo. Un cauce seco, procedente de la montaña, mostraba de dónde venía normalmente el principal suministro de agua. Había un techo grande de paja, medía por lo menos veinte metros por quince, para evitar la evaporación. Después de la larga caminata, hubiera agradecido el poder quitarme la ropa, echarme de cabeza, y nadar y flotar en aquella agua sombreada y tibia, aunque un poco pegajosa. Nada me

hubiera gustado más que flotar de espaldas bajo aquel techo de paja de aspecto delicado.

—Bien, príncipe, ¿qué es lo que no marcha? ¿Por qué no pueden utilizar esta agua? —pregunté.

Sólo el príncipe se había acercado conmigo a aquel estanque profundo; los demás se mantenían alejados, a unos veinte metros, visiblemente intranquilos y nerviosos. —¿Qué diablos le preocupa a tu gente? ¿Hay algo en esta agua? —pregunté. Observé el agua cuidadosamente y advertí por mí mismo que justo por debajo de la superficie se desarrollaba un considerable movimiento. En la luz temblorosa que iluminaba el agua vi primero unos renacuajos de enormes cabezas, en todas las etapas de su desarrollo, con la cola completa como un esperma gigante y con unas patitas que empezaban a asomar. Después vi unas ranas grandes y fuertes, de piel manchada, que nadaban tranquilamente con sus gordas cabezotas sin pescuezo y aquellas patas largas y blancas; las dos de delante parecían expresar a las claras su sorpresa. De todas las criaturas del barrio, sin excepción eran ellas las que mejor se lo pasaban y hasta yo mismo las envidiaba. Pero ¡no me digas! ¡Son las ranas! ¿Son ellas las que os impiden dar de beber al ganado?

Asintió melancólicamente con la cabeza. Sí, se trataba de las ranas.

—Y, ¿cómo se han metido aquí dentro? ¿De dónde vienen?

Itelo no supo contestar a estas preguntas. Todo era un misterio. Lo único que supo decirme fue que aquellos bichos, nunca vistos hasta entonces, habían aparecido en la cisterna hacía más o menos un mes y que por ellos no se podía dar de beber al ganado. Ésta era la maldición a que se había referido antes.

—¿A eso le llama una maldición? ¿Pero usted ha corrido mundo? ¿Nunca le enseñaron una rana en la escuela? ¿O por lo menos una fotografía? Son completamente inofensivas.

—¡Oh, claro que sí! —dijo el príncipe.

—Ya sabe pues que no tiene por qué dejar morir su ganado, sólo porque unos cuantos de esos bichos están en el agua.

Pero la cosa no parecía tener remedio. Levantó las enormes manazas y dijo:

—No puede haber ningún animal en el agua que se bebe.

—Entonces, ¿por qué no termináis con ellas?

—No, no. Nunca se toca a los animales que están en el agua.

—¡Vamos, vamos, príncipe! ¡Tonterías! Podríamos filtrarlas. Podríamos envenenarlas. Hay cientos de cosas que podemos hacer.

Se mordió el labio con los dientes y cerró los ojos, al tiempo que respiraba fuertemente para demostrar lo imposible de mis sugerencias. Resoplaba y sacudía la cabeza.

—Príncipe —le dije— discutamos este asunto entre nosotros —le hablaba en un tono apremiante. Si esto continuaba así, antes de nada el pueblo será un entierro continuo de vacas. No es probable que llueva. La estación de las lluvias ya ha pasado.

Necesitáis agua. Sólo tenéis esta reserva —bajé la voz. Mira, yo también soy en cierto modo un ser irrazonable, pero cuando se trata de sobrevivir...

—Pero señor —dijo el príncipe—, la gente está asustada. Nadie ha visto nunca un animal así.

—Pues —dije—, la última plaga de ranas de la que tengo noticia fue en Egipto. Esto último me afirmó el sentimiento de antigüedad que aquel país me había inspirado desde un principio. En fin, era por esta maldición por lo que la gente, con aquella muchacha a la cabeza, me había recibido con lágrimas junto al muro del pueblo. Desde luego, la situación era totalmente extraordinaria. Así que ahora todas las piezas encajaban y la tranquila agua de la cisterna se convirtió a mis ojos en un lago de misterios. Realmente había un número enorme de aquellos bichos, que se apretujaban y se meneaban y nadaban a golpecitos, el agua resbalando por sus lomos manchados, como si fueran los dueños del lugar. Además salían reptando del agua y croaban con sus gargantas ásperas y congestionadas al golpearse contra la piedra mojada. Cerraban y abrían sus extraños ojos —rojos, verdes, blancos— saltones como canicas. Yo meneaba la cabeza desaprobadoramente, más que por ellos por mí mismo, pues pensaba que un tonto está siempre dispuesto y casi predestinado a encontrarse en situaciones tontas, si sale a dar un vuelta por el mundo. De todos modos, les dije a los bicharracos: «Esperad, hijitos de puta, vais a croar en el infierno, antes de que todo acabe para vosotros».

VI

Los ciempiés se deslizaban dando vueltas por la superficie de la cisterna, recalentada por el sol, que se ponía verde, amarilla y oscura sucesivamente. Le dije a Itelo: —No os está permitido molestar a estos animales, pero ¿y si se diera el caso de que un forastero que venía de lejos, yo por ejemplo, os librara de ellos? Me daba perfecta cuenta de que no descansaría hasta haberlo intentado todo y haber acabado con la plaga.

Se adivinaba por su actitud que, por alguna ley que no está escrita, no le estaba permitido animarme a llevar a cabo mi propósito, pero que tanto él como el resto de los arnewi me considerarían el mayor de sus benefactores si lo lograba. Itelo, pues, no quería responder directamente a mi pregunta, pero suspiraba sin cesar y repetía: — Los tiempos son malos, muy, muy malos. Le lancé una mirada penetrante y le dije: — Itelo, déjalo de mi cuenta. Y aspiré una bocanada de aire entre los dientes, convencido de que llevaba en mí el poder de acabar con las ranas. Compréndanlo, los arnewi beben exclusivamente leche y las vacas son su único medio de vida. Jamás comen carne, a no ser en una ceremonia, cuando una vaca muere de muerte natural, y aun en este caso lo consideran una forma de canibalismo y la comen entre sollozos. Por lo tanto, la muerte de sus animales suponía para ellos un desastre irremediable, y la familia dueña del animal muerto celebraba los últimos ritos mientras comía la carne durante días. No era un milagro que estuvieran en este estado. Al alejarnos de aquella cisterna, llena de agua y de problemas, sentí como si toda ella, con sus algas y sus ranas, hubiese penetrado dentro de mí y ocupara ahora un lugar precioso en mi interior, y el agua se agitara con cada movimiento mío.

Nos dirigimos a mi choza (la de Itelo y Mtalba), pues quería arreglarme un poco antes de comparecer ante la reina. Y por el camino le largué un discursito al príncipe: —¿Sabes por qué los judíos fueron derrotados por los romanos? Porque se negaban a guerrear en sábado. Esto es lo que os ocurre a vosotros con lo del agua. ¿Hay que salvaros a vosotros mismos y a las vacas, o hay que salvar la tradición? Yo creo que a vosotros. Tenéis que seguir viviendo para crear unas costumbres nuevas. ¿Por qué ibais a dejaros arruinar por causa de unas ranas? El príncipe me escuchaba, pero dijo como único comentario: —Hummm, muy interesante. ¿De verdad? ¡Extraordinario!

Llegamos a la cabaña donde Romilayu y yo teníamos que albergarnos. Estaba rodeada de un patio, y, como todas las otras casas del contorno, estaba hecha de barro y tenía un techo cónico. Todo lo que había dentro parecía frágil, ligero y como hueco. Los palos marrones chamuscados se alineaban en el techo de tres en tres y encima de ellos las hojas de palmera parecían costillas de ballena. Una vez dentro, me senté. Itelo, que había entrado conmigo, dejando fuera a los que le seguían, se sentó frente a mí y Romilayu empezó a deshacer el equipaje. El calor había alcanzado a aquella hora del día su punto culminante y el aire estaba completamente quieto. Sólo oí, entre las cañas que encima de nuestra cabeza formaban una techumbre cónica de color

ámbar pálido y desde las que descendía un olor a vegetal seco, a unos animalitos, escarabajos o acaso pájaros o ratones, batir las alas y erizar el pelaje. Yo estaba demasiado cansado hasta para echar un trago (llevábamos con nosotros unas cantimploras llenas de *whisky*), y pensaba únicamente en aquel desastre y en cómo destruir las ranas de la cisterna. Pero el príncipe quería hablar y aunque al principio lo interpreté como un deseo de mostrarse sociable, me di cuenta muy pronto de que pretendía otra cosa y me puse en guardia.

—Yo fui a la escuela en Malindi —dijo. Es un pueblo maravilloso, maravilloso. Más tarde llegué a informarme sobre aquella ciudad de Malindi; se trataba de un viejo puerto en la costa del este, famoso entre los árabes tratantes de esclavos. Itelo me habló de sus andanzas. Él y su amigo Dahfu, que era ahora rey de los wariri, habían viajado juntos. Empezaron por el sur. Embarcaron en el Mar Rojo en un barco viejo y estuvieron trabajando en el ferrocarril de Al Medinah, construido por los turcos antes de la guerra del 14. Esta cuestión no me era del todo desconocida; mi madre se había interesado vivamente por la causa de los armenios, y gracias a mis lecturas de Lawrence de Arabia hacía mucho tiempo que yo me había dado cuenta de hasta qué punto la educación americana se había extendido por el oriente medio. Los jóvenes turcos, incluso el mismo Enver Pasha, si no me equivoco, estudiaron en universidades americanas. No dejaría de tener interés el averiguar cómo llegaron desde «la dulce Alicia y la risueña Allegra» a las guerras, complots y matanzas. Pero este Itelo, príncipe de la desconocida tribu ganadera de los arnewi, en la planicie de Hinchagara, había ido a una escuela de misioneros de Siria, y lo mismo su amigo wariri. Y los dos habían regresado a su apartado hogar. —Bueno —dije—, supongo que lo pasó en grande viendo mundo.

El príncipe sonreía, pero aun así su actitud era cada vez más tensa; había separado mucho las rodillas y apretaba el pulgar y los nudillos de una mano contra el suelo. Sin embargo, continuaba sonriendo y me di cuenta de que algo estaba a punto de ocurrir. Estábamos sentados allí, frente a frente, en unas banquetas bajas, dentro de aquella choza de techumbre de paja, que parecía una enorme cesta de ésas en que se guarda la costura; y todo lo que me había ocurrido hasta entonces... la larga caminata, el ruido de las cebras por la noche, el sol para arriba y para abajo cada día como una nota musical, el color de África, y el ganado y los lloriqueos y el agua amarilla de la cisterna y las ranas, todo aquello había trastornado hasta tal punto mi cabeza y mis sentimientos, que dentro de mí todo se sostenía mediante un equilibrio muy delicado, por no decir precario.

—Príncipe —dije—, ¿qué es lo que está tramando?

—Cuando llega un invitado forastero, siempre trabajamos amistad por medio de una lucha. Es infalible.

—Vaya, es toda una costumbre —dije vacilante—; y me pregunto si por una vez no podríais pasar por alto esta regla. O al menos esperemos un poquito, porque estoy reventado.

—Oh, no —me dijo—, un recién llegado tiene que luchar siempre. Siempre.

—Ya veo. Y, ¿supongo que tú serás el campeón de la localidad?

Pude haberme ahorrado la pregunta, pues de sobra conocía la contestación. Claro que él era el campeón y por esto había salido a mi encuentro y por eso se había metido conmigo en la choza. Esto explicaba también la agitación de los niños allá en el cauce del río: sabían que habría un encuentro entre los dos. —Está bien, príncipe —dije. Me siento casi dispuesto a darme por vencido sin que haya lucha. A fin de cuentas, tienes un físico tremendo y, ya lo ves, soy el más viejo.

Pero hizo caso omiso del comentario. Me puso la mano detrás del cuello y me tiró al suelo. Sorprendido, pero todavía respetuoso, añadí: —No, príncipe. No hagas eso. Creo que te llevo ventaja en el peso.

A decir verdad, yo no sabía cómo interpretar lo que estaba ocurriendo. Romilayu nos estaba mirando, pero no respondió a la mirada que le lancé. Se me cayó el casco blanco, que llevaba pegados a su interior el pasaporte, el dinero y los papeles, y mi pelo largo y crespo, que estaba necesitando las tijeras de un peluquero, se me erizó sobre la nuca cuando Itelo me arrastró al suelo con él. Me esforzaba, una y otra y otra vez, por encontrar una explicación a lo que estaba ocurriendo. Aquel Itelo era tremendamente fuerte, se puso a caballo sobre mí, con sus holgados pantalones blancos y su corta blusa de marinero, y logró tumbarme en el suelo de la choza. Pero yo mantenía los brazos rígidos, como si los tuviera atados a los costados, y le dejé tirar de mí y empujarme a su capricho. Ahora estaba boca abajo sobre la barriga, la cara contra el polvo y las piernas pegadas al suelo.

—Vamos, vamos —decía sin cesar—, usted tiene que pelear conmigo, señor.

—Príncipe —respondí—, con todos mis respetos, ya estoy luchando.

No lo puedo culpar por no creerme. Trepó por encima de mí —los pantalones blancos colgándole muy abajo, las enormes piernas, y los pies descalzos, del mismo color pálido que las manos— y dejándose caer sobre un costado, metió una pierna por debajo de mí, como una cuña, y me apresó el cuello. Respiraba jadeante, más cerca de mi cara de lo que yo hubiera querido, y me decía:

—Pelee, pelee, Henderson. ¿Qué diablos le pasa?

—Alteza, yo soy una especie de comando. Estuve en la guerra y pasamos por un programa de entrenamiento muy duro en Camp Blanding. No nos enseñaron sólo lucha libre, nos enseñaron a matar. Por eso yo no sé una palabra de lucha libre, pero en un combate de hombre a hombre, soy un tipo con el que no conviene enredarse. Sé muchos trucos; por ejemplo, cómo abrirle a uno la mejilla formando con el dedo un gancho y metiéndoselo en la boca, y cómo romper huesos y sacar ojos. Naturalmente que no siento ningún placer en este tipo de pelea. Además, ahora precisamente estoy intentando apartarme de todo lo que sea violencia. Figúrate, la última vez que levanté la voz hubo consecuencias pésimas. ¿Comprendes? —jadeé, porque el polvo había encontrado el camino de mi nariz. Nos enseñaron todas estas mañas peligrosas y me guardaré muy mucho de aplicarlas. Así que no quiero pelear contigo. Tenemos una

situación demasiado elevada... deberíamos dedicar toda nuestra energía al problema de las ranas.

Pero como seguía oprimiéndome la garganta con el brazo, le hice señas de que quería decirle algo serio de verdad. Y le dije: —Alteza, en realidad yo he venido aquí para hacer una investigación.

Me soltó. Creo que no era tan impulsivo ni tan dinámico... quiero decir, que no reaccionaba tan bien como él hubiera querido. Podía leer todo esto en su expresión, mientras me quitaba el polvo de la cara con un pedazo de tela índigo que pertenecía a una de las señoras de la casa. Lo había sacado de una de las vigas. Ahora él consideraba que éramos conocidos. Como había visto algo de mundo, al menos desde Malindi, en África, hasta allá arriba, en Asia Menor, debía haber tenido ocasión de enterarse de lo que era un tío blanco, y a partir de este momento, a juzgar por su expresión, yo pertenecía a esa categoría. Es verdad que mi actuación fue triste, pero ¿qué se me puede pedir con aquella voz interior diciendo «¡quiero!» y con todo lo demás? Había llegado a un punto en que consideraba cualquier acontecimiento de mi vida como una medicina; o me curaba o empeoraba mi triste estado. ¡Oh, mi estado! ¡Mi estado! ¡Sobre todo y ante todo mi estado! Me veía obligado a ir de un lado a otro con una mano en el pecho, como un viejo retrato de Montcalm muriéndose en los llanos de Abraham. Y puedo asegurarles que el exceso de tristeza me ha vuelto demasiado pesado, aunque antes yo era ligero y muy rápido, teniendo en cuenta mi peso. Hasta llegar a los cuarenta, más o menos, jugué al tenis, y en una temporada batí el récord de cinco mil partidos; prácticamente comía y dormía al aire libre. Cubría la pista como un verdadero centauro y arremetía con todo lo que se me ponía por delante; hacía hoyos en la pista, rompía en pedazos las raquetas y ante mis smash se caían las redes. Cito esto como una prueba de que no siempre fui tan triste y tan lento.

—Supongo que aquí eres el campeón indiscutido —le dije.

—Así es. Siempre gano.

—No me sorprende lo más mínimo.

Me respondió con indiferencia; tenía un brillo en el borde de los ojos. Como yo había permitido que me hiciera morder el polvo, creía que ya habíamos trabado una honda amistad, y llegó además a la conclusión de que yo era un hombretón enorme pero indefenso, un ser de aspecto formidable pero incapaz de movimiento, una especie de tótem indio o de tortuga galápagos humana. Por lo tanto, comprendí que para volver a ganarme su respeto tenía que hacer algo y decidí, a fin de cuentas, luchar con él. Dejé a un lado mi casco, me quité la camiseta y le dije: —Intentémoslo ahora en serio, alteza. A Romilayu no le gustó esto más de lo que le había gustado el reto de Itelo, pero no era persona para intervenir en un asunto de éstos. Se limitaba a mirar ante sí, con su nariz abisinia sobre la que su cabello proyectaba una amplia zona de sombra. En cuanto al príncipe, que había estado sentado muy erguido, con expresión relajada e indiferente, se animó y se echó a reír cuando yo me quité la

camisa. Se levantó y después se agachó. Se puso en guardia y yo hice lo mismo. Dimos vueltas así dentro de la choza. Luego intentamos apresarnos en una llave y todos los músculos de los hombros de Itelo entraron en acción. En vista de esto, decidí aprovechar inmediatamente la ventaja que me daba mi superioridad de peso, antes de que él me humillara, y con aquellos músculos era muy posible, lo que podría hacer que yo perdiera la cabeza y cayera en la tentación de utilizar mis mafias de comando. Hice algo muy simple; le embestí con la barriga, sobre la que el tatuaje del nombre de Francis se había estirado un poco, y al mismo tiempo le rodeé con la pierna y le aplasté la cara. Y con ese ataque por sorpresa, tan elemental, derrumbé a aquel hombre. Hasta yo mismo me sorprendí de que hubiera sido tan fácil, aunque el golpe con las dos manos y con el abdomen había sido bastante brutal. Se me ocurrió que a lo mejor se había dejado caer sólo para utilizar algún truco, por tanto no quise correr riesgo y lo empujé, para acabar con él, con todo el peso de mi cuerpo, upándole la cara con las dos manos. De este modo, lo privé de la vista y de la respiración y le propiné un buen golpe en la cabeza, dejándolo sin aliento, pese a su tamaño. Cuando él se desplomó bajo mi asalto, yo me tiré con él y lo apresé con las rodillas y los brazos.

Contento de no tener que recurrir a mis técnicas de matón, lo solté inmediatamente. Confieso que el elemento sorpresa (o suerte) estuvo completamente de mi parte y que por tanto no fue una prueba justa. Pude ver a las claras que estaba enfadado, porque cambió de color, pese a que el marco de oscuridad que rodeaba los ojos no experimentó variación alguna. No pronunció palabra, sólo se quitó la blusa marinera y el pañuelo verde y respiró profundamente, de modo que los músculos abdominales se hundieron hasta la espina dorsal. Empezamos otra vez a dar vueltas y vueltas dentro de la choza. Me concentré en mis movimientos de pies, pues éste es un punto débil y tengo la tendencia a echarme hacia adelante como un caballo percherón, con toda la fuerza puesta en el cuello, el pecho, la barriga y, cómo no, la cara. Ahora parecía haberse dado cuenta de que su mejor posibilidad estaba en tumbarme en el suelo, donde yo no podía utilizar el peso de mi cuerpo en contra suya. Cuando yo me agaché y me aproximé a él, cauteloso y con los codos hacia afuera, él se escurrió hacia abajo como un cangrejo con gran velocidad y me agarró por debajo de la barbilla, desde detrás de mi. Me aprisionó la cabeza y empezó a apretar. No era una verdadera llave de cabeza; era más bien lo que los viejos llamaban una «llave de ocasión». Le quedaba un brazo libre y pudo haberlo utilizado para golpearme, pero eso no parecía entrar en las reglas. En lugar de esto, me empujó hacia el suelo e intentó tumbarme de espaldas, pero caí boca arriba, y la verdad es que me hice un daño terrible, creí haberme roto en canal del ombligo para arriba. Recibí también un fuerte golpe en la nariz y temí que la base se hubiera roto, sentía casi entrar el aire por las dos partes del hueso roto. Pero, no sé cómo, conseguí mantener despejado un rincón de mi cabeza y aconsejarme a mi mismo moderación, lo que no deja de ser un mérito. Desde aquel día de frío bajo cero en que estaba partiendo leña y en que pensé,

al recibir el golpe de un pedazo de madera que salió volando, «se llega a la verdad a base de golpes», había descubierto evidentemente el modo de aprovechar estas situaciones. Ahora aquella experiencia me resultaba útil, sólo que la fórmula resultó diferente y ya no era «se llega a la verdad a base de golpes», sino que las palabras eran otras y estas palabras no podían resultar más difíciles. Venían a decir algo como «recuerdo muy bien la hora que sacudió el letargo de mi espíritu».

El príncipe Itelo me agarró por la parte superior del pecho con las piernas; dada mi anchura nunca hubiera podido rodearme por entero con ellas más abajo. Y mientras las apretaba, sentí que la sangre se me paraba en las venas y que los labios se me hinchaban; jadeaba y me empezaron a llorar los ojos. Pero también mis manos hacían su trabajo, y presionando con los dos pulgares su muslo, cerca de la rodilla, en un músculo que creo se llama *adductor*, pude obligarlo a poner la pierna derecha y a aflojar la presión. Empujé hacia arriba y me lancé contra su cabeza; llevaba el pelo muy corto, pero era lo suficiente para agarrarlo por él. Retorciéndole el pelo, lo agarré por detrás y lo obligué a darse la vuelta. Lo tenía cogido por la cintura de aquellos pantalones que le quedaban flojos, con mis dedos metidos por dentro. Entonces lo levanté en vilo. No le di ninguna vuelta, porque de hacerlo hubiera hundido la techumbre de la choza. Lo tiré contra el suelo, volví levantarlo y lo dejé sin aliento.

Supongo que se había confiado demasiado cuando me vio grande pero viejo, sudando a mares, pesado y triste. No se le podía culpar por haber creído que era él el que estaba más en forma. Y ahora, yo casi deseaba que fuera él el vencedor, pues, cuando cayó al suelo de cabeza, vi, al igual que algunas veces se logra ver un objeto que se precipita por las cataratas del Niágara, cuánta amargura reflejaba su cara. No podía creer que un viejo gordinflón como yo le robara su título de campeón. Y cuando me tumbé sobre él por segunda vez, sus ojos quedaron en blanco y eso no era debido únicamente al peso de mi cuerpo.

Desde luego puedo asegurarles que ni se me ocurría regodearme en el triunfo o comportarme como un orgulloso campeón. Estaba casi tan triste como él. Faltó muy poco para que se derrumbara toda la paja, cuando el príncipe cayó de espaldas contra el suelo. Romilayu estaba de pie, en un rincón, apoyado contra la pared. Aunque me dolía el pecho y sentí un pinchazo en el corazón, no dejé de arrodillarme encima del príncipe para asegurarme de que estaba sujeto; si me hubiera levantado sin sujetarlo de verdad, se hubiera ofendido profundamente.

Si el encuentro hubiera dependido de la madre naturaleza, él hubiera salido vencedor, desde luego yo hubiera apostado por él; pero no tuvo que luchar simplemente contra un conjunto de músculos y carne. Se trataba además de una cuestión de espíritu, pues cuando se trata de una pelea hay que colocarme en una categoría aparte. Desde mi más tierna infancia he peleado sin tregua. Yo le dije, pues; —No lo tomes tan a pecho, alteza. Él había ocultado el rostro tras aquellas manazas de color de piedra lavada, y ni siquiera intentaba levantarse del suelo. Cuando quise

consolarlo, sólo se me ocurrieron frases parecidas a las que hubiera empleado Lily en aquella situación. Lo sé perfectamente, se hubiera puesto pálida, lo hubiera mirado de frente y le hubiera hablado en un susurro, diciendo cosas casi incoherentes. Hubiera dicho que todos los hombres no son más que carne y hueso, y que todo el que se enorgullezca de su fuerza se verá humillado algún día, etc., etc. Les podría decir punto por punto todo lo que diría Lily, pero yo estaba allí como un pasmarote y no sabía hacer otra cosa que sentir pena por él. Sólo les faltaba, después de la sequía y de la plaga de ranas, que encima apareciera yo desde el desierto, les hiciera aquella demostración en el cauce seco del río Arnewi con mi mechero austríaco, entrara en el pueblo y tumbara a su campeón dos veces seguidas. Ahora el príncipe estaba de rodillas. Se cubrió de polvo la cabeza, cogió mi pie, calzado con la bota de ante de suela de goma, y se lo puso encima de la cabeza. Y una vez en esta postura, empezó a gritar mucho más fuerte que la muchacha y la delegación que había salido a recibirnos junto al muro de barro y espinos que rodeaba el poblado. Pero debo advertirles que no fue únicamente su derrota lo que le hacía llorar así. Estaba pasando por una enorme y compleja crisis emocional. Intenté quitar mi pie de encima de su cabeza, pero él lo retenía fuertemente y repetía sin parar: —¡Oh, señor Henderson! ¡Henderson! ¡Ahora lo conozco! ¡Oh, señor, ahora lo conozco!

Yo no podía decirle lo que pensaba, que era: «Oh, no, no me conoces. Nunca podrías llegar a conocerme. Las penas me mantienen en forma; a eso se debe que mi cuerpo sea tan duro. He levantado piedras, he vertido cemento, he partido leña y he trabajado con los cerdos. Mi fuerza no es una fuerza feliz. No ha sido una pelea limpia. Créeme, tú eres el mejor de los dos».

Por alguna razón, nunca he podido perder voluntariamente una contienda, por más veces que lo haya intentado. Incluso jugando a las damas con mis hijos pequeños, aunque trataba de forzarme a ser derrotado por ellos y aunque veía cómo les temblaban los labios de desilusión (¡oh, estoy seguro de que los chiquillos me odiaban!), mi dama saltaba de un lado a otro del tablero y yo gritaba con rudeza: — ¡He ganado! Sin embargo, para mis adentros no dejaba de pensar «¡oh, qué necio eres, qué necio!».

Pero no me di cuenta realmente de lo que sentía el príncipe, hasta que se levantó, me rodeó con sus brazos y apoyó su cabeza llena de polvo en mi hombro, diciéndome que ahora éramos amigos. Eso me llegó al alma, me llegó hasta el propio centro de mi vida, haciéndome sentir a un tiempo dolor y agradecimiento. Le dije: —Alteza, me siento orgulloso, feliz. Me cogió la mano, y aunque era un gesto un poco torpe, resultaba a la vez emocionante. Yo estaba rojo como un tomate, que es la señal de satisfacción que se le permite al tipo más viejo después de una victoria. Pero intenté quitarle importancia a todo aquel asunto y le dije:

—Tengo una larga experiencia a mi favor. Nunca sabrás cuánta ni de qué clase.

Él respondió: —Ahora lo conozco, señor. Lo conozco de verdad.

VII

Todos supieron que era mía la victoria, cuando vieron el polvo que cubría la cabeza de Itelo y su actitud al caminar a mi lado, de modo que la gente empezó a aplaudir cuando salí al sol, poniéndome todavía la camiseta y colocando de nuevo el casco en su sitio. Las mujeres batían palmas para mí con las muñecas juntas y al mismo tiempo abrían la boca, casi en el mismo ángulo que formaban las manos al aplaudir. Los hombres emitían unos ruidos parecidos a silbidos con la boca, muy hinchados los carrillos. Lejos de parecer resentido o de poner una cara patibularia, el mismo príncipe participó en la ovación. Me señaló con el dedo y sonreía. Comenté con Romilayu: —¿Sabes una cosa? Éstos son de verdad buena gente africana. Los quiero mucho.

La reina Willatale y su hermana Mtalba me esperaban bajo un cobertizo de paja en el patio de la reina. La reina estaba sentada en un banco de madera, que lucía en el respaldo, detrás de ella, una manta roja a guisa de bandera. Al acercarnos — Romilayu con el saco de regalos a la espalda—, la anciana abrió los labios y me sonrió. A mi parecer era una de esas señoras ya entradas en años. Me comprenderán quizá si les explico que la carne de su antebrazo colgaba sobre el codo. En mi opinión eso es el símbolo, el sello dorado, de poseer carácter. No le quedaban muchos dientes. Me dirigió una sonrisa amable y me tendió la mano, que era relativamente pequeña. Emanaba de la reina un aire de bondad, parecía salir de ella a cada aliento, mientras sentada allí me sonreía y me mostraba su benevolencia, satisfacción y buena acogida, con pequeños escalofríos. Itelo me indicó que debía tenderle la mano a la anciana y quedé atónito cuando la cogió y se la metió entre los pechos. Éste es el modo normal de saludarse allí. También Itelo había colocado mi mano sobre su pecho, pero yo no esperaba que una mujer fuera a hacer lo mismo. Para colmo, a más del calor intenso y del enorme peso que sintió mi mano, los tranquilos latidos de su corazón tomaron también parte en la presentación. Era un ritmo tan inalterable como la misma rotación terrestre, y me sorprendió; se me abrió la boca y se enturbió mi mirada: me parecía estar tocando los secretos de la vida. Pero no podía dejar allí mi mano para siempre, volví en mí y la retiré. Entonces le devolví el saludo; me llevé su mano al pecho y le dije: —Yo Henderson. Henderson. Toda la corte me aplaudió por haber aprendido tan de prisa. Así que pensé «¡viva yo!» y lancé un suspiro interminable.

La estabilidad se reflejaba en cada parte del cuerpo de la reina. Tenía el cabello blanco, la cara ancha y maciza, y estaba envuelta en una piel de león. Si hubiera sabido entonces lo que ahora sé de los leones, esto me hubiera servido como pista para conocer su modo de ser. Era la piel de un león melenudo. La parte más ancha no quedaba delante, como parecía lógico, sino que colgaba a su espalda. La cola pendía por el hombro, mientras que la zarpa pasaba por debajo y se ataba al extremo del rabo encima de la barriga. No sabría decirlos hasta qué punto me gustó aquello. La melena del león le servía de collar, y sobre este pelo tieso y áspero, que probablemente daba

picor, descansaba la reina su barbilla. Pero su cara estaba radiante de felicidad. Observé que tenía un defecto en un ojo, una catarata de un blanco azulado. Le hice una profunda reverencia a la anciana y se echó a reír. Le temblaba la barriga, sobre la que se ataba la piel de león, y meneaba la cabeza, ante el espectáculo que yo ofrecía, inclinándome con mis pantalones cortos y con las facciones encendidas, porque la sangre me subió a la cabeza al doblegarme.

Le expresé mi sentimiento por las desgracias que los afligían —la sequía, el ganado y las ranas— y le dije que creía saber bien lo que era sufrir una plaga y que me identificaba con ellos. Añadí que me daba cuenta de que su pan estaba amasado con lágrimas, y que esperaba no ser una carga para ellos. Todo fue traducido por Itelo y creo que le sentó bien a la anciana. Cuando se habló de las desgracias, siguió sonriendo tan tranquila, con la serenidad con que se refleja la luna en lo hondo de una acequia. Entre tanto, mi corazón latía agitado y a cada instante me juraba a mí mismo que haría algo, que dejaría allí mi aportación. «Quiero morirme —me decía— si no soy capaz de ahuyentar, exterminar y aplastar aquellas ranas».

Entonces le dije a Romilayu que empezara a dar los regalos. Primero sacó un impermeable de plástico, metido en una bolsa también de plástico. Lo miré con enfado, avergonzado de ofrecerle una baratija como aquélla a la reina, pero a decir verdad tenía la disculpa de que viajábamos con el mínimo de peso. Por otra parte, yo pensaba rendirle un servicio ante el cual el mejor regalo del mundo quedaría en mal lugar. Pero la reina juntó las muñecas y batió palmas para mí con más entusiasmo que las demás mujeres, y me sonreía con una maravillosa alegría libre de formulismos. Algunas mujeres del público siguieron su ejemplo y las que tenían un niño en brazos lo levantaban en alto, como si quisieran que se les grabara en la memoria la imagen de aquel visitante fenómeno. Los hombres abrían la boca cuanto podían, y silbaban armoniosamente con los dedos dentro. Hace años, el hijo del chofer, Vince, intentó enseñarme y estuve con los dedos dentro de la boca hasta que se me arrugó la piel, sin conseguir jamás emitir aquellos ruidos agudos. Por tanto, se me ocurrió que a cambio de librarlos de aquella peste de bichos, les pediría que me enseñaran a silbar. Me parecía emocionante saber silbar así con los dedos.

Le dije a Itelo: —Perdona, príncipe, este regalo tan pobretón. Me da cien patadas regalar un impermeable durante una sequía. Parece una burla. ¿Comprendes lo que quiero decir?

Sin embargo, él dijo que el regalo le gustaba mucho a la reina, y evidentemente era así. Yo había reunido un cargamento de baratijas, a base de los anuncios de la última página de la sección deportiva del domingo del *Times*, y también en las tiendas de compraventa de la tercera avenida y en las de ropa militar. Le di una brújula al príncipe, que llevaba unos pequeños prismáticos. No servían para gran cosa, ni siquiera eran útiles para un observador de pájaros. Como vi que la hermana gorda de la reina, Mtalba, fumaba, saqué uno de esos encendedores austríacos de larga mecha blanca. En algunas partes, especialmente en el pecho, Mtalba era tan obesa que su

piel se había puesto rosada de tan tirante. Las mujeres se crían así en aquellas partes de África en que hay que ser obesa para ser considerada una verdadera belleza. Iba vestida como para matarla, pues una mujer de su peso no puede lucir sin el apoyo de mucha ropa. Tenía las manos teñidas de alheña y el pelo en punta, tieso, color índigo.

Parecía una persona feliz y mimada, acaso la pequeña de la familia. Brillaba y relucía de grasa y de humedad, y su carne estaba fruncida, o quizá labrada como un verdadero brocado. Las caderas, bajo la amplia túnica, eran tan anchas como un sofá. Y también ella me cogió la mano y se la puso en el pecho diciendo: —Mtalba. Mtalba awhonto (Soy Mtalba. Mtalba te admira).

—Yo también la admiro —le dije al príncipe.

Intenté hacerle explicar a la reina que el abrigo que ahora llevaba era impermeable, y como parecía imposible encontrar una palabra que significara impermeable, agarré el impermeable por la manga y lo lamí. Interpretó mal mi gesto. Me agarró a mí y me lamió a su vez. Solté un grito.

—No grite, señor —dijo Romilayu, y lo dijo en tono apremiante. Entonces me sometí, y me lamió la oreja y la mejilla mal afeitada y después apretó mi cabeza contra su barriga.

—Bueno, ya está bien. ¿Qué se propone con todo esto? —dije. La mata de pelo de Romilayu se movía hacia arriba y hacia abajo. Me dijo: —Está bien, señor, está bien. En resumen, era un modo de mostrarme su especial favor. Itelo adelantó los labios, indicando con este gesto que debía besarla en la barriga. Primero, para secar mi boca, tragué saliva. En la caída que había sufrido durante la lucha, se me había partido el labio inferior. Entonces la besé y sentí un escalofrío al encontrarme con aquel calor. Mi cara, apartando el nudo de la piel de león, se hundió en la carne. Sentí el ombligo de la anciana y los órganos internos al hundirse. Me parecía ser un globo que flotara sobre las islas de las Especies y atravesara velozmente por entre nubes calientes, mientras llegaban desde abajo perfumes exóticos. Mis propios bigotes aplastados, me pinchaban el labio. Cuando me aparté, acabada aquella experiencia tan llena de significado (después de haber entrado en contacto con un misterioso poder, realmente existente, en la barriga de aquella mujer), Mtalba también tendía la mano hacia mi cabeza, deseosa de repetir la escena, como indicaban a las claras sus gestos mimosos, pero hice como que no lo entendía y le dije a Itelo: —¿Cómo es que todos están de luto y tus dos tías se sienten tan alegres?

—Son dos mujeres amargas.

—¿Amargas? No es que quiera erigirme en juez de lo amargo y de lo dulce —dije —, pero si éstas no son dos hermanas felices, debo estar completamente loco. ¡Pero si lo pasan estupendamente!

—¡Oh, felices! Sí, son felices... Amargas. Muy amargas dijo Itelo, y me lo explicó. Una persona «amarga» era una persona de verdadera sustancia. No se podía llegar más alto ni ser mejor. La «amarga» no era solamente mujer, sino mujer y hombre a un tiempo. Además, la mayor, Willatale, tenía prioridad en amargura.

Algunas de las personas que estaban en el patio eran sus esposos y otras sus esposas. Tenía muchos de las dos clases. Las esposas la llamaban marido y los niños la llamaban tanto padre como madre. Se había elevado por encima de las vulgares consideraciones humanas y hacía todo lo que quería, porque había demostrado una superioridad manifiesta en todos los órdenes. Mitalba también era «amarga» y llevaba el mismo camino de éxito. Mis dos tías le tienen simpatía. Esto es bueno para usted, Henderson me dijo Itelo.

—¿Se han formado una buena opinión de mí, Itelo? ¿De veras? —pregunté.

—Muy buena. De primera. Clase A. Admiran su aspecto y además saben que me ha vencido.

—Pues chico, ¡cuánto me alegra que mi fuerza física valga para algo, en vez de ser una carga, como lo ha sido en la mayor parte de ocasiones de mi vida! Pero dime una cosa, ¿las mujeres amargas no pueden solucionar el problema de las ranas?

Al oír esto, adoptó una expresión grave y respondió que no.

Ahora le tocó a la reina el turno de hacer preguntas. Primero me dijo que se alegraba de que yo estuviera entre ellos. No podía estar quieta mientras hablaba y su cabeza se agitaba en pequeños temblores, mientras el aliento le salía a golpes de los labios y la mano gesticulaba abierta delante de la cara. Después dejó de hablar y me sonrió, sin abrir la boca, al tiempo que el ojo sano se abría vivamente al mirarme y subía y bajaba el cabello blanco por el movimiento elástico de la frente.

Teníamos dos intérpretes, porque no se podía dejar de lado a Romilayu. Tenía gran sentido de la dignidad y de su cargo, y resultaba un modelo de corrección a la manera africana, como si hubiera sido educado para la vida cortesana. Hablaba en un tono agudo, arrastrando las palabras, la barbilla hundida en el pecho y un dedo apuntando ceremoniosamente a lo alto.

Después de darme la bienvenida, la reina quiso saber quién era yo y de dónde venía. Y en cuanto me hizo esta pregunta, cayó una sombra sobre la alegría y la despreocupación que yo sintiera, y empecé a sufrir. Me gustaría poder explicarles por qué me cuesta tanto hablar de mí mismo. Lo cierto es que es así y yo no sabía qué decir. ¿Debía decirle que era un hombre rico de América? A lo mejor ni siquiera sabía dónde estaba América. Tampoco las mujeres civilizadas están muy al tanto en geografía, pues prefieren crear un mundo para ellas solas. Lily podría decirles montones de cosas sobre las metas que perseguir en la vida, o sobre lo que debe o no debe hacer o esperar una persona, pero no creo que pueda asegurar si el Nilo corre hacia el Norte o hacia el Sur. Por tanto estaba seguro de que una mujer como Willatale no me hacía esta pregunta sólo para oír el nombre de un continente. Quedé, pues, cabizbajo y pensativo, la barriga caída hacia delante, preguntándome lo que debería decir. Tenía bajo la camisa los rasguños que me hiciera durante la pelea con Itelo y mantenía los ojos semicerrados. Respecto a mi cara, no me queda otro remedio que repetirles que no es una cara vulgar, es una especie de iglesia inacabada. Me daba cuenta de que las madres que había entre el público, arrancaban a sus bebés

de los pezones y los levantaban en alto para que vieran aquel «objeto» memorable. Como la naturaleza toca los extremos en África, creo que ellos apreciaban sinceramente mis peculiaridades físicas. Los críos lloriqueaban separados del pecho y me recordaban al mocososo que recogió en casa mi desgraciada hija Ricey. El recuerdo de este episodio me hundió y volví a sufrir por todas las pasadas dificultades y a pensar en mi triste estado. Una montaña de recuerdos cayó sobre mí abrumándome. ¿Quién... quién era yo? Un millonario errante y un aventurero. Un hombre violento y brutal lanzado al mundo. Un hombre que huyó de su propio país, el país que habían colonizado precisamente sus antepasados. Un tipo cuyo corazón repetía ¡*Quiero, quiero!*, y que tocaba el violín cuando estaba desesperado, esperando oír la voz de los ángeles. Un tipo al que sobresaltaba el sueño del espíritu, porque... ¿Qué podía yo contarle a aquella vieja reina, metida en una piel de león y en un impermeable? (Se lo había puesto y abrochado). ¿Que había estropeado la materia prima que se me había dado y que ahora viajaba para encontrar un remedio? ¿O debía contarle que había leído en algún sitio que el perdón de los pecados era para siempre, pero que con mi descuido habitual había perdido el libro? Me decía a mí mismo: «Tienes que contestarle a esta mujer, Henderson. Está esperando. ¿Pero, qué le voy a decir?». Y el proceso se desencadenó de nuevo dentro de mí. Una vez más se me preguntaba ¿quién eres?, y tuve que confesarme que no sabía por dónde empezar.

Pero ella se dio cuenta de que me sentía agobiado y de que a pesar de mi aspecto inteligente y forzado, había quedado sin palabras, y cambió de tema. Había comprendido ya que el abrigo era impermeable; llamó, pues, a una de sus cuellilargas esposas y la hizo escupir sobre él, frotar después la saliva y tocar el impermeable por dentro. La mujer quedó estupefacta y lo contó a todos los presentes, mojándose el dedo y apretándolo contra el brazo. Empezaron a cantar «Ahú» y a batir palmas y a silbar de nuevo, y Willatale me abrazó otra vez. Mi cara se hundió en su abrigo, luego en aquel bulto azafranado, hice a un lado el nudo de la piel del león y volví a sentir aquel poder que emanaba de la reina. No, no me había equivocado. Y pensé como la primera vez: «*La hora que despierta al espíritu dormido*». Entretanto, aquellos hombretones de aspecto deportivo continuaban con sus silbidos y abrían la boca como sátiros (en realidad, sólo recordaban a los sátiros en este aspecto). Siguió el batir de palmas; era el mismo gesto de las señoras cuando juegan a la pelota, incluso doblaban las rodillas, como se hace al ver que se acerca la pelota. Así pues, tras esta primera visión del poblado, llegué a la conclusión de que vivir entre personas de esta clase podía cambiar a un hombre. Notaba que ya me había hecho cierto bien. Y yo quería hacer algo por ellos... lo deseaba con toda mi alma. «Si por lo menos fuera médico —pensé—, operaría las cataratas del ojo de Willatale». Oh, sé perfectamente en qué consiste una operación de cataratas y no tenía ni la más remota intención de intentarla, pero me sentí avergonzado de un modo muy especial por no ser médico... o quizá era vergüenza por haber venido desde tan lejos y llegar con tan poco que ofrecer. ¡Pensar en todo el esfuerzo, todo el ingenio y toda la complicación que le

supone a un señor llegar rápidamente al mismo corazón de África... y después resulta que no es el tipo adecuado! Por tanto, tuve una vez más la sensación de que ocupaba un lugar en el mundo que hubiera debido ser ocupado más adecuadamente por otro. Bueno, supongo que es una cosa ridícula que me preocupe no ser médico, ya que, a fin de cuentas, algunos médicos son unos tíos bastante debiluchos y más de uno de los que yo conozco están metidos en algún negocio sucio. Pero en aquel momento yo pensaba especialmente en el ídolo de mi infancia: *Sir Wilfred Grenfell* de Labrador. Cuando leí sus libros, hace cuarenta años, sentado en el porche trasero de la casa, juré que sería médico misionero. Es una lástima, pero el sufrimiento es casi el único elemento capaz de sacudir el sueño del espíritu. Existe cierto rumor, desde hace siglos, según el cual también el amor logra este efecto. De todas formas, pensé que precisamente en aquellos momentos podía haber llegado una persona más útil al poblado de los arnewi, ya que, pese al encanto de las dos mujeres «amargas», la crisis por la que pasaba la tribu era realmente gravísima. Recordé una conversación con Lily. Yo le había preguntado: —Querida, ¿crees que es demasiado tarde para estudiar medicina? (Desde luego, no es que Lily fuera precisamente la mujer ideal para hacerle esta pregunta). —Claro que no, cariño. Nunca es demasiado tarde. Puedes vivir cien años —me respondió. Era el corolario a su convencimiento de que a mí no se me podía matar, así que le dije: —Tendría que vivir justamente estos cien años para que valiera la pena. Empezaría como internista a los sesenta y tres, justo cuando los demás se retiran. Claro que yo no soy en esto como los demás hombres y no tengo de qué retirarme. Pero no puedo esperar vivir siete vidas, Lily. ¡Más de la mitad de las personas que conocí de joven han muerto ya, y aquí estoy yo haciendo todavía planes para el futuro! Hay que pensar en los animales que he tenido, quiero decir que durante su vida un hombre tiene tiempo de tener seis o siete perros y después le toca ya a él morir a su vez. ¿Cómo voy a pensar, pues, en mis libros de texto y en el instrumental y en asistir a las clases y en estudiar un cadáver? ¿De dónde iba a sacar ahora la paciencia para estudiar anatomía, química y cirugía? —pero por lo menos Lily no se rió de mí como había hecho Francis. «Si yo supiera ciencias —pensaba ahora—, probablemente podría sacarme del magín algún medio efectivo para eliminar estas ranas».

Pero de todos modos, me encontraba bastante bien, y me tocaba a mi recibir los regalos. Las hermanas me dieron un cojín de piel de leopardo, y me trajeron una cesta de boniatos cocidos, cubiertos con un tapete de paja. Los ojos de Mtalba se agrandaron, mientras levantaba la caja lentamente y se le formaba un gesto de sufrimiento alrededor de la nariz; eran señales inequívocas de que yo le había gustado. Me lamió la mano con su lengua diminuta; yo la retiré y la limpié en mis pantalones limpios.

Pero me consideraba muy afortunado. Aquél era un lugar hermoso, extraño y diferente, y me emocionaba. Estaba convencido de que la reina podía enderezar mi espíritu si le daba la gana; como si pudiera, en cualquier momento, tender la mano y

mostrarme el objeto, la fuente, el virus... la clave. El misterio, ¿comprenden? Estaba completamente seguro de que ella poseía el secreto. La tierra es una inmensa bola que sólo se sostiene en el espacio por su movimiento y magnetismo, y nosotros, las criaturas conscientes que la poblamos, creemos que tenemos que movernos también en nuestro propio espacio. No podemos permitirnos el descanso, no podemos dejar de añadir nuestro granito de arena, imitando a la entidad superior. Ésta es nuestra actitud. Pero fíjense en Willatale, la mujer «amarga». Ella había renunciado a todas estas ideas, no se angustiaba por nada y se sentía confortada. ¡Pero si no ocurría nada malo! Al contrario, ¡todo parecía marchar perfectamente! ¡Había que ver lo contenta que estaba, sonriendo allí, con su nariz chata, sus dientes separados, su ojo velado y el otro sano, y su blanca cabeza! Sólo el verla hacía ya que me sintiera mejor y pensé que tal vez podría aprender a ser feliz si seguía su ejemplo. Y sentí claramente que se acercaba la hora de mi liberación, en la que era probable que terminara el sueño de mi espíritu.

Sentí en mi interior una agitación tan alegre y tan intensa, que me obligó a apretar los dientes. Algunas emociones me hacen golpear diente contra diente. Las emociones estéticas suelen provocar esto de un modo especial. Sí; cuando admiro algo bello, siento este dolor en los dientes y se me sensibilizan las encías. Como en aquella mañana de otoño, cuando las flores eran tan rojas y yo, de pie bajo la oscuridad verdosa del pino y envuelto en mi bata de terciopelo, sentía el sol como el pelo de una zorra, el ladrido de los perros y el graznido áspero de los cuervos sobre la dorada podredumbre del rastrojo. En aquel momento me dolieron terriblemente las encías, y ahora me dolían de un modo parecido. Y con este dolor, toda mi arrogancia difícil, preocupada, amenazadora, parecía desvanecerse, e incluso la dureza de mi barriga parecía relajarse y encogerse. Le dije al príncipe Itelo: —Alteza, ¿podrías arreglar las cosas de manera que pudiera tener una verdadera conversación con la reina?

—¿No ha hablado ya con ella? —dijo, un poco asombrado. Sí, si que ha hablado.

—Oh, quiero decir una conversación de verdad. No todas esas tonterías convencionales. Hablar en serio. Acerca de la sabiduría de la vida. Porque sé que ella la posee y no quisiera marcharme sin que me hubiera mostrado algo de ella. Estaría loco si lo hiciera.

—Ah, bueno. Muy bien. Está muy bien. Como usted me ha vencido, yo no puedo negarle una difícil labor de intérprete.

—¿Conque has entendido lo que quiero decir? Estupendo. Magnífico. Te quedaré agradecido hasta el día de mi muerte, príncipe. No tienes idea de hasta qué punto me haces feliz. La hermana «amarga» más joven retenía mi mano y yo pregunté: —¿Qué es lo que quiere de mí?

—Oh, siente gran afecto por usted. ¿No ve que ella es la más hermosa de todas las mujeres y usted es el más fuerte entre los hombres? Ha ganado usted su corazón.

—¡Al diablo su corazón! —respondí. Y empecé a pensar en cómo iniciar una

discusión con Willatale. ¿En qué debía centrarla? ¿En el matrimonio y la felicidad? ¿En los hijos y la familia? ¿En el deber? ¿En la muerte? ¿En aquella voz que repetía *Quiero*? (¿Cómo iba a explicarle todo esto a Itelo y a la reina?). Tenía que encontrar los puntos más simples y esenciales, y da la casualidad de que mi modo de pensar es complicado. Les voy a dar un ejemplo de este modo de pensar, que es precisamente lo que pensaba yo en aquel momento, bajo la pálida sombra de la techumbre de paja de aquel patio ardiente: Lily, a fin de cuentas mi queridísima esposa y mujer insustituible, quiso que termináramos con nuestra mutua soledad. Ahora ella ya no estaba sola, pero yo seguía estándolo, y eso ¿cómo se explica? El siguiente paso; en la vida la ayuda nos puede venir de otros seres humanos o... de otro lado. Y entre los seres humanos sólo quedan dos posibilidades, o la hermandad o el crimen. ¿Y qué es lo que hace que los buenos sean tan mentirosos? Evidentemente ellos creen que tiene que haber crímenes y que la mentira es el crimen más útil, porque por lo menos se hace en nombre de la bondad. En fin, cuando uno está entre la espada y la pared, yo me pongo del lado de los buenos, desde luego, pero no confío demasiado en ellos. Conque en resumen, ¿cuál es la mejor manera de vivir?

Sin embargo, no podía empezar la charla con la mujer «amarga» por un punto tan avanzado de mi pensamiento. Habría que tantear cuidadosamente el terreno para afianzarse después. Por tanto, le dije a Itelo: —Por favor, amigo, dile a la reina de mi parte que me hace un bien enorme sólo el verla. No sé si es su aspecto en general y la piel de león, o algo que siento que emana de ella. Sea lo que sea, el verla me descansa el alma.

Todo esto fue traducido por Itelo y entonces la reina se inclinó, con una ligera vacilación de su cuerpo robusto, y habló sonriendo.

—Dice que usted también le gusta.

—¿De verdad? —yo estaba radiante. Esto es magnífico. Éste es un gran momento para mí. Veo el cielo abierto. Es un enorme privilegio haber llegado hasta aquí. Le quité mi mano a Mtalba, rodeé al príncipe con el brazo y meneé la cabeza, pues estaba realmente inspirado y mi corazón empezaba a desbordarse. —Sabes, la verdad es que tú eres un hombre más fuerte que yo. Yo también soy fuerte, desde luego; pero es una fuerza mala, grosera, porque estoy desesperado. Mientras que tú estás realmente fuerte... simplemente fuerte. Esto afectó vivamente al príncipe y empezó a negarlo, pero yo le dije: —Mira, créeme. Si intentara explicártelo con detalle, tardarías meses y meses en lograr entender tan sólo un poquito de lo que me pasa. Mi alma es una especie de montepío; quiero decir que está llena de placeres que nadie viene a reclamar, de viejos clarinetes y máquinas de fotografiar, de pieles apolilladas. Pero no hablemos de esto. Sólo intento explicarte lo que siento aquí entre vosotros, en esta tribu. Eres estupendo, Itelo. Te quiero mucho. También quiero a la anciana. Bueno, la verdad es que todos sois estupendos. Y os liberaré de estas ranas, aunque me vaya la vida en ello. Todos veían que yo estaba emocionado. Los hombres empezaron a silbar con los dedos y a abrir las bocas como sátiros, y sin embargo

sonaba dulce, suave.

—Mi tía pregunta qué es lo que quiere de ella.

—Ah, ¿eso pregunta? Magnífico. Pregúntale, para empezar, qué es lo que ella ve en mí, ya que me es tan difícil decirle quién soy.

Itelo comunicó la cuestión a Willatale y ella frunció el ceño de aquel modo propio de los arnewi, que permitió ver claramente el globo del ojo sano, que tenía un brillo intencionado, mientras que el otro, el blanco y ciego, parecía irradiar humor, como si me ofreciera un guiño. Aquella persiana blanca cerrada, indicaba también que la reina me guardaba dentro de ella. Habló lentamente, sin quitarme la vista de encima, mientras se frotaba con los dedos el muslo, que parecía más corto aún por su gordura, como si leyera Braille. Itelo me transmitió sus palabras: —Tiene usted, señor, una enorme personalidad. Es muy fuerte (yo también opino como ella). Su cabeza está llena de pensamientos. Posee usted elementos de «amargo». —¡Qué bien! ¡Qué bien! Le gustan las cosas sensa... Le llevó varios segundos encontrar la palabra, mientras yo estaba allí, de pie en aquella corte llena de colorido, sobre el polvo dorado, con una atmósfera ligeramente teñida de rojo y de negro, las ramitas de los arbustos, marrones y oliendo a canela, consumido de impaciencia, consumido por el deseo de saber a qué juicio había llegado su sabiduría sobre mí. Sensa... cionales.

Asentí con la cabeza y Willatale siguió hablando: —Que... que... ¿está usted muy herido, señor Henderson! Su corazón está ladrando.

—Eso es —dije—, con sus tres cabezas, como Cerbero, el perro guardián. ¿Pero por qué ladra? Pero él la estaba escuchando, todo el cuerpo apoyado en un pie, como si le asustara oír con qué clase de hombre se había enfrentado dentro de la cabaña en la acostumbrada ceremonia de presentación. —Frenesí —dijo. —Sí, sí, tiene toda la razón. Esta mujer tiene realmente un don. ¡Dime, dime, reina Willatale! —la animé. Quiero la verdad. No quiero que tenga compasión de mí.

—Sufre —dijo Itelo, y Mtalba volvió a apoderarse de mi mano, para demostrarme su simpatía. —Tiene toda la razón.

—Ahora dice, señor Henderson, que tiene usted grandes capacidades; ya lo indica su tamaño, y especialmente la nariz. Tenía los ojos grandes y tristes, al llevarme la mano a la cara. Ciertamente la belleza no perdura. —En otro tiempo, yo era un hombre bien parecido —dije. Pero desde luego tengo una nariz con la que puedo oler el mundo entero. La heredé del fundador de la familia. Era un fabricante de salchichas holandés y se convirtió en el capitalista de menos escrúpulos de toda América.

—Disculpe a la reina. Le tiene afecto y dice que no quiere complicarle las cosas.

—Porque yo las tengo bastante complicadas. Pero mira, yo no he venido hasta aquí para pasar el tiempo con boberías. No quiero que nada la cohíba. Quiero saberlo todo sin rodeos.

La mujer «amarga» empezó a hablar de nuevo, muy despacio, mirándome complacida con su mirada tuerta y soñadora.

—¿Qué está diciendo?... ¿Qué está diciendo?

—Dice que le gustaría saber por qué ha venido. Sabe que ha tenido que cruzar la montaña y andar mucho. Usted ya no es joven, Mr. Henderson. Quizá pese usted ciento cincuenta kilos; su cara tiene buenos colores. Una especie de vieja locomotora. Muy fuerte, sí, ya lo sé. Concedido, señor Henderson. ¡Pero con tanta carne como un gran monumento!...

Yo escuchaba y las palabras escocían. Fruncí el ceño y los ojos desaparecieron en las arrugas que los circundaban. Entonces suspiré y dije: —Gracias por la sinceridad. Sé que resulta raro que haya venido desde tan lejos con mi guía, a través del desierto. Por favor, dile a la reina que lo hice a causa de mi salud. Esto sorprendió a Itelo y se echó a reír asustado. Lo sé —dije—, mi aspecto exterior no es el de un enfermo. Y parece monstruoso que a un individuo de mi aspecto le preocupe su propia persona, su salud o cualquier otra cosa. Pero es así. ¡Oh, qué miserable es el ser humano! ¡Uno puede padecer enfermedades tan extrañas! Sólo porque es un ser humano y no por otra razón. Antes de que te des cuenta, a medida que pasan los años, eres igual que todas las demás personas que has visto, con todas esas extrañas dolencias humanas. Sólo un vehículo para el genio, la vanidad, la temeridad y todo lo demás. ¿Quién lo quiere a uno? ¿Quién lo necesita? Estas preguntas ocupan el lugar que correspondería al alma humana. Pero bueno, ya que la reina ha empezado, quiero que me suelte todas las acusaciones. Yo puedo ayudarla donde queden lagunas, aunque no creo sea necesario. Ella parece saberlo todo. Pasión, ira, no carezco de nada: un verdadero almacén lleno de gangas deformes...

Itelo vaciló. Después transmitió lo que pudo a la reina. Ella asintió comprensiva con la cabeza, abriendo y cerrando la mano muy despacio sobre el nudo de la piel de león y contemplando el techo del cobertizo..., aquellas cañas de bambú color ámbar y las simétricas hojas de palmera sobre la techumbre. El pelo le caía como un millón de hilos de la tela de una araña, mientras que la grasa de los brazos le colgaba por encima del codo. —Dice —tradujo Itelo con cuidado— que el mundo es extraño para un niño. ¿No será usted un niño, señor?

—¡Oh, qué maravilla! —dije. Es verdad, es la pura verdad. Nunca me he sentido a gusto en este mundo. Toda mi podredumbre se ha ido amontonando sobre el niño que soy. —Entrecrucé los dedos y con la vista clavada en el suelo empecé a reflexionar sobre esto último, y cuando me siento inspirado soy como el tercer hombre en una carrera de relevos. Estoy impaciente por arrebatar el palo, pero cuando lo tengo en la mano, casi nunca salgo corriendo en la dirección adecuada. Así que lo que pensé fue algo así: «El mundo puede serle extraño a un niño, pero no lo teme de la misma manera que un hombre. El niño generalmente se maravilla ante él. Pero a un hombre adulto generalmente le aterriza. ¿Y por qué? Por la muerte. Así que se las compone para que se le juzgue como a un niño. Todo lo que hace no es culpa suya. ¿Y quién es el raptor..., el gitano? La misma extrañeza ante la vida, algo que hace de la muerte una cosa muy remota, como en la niñez». Estaba bastante orgulloso

de mí mismo, de verdad. Y le dije a Itelo—: Dile por favor a la vieja que la mayor parte de las personas odian mezclarse en los problemas de los demás. Los problemas apestan. Así que no olvidaré su generosidad. Ahora escucha... escucha —les dije esto a Itelo, a Willatale, a Mtalba y a todos los miembros de la corte, y empecé a cantar un trozo del *Mesías* de Haendel— «Fue odiado y rechazado, un hombre triste que conocía el dolor» —y proseguí con otro trozo del oratorio— «pues, ¿quién espera el día de su venida y quién se pondrá en pie cuando aparezca?»— Yo estaba cantando así y Willatale, la mujer «amarga», reina de los arnewi, movía suavemente la cabeza, quizá con admiración. La cara de Mtalba resplandecía con una emoción similar y su frente empezó a arrugarse, frunciéndose hacia arriba, hacia aquel pelo tieso y en punta, teñido de índigo, mientras las mujeres batían palmas y los hombres silbaban a coro.

—¡Oh, excelente espectáculo, señor! ¡Amigo mío! —me dijo Itelo. Sólo Romilayu, robusto, musculoso, bajo y arrugado, parecía desaprobarme lo que yo estaba haciendo; pero quizá se debiera sólo a sus arrugas que le daban siempre una expresión ceñuda y quizá él no desaprobaba en absoluto mi conducta.

—Grun-tu-molani —dijo la reina.

—¿Qué es esto? ¿Qué dice?

—Dice que usted quiere vivir. Grun-tu-molani. El hombre quiere vivir.

—Sí, sí, sí. Molani. Yo molani. ¿Ella lo ve? Dios la recompensará, díselo, por habérmelo dicho. Yo también la recompensaré. Aniquilaré a estas ranas, las sacaré de una explosión de esa cisterna y las haré volar hasta el mismo cielo, se van a arrepentir de haber bajado a molestar desde la montaña. No sólo quiero molani para mí, sino para todo el mundo. Las cosas se habían puesto tan tristes para el mundo, que no pude soportarlo y me puse en camino precisamente por ese «molani». Grun-tu-molani, ancianita, vieja reina. ¡Grun-tu-molani todos! —levanté mi casco ante toda la familia y miembros de la corte. Grun-tu-molani. Dios no juega con nuestras almitas. Por tanto, grun-tu-molani. Contestaron entre dientes «tu—molani». Mtalba, con los labios cerrados, el rostro dilatado de felicidad, y las manecitas teñidas de alheña, con las muñecas abultadas apoyadas en las caderas, me miraba, derretida, a los ojos.

VIII

Ahora bien, yo desciendo de un linaje maldito y burlado durante más de cien años, y cuando rompía botellas a orillas del mar eterno, los que me contemplaban no recordaban sólo a mis antepasados ilustres, a los embajadores y hombres de estado, sino también a los lunáticos. Uno de los de esa serie se lió en la rebelión de los boxers, convencido de que era un oriental, a otro le estafó una actriz italiana trescientos mil dólares, a otra se la llevó un globo mientras hacía propaganda a favor del movimiento sufragista. Ha habido muchos personajes impulsivos o imbéciles en nuestra familia. (En francés *am-be-siil* es un término más fuerte). En la anterior generación uno de los primos Henderson obtuvo la medalla de la Corona de Italia, por su labor de rescate durante el temblor de tierra de Messina, Sicilia. Estaba pudriéndose por no hacer nada en Roma. Se aburría y solía montar a caballo dentro del Palazzo, desde su dormitorio hasta el salón. Después del terremoto llegó a Messina en el primer tren y dicen que estuvo dos semanas sin dormir, dedicado a hurgar cientos de ruinas y a rescatar innumerables familias. Esto indica que existe un ideal de prestar servicios en nuestra familia, aunque a veces se manifieste con un fondo de locura. Uno de los viejos Henderson, sin ser ministro de iglesia alguna, tenía la costumbre de predicar a sus vecinos y los congregaba golpeando con una palanca la campana que pendía en su patio: todos tenían que acudir.

Dicen que me parezco a él. Usamos el mismo número de cuello, el 22. Podría mencionar que sostuve un puente minado en Italia, evité que cayera hasta que llegaron los ingenieros. Pero esto cae dentro de los actos de servicio y es mejor ejemplo mi comportamiento en el hospital cuando me rompí la pierna. Pasé todo el tiempo en la sala de los niños, divirtiéndome y animando a los chiquillos. Saltaba apoyándome en las muletas de un rincón a otro de la habitación, vestido con el camisón del hospital; no podía molestarme en atar los cintajos y llevaba el trasero al aire. Las enfermeras corrían detrás de mí para taparme, pero yo no me estaba quieto.

Ahora nos encontrábamos en las montañas más remotas de África —o al menos, demonio, no podían quedar muy lejos— y resultaba triste que aquella gente sufriera tanto por culpa de las ranas. Era natural que yo quisiera ayudarles. Y daba la casualidad de que probablemente era algo que caía dentro de mis posibilidades, y era lo menos que yo podía intentar en aquellas circunstancias. ¡Recordad lo que hizo la tal reina Willatale por mí! Me adivinó el carácter, me reveló el *grun-tu-molani*. Pensé que aquellos *arnewi*, sin excepción, se habían desarrollado de un modo desigual; era posible que poseyeran la sabiduría de la vida, pero cuando se trataba de ranas eran unos inútiles. Yo encontré para esto una explicación. Los judíos tienen a Jehová, pero se negaban a defenderse en sábado. Y los esquimales se mueren de hambre teniendo caribú en abundancia, porque está prohibido comer caribú en la temporada de pescado, ¿o es comer pescado en la temporada del caribú? Todo depende del valor que se da a las cosas. ¿Y dónde está la verdad, les pregunto? ¿Dónde está? Yo mismo,

muerto de tristeza y de aburrimiento, poseí la felicidad, una felicidad objetiva que me rodeaba por todas partes, una felicidad tan abundante como el agua de aquella cisterna donde estaba prohibido abreviar el ganado. Y por tanto, pensé, ése será uno de estos tratos de ayuda mutua: en aquello en lo que los arnewi son irracionales y los ayudaré, en aquello en lo que yo lo soy, me ayudarán ellos a mí.

Ya había asomado la luna, con su cara seria, por el Este; detrás había unas nubes que parecían de algodón. Esto me dio un punto de referencia para calcular la altura de las montañas y creo que rozaban los tres mil metros. El aire de la noche se puso de un verde oscuro, a pesar de que los rayos de la luna conservaban su blancura intacta. Las techumbres de paja se parecían más que nunca a un plumaje; plumas pesadas y oscuras. Mientras estábamos allí, junto a una de esas cúpulas iridiscentes, rodeados de un batallón de esposas y de parientes, con aquel par de quitasoles en forma de flores de calabaza todavía a nuestro lado, le dije al príncipe Itelo: —Príncipe, voy a intentar algo contra esos bichos de la cisterna. Estoy seguro de que sabré arreglármelas con ellos. Tú no tienes por qué mezclarte en absoluto, ni siquiera tienes que dar una opinión a favor o en contra. Lo hago bajo mi entera responsabilidad.

—¡Señor Henderson, usted es un hombre extraordinario! Pero no se haga demasiadas ilusiones.

—¡Ja, ja! Perdóname, príncipe, pero en esto te equivocas. Si no me hago ilusiones, nunca consigo lo que me he propuesto. Pero ahora —le dije— olvida lo que te he dicho.

Así pues, nos dejó en nuestra choza y Romilayu y yo nos ocupamos de la cena. Fue a base de boniatos fríos y de galletas, a eso añadí un suplemento de píldoras vitamínicas. Eché un buen trago de *whisky* y dije: —Vamos, Romilayu, acerquémonos a la cisterna y echémosle un vistazo a la luz de la luna. Me llevé una linterna para alumbrar debajo del cobertizo, pues como ya he dicho habían construido un cobertizo encima de la cisterna.

Realmente las ranas lo pasaban mejor que nadie. En aquel lugar, gracias a la humedad, crecían las únicas hierbas del poblado. Y aquella variedad poco frecuente de rana de montaña, moteada de verde y blanco, saltaba, se zambullía y nadaba en el agua. Dicen que el aire es la última morada del alma, pero dados nuestros sentidos yo creo que no se puede encontrar un elemento más dulce que el agua. Al bordear la cisterna y ver junto a nuestros pies aquellos seres de piel brillante y mojada, con sus patitas blancas y sus sonoras gargantas, con sus ojos semejantes a burbujas, me pareció que la vida de aquellas ranas debía ser muy hermosa y que habían llegado a la consecución de su ideal. Mientras que los otros seres, representados en aquel momento por Romilayu y por mí, estábamos sudorosos y abrasados. En la sombra del anochecer, intensificada por el cobertizo, mi cara parecía arder, como si fuera el cráter de un volcán. Tenía las mandíbulas hinchadas y estaba a un paso de creer que si apagaba la linterna, podríamos ver a las ranas de la cisterna sólo a la luz del resplandor que emanaba de mí.

—Están felices estas ranas —le dije a Romilayu—, mientras les dure. —Y moví la linterna de un lado a otro por la superficie del agua, donde se apiñaban las ranas. De ser otras las circunstancias, hubiese adoptado una actitud tolerante, incluso de simpatía, hacia ellas. En principio no tenía por qué estar en contra de aquellos animales.

—¿De qué ríe, señor?

—¿Estoy riendo? No me daba cuenta —dije. Son grandes cantantes. Allá, en Connecticut, las ranas sólo croan, pero éstas tienen magníficas voces de bajo. ¡Escucha! Una música variadísima. ¡La, ra, la, ra! *Agnus Dei qui tollis peccata mundi, miserere no-ho-bis...* ¡Es Mozart! ¡Es Mozart, lo juraría! Tienen pleno derecho a entonar el miserere, pobres bichejos, ahora que la espada del destino está a punto de caer sobre ellos.

«Pobres bichejos» fue lo que dije, pero la verdad es que me relamía de gusto... Mi corazón se regocijaba de antemano con su muerte. Odiamos a la muerte, tememos a la muerte, pero cuando se llega a un caso concreto, no hay nada comparable. Sí, les tenía pena a las ranas, y mi lado humano también respondía. No había en mí fallo alguno en este sentido. Pero, a pesar de todo, estaba ansioso por hacer caer los mayores desastres sobre aquellos bichos de la cisterna.

Al mismo tiempo, no podía dejar de darme cuenta de esta desigualdad: de un lado, aquellos semi-pescaditos inofensivos, que no tenían culpa ninguna del terror que inspiraban a los arnewi; del otro, yo, varias veces millonario, con un metro noventa de estatura, más de cien kilos de peso, conocido en la mejor sociedad y oficial de guerra condecorado. Pero yo no era responsable de esto, ¿verdad? Había aún una cosa más: ya en otra ocasión me había visto mezclado en un lío con animales. Nunca he conseguido librarme de la profecía de Daniel: «Te separarán de los hombres y tendrás tu morada entre las bestias del campo». Dejando a un lado los cerdos, con los que sostuve una legítima relación de criador, hubo un jaleo con un animal hace poco tiempo. En aquella noche del asalto a las ranas, yo pensaba en aquel bicho, un gato. Será mejor que lo explique.

Ya saben lo del edificio que reformé para Lily en nuestra propiedad. Lo alquiló a un profesor de matemáticas y a su mujer. Como la casa no tenía calefacción, los inquilinos se quejaron y yo los desahucí. Fue por esto, y por un gato que tenían, por lo que Lily y yo estábamos discutiendo cuando cayó muerta la señorita Lenox. El gato era un macho joven, de pelaje marrón y gris humo.

Aquellos inquilinos habían venido dos veces a mi casa para discutir el problema de cómo calentar la suya. Yo hacía ver que no sabía nada, pero seguí con interés la marcha del asunto, espiándoles desde el piso de arriba. Oía sus voces en la sala y sabía que Lily intentaba una conciliación. Yo husmeaba desde el segundo piso, metido en mi bata roja y con las botas wellington de andar por el establo. Más tarde, cuando Lily intentó discutir conmigo la cuestión, le dije: —Todos estos quebraderos de cabeza son cosa tuya. Ya sabes que yo no he querido nunca meter desconocidos en

mi casa. A mí me parecía que ella los había traído para trabar amistad con ellos y yo estaba en contra. —¿Qué es lo que les molesta? ¿Los cerdos? —pregunté. —No —dijo Lily—, no han dicho media palabra de los cerdos. Yo respondí: —Sí, sí. Ya he visto la cara que ponen cuando les preparo de comer. Y además, no comprendo por qué has de tener una segunda casa, si no eres capaz de ocuparte de la tuya.

La segunda y última vez que fueron a mi casa, iban más decididos a protestar. Los vi llegar desde el dormitorio; me estaba cepillando el pelo con dos cepillos. Vi que el gato color humo les seguía, saltando sobre los tallos cortados y secos que quedaban en la huerta. El brócoli es fantástico cuando lo cubre la escarcha. Se inició la conferencia debajo de mí. No pude aguantar más y pateé en el suelo, justo encima de la sala. Luego pegué un berrido por la escalera: —¡Váyanse al diablo y salgan de una vez de mi propiedad!

Los inquilinos me respondieron: —De acuerdo, pero queremos que nos devuelva el depósito, y tendría que pagar también los gastos de traslado.

—Está bien —dije—, suban si quieren a recoger su dinero —y pateé en la escalera con mis wellington, gritando—: ¡Fuera de aquí!

Y se fueron, claro. Pero dejaron abandonado a su gato y yo no quería un gato salvaje haciendo el loco por mi propiedad. Los gatos salvajes traen siempre disgustos y aquel animal era muy fuerte; lo había visto cazar y jugar con una ardilla. En otra ocasión, por culpa de un gato parecido, que vivía en una madriguera de marmota próxima al estanque, tuvimos que sufrir durante cinco años. Se peleaba con todos los gatos de los establos, les daba arañazos y les sacaba los ojos. Yo intenté acabar con él mediante pescado envenenado y bombas de humo. Pasé días enteros en el bosque, de rodillas junto a la madriguera, con la esperanza de atraparlo. Así pues, le avisé a Lily: —Si este gato se vuelve salvaje como el otro, lo vas a sentir.

—Aquella gente volverá a buscarlo —me respondió.

—Ni lo sueñes. Han querido deshacerse de él. Y tú no sabes lo que son los gatos salvajes. ¡Preferiría tener un lince como vecino!

Teníamos un jornalero llamado Hannock. Fui a los establos y le dije: —¿Dónde está el gato que esos puñeteros de la ciudad han dejado abandonado? Era a fines de otoño y estaba guardando manzanas, apartando para los cerdos las que había tirado el viento. Hannock estaba en contra de los cerdos, porque habían causado destrozos en el césped y en el jardín.

—No molesta nada, señor Henderson. Es un gatito muy bueno. Muy bueno.

—¿Le pagaron acaso para que usted se ocupara de él? Tuvo miedo de confesarlo y me mintió. La verdad es que le habían dado dos botellas de *whisky* y una caja de leche en polvo (marca Starlac).

—No, no me han dado nada, pero lo cuidaré. No me da ningún trabajo.

—No quiero ningún animal abandonado en mi propiedad —y recorrí mi granja de parte a parte, diciendo—: Psi, psi, psi. Por fin el gato se me vino a las manos y no luchó cuando lo agarré por el cogote y lo encerré en una habitación del desván.

Mandé una carta certificada y urgente a los dueños y les di de tiempo hasta las cuatro del día siguiente para venir por él. De lo contrario, me ocuparía de que terminaran con el dichoso gato.

Le enseñé a Lily el recibo de la carta certificada y le dije que el gato estaba en mis manos. Intentó embaucarme e incluso se emperifolló para la cena y se puso polvos en la cara. Supe que estaría dispuesta a razonar conmigo. —¿Qué te pasa? No tienes apetito —le dije—, pues normalmente come muchísimo y estando conmigo en el restaurante ha comentado la gente que nunca habían visto a una mujer tragar de aquella manera. Cuando está en forma, dos bistecs de los gordos y seis botellas de cerveza no son nada para ella. A decir verdad, estoy muy orgulloso de esta capacidad de Lily.

—Tampoco tú comes —me respondió.

—Es porque algo me preocupa. Estoy enfadado. Paso por una crisis.

—¡Cariño, no seas así! —dijo.

Pero la emoción, o lo que fuera, me llenaba de tal modo, que me sentía incómodo dentro de mi propia piel. Horrible.

No le dije a Lily lo que pensaba hacer, pero a las tres horas y cincuenta y nueve minutos del día siguiente, como no hubiera recibido respuesta de mis exinquilinos, subí escaleras arriba para llevar a cabo mi amenaza. Llevaba una bolsa de compras y dentro iba la pistola. Había mucha luz en el cuartito empapelado del desván. Le dije al gato: —Te han abandonado, gatito. Se aplastó contra la pared, con el lomo arqueado y el pelo erizado. Intenté apuntar desde arriba, pero al fin tuve que sentarme en el suelo y apuntar por entre las patas de una mesa de *bridge* que había allá arriba. El espacio era reducido y yo no quería gastar más de un disparo. Por mis lecturas sobre Pancho Villa sabía yo los métodos mexicanos de disparar: apuntar con el dedo índice apoyado en el cañón y apretar el gatillo con el dedo del corazón, pues el índice es el apuntador más exacto de que disponemos. De este modo, logré tener el centro de su cabeza exactamente debajo de mi índice (un poco torcido) y disparé, pero mi voluntad no estaba realmente puesta en esta muerte y fallé el disparo. No tiene otra explicación que errara el tiro a una distancia de dos metros. Abrí la puerta y el gato se precipitó hacia ella. En la escalera, el hermoso cuello muy estirado y la cara blanca de terror, estaba Lily. Para ella, una pistola que se dispara dentro de casa sólo puede significar una cosa: el recuerdo de la muerte de su padre. Yo llevaba en la mano la pistola y la bolsa de compras colgaba vacía a mi lado.

—¿Qué has hecho?

—¡Puñetas! He intentado hacer lo que dije que haría.

Sonó el teléfono y pasé junto a Lily para ir a contestar. Era la mujer del inquilino y le dije: —¿Por qué ha esperado hasta el último momento? Un poco más y es ya demasiado tarde.

Se echó a llorar y también yo me sentía muy triste. Le grité: —¡Venga a recoger su dichoso gato! A ustedes, la gente de la ciudad, no les importan los animales. Todo

el mundo sabe que no se puede abandonar a un gato.

Lo raro de la situación es que mis actos siempre responden a alguna motivación real. Cómo pude hacer tanto daño, no lograré comprenderlo nunca.

Así pues, junto a la cisterna, el problema de eliminar las ranas me trajo a la memoria aquel episodio. «Pero esto es distinto» pensé. «Ahora la cosa está muy clara y además demostraré lo que yo pretendía al perseguir a aquel gato». Lo deseaba de verdad, pues mi corazón estaba abrumado por aquel recuerdo y yo sentía una pena enorme. Estuvo a punto de ser algo muy grave..., casi un pecado mortal.

Sin embargo, tuve que enfrentarme a la situación del momento y consideré varias posibilidades, como rastrillar el agua o utilizar venenos. Ninguna parecía aconsejable. Le dije a Romilayu: —El único sistema razonable es una bomba. Una sola explosión terminaría con esos bichos, y cuando floten muertos en la superficie, no tendremos que hacer más que recogerlos de la superficie y los arnewi podrán abreviar su ganado. Es muy sencillo.

Cuando por fin comprendió mi idea, me dijo: —No, señor. No.

—¿Qué quiere decir «no, señor, no»? No seas bobo, soy un viejo soldado y sé lo que me digo. No servía de nada discutir con él, porque la idea de una explosión lo asustaba. —Está bien, Romilayu, vamos a nuestra choza y durmamos un poco. Ha sido un gran día y mañana nos espera mucho trabajo.

Volvimos a la choza y él se puso a rezar. Creo que Romilayu me empezaba a coger la onda; me quería, pero empezaba a darse cuenta de que yo era impetuoso y desgraciado y de que actuaba sin la suficiente reflexión. Cayó, de rodillas, con los muslos apretados contra las pantorrillas y los talones asomando por debajo. Juntó las manos —palma contra palma— bajo la barbilla; los dedos muy separados. Con frecuencia yo solía pedirle a media voz: —Diles una palabrita por mí —y se lo pedía medio en serio.

Cuando Romilayu terminó sus rezos, se tumbó de lado y colocó una mano entre las rodillas, que mantenía encogidas cerca del pecho. La otra mano la tenía debajo de la mejilla. Siempre dormía en esta posición. También yo extendí mi manta en el suelo de la choza oscura, evitando los rayos de la luna. No sufro con frecuencia insomnio, pero aquella noche tenía muchas cosas en la cabeza: la profecía de Daniel, el gato, las ranas, aquel lugar de aspecto ancestral, la embajada lloricona, la lucha con Itelo y la reina que leyó dentro de mi corazón y que me dijo lo de grun-tu-molani. Todo eso daba vueltas dentro de mi cabeza y me mantenía terriblemente excitado. Además, no podía dejar de preguntarme cuál sería el mejor medio de terminar con aquellas ranas. Naturalmente yo sé algo de explosivos y pensé que podría quitar las pilas e improvisar una bomba bastante buena dentro de mi linterna eléctrica, llenándola con la pólvora de los cartuchos de mi .375 H y H Magnum. Llevan una carga potente, pueden creerme, y se podría hacer volar con ella a un elefante. Había comprado el .375 especialmente para el viaje a África, después de leer lo que decía de él *Life* o quizá *Look*. Un muchacho que tenía uno, un muchacho de Michigan, se había ido a

Alaska en cuanto le dieron vacaciones. Voló a Alaska y contrató un guía para atrapar un oso kodiak, encontraron al oso, lo persiguieron por precipicios y pantanos y lo mataron a una distancia de casi cuatrocientos metros. Yo mismo sentí cierto interés por la caza hace algún tiempo, pero a medida que me he hecho mayor me ha parecido un modo extraño de relacionarse con la naturaleza. Quiero decir que un hombre sale al mundo de la naturaleza, ¿y lo único que se le ocurre es ponerse a pegar tiros? No tiene sentido. Así pues, en octubre, cuando empieza la temporada y asoma el humo de la pólvora tras los matorrales y los animales huyen aterrados de un lado a otro, yo salgo al campo y detengo a los cazadores por cazar en un terreno acotado y se los llevo al juez y él les pone una multa.

Dentro de la choza, pensando en que iba a usar los cartuchos para fabricar mi bomba, yo sonreía. Imaginaba la sorpresa que les aguardaba a las ranas. También sonreía de satisfacción al imaginar por anticipado la gratitud de Willatale y de Mtalba y de Itelo y de todos los demás. Llegué incluso a imaginar que la reina me elevaría a una jerarquía igual a la suya; pero yo le diría; —No, no. No abandoné mi hogar para conseguir poder y gloria, y si hago un pequeño favor lo hago gratis.

Todas esas ideas daban vueltas en mi cabeza y no me dejaban dormir, y si quería preparar la bomba la mañana siguiente, era imprescindible que descansara. Soy un poco especial en esto del sueño, pues si por cualquier razón duermo siete horas y cuarto en lugar de dormir ocho, luego me siento desdichado y me arrastro de un lado a otro, aunque no me pase realmente nada. Es simplemente otra de mis *ideas*. Eso es lo que ocurre con mis ideas; parece que ellas se vuelven más fuertes cuando yo me siento más débil.

Mientras estaba despierto, recibí una visita de Mtalba. En el momento de trasponer el umbral, ocultó la luz de la luna. Se sentó en el suelo, muy cerca de mí, suspirando, me cogió una mano y me habló quedamente. Me obligó a acariciar su piel, que realmente era prodigiosamente suave; tenía razones para sentirse orgullosa de ella. Aunque la toqué, me hice el desentendido y me negué a responder. Permanecí allí, tumbado sobre la manta, con la mirada fija en el techo. Intentaba concentrar toda mi atención en el modo de fabricar la bomba. Desenrosqué la tapa de mi linterna (con el pensamiento), y extraje las pilas por delante, luego corté los cartuchos y dejé que la pólvora resbalara dentro de la linterna. ¿Pero cómo prenderle fuego? El agua presentaba un problema especial. ¿Qué usaría como mecha y cómo evitaría que se mojara? Podía sacar algunas hebras de mi mechero austríaco y mojarlas durante largo rato en gasolina. O un cordón de los zapatos; un cordón de zapatos parafinado podía resultar perfecto. Éste era el hilo de mis pensamientos, y durante todo el tiempo la princesa Mtalba estuvo sentada a mi lado, lamiéndome y sobándome los dedos. Me sentí culpable a causa de esto y pensé que si ella supiera los horrores que yo había cometido con aquellas mismas manos, lo pensaría dos veces antes de llevárselas a los labios. En ese preciso momento besaba el dedo con el que había apuntado el revólver hacia el gato y sentí en este dedo un profundo dolor, que subió por el brazo y por el

resto de mi sistema nervioso. Si ella me hubiera podido comprender, le hubiera dicho: «Hermosa dama» (pues era considerada una gran belleza y se comprendía perfectamente el por qué). «Hermosa dama, yo no soy el hombre que usted cree. Pesan sobre mi conciencia cosas increíbles y tengo un carácter indomable. Hasta mis cerdos me tenían miedo».

Y sin embargo, no siempre es fácil esquivar a una mujer. Lo cierto es que a veces ellas cargan con tipos borrachos, estúpidos o criminales. Supongo que es el amor lo que les da fuerzas para hacerlo, borrando todas esas realidades terribles. No soy sordo ni ciego y he observado que existe una relación entre el amor de una mujer y los grandes principios de la vida. Si no hubiera llegado por mí mismo a esta conclusión, Lily no hubiera dejado de hacérmelo notar.

Romilayu no se despertó; siguió durmiendo con una mano bajo la mejilla, llena de cicatrices, y el pelo desparramado a un lado de la cabeza. Arcoíris vidriosos traspasaban el umbral, y fuera ardían fogatas de estiércol seco y matas espinosas. Los arnewi velaban junto a su ganado moribundo. Mientras Mtalba seguía suspirando y me acariciaba y me sobaba y conducía mis dedos por encima de su piel y se los llevaba a los labios, comprendí que aquella mujer como una montaña, con el pelo color índigo, había venido con un propósito determinado. Levanté el brazo y lo dejé caer sobre la cara de Romilayu. Él abrió los ojos, pero no retiró la mano que tenía debajo de la mejilla ni hizo el menor gesto.

—Romilayu.

—¿Qué quiere, señor? —dijo, todavía tumbado.

—Siéntate, siéntate. Tenemos visita. No reveló la menor sorpresa. Se levantó. La luz de la luna se filtraba por las paredes, tejidas como una cesta, y entraba por la puerta. Y la luna parecía cada vez más blanca y más pura, como si no sólo iluminara el aire, sino que lo perfumara. Mtalba seguía sentada, los brazos caídos a los lados del cuerpo. Averigua el motivo de esta visita —dije.

Y Romilayu empezó a hablar. Se dirigía a ella con mucho formulismo, pues era un tiquismiquis en eso de la corrección, estilo africano, y no olvidaba sus modales cortesanos ni siquiera en plena noche. Entonces Mtalba habló también. Tenía una voz dulce, a veces rápida, a veces gangosa. A resultas de aquella conversación, me enteré de que quería que yo la comprase y como se daba cuenta de que yo no tenía con qué pagar una novia, ella misma me había traído lo necesario aquella noche. —Hay que pagar por las mujeres, señor.

—Eso, amigo mío, ya lo sabía.

—Si uno no paga por una mujer, es que no se respeta a sí mismo.

Empecé a decir que yo era un hombre rico y que podía permitirme ese tipo de gastos, pero me di cuenta de que el dinero no tenía nada que ver con aquel asunto. Añadí: —¡Ah, es muy generoso por su parte! Está construida como el Everest, pero tiene mucha delicadeza. Dile que se lo agradezco mucho y mándala a su casa. Me pregunto qué hora será. ¡Dios santo, si no logro dormir, mañana no estaré en

condiciones de enfrentarme a las ranas! ¿No comprendes, Romilayu, que todo depende únicamente de mí?

Pero él me dijo que todas las cosas que había traído Mtalba estaban amontonadas fuera y que ella quería que yo las viera. Me levanté, pues, de mala gana y salimos de la choza. Había traído una escolta. Y cuando me vieron bajo la luz de la luna, con aquel casco para el sol en la cabeza, me vitorearon como si fuera ya el novio... lo hicieron bajito, puesto que la hora era avanzada. Los regalos formaban un montículo enorme sobre una gran estera: ropajes, ornamentos, tambores, pinturas y tintes. Ella le hacía el inventario a Romilayu y él me lo transmitía.

—Es una gran persona, una persona magnífica —dije. ¿Pero no tiene ya un marido? No podía haber una respuesta concreta para esto, pues se trataba de una «amarga» y podía casarse un número ilimitado de veces. Y no serviría de nada, estaba seguro, comunicarle que yo tenía mujer. Tampoco había impresionado esto a Lily y desde luego no iba a pararle los pies a Mtalba.

Para mostrarme la importancia de la dote, Mtalba empezó a ponerse alguno de los vestidos al compás de un xilofón hecho de huesos que tocaba uno de la escolta, un muchacho con una enorme sortija en el dedo. El muchacho sonreía como si fuese él el que me entregaba a la mujer «amarga», y ella, entretanto, exhibía los vestidos y las túnicas, recogidos sobre los hombros y haciéndolos girar alrededor de las caderas, lo que exigía un movimiento distinto y más amplio. En algunos momentos se ponía un velo en la nariz, lo que resaltaba sus ojos amorosos, al estilo árabe, y de vez en cuando, mientras meneaba las manos teñidas de alheña, echaba una corridita y me miraba por encima del hombro, con aquellas señales de sufrimiento alrededor de la nariz y de los ojos que sólo puede producir el amor. Ondulaba y se mecía, según el ritmo que marcaba el pequeño xilofón hecho de huesos... acaso los pies de un rinoceronte vaciados por las hormigas. Todo esto tuvo lugar bajo una luna azulada; las enormes manchas blancas de las fogatas ardiendo asimétricas de un lado a otro del horizonte.

—Quiero que le digas, Romilayu, que es una mujer enormemente atractiva y que, desde luego, tiene un equipo nupcial despampanante.

Estoy seguro de que Romilayu convirtió esto en un piropo convencional africano.

—Sin embargo —añadí—, tengo un asunto pendiente con las ranas. Tenemos una cita mañana y no puedo distraer mi atención con ningún otro asunto hasta que haya llegado a un acuerdo definitivo con esos bichos.

Creí que con esto iba a librarme de ella, pero siguió exhibiendo sus ropas y bailando. Peso pesado, pero hermosa... aquellos enormes muslos y caderas..., levantando una ceja y echándome miraditas incendiarias. De modo que, a medida que avanzaba la noche, me fui dando cuenta de que aquello era encantamiento. Aquello era poesía. Y yo debía permitir que llegara hasta mí, para penetrar en el problema práctico de cómo exterminar las ranas de la cisterna. Lo que había sentido al ver por primera vez las techumbres de paja, al descender por el cauce del río, tan ancestrales,

era más o menos el mismo tipo de poesía y de encantamiento que volvía a sentir ahora. Por alguna razón, tengo una especial debilidad por la belleza y es de la única cosa de que me puedo fiar. Pero entro y salgo de la belleza una y otra vez. Nunca dura lo suficiente. Me doy cuenta de que está cerca, porque empiezan a dolerme las encías, todo se vuelve confuso, se me derrite el corazón, y después ¡pum!, ya ha desaparecido. Y una vez más me encuentro del otro lado. Sin embargo, aquella tribu de los arnewi parecía tener siempre a mano la belleza. Y yo pensaba que cuando hubiese realizado mi gran proeza con las ranas, los arnewi me aceptarían desde lo más hondo de su corazón. Ya había vencido a Itelo, y la reina sentía un gran afecto hacia mí, y Mtalba quería casarse conmigo, de modo que lo único que faltaba era demostrar que yo merecía todo esto (y la oportunidad de hacerlo se me brindaba en bandeja; nada se ajustaba mejor a mis habilidades).

Cuando Mtalba tocó alegremente por última vez mis manos con su lengua, en un acto de entrega de sí misma y de todos sus bienes, creí que la ocasión lo exigía y les dije: —Gracias y buenas noches. Buenas noches a todos.

—Ahú —dijeron ellos.

—Ahú, ahú grun–tu–molani.

—Tu-molani —respondieron.

Mi corazón se ensanchaba de felicidad y de emoción. Ya no quería dormir, porque temía que al irse ellos, si yo cerraba los ojos, desaparecería aquella sensación de encantamiento. Por eso, cuando Romilayu, después de rezar otra vez brevemente — de rodillas, apretadas las manos una contra otra, como un muchacho a punto de zambullirse en la eternidad—, se quedó dormido, permanecí allí, los ojos abiertos, sintiéndome bañado en un sentimiento elevado.

IX

Y todavía tenía esta sensación, cuando al romper el día me levanté. Era un amanecer encendido, que hizo tan oscuro el interior de nuestra choza como el de un sótano. Cogí un boniato asado de dentro de la cesta, lo pelé como si fuera un plátano y lo comí para desayunar. Estaba sentado en el suelo, al aire libre, y veía, al otro lado de la puerta, a Romilayu, dormido aún, encogido de costado como una efigie.

Pensé: «Éste va a ser uno de los días más grandes de mi vida». Porque no sólo persistía dentro de mí aquella emoción intensa de la noche, que me había marcado de un modo especial, sino que estaba convencido (y lo estoy todavía) de que las cosas, el mismo mundo de los objetos, me hacían seña de que siguiera adelante. La cosa no se produjo, como yo había esperado, con Willatale. Yo creía que ella podía abrir la mano y mostrarme el germen, la clave. ¿Recuerdan el episodio? Si no lo recuerdan, puedo contarle otra vez. No, lo que ocurrió no se parecía en nada a lo que yo había imaginado; tomó sencillamente la forma de la luz del amanecer que se reflejaba en la pared de arcilla blanca que yo tenía a mi lado. El efecto era extraordinario e inmediatamente empecé a sentir aquel dolor en las encías que me advertía de la llegada de algo hermoso; al mismo tiempo, una emoción íntima, o acaso hiriente, me oprimía el pecho. Las personas que tienen alergia a las plumas o al polen, saben a lo que me refiero: adivinan gradualmente su presencia con una extraña sutileza. En mi caso, la causa fue aquella mañana el color de la pared con el reflejo del amanecer sobre ella; y cuando se hizo más intenso, tuve que dejar el boniato asado que estaba masticando y apoyarme en el suelo con las dos manos, porque sentía que la tierra escapaba debajo de mí, como si estuviera sobre un caballo e intentara alcanzar el arzón de la montura. En otras palabras, era como si tuviera debajo de mí algo poderoso y magnífico que no era humano. Y todo provocado por aquel suave color rosado, como el agua de una sandía. Me di cuenta inmeditamente de lo importante que era aquello; a través de toda mi vida he reconocido siempre los momentos en que el mundo empieza a hablar. En el momento en que oigo las voces de los colores y de los objetos, el universo material empieza a encogerse y a cambiar, se conmueve, se alza, se suaviza, hasta tal punto que incluso los perros tienen que acurrucarse temblando junto a un árbol. Veía, pues, la luz rosada sobre aquella pared blanca, con sus espinos —como si se hubiera puesto de piel de gallina—, y me recordaba aquellos puntitos blancos que se ven sobre el mar en el momento de salir el sol, volando a diez mil metros de altura. Hacía por lo menos cincuenta años que yo no había visto un color semejante. Me pareció recordar que una vez, de muy pequeño, había despertado solo en una cama de matrimonio, una cama negra, y había visto en el techo una cenefa de yeso a la moda antigua, con peras, violines, gavillas de trigo y caras de angelitos, y en el exterior una zona blanca, de cuatro metros, bañada en ese mismo color rosado.

¿He dicho que era muy pequeño? Me parece que yo no he sido nunca muy

pequeño, pues a los cinco años parecía un niño de doce y tenía ya una fuerza considerable. En el pueblo, en los Adirondacks, donde pasábamos los veranos —el pueblo donde se ahogó mi hermano—, había un molino de agua y yo solía meterme dentro, sacudir los sacos de harina con un palo y escapar después envuelto en el polvo, entre las maldiciones del molinero. Mi padre nos llevaba en aquellos tiempos a Dick y a mí al estanque del molino y se metía bajo la cascada, con uno de nosotros bajo cada brazo. Con la barba que llevaba, se parecía a Tritón, el de los músculos perfectos y la barba amable. En el agua fría y verde podía ver a pocos metros unos peces negros, con manchas color fuego, merodeando por allá como muchachos vagos por una calle. Pues bien, quiero contarles una cosa: era al atardecer y yo entré corriendo en el molino con mi palo y golpeé los sacos de harina, ahogándome casi en aquel polvo blanco. El molinero empezó a gritar: —¡Pequeño hijo de puta! ¡Voy a darte más palos que a una estera! Riendo me precipité fuera del molino y me encontré con aquel mismo color rosado, que no se parecía en nada al color de todos los atardeceres. Lo vi en la pared harinosa del molino, allí donde el agua caía en la rueda. Como una rosa roja erguida contra el cielo.

No creí encontrarme este color en África, lo juro. Y me preocupaba que se desvaneciera antes de que yo pudiera sacar todo lo posible de él. Pegué, pues, la cara, la nariz, contra la superficie de aquel muro. Apreté la nariz contra él como contra una rosa maravillosa, de rodillas sobre mis viejas rodillas, arrugadas y tristes como zanahorias. Aspiré, tragué el aire por la nariz y acaricié el muro con mi mejilla. Tenía el espíritu en estado de emoción, pero no se trataba de un alboroto alocado; era un estado tan suave como aquel color. Me dije a mí mismo: «Sabía que este lugar existía, desde siempre». Y quería decir que había presentido que podría encontrar allí cosas de siempre, cosas que había visto ya antes cuando era todavía inocente y por las que luego no había dejado de suspirar, durante toda mi vida, cosas en las que nunca podría llegar hasta el final. Les aseguro que mi alma no dormía en aquellos momentos y que no se cansaba de repetir: ¡Oh, ho, ho, ho, ho!

Poco a poco cambió la luz, como era de esperar, pero por lo menos lo había visto otra vez, como un pedacito de Nirvana, y lo dejé escapar sin oponer resistencia, esperando que volviera a aparecer aún otra vez en los próximos cincuenta años. Puesto que de lo contrario, yo estaba condenado a sufrir la muerte de un viejo liso, de un idiota cargado con tres millones de dólares, esclavo de miedos pequeñitos y de la propia violencia.

Volví a pensar en la ayuda a los arnewi; yo era una persona diferente, o al menos así lo creía. Había pasado por algo muy especial, una experiencia vital. Era exactamente lo contrario a lo que me había ocurrido en Banyules-sur-Mer con el pulpo del acuario. Aquello me había hablado de la muerte y yo no hubiera podido embarcarme en ningún proyecto importante después de contemplar aquella fría cabeza apretada contra el cristal, volviéndose más y más blanca. Pero tras el buen augurio de la luz, me puse a hacer la bomba con confianza, aunque la cosa no dejaba

de presentar innumerables pequeños problemas. Iban a hacerme falta todos mis conocimientos. Especialmente para solucionar lo de la mecha y el asunto de la sincronización. Tendría que esperar hasta el último instante para echar todo el aparato dentro del agua. Ahora bien, yo había seguido con interés en los periódicos el caso de aquel terrorista de Nueva York, el que había tenido una disputa con la compañía eléctrica y se había empeñado en vengarse de ella. Se habían publicado dibujos de sus bombas, que habían encontrado escondidas en la consigna de la Grand Central Station; estos dibujos aparecieron en el *News*, o acaso fue en el *Mirror*, y yo me había enfrascado de tal modo en su lectura que se pasó mi estación (estaba en el metro con el estuche del violín sobre mis rodillas). Tengo una idea bastante exacta de cómo es el diseño de una bomba y siempre me han interesado mucho estas cosas. Creo que aquel individuo había utilizado tubos de gas. Pensé en aquella ocasión que yo hubiera podido fabricar mucho mejor una bomba casera, pero claro, yo tenía la ventaja de mi entrenamiento en la escuela de infantería, donde me habían enseñado algo de la lucha de guerrillas. Sin embargo, incluso una bomba de mano salida de la fábrica podía fallar en aquella cisterna y el asunto encerraba una dificultad y un riesgo considerables.

Me senté en el suelo, todo el material entre las piernas y el casco echado hacia atrás en la cabeza, y me concentré en la faena. Abrí los cartuchos y eché la pólvora dentro de la linterna. Tengo la absoluta posibilidad de absorberme completamente en una tarea de tipo manual. Dios sabe que en el campo, donde mi mal genio me hacía difícilísimo encontrar trabajadores, me vi muchas veces en la necesidad de ser mi propio jornalero. Donde más me luzco es en la carpintería sencilla, construyendo techos o pintando; como electricista o como fontanero no me defiendo tan bien. Quizá no sea del todo exacto decir que me abstraigo en los trabajos manuales; quizá lo que ocurre es que me vuelvo casi dolorosamente profundo; y lo mismo me ocurre cuando hago un solitario. Quité el cristal de la linterna, por la parte de la bombillita, y ajusté un taponcito de madera, que había cortado a la medida. En medio del tapón hice un pequeño agujero para pasar la mecha. Ahora venía lo difícil, pues el funcionamiento del aparato dependería de la velocidad con que ardiera la mecha. Esto es lo que estaba probando y no miraba a Romilayu, pero cuando me fijé en él, vi que movía con un gesto de duda la cabeza. Intenté no hacerle ningún caso, pero al final le dije:

—¡Por el amor de Dios, no seas un pájaro de mal agüero! ¿No ves lo que estoy haciendo?

Pero vi claramente que no, que él no confiaba en mí. Lo maldije con todo mi corazón y continué con mi mecha, prendiendo fuego a retales de distintos tejidos para ver cómo ardían. Pero si no podía contar con el apoyo de Romilayu, por lo menos me quedaba Mtalba, que volvió a una hora muy temprana de la mañana. Ahora llevaba unos pantalones color violeta y un velo por la nariz. Me cogió la mano y se la llevó al pecho; estaba muy animada, como si hubiéramos llegado a un entendimiento la noche

anterior. Estaba vivaracha. A los compases del xilofón de huesos de rinoceronte y de vez en cuando a los de un coro de silbidos, empezó con sus paseos..., ¿será ésta la palabra?, (¿o es mejor bamboleos?). Empezó a bailar, meneando y sacudiendo sus carnes apetitosas. Una sonrisa coqueta y amorosa en la cara. Recitaba ante la corte lo que hacíamos los dos (traducción de Romilayu): —La mujer «amarga» que ama al gran luchador, al hombre que vale por dos hombres criados juntos, fue a él en la noche.

—Ella fue a él —respondían los otros.

—Le trajo el precio que hay que pagar por una esposa —aquí siguió un detallado inventario que incluía veinte cabezas de ganado, todas con su nombre y con su genealogía. Y el precio de la novia era muy elevado. Porque ella era «amarga» y muy hermosa. Y la cara del novio tiene muchos colores.

—Colores, colores.

—Y en la cara tiene pelo y las mejillas le cuelgan y él es más fuerte que muchos toros. El corazón de la novia está dispuesto, sus puertas están abiertas. El novio está haciendo una cosa...

—Una cosa.

—Con fuego.

—Fuego.

De vez en cuando, Mtalba se besaba su propia mano, como si fuera la mía, y después me la ofrecía. Y su cara tenía aquellas arrugas en torno a la nariz que son señal de sufrimiento amoroso, de las penas de amor. Entretanto, yo había prendido fuego a un cordón de zapato, mojado en la gasolina del mechero. Lo observé atentamente, la cabeza hundida entre las rodillas, para ver cómo respondía a la chispa. Pensé que no iba mal. Podía intentarse. Cayó un poquito de ceniza. En cuanto a Mtalba, en otras circunstancias yo hubiera respondido de otro modo al amor que me ofrecía. Hubiera tomado ese asunto mucho más en serio. Pero ¡ay!, tengo unas arrugas profundas junto a las orejas y de vez en cuando, al levantar la cabeza y mirarme en el espejo, aparece un pelo blanco en la nariz, por lo tanto me dije a mí mismo que aquella mujer se había enamorado de un Henderson imaginario, un Henderson que ella había fabricado dentro de su cabeza. Pensando en todo esto, bajé la mirada y sacudí la cabeza. Ni un solo instante dejé de quemar pedacitos de mecha y cordón de zapato; quemé incluso pedacitos de papel. El resultado fue que un pedazo de cordón, mojado previamente durante dos minutos en la gasolina del mechero, iba mucho mejor que cualquier otro material. Preparé, pues, un pedazo de cordón, que saqué de las botas que llevaba para el desierto, y lo metí por el agujero del tapón de madera. Después le dije a Romilayu: —Creo que todo está a punto.

De tanto estar agachado, sentí un mareo espeso en la nuca, pero no era nada. Gracias a haber contemplado aquel color rosado, mi propósito era firme y tenía plena confianza en mí mismo. No podía permitir que Romilayu mostrara tan a las claras sus dudas y sus malos presentimientos, y le dije: —Mira, tienes que cambiar de actitud,

Romilayu. Voy a ganarme tu confianza de una vez por todas. Te digo que será un éxito.

—Sí, señor.

—No quiero que me creas incapaz de hacer un buen trabajo.

Y él volvió a repetir: —Sí, señor.

—Hay aquel poema del ruiseñor que canta que el género humano no soporta demasiada realidad. Pero ¿cuánta irrealidad puede soportar? ¿Me entiendes? ¿Sigues lo que digo?

—Comprendo, señor.

—Yo le devuelvo su pregunta al ruiseñor. ¿Y qué más da que la realidad sea terrible? Es lo único que tenemos.

—Bien, señor, muy bien.

—Está bien, a ti no te meto en esto. Es mejor la realidad que lo que yo tengo ahora. Pero todos los hombres sienten dentro del alma que tienen que llevar su vida hasta cierta profundidad. Y bien, yo tengo que seguir adelante porque todavía no he encontrado esta profundidad. ¿Entiendes?

—Sí, señor.

—¡Ya! La vida podrá creer que me ha borrado de su libro. Henderson: Tipo A o B, pertenece al grupo del alca y el ornitorrinco y otros experimentos que ilustran tal o cual principio y nos dejan a todos a un lado. Pero la vida puede llevarse una sorpresa, pues al fin y al cabo somos hombres. Yo soy un Hombre..., sí, yo, por extraño que sea mi aspecto. El hombre. Y el hombre ha engañado muchas veces a la vida, cuando ésta creyó que lo tenía atrapado.

—Está bien —y se encogió de hombros en un gesto de resignación.

El hablar tanto me había cansado. Quedé allí, apretando la bomba dentro de su caja de aluminio, dispuesto a llevar a cabo la promesa que había hecho a Itelo y a sus dos tías. Los habitantes del poblado sabían que se trataba de un gran acontecimiento y empezaron a aparecer en gran número. Parloteaban, batían palmas y cantaban. Mtalba, que se había ido, volvió ahora con otro vestido, hecho de algo rojo que parecía bayeta. Llevaba el pelo recién engrasado, dos enormes aros de latón en las orejas y un collar también de latón alrededor del cuello. Sus seguidores daban vueltas de acá para allá, dentro de sus trapos de colores. Había vacas adornadas con alegres cabestros y ataduras. Tenían un aspecto enfermizo y la gente se acercaba a ellas, les plantificaban un beso y les preguntaban por su salud, casi igual que si se tratara de familiares. Algunas de las muchachas llevaban gallinas domesticadas en los brazos o en los hombros. El calor era mortífero y el horizonte empinado y árido.

—Allí está Itelo —dije. Me pareció que también él tenía sus dudas. «Ninguno de estos tipos tiene confianza en mí», pensé para mis adentros. Y aunque lo comprendía perfectamente, mis sentimientos, de todos modos, se sintieron heridos. —Hola, príncipe —le dije. Él estaba solemne. Me cogió la mano, como era costumbre allí, y se la llevó al pecho, de modo que sentí el calor de su cuerpo a través de la blusa

blanca. Iba vestido como el día anterior, con aquellos pantalones blancos y anchos y aquel pañuelo de seda verde. Bien, éste es el gran día —dije—, y ya es la hora.

Le enseñé a Su Alteza la caja de aluminio, con la mecha fabricada con un cordón de zapato, y dije a Romilayu: —Deberíamos arreglar las cosas para recoger después las ranas muertas y enterrarlas. Planearemos todos los detalles del entierro. Príncipe, ¿qué es lo que piensan tus compañeros de tribu de estos animales después de muertos? ¿Todavía no se les puede tocar?

—Señor Henderson. Señor, el agua es... —Itelo no acertaba con el modo de decirme lo precioso que resultaba este elemento y frotaba los otros dedos con el pulgar, como si fuera terciopelo.

—Ya lo sé, ya lo sé. Sé exactamente cuál es la situación. Pero puedo asegurarte una cosa, lo mismo que os dije ayer: me gusta esta empresa. Tengo que hacer algo para probaros mi amistad. Y me doy cuenta de que, por venir yo del mundo exterior, me corresponde a mí resolver este problema.

Aunque el casco pesado y blanco me protegía, las moscas empezaron a picarme. Las había traído el ganado, siempre ocurre así. Dije pues: —Es hora de empezar. Nos pusimos en camino hacia la cisterna. Yo mismo iba a la cabeza, llevando en la mano la bomba. Me aseguré de que llevaba el mechero en el bolsillo de mis pantalones cortos. Arrastraba uno de los zapatos, porque le había quitado el cordón. Sin embargo, marqué bien el paso hasta el depósito de agua, sosteniendo la bomba por encima de mi cabeza, como sostiene la antorcha la Estatua de la Libertad en el puerto de Nueva York. Me decía a mí mismo: «Está bien, Henderson. Ya está. Vas a tener que cumplir tu promesa. No hagas tonterías». ¡Ya pueden imaginar cuál era mi estado de ánimo!

Oprimidos por aquel calor, llegamos a la cisterna. Me adelanté yo solo, hasta los hierbajos de la orilla. Todos los demás quedaron atrás; ni siquiera Romilayu me siguió. Pero esto no importaba. En un momento de crisis el hombre debe estar preparado para afrontarla solo, y la verdad es que lo que a mí se me da mejor es esto de aguantar las cosas solo. Yo pensaba: «Por Judas, debiera salirme todo bien, estando tan acostumbrado como estoy a hacer las cosas solo». Y con la bomba en la mano izquierda, y el mechero con la mecha blanca y delgada en la otra —aquella mecha de aspecto ancestral—, miré el agua. Allí, en aquel medio propicio, estaban los bichos, los renacuajos con sus cabezotas gordas y sus colas delgaditas y las patitas que les empezaban a nacer, y las ranas ya mayores, con ojos como frambuesas maduras. Nadaban todos en aquel hogar profundo y viscoso. Mientras que yo, Henderson, estaba plantado allí como un pino enorme cuyas ramas se han cruzado y se asfixian a sí mismas... Pero no, no nos ocupemos ahora de mí. Las miré desde arriba, como si fuera la imagen de su muerte; y las ranas no sabían —claro está que no podían saberlo— lo que yo les preparaba. Entretanto, todo el proceso que desarrolla el miedo angustioso y que yo conozco tan bien y odio tanto, se desarrollaba dentro de mí... me bailaba la vista, se me secó la boca, mis genitales se retraían y los

nervios del cuello se me ponían tensos. Oía el parloteo expectante de los arnewi, que estaban detrás de mí sujetando el ganado con las ataduras engalanadas, como un hombre que se está ahogando oye a los otros bañistas en la playa. También veía a Mtalba, mezclada entre ellos. Parecía una amapola dentro de aquella túnica roja, y su piel negra era el centro de aquella flor encendida. Soplé sobre la mecha de mi artefacto, para limpiarla de polvo (o acaso para que me diera buena suerte) e hice girar la rueda del mechero. Al surgir la llama, encendí la mecha, que antes había sido el cordón de mi zapato. Empezó a arder y se desprendió la puntita de metal del cordón. La chispa avanzó sin una sola vacilación hacia la caja. Yo no tenía que hacer otra cosa que agarrar aquel aparato, con la vista fija en él. Mis piernas desnudas estaban dormidas por el calor. Le llevó bastante rato arder, y cuando la punta de la chispa se metió por el agujero de la madera, seguí aguantando, porque no podía correr el riesgo de que se apagara. Después, sólo quedaba recurrir a la intuición y esperar en la buena suerte, y como no tenía especial deseo de ver nada del mundo exterior, cerré los ojos y esperé la emoción del espíritu. Todavía no era el momento, todavía había que esperar; apreté la caja y me pareció oír que la chispa acababa de consumir el cordón de zapato y saltaba chisporroteando hacia la pólvora. En el último instante cogí una tirita, que ya llevaba preparada para aquel momento, y tapé con ella el agujero. Después me liberé de la bomba. La tiré con la mano, por abajo. Tocó la techumbre de paja y sólo dio una vuelta en el aire antes de caer en el agua amarillenta. Las ranas se dispersaron, huyendo de ella y luego la superficie volvió a alisarse. Quedaron unas pequeñas ondulaciones que llegaban hasta la orilla, y esto fue todo. Pero después se produjo otro movimiento; el agua se hinchó en el centro y me di cuenta de que la cosa funcionaba. ¡Que me muera si mi alma no empezó a elevarse con el agua! Antes incluso de que estallara, seguía yo aquel movimiento ascendente y grité para mis adentros: «¡Aleluya, Henderson, pedazo de bruto, esta vez lo has conseguido!». Después, el agua se disparó hacia arriba. Quizá no fuera exactamente como lo de Hiroshima, pero para mí aquel chorro bastaba. Y además empezaron a salir disparadas ranas hacia arriba. Intentaban alcanzar la techumbre, al producirse el estallido; y trozos de barro, piedra y renacuajos golpearon el tejado. Nunca hubiera creído que una docena más o menos de cargas del fusil .375 tuviera tal potencia; y desde la periferia de mi inteligencia los pensamientos más dispares, que suelen ser los más rápidos y los menos pesados, llegaron al centro y me felicitaban. El primer pensamiento fue: «Estarían orgullosos de mí en la escuela». (Me refería a la Escuela Militar de Infantería, porque yo no tuve buenas notas cuando estuve allí). Las patas largas, las barrigas blancas y las partes más gruesas de las ranas llenaban la columna de agua. También yo estaba lleno de manchas de barro, pero empecé a chillar: —¡Eh! ¡Itelo! ¡Romilayu! ¿Qué os parece? ¡Pum! No me queríais creer, ¿eh?

El resultado era aún mejor de lo que había esperado en los primeros momentos, pero en vez de contestar a mis gritos de entusiasmo, oí los chillidos de los nativos y cuando me fijé en lo que pasaba, vi que de la cisterna, juntamente con las ranas, se

escapaba el agua. La explosión había derrumbado la pared de contención, por la parte de delante. Los grandes bloques de piedra se habían caído y el depósito de agua amarillenta se vaciaba rápidamente. —¡Oh! ¡Cielos! Me agarré la cabeza y al ver cómo se desparramaba el agua con los restos de las ranas, como el agua en la rueda de un molino, me mareé de pronto con la náusea que produce el desastre. —¡De prisa! ¡De prisa! —empecé a gritar. ¡Romilayu! ¡Itelo! ¡Oh, Judas! ¡Venid a echar una mano! ¡Socorro! ¡Eh, vosotros! ¡Socorro! Me tendí en el suelo, contra el agua que se escapaba, e intenté contenerla, colocando las piedras en su sitio. Las ranas se me metieron por todas partes como cientos de pulgas; se me escurrieron en los pantalones y dentro del zapato sin cordón. El ganado empezó a desmandarse; tiraban de las cuerdas y estiraban el pescuezo hacia el agua. Pero estaba contaminada y nadie lo dejó beber. Fue un momento de horror, con las vacas, como era lógico, obedeciendo a la ley del instinto, y los nativos suplicándoles y sollozando, y toda el agua del depósito absorbiéndose en la tierra. Sólo la arena se aprovechó de ella. Romilayu se abrió paso vadeando hasta mí e hizo lo que pudo, pero no teníamos fuerza suficiente para levantar los bloques de piedra y como la cisterna formaba una especie de presa, luchábamos contra la corriente o contra cualquier estupidez por el estilo. En fin, el agua se había perdido... ¡perdido! En cuestión de pocos minutos, vi (¡qué asco!), aparecer el lodo amarillo del fondo y las ranas muertas que quedaban sobre él. Para ellas la muerte producida por el estallido fue instantánea, para ellas ya había terminado todo. ¡Pero los indígenas!... Las vacas se negaban a alejarse y mugían suplicando un poco de agua. Muy pronto hubo desaparecido todo el mundo y quedaron sólo Itelo y Mtalba.

—¿Dios mío, qué ha pasado? —les dije. ¡Esto es la ruina! ¡Os he traído un desastre! Subí la camiseta mojada y manchada y me tapé la cara con ella. Así, con el cuerpo al aire, dije a través de la tela—: Itelo, ¡mátame! Lo único que tengo para ofreceros es mi vida. Así que tómala. ¡Anda, estoy esperando!

Esperé a oír sus pasos, pero lo único que oí, en vez de los pasos, eran los gemidos desconsolados que se le escapaban a Mtalba. Mi barriga colgaba al aire y me dispuse a recibir el golpe del cuchillo.

—¡Señor Henderson! ¡Señor Henderson! ¿Qué ha pasado?

—¡Apuñálame! —dije. No me preguntes nada. Hunde el cuchillo, te digo. Usa el mío si no tienes aquí el tuyo. No me importa morir y no quiero que me perdones. No podría soportarlo. Prefiero morir.

Todo lo que dije era la pura verdad. No me parecía haber reventado sólo la cisterna, sino haber reventado también todo lo demás. Mantuve, pues, la cara cubierta por la camiseta empapada, que chorreaba, y todas aquellas odiosas complicaciones me oprimían el corazón. Esperaba que Itelo me abriera la tripa, y mi barriga desnuda, con todas sus fiebres y su sufrimiento, estaba preparada para la ejecución. Debajo de mis pies, el agua de la cisterna se transformaba en un vapor hirviente y el sol empezaba ya a corromper los cadáveres de las ranas.

X

Oí que Mtalba gritaba: —Aii, yelli, yelli.

—¿Qué dice? —le pregunté a Romilayu.

—Dice: «Adiós para siempre».

E Itelo, con voz temblorosa, me dijo: —Por favor, señor Henderson, cúbrase el cuerpo.

—¿Qué pasa? ¿No me vas a matar?

—No, no. Usted me venció. Si quiere morir, se las va a tener que arreglar solo. Es usted mi amigo.

—¡Vaya un amigo!

Me daba cuenta de que hablaba con una gran presión en la garganta, el nudo debía ser enorme. —Hubiera dado mi vida por ayudaros —le dije. Ya has visto cuánto tiempo aguanté con la bomba en la mano. ¡Ojalá hubiera explotado en mis manos y me hubiera hecho pedacitos! Siempre ocurre lo mismo conmigo: en cuanto me mezclo con otra gente, las cosas van mal por culpa mía..., siempre meto la pata. Acertaron al llorar cuando me vieron por primera vez. Debieron olerse ya el lío que iba a armar y adivinaban que iba a causar algún desastre.

Oculto por la camisa, di rienda suelta a mis emociones, incluida la de la gratitud. Pregunté insistentemente: —¿Pero por qué una vez, una sola vez, no podré lograr lo que me propongo? Estaré predestinado a hacerlo todo al revés. Y pensé que había descubierto la constante de mi vida, y después de una revelación así, lo mismo daba que viniera la muerte o no.

Pero como Itelo no me apuñalaba, me bajé la camiseta manchada por el agua de la cisterna, y le dije: —Está bien, príncipe, si no quieres mancharte las manos de sangre.

—No, no —respondió.

—Gracias, Itelo. Intentaré seguir camino.

—¿Qué hacemos ahora, señor?

—Nos vamos, Romilayu. Es lo mejor que puedo hacer en estos momentos por el bien de mis amigos. Adiós, príncipe. Adiós, querida señora. Decidle adiós de mi parte a la reina. Esperaba aprender de ella la sabiduría de la vida, pero supongo que soy demasiado violento. Yo no sirvo para ese tipo de compañerismo que se establece entre las personas. Pero quiero mucho a aquella anciana. Os quiero mucho a todos. ¡Dios os bendiga! Por mí me quedaría, y por lo menos les arreglaría la cisterna...

—Será mejor que no, señor —dijo Itelo.

Hice caso de sus palabras; a fin de cuentas él era el que mejor conocía la situación. Y además yo estaba demasiado triste para discutir. Romilayu volvió a la choza para recoger nuestras cosas, mientras yo salía andando del pueblo. No había un alma en los caminos, e incluso habían metido el ganado dentro de las casas, para que no me tuviera que volver a ver. Esperé junto al muro del poblado, y cuando apareció

Romilayu, volvimos al desierto juntos. Así fue como me marché, caído en desgracia y humillado ante todos, después de haber terminado con su agua, del mismo modo que con mis esperanzas. Y ahora ya no tendría nunca la oportunidad de saber más sobre el grun-tu-molani.

Naturalmente Romilayu quería volver a Baventai y yo le dije que ya sabía que había cumplido su contrato. El *jeep* era suyo en cuanto quisiera. —Sin embargo —le pregunté—, ¿cómo voy a volver ahora a los Estados Unidos? Itelo no ha querido matarme. Es un hombre noble y para él la amistad significa algo. Pero para mí irme a casa o saltarme la tapa de los sesos con este .375 viene a ser lo mismo.

—¿Qué quiere decir, señor? —preguntó Romilayu muy intrigado.

—Quiero decir, Romilayu, que hice esta última salida al mundo con el fin de realizar ciertos propósitos, y ya has visto tú mismo lo que ha pasado. Así que lo más probable, si al llegar a este punto renuncio, será que me convierta en un zombi. Mi cara se pondrá más blanca que la parafina y me tumbaré en cama hasta pudrirme. Que quizá sea lo que merezco. Conque, haz lo que quieras. Ahora ya no puedo darte órdenes y lo dejo a tu elección. Si regresas a Baventai, lo harás solo.

—¿Usted va a seguir solo, señor? —me dijo sorprendido.

—Si no queda otro remedio, sí, amigo —le dije—, porque no puedo volver. No te preocupes. Me quedan aún algunos víveres y cuatro billetes de mil dólares en el sombrero. Y supongo que encontraré comida y agua por el camino. Puedo comer saltamontes. Si quieres mi fusil, te lo puedes llevar también.

—No —dijo Romilayu, después de pensar unos segundos. Usted no se irá solo, señor.

—Eres un chico bastante decente. Eres un buen hombre, Romilayu. Puede ser que mi opinión no valga nada, pero eso es lo que pienso de ti. Quizá no soy más que un viejo fracasado, porque he estropeado casi todo aquello sobre lo que he puesto mi mano; parece que tengo el poder del rey Midas, pero al revés. Bien, ¿qué nos espera de ahora en adelante? ¿Dónde vamos a ir?

—No lo sé —dice Romilayu. ¿Y si fuéramos a visitar a los wariri?

—¡Ah, los wariri! El príncipe Itelo fue a la escuela con su rey. ¿Cómo se llamaba?...

—Dahfu.

—Eso es, Dahfu. Bueno ¿nos ponemos en camino hacia allá?

—Está bien, señor —dijo de mala gana Romilayu. No parecía estar muy convencido de su propia sugerencia.

Yo cargué con más parte de equipaje de lo que me correspondía y le dije:

—Vamos. A lo mejor pasamos de largo y no nos quedamos en su poblado. Ya lo decidiremos más adelante. Ahora, en marcha. No me quedan muchas esperanzas, pero yo sólo sé que si vuelvo a casa seré un caso perdido.

Nos dirigimos, pues, hacia los wariri y yo pensaba en el entierro de Edipo en Colona..., por lo menos él le traía suerte a la gente, después de muerto. En aquellos

momentos, incluso me hubiera contentado con esto.

Viajamos durante ocho o diez días, a través de un territorio muy parecido a la planicie de Hinchagara. Después del quinto o del sexto día, el paisaje cambió un poco. Había más bosque en las montañas, aunque la mayor parte de las laderas seguían siendo áridas. Rocas escarpadas, granito ardiente. Torrecillas y acrópolis se ahincaban en el suelo, quiero decir que se agarraban a la tierra y se negaban a dejarse arrastrar por las nubes que parecían querer absorberlas. O quizá era en mi ánimo melancólico donde nada estaba en su sitio. El andar por un terreno difícil no le importaba a Romilayu; él estaba hecho a aquel tipo de viaje, como lo está el grumete al mar. La carga, la bandera y el destino importan poco al final. Cubría terreno con aquellos pies flacuchos y para él esta actividad en sí misma era ya suficiente justificación. Era muy hábil para encontrar agua y sabía dónde se podía clavar una caña en el suelo y beber. Recogía calabazas y otras cosas, que yo ni siquiera acertaba a ver, y al masticarlas aprovechaba su frescura y su alimento. Algunas veces hablábamos por las noches. Romilayu aseguraba que ahora los arnewi, al tener la cisterna seca, organizarían una expedición para encontrar agua. Y así, recordaba yo las ranas y muchas otras cosas, sentado junto al fuego, la vista fija en las brasas, y pensaba en mi vergüenza y en mi ruina, pero un hombre sigue viviendo pese a todo y las cosas le van mejor o le van peor. Eso será siempre así y todos los que sobrevivimos lo sabemos.

Y si uno no muere a causa de un fracaso, al cabo de un tiempo, por alguna razón, empieza a transformarlo, quiero decir que empieza a utilizarlo.

Vimos arañas gigantes y sus telarañas parecían estaciones de radar entre los cactus. También había hormigas enormes en aquellos lugares; sus nidos formaban unos montículos grises bastante grandes en el paisaje. Nunca he llegado a comprender cómo pueden correr tanto los avestruces con aquel calor. Me acerqué a uno para ver lo redondos que tenía los ojos y él golpeó el suelo con las patas y luego salió disparado, levantando un aire caliente con las plumas y dejando tras sí un rastro de sucia espuma blanca.

A veces, después de que Romilayu dijera sus oraciones y se acostara, yo lo mantenía despierto contándole la historia de mi vida. Quería ver si aquel extraño decorado, con el desierto, los avestruces, las hormigas, los pájaros nocturnos y el rugir de los leones de cuando en cuando, me quitaban algo de la maldición que pesaba sobre mí, pero siempre resultaba yo más exótico y más raro que los mismos avestruces, hormigas y montañas. Dije: —¿Qué dirían ahora los wariri si supieran quién se está acercando a ellos?

—No lo sé, señor; no son tan buena gente como los arnewi.

—¿No? Pero no irás a decirles nada de las ranas y de la cisterna, ¿verdad, Romilayu?

—No, no, señor.

—Gracias, amigo —le dije—, ya sé que yo no merezco gran cosa, pero al fin y al

cabo mis intenciones eran buenas. Te lo digo de verdad, se me parte el corazón cuando pienso en lo que sufre allá atrás el ganado, sin agua. Te lo aseguro. Pero imaginemos que yo hubiera sido un médico como el doctor Grenfell o como el doctor Schweitzer..., o que hubiera sido un cirujano. ¿Existe algún cirujano que no haya perdido ni una sola vez a un paciente? ¡Pero si algunos de esos tipos deben arrastrar un verdadero ejército de muertos tras sí!

Romilayu estaba tumbado en el suelo, la mano bajo la mejilla. La paciencia se reflejaba en su recta nariz abisinia.

—El rey de los wariri, Dahfu, fue compañero de escuela de Itelo. Pero tú dices que no son buena gente, ¿qué les pasa?

—Todavía están en la oscuridad.

—Desde luego, Romilayu, eres un cristiano bueno de verdad. Querrás decir que han sido más inteligentes en nuestro tiempo, o en cualquier otro tiempo. Pero respecto a las relaciones entre ellos y yo, ¿quién crees que va a salir perdiendo?

—Oh, quizá ellos, señor —dijo Romilayu sin cambiar de postura y un brillo de humor negro jugueteaba en sus ojos grandes, de mirada suave.

Como ven, yo había cambiado de idea respecto a lo de pasar de largo por el poblado de los wariri, y eso era debido en parte a lo que Romilayu me había contado de ellos. Me parecía menos probable que yo pudiera hacerles daño si eran tan salvajes y tan violentos.

Así pues, estuvimos andando durante nueve o diez días y, al finalizar el viaje, el aspecto de las montañas había cambiado enteramente. Eran unas rocas blancas, con aspecto de bóvedas, que aquí y allá se desmoronaban en ruinas. Y entre aquellos círculos blancos de piedras blancas, encontramos por fin, el décimo día, una persona. Estaba muy avanzada ya la tarde y caminábamos bajo un sol enrojecido. Las montañas altas, que acabábamos de dejar atrás, mostraban sus picos desmoronados y sus ancestrales esqueletos. Crecían los arbustos entre las bóvedas de piedra, blancas como la porcelana china. Entonces, surgió el pastor wariri ante nosotros, con un mandil de cuero y un bastón retorcido. Y aunque no hizo nada, su aspecto era peligroso. Había algo en su figura que me recordaba a un personaje bíblico, me hacía pensar de un modo especial en el hombre que encontró José cuando iba en busca de sus hermanos y que le indicó que siguiese el camino hacia Dotain. Siempre he creído que aquel hombre de la Biblia era un ángel y que desde luego sabía ya que los hermanos de José iban a echarlo a la mazmorra. Sin embargo, lo mandó para allá. Nuestro amigo negro no sólo tenía un mandil de cuero, sino que todo él parecía hecho de cuero, y si hubiera tenido alas hubieran sido de cuero también. Tenía los ojos hundidos, pequeños, enigmáticos e, incluso bajo los rayos rojos del sol, muy negros. Charlamos con él. —Hola, hola —le dije con voz fuerte, como si yo dedujera que sus oídos debían estar tan hundidos como sus ojos. Romilayu le pidió que nos orientara, y el hombre, con su bastón, nos señaló el camino a seguir. En los tiempos remotos, debían ser orientados así los viajeros. Le hice un saludo militar, pero no pareció

impresionarle mucho y su cara de cuero permaneció inalterable. Escalamos, pues, con dificultad las rocas del camino que nos había señalado.

—¿Está lejos? —le pregunté a Romilayu.

—No, señor. Me ha dicho que no está lejos.

Pensaba que quizá pasaríamos la noche en el poblado, y después de diez días de dificultosa marcha, empezaba a ilusionarme al pensar en una cama y una comida caliente, un panorama algo más variado e incluso un techo de paja encima de la cabeza.

El camino se hizo más y más pedregoso y esto me hizo desconfiar. Si era verdad que nos acercábamos a un poblado, ya deberíamos haber encontrado un camino. Pero en lugar de un camino, había aquellas piedras blancas, unas sobre otras, que parecían peinadas por la mano ignorante de los más estúpidos de los elementos. También el cielo debe tener porciones estúpidas y aquellas piedras habían salido rodando directamente desde ellas. No soy geólogo, pero la palabra «calcáreas» parecía cuadrarles bien. Estaban compuestas de cal y en mi opinión debieron originarse dentro del agua. Ahora estaban sequísimas, pero llenas de unas cuevas pequeñas de las que salía un aire más fresco, y que parecían el lugar ideal para una siesta en el calor del día, siempre que no rondaran por allí las culebras. El sol estaba ya en su declive y se precipitaba hacia abajo. Se abrían las bocas de las cuevas y sólo había aquella piedra blanca, tosca, retorcida y sin gracia, alrededor.

Acabábamos de pasar el recodo de una roca y nos disponíamos a seguir adelante, cuando Romilayu me dejó boquiabierto. Había levantado el pie para dar un paso larguísimo, pero de repente, dejándome desconcertado, apoyó las manos en el suelo, empezó a dar saltos hacia adelante sobre ellas y se tumbó sobre las piedras de la ladera. Cuando lo vi postrado de este modo le dije: —¿Qué demonios te pasa? ¿Qué estás haciendo? ¿Te parece lugar éste para tumbarse? Levántate. Pero su cuerpo extendido, con mochila inclusive, se apretaba contra las peñas y su pelo encaracolado permanecía inmóvil entre las piedras. No respondió, pero ya no me hacía falta una respuesta, porque había levantado la vista y vi delante de nosotros, a unas veinte yardas, un grupo militar. Tres hombres de la tribu estaban arrodillados, con los fusiles apuntando contra nosotros, y otros ocho o diez hombres, de pie detrás, se aprestaban a disparar. Estaba claro que podían borrarlos de aquella ladera para siempre; tenían fuerza suficiente para hacerlo. Y eso de tener una docena de fusiles apuntados hacia ti es mala cosa; por lo tanto, dejé caer mi .375 y levanté las manos. Pero en el fondo me sentía satisfecho, debido a mi temperamento belicoso. Además, aquel hombrecito que parecía hecho de cuero nos había metido en una emboscada, y por alguna razón esta astucia elemental me proporcionaba también cierta satisfacción. Hay cosas en las que el alma humana no necesita lecciones. ¿Saben una cosa? Yo estaba casi contento. E imité a Romilayu. Me tumbé en el polvo, hundí la cara entre los pedruscos y esperé. Sonreía de oreja a oreja. Romilayu yacía flácido, sin voluntad, a la manera africana. Por fin, bajó uno de los hombres, mientras los demás lo cubrían, y sin decir una

palabra, con aire estoico, como suelen hacerlo los soldados, recogió el .375, las municiones y los cuchillos y otras armas y nos mandó que nos levantáramos. Cuando lo hicimos, empezó a cachearnos. El escuadrón de arriba bajó los fusiles. Eran armas viejas, o del tipo Berher, de cañón largo y culata repujada, o antiguos modelos europeos, que probablemente le fueron quitadas al general Gordon en Khartoum y distribuidas luego por toda África. Sí, pensé, al viejo chino Gordon, pobre hombre, con sus estudios bíblicos. Pero es mejor morir así, que en la hedionda y vieja Inglaterra. Yo siento muy poca simpatía por la edad del hierro en la técnica. Y siento simpatía por un hombre como Gordon, porque era valiente y estaba confuso.

El que nos desarmaran en una emboscada me pareció una broma en los primeros momentos, pero cuando se nos dijo que recogiéramos nuestro equipaje y siguiéramos caminando hacia adelante, empecé a cambiar de idea. Aquellos hombres eran pequeños y bajos y más oscuros que los arnewi, pero también eran más duros. Llevaban unos taparrabos chillones y marcaban el paso enérgicamente. Cuando hubimos andado una hora, o más, mis ideas eran aún más sombrías que antes. Empecé a sentirme furioso contra aquellos hombres, y por menos de nada los hubiera levantado en vilo, a los doce, y los hubiera tirado al precipicio. Tuve que pensar en las ranas para contenerme. Reprimí mis ímpetus violentos y seguí la política de la espera y la paciencia. Romilayu parecía abatido y le rodeé los hombros con el brazo. Por haber tenido que morder el polvo, su cara era una sola arruga y su pelo crespo estaba lleno de un polvillo gris; incluso la oreja mutilada había empalidecido y parecía un buñuelo.

Le hablé, pero estaba tan preocupado que apenas me escuchaba. Le dije: — ¡Hombre, no lo tomes tan a pecho! ¿Qué pueden hacernos? ¿Encarcelarnos? ¿Echarnos? ¿Pedir un rescate por nosotros? ¿Crucificarnos?, pero no pude comunicarle mi confianza y entonces le dije: —¿Por qué no les preguntas si nos llevan a su rey? Es amigo de Itelo. Estoy seguro de que habla inglés. Con voz desmayada, Romilayu intentó preguntarlo a uno de los soldados. Pero la única respuesta fue: —¡Harrrrff! Y los músculos de su cara se tensaron en aquel gesto que conozco tan bien, propio del oficio de soldado. Los identifiqué inmediatamente.

Tras tres o cuatro kilómetros de rápido ascenso, unas veces trepando, otras a gatas y otras al trote, avistamos el poblado. Era diferente al pueblo de los arnewi. Los edificios eran más grandes, algunos de madera. Y parecían mayores aún a aquella hora del día, entre la puesta de sol y la oscuridad. Ésta, en parte, ya había llegado y la estrella de la noche había empezado a girar. La piedra blanca del contorno tenía tendencia a desmoronarse de las bóvedas que formaba, dando una forma redonda, de cuencos o de círculos, y estos cuencos se utilizaban como adorno en el poblado. Crecían flores dentro de ellos, delante del palacio, que era un edificio rojo y mayor que los otros. Había ante él varias cercas de espinos y dentro de aquellas rocas, que tenían más o menos el tamaño de una almeja antropófaga del Pacífico, asomaban encendidas flores de un rojo intenso. Cruzamos por delante de dos centinelas, que se

estiraron cuanto pudieron, pero no nos hicieron parar ante ellos. Me sorprendió que pasáramos de largo ante el palacio. Nos llevaron al centro del poblado, entre las chozas. La gente dejó su cena para echarnos una ojeada; se reían y lanzaban exclamaciones agudas. Las chozas eran bastante vulgares; de forma de colmena y techumbre de paja. También había ganado y entreví vagamente unos huertos bajo los últimos rayos de la luz, de modo que supuse que aquí estarían mejor surtidos de agua y respecto a esto podían tener la tranquilidad de no necesitar mi ayuda. No tomé a mal que se rieran de mí; al contrario, adopté una actitud para divertirles, y les saludé con la mano y con el casco. Sin embargo, no me gustaba en absoluto todo esto. Me molestaba que no me hubieran concedido inmediatamente una audiencia ante el rey Dahfu.

Nos metieron en un patio y nos ordenaron que nos sentáramos en el suelo, cerca de la pared de una casa un poco más grande que las demás. Había una banda blanca pintada en la puerta, para indicar que era un edificio oficial. Al llegar allí, el batallón que nos había capturado se fue, y quedó sólo un hombre para vigilarnos. Pude haberle arrebatado el fusil y hacerlo pedacitos de un solo instante, ¿pero para qué iba a servir? Lo dejé allí, dándome la espalda, y esperé. Dentro del patio, cinco o seis gallinas picoteaban el suelo a una hora en que debían estar ya durmiendo, y unos chiquillos desnudos jugaban a algo parecido a saltar a la comba, y cantaban al mismo tiempo con voces pastosas. Pero no se acercaron a nosotros, como los niños de los arnewi. El cielo tenía el color de una terracota y después el de un chicle color de rosa que no resultaba conocido a mi nariz. Por fin, oscuridad absoluta. Desaparecieron los niños y las gallinas y quedamos solos, sentados a los pies de aquel hombre.

Estábamos esperando y el esperar es con frecuencia, para una persona violenta, origen de múltiples molestias. Estaba convencido de que el hombre responsable de nuestra espera, el magistrado negro de los wariri o el juez de paz, estaba dejando tranquilamente que se nos enfriara el trasero. Quizá había echado una ojeada entre las cañas de la puerta, cuando aún había luz suficiente para verme la cara. Es muy probable que esto le hubiera asustado y que ahora estuviera reflexionando e intentando discurrir qué línea de conducta habría que seguir conmigo. O quizá se había, enroscado como un gatito entre las cañas y esperaba que a mí se me acabara la paciencia.

Realmente yo estaba muy alterado y tenía los nervios de punta. Probablemente no hay en todo el mundo un hombre que tenga menos aguante para la espera. No sé por qué razón no sirvo para esto, no va con mi carácter. Estaba pues allí, sentado en el suelo, cansado y preocupado, y mis pensamientos eran en su mayor parte sombríos. Entretanto la hermosa noche seguía avanzando, como una línea continua de oscuridad y de intimidad y trajo consigo el lucero vespertino; después llegó la luna, incompleta y llena de manchas. Aquel fiscal desconocido debía estar sentado dentro, y probablemente se regodeaba al pensar en la indignación del gran viajero blanco, al que habían desarmado y al que ahora obligaban a pasarse sin cena.

Y entonces ocurrió una de esas cosas de las que la vida no ha querido dispensarme. Mientras estaba allí sentado, esperando en aquella noche exótica, se me ocurrió morder una galleta dura y se me rompió uno de los puentes. Ya se me había ocurrido pensar en ello: ¿qué iba a hacer yo en las selvas de África, si echaba a perder el trabajo que había hecho el dentista en mi boca? Este temor había evitado que me metiera en muchas peleas, y cuando luché con Itelo y caí de cara en el polvo, pensé inmediatamente en mis dientes. En mi país, chupando distraídamente un caramelo en el cine o limpiando el hueso de un pollo en el restaurante, me ha ocurrido muchas veces sentir un tirón o un chirrido, e investigar rápidamente con la lengua, sintiendo que se me paraba el corazón. Pero esta vez aquello tan temido ocurrió de verdad, y mastiqué junto con la galleta dura mis dientes rotos. Toqué el hueco, donde quedaban todavía restos puntiagudos de diente, y me sentí furioso, harto y asustado. ¡Puñetas! Estaba desesperado y tenía lágrimas en los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó Romilayu.

Saqué el mechero, lo encendí y le enseñé los pedazos de diente en la mano. Luego abrí la boca, tirando del labio, y levanté la llama, de modo que pudiera ver dentro. — Me he roto algunos dientes —le dije.

—¡Mala cosa! ¿Duele mucho, señor?

—No, no duele mucho. Pero me angustia. No pudo pasar en un momento peor. — Entonces me di cuenta de que estaba horrorizado al ver aquellas muelas en la palma de la mano, y apagué de un soplo la llama.

Después, era inevitable recordar la historia del trabajo que el dentista había hecho en mi boca.

La parte más importante la llevó a cabo en París Mlle. Montecuccoli, después de la guerra. El puente original me lo puso ella. Verán, había una chica llamada Berthe, que habíamos contratado para que cuidara de nuestras dos hijas, y ella misma nos la había recomendado. Un tal general Montecuccoli había sido el último oponente del gran Turenne. En los viejos tiempos, uno asistía a los funerales de los enemigos, y Montecuccoli fue al de Turenne y se golpeó el pecho y hasta lloró. Aprecié esta circunstancia. Sin embargo, había muchas cosas que no marchaban. Mlle. Montecuccoli tenía un pecho enorme y cuando se perdía en su trabajo se acercaba a mi cara y me ahogaba, y yo tenía tantos aspiradores, diques y pedazos de madera en la boca, que ni siquiera podía gritar, y Mlle. Montecuccoli, con ojos negros y excitados, me miraba la boca por dentro. Tenía el despacho en la Rue du Colisée. Había un patio de piedra amarilla y blanca, con *poubelles* roñosos, gatos que huían con basura en el hocico, escobas, cubos y un retrete con ranuras para meter los zapatos. El ascensor era como el interior de un coche e iba tan despacio que uno podía preguntar la hora a las personas que subían por la escalera, que se enroscaba alrededor. Yo llevaba mi traje de mezclilla y los zapatos de piel de cerdo. Mientras esperaba ahora en el patio, frente a la choza que tenía la banda oficial sobre la puerta, con Romilayu a mi lado y aquel guardia por encima de los dos, me vi forzado a

recordar todo esto... Estoy subiendo en el ascensor. Mi corazón late de prisa y ya está ahí Mlle. Montecuccoli, con su cara cincuentona en forma de corazón, y su sonrisa delgada, mezcla de sentimientos franceses, italianos y rumanos, propios de su madre, como su pecho abultado. Yo me siento, temblando, y ella empieza a asfixiarme, mientras quita el nervio de un diente, para poder sujetar el puente en él. Y para ajustar el puente, me mete un palo en la boca y dice: —¡Grincez! ¡Grincez les dents! Fâchez-vous. Así que «grinceo» y «facheo», como si me fuera en ello la vida. Ella rechinaba sus propios dientes, para demostrarme cómo debía hacerlo.

La *mademoiselle* opinaba que en el aspecto artístico los dentistas americanos no tenían defensa posible, y quería encajarme una corona nueva delante, como la que le había puesto a Berthe, la institutriz de las niñas. Cuando Berthe se operó de apendicitis, la única persona que estaba disponible y podía visitarla era yo. Mi mujer estaba demasiado ocupada en el Collège de France. Por tanto, fui yo, con mi bombín y mis guantes en la mano. Y la tal Berthe fingió que deliraba y que daba vueltas y más vueltas en la cama, a causa de la fiebre. Me cogió la mano y me la mordió, y así me enteré de que los dientes que le había puesto Mlle. Montecuccoli eran buenos y fuertes. Además, Berthe tenía los orificios nasales anchos y bien formados, y un par de piernas muy bonitas, que sabían dar patadas. Pasé dos semanas bastante agitado, por culpa de aquella Berthe.

Pero no cambiemos de tema. El puente que me puso la señorita Montecuccoli era terrible. Me parecía tener un grifo de agua fría dentro de la boca, y la lengua me quedaba encogida hacia un lado. Me dolía incluso la garganta, y subí en el pequeño ascensor gimiendo. Sí, ella reconocía que estaba un poquito hinchado, pero dijo que me acostumbraría muy pronto, y me rogó que demostrara mi fuerte espíritu de soldado. Así lo hice. Pero cuando llegué a Nueva York me lo tuvieron que arrancar todo.

Es necesaria esta información. El segundo puente, el que acababa de romper con la galleta, me lo puso en Nueva York un tal doctor Spohr, primo carnal de Klaus Spohr, el pintor que le hacía el retrato a Lily. Mientras yo me sentaba en el sillón de este dentista, Lily posaba en el campo para el pintor. El dentista y las clases de violín me forzaban a ir a la ciudad dos veces por semana, y solía llegar al despacho del doctor Spohr jadeando con mi caja de violín, después de un viaje en dos metros, con varias paradas en los bares del camino, con el alma hecha pedazos y con mi corazón repitiendo lo de siempre. Al meterme en la calle del dentista, deseaba a veces partir el edificio en dos pedazos de un bocado, como había hecho Moby Dick con los barcos. Me precipitaba por unas escaleras al sótano donde el doctor Spohr tenía un laboratorio, y un técnico portorriqueño hacía los moldes y las placas en un pequeño torno.

Detrás de unas batas estaba el interruptor del water. Encendí la luz, entré, y después de tirar de la cadena, me hice muecas a mí mismo ante el espejo. Me miré en los ojos y me dije: «Bueno, ¿y qué? ¿Qué diablos le pasa, soldado? ¡No tengo

dientes! Mon capitaine. ¡Tu propia alma te está matando!» y «¡Eres tú el que hace el mundo como es! Tú eres la realidad».

La recepcionista decía entonces: —¿Ha dado su clase de violín, señor Henderson?
—Sí.

Cuando estaba esperando al dentista, como en aquellos momentos, me ponía a pensar en los niños y en mi pasado y en Lily y en mi futuro a su lado. Sabía que en estos mismos instantes, ella estaba en el estudio de Spohr con una expresión radiante, apenas capaz de mantener quieta la barbilla por la intensidad de la emoción. Este retrato fue causa de desavenencias entre mi hijo Edward y yo. El que tiene un M G rojo. Es igual a su madre y cree que vale más que yo. Y está muy equivocado. Los americanos hacen grandes cosas, pero no la gente de nuestra calaña. Las cosas grandes las hacen hombres como aquel Slocum que construye las grandes presas. Día y noche, miles de toneladas de cemento, y maquinaria que mueve la tierra, arrasa montañas y llena el valle de Punjab de cemento. En estas cosas, la gente de mi clase, como Edward o como yo (con la que Lily tenía tantas ganas de casarse) no acierta una. Edward siempre ha actuado en pandilla. El acto más independiente de que fue capaz fue vestir un chimpancé de *cowboy* y pasearlo por Nueva York en un coche descubierto. Después, cuando el animal se resfrió y murió, tocó el clarinete en un conjunto de *jazz* y vivió en la calle Bleecker. Tenía unos ingresos mínimos de veinte mil dólares al año, y vivía al lado del hotel Mills, un antro de mala muerte, lleno de fracasados, donde se amontonan los borrachos.

Pero pese a todo un padre es un padre, y yo me trasladé nada menos que a California, para intentar hablar con Edward. Lo encontré instalado en una caseta de la playa de Malibú, en el Pacífico, y allí nos encontramos, sobre la arena, tratando de establecer un diálogo. El agua era fantasmagórica, lenta, adormecedora, y tenía un brillo apagado. Cobrizo. Un seno blanco. Descolorida; humo; vacío; oro viejo; opaco; fulgurante; un fantasma relampagueante. —Edward, ¿dónde estamos? —le dije. ¡Pero si aquí se acaba la tierra! ¿Pero qué estamos haciendo aquí? ¡Vaya lugar para encontrarnos!, no hay más que humo. Muchacho, tengo que hablarte de muchas cosas. Es verdad, soy duro. Y puede ser también verdad que esté loco, pero tengo mis razones para todo esto. ¡El bien que podría hacer y que no hago!

—Pues, la verdad, no te entiendo, papá.

—Deberías hacerte médico. ¿Por qué no vas a la universidad? ¡Por favor, ve a la universidad!

—Pero ¿por qué?

—Por muchísimas razones. Yo ya sé que te preocupas por tu salud. Tomas jalea real. Ahora bien, yo sé que...

—Has venido desde tan lejos para decirme algo..., ¿es así?

—Puede ser que creas que tu padre no piensa, que sólo piensa tu madre. Pero te equivocas; yo he llegado a algunas conclusiones claras. La primera de todas; hay poquísimas personas que no estén locas. Quizá te sorprenda, Edward, pero es así.

Otra cosa; la esclavitud no ha sido realmente abolida. La gente está esclavizada por muchas más cosas que granitos de arena hay en la playa. Pero es inútil tratar de darte un resumen de mi modo de pensar. Cierto que con frecuencia soy confuso, pero al mismo tiempo soy un luchador. ¡Oh sí, soy un luchador! Lucho muy duramente.

—¿Por qué luchas en la vida, papá? —preguntó Edward.

—¿Por qué? ¿Que por qué lucho? Por la verdad, ¡puñetas! Eso es, por la verdad. Contra la falsedad. Pero gran parte de la lucha es contra mí mismo.

Comprendía muy bien que Edward quisiera que yo le dijera por qué cosas había de vivir, y en eso estaba lo malo. Esto era lo que me hacía sufrir. Todo hijo espera esto y todo padre desearía poder proporcionarle unos principios claros. Y aún hay más, un hombre quisiera poder proteger a sus hijos de la amargura de las cosas.

Una cría de foca lloraba en la arena y su situación me absorbió. Imaginé que el rebaño la había abandonado y envié a Edward a la tienda a buscar una lata de atún, mientras yo montaba guardia contra los perros callejeros. Pero un tipo que vagabundeaba por la playa me dijo que aquella foca era un mendigo y que si yo le daba de comer, la animaría a convertirse en un parásito de la playa. Así que le pegamos un puntapié en el trasero y el bicho, sin resentimiento, se dirigió al agua, donde volaban lentamente en círculo las bandadas de pelícanos. Avanzó bamboleándose sobre sus aletas y se adentró en la espuma blanca. —¿No sientes frío por la noche en la playa, Eddy? —le pregunté.

—No me preocupa.

Sentía cariño por mi hijo y no podía soportar verlo en este estado. —Anda, Eddy, hazte médico. Si no te gusta la sangre puedes ser internista. O si no te gustan las personas mayores, puedes ser pediatra. Y si no te gustan los críos, a lo mejor podrías especializarte en mujeres. Deberías haber leído aquellos libros del doctor Grenfell que solía darte por Navidad. Sé de sobra que ni siquiera abrías los paquetes. ¡Por el amor de Dios, Eddy, tenemos que comunicarnos con la gente!

Regresé solo a Connecticut. Poco después el chico volvió de algún lugar de Centroamérica con una muchacha, y dijo que se iba a casar con ella. Era una india de sangre oscura, cara alargada y ojos muy juntos.

—Papá, estoy enamorado.

—¿Qué pasa? ¿Es que ella espera?

—No. Te digo que la quiero.

—Edward, no me vengas con ésas. No te creo.

—Si es su ambiente familiar lo que te preocupa, ¿qué pasa con el de Lily?

—No quiero oír ni una sola palabra en contra de tu madrastra. Lily es una buena esposa. ¿Quién es esa india? Voy a hacer que lo averigüen.

—Pues yo no comprendo por qué no dejas que Lily cuelgue su retrato con los demás. Deja a María Felucca en paz. (No sé si éste era su nombre). —La quiero —me dijo—, con la cara encendida.

Miré a mi hijo predilecto, a Edward, con su pelo cortado a navaja, sus caderas

escurridas, el cuello con botones y la corbata de Princeton, los zapatos blancos..., su cara que casi no era una cara. «¡Oh Dioses —pienso— cómo puede ser carne de mi carne! ¿Qué demonios ha ocurrido? Si lo dejo con esta mujer, se lo comerá en tres bocados».

Pero aún así, por muy extraño que parezca, sentí un estremecimiento de amor por aquel muchacho dentro del corazón. ¡Mi hijo! La inquietud me ha hecho así, el sufrimiento me ha hecho así. Así que todo daba lo mismo. ¡Sauve qui peut!

Cásate con una docena de María Feluccas, y si esto te ayuda en algo, deja también que se hagan pintar un retrato.

Así que Edward volvió a Nueva York con su María Felucca de Honduras.

Yo hice que descolgaran mi propio retrato con el uniforme de la Guardia Nacional. Ni Lily ni yo estaríamos colgados en la galería principal.

No fue esto lo único que me vi obligado a recordar mientras Romilayu y yo esperábamos en el poblado wariri. Varias veces le había dicho a Lily: —Te marchas todas las mañanas para que te pinten, y sigues siendo tan sucia como siempre. Encuentro los pañales de los críos debajo de la cama y en la caja de los puros. El vertedero está lleno de basura y de grasa, y esta casa parece una pocilga. Intentas escaparte de mí. Sé perfectamente que vas a más de cien por hora en el Buick con los niños en el asiento de atrás. Y no pongas cara de impaciencia, cuando te hablo de estas cosas. Puede que pertenezcan a lo que tú consideras bajos fondos, pero yo tengo que pasar muchas horas en estos bajos fondos.

Palideció al oírme, volvió la cara y sonrió, como si tuviera que pasar aún mucho tiempo hasta que yo fuera capaz de comprender todo el bien que me hacía permitiendo que le pintasen este retrato.

—Ya sé —le dije— que las señoras del contorno te dieron la espalda en lo de la campaña benéfica de la leche. No te admitieron en el comité. Ya lo sé.

Pero lo que más recordé aquella noche en las montañas africanas, con los dientes rotos en la mano, fue mi desafortunada actuación con la esposa del pintor y prima del dentista, la señora K. Spohr. Antes de la primera Guerra Mundial (ahora está cerca de los sesenta) dicen que era una belleza famosa, y nunca ha podido recuperarse del desmoronamiento de su belleza. Viste como una jovencita, con volantes y flores. Es posible que en su tiempo fuera un monumento, como ella asegura, aunque el monumentalismo es raro entre las grandes bellezas. Pero el tiempo y la naturaleza no la habían perdonado y estaba en plena decadencia. Sin embargo, poseía todavía potencia sexual, y la tenía ahí, escondida en los ojos, como un bandido siciliano, como un Giuliano. Tenía el pelo rojo como el azafrán y algo de este rojo se esparcía por su cara pecosa.

Una tarde de invierno nos encontramos, Clara Spohr y yo, en la Grand Central Station. Yo ya había pasado por Spohr el dentista y por Haponyi, el profesor de violín, y me sentía descontento. Bajaba las escaleras que llevan a los andenes tan aprisa que mis pantalones y mis zapatos apenas si podían seguir mi paso. Seguí

rápidamente por el pasaje marrón, en declive, con sus luces borrosas, su suelo pisado por billones de zapatos, y los chicles aplastados, que formaban figuras parecidas a amibas. Y vi a Clara Spohr, que tal vez venía del Oyster Bar, o que tal vez se había sumergido en este mar, sin mástil, aferrándose a su alma, en aquel naufragio de su belleza. Pero parecía que se estaba hundiendo. Al pasar junto a ella, me saludó y me agarró del brazo; el que no estaba ocupado por el violín. Ya en el tren, fuimos al coche restaurante y empezamos, o mejor seguimos, bebiendo. En aquella misma hora de invierno, Lily estaba posando para su marido, según decía ella. —¿Por qué no baja conmigo y ya le llevará su esposa a casa? Lo que realmente quería que yo le respondiera, era: «Nena, ¿para qué ir a Connecticut? Bajemos del tren y soltémonos el pelo esta noche». Pero el tren arrancó y pronto corrimos por Long Island Sound, con la nieve y el crepúsculo y una atmósfera que deformaba el sol del atardecer y unos barcos negros que hacían «¡Fool!» y derramaban humo sobre las olas. Clara estaba ardiendo, y hablaba y hablaba, provocándome con los ojos y con su nariz respingona. Se veía el antiguo coqueteo, el gusto por la vida, que se negaba a abandonarla. Me contaba su visita a Samoa y a Tonga, en su juventud, y sus apasionadas experiencias amorosas por las playas, en los barquichuelos y entre las flores. Se parecía a los juramentos de Churchill, hechos de sangre, sudor y lágrimas, de luchar en las playas, etc. En parte, no podía dejar de tenerle pena. Pero tengo por norma, si la gente se desnuda ante mí, no vestirla yo mismo otra vez. Debes dejar que ellos mismos se vuelvan a poner la ropa. Hacia el final, al entrar en la estación, ella lloraba, la vieja astuta, yo me sentía deprimidísimo. Ya saben cómo me pongo al ver llorar a las mujeres. También me había exasperado. Salimos a la nieve, la ayudé a andar y encontramos un taxi.

Cuando entramos en su casa, intenté ayudarla a sacarse los zapatos de lluvia, pero con un gemido me levantó la cara y empezó a besarme. Y entonces, como un necio, en vez de rechazarla, le devolví los besos. Sí, le devolví los besos. Con el puente nuevo en la boca. Fue un momento muy extraño. Al sacarse las botas de lluvia, se le habían caído también los zapatos. Nos abrazamos en aquel vestíbulo con demasiada calefacción, iluminado con lámparas, y lleno de recuerdos de Samoa y de los mares del Sur. Nos besábamos como si la guadaña de la muerte debiera separarnos unos momentos después. Nunca he podido explicarme este estúpido episodio, porque yo no fui pasivo; ya les digo, le devolví los besos.

¡Ah, ah, señor Henderson! ¿Qué fue? ¿Tristeza? ¿Pasión? ¿Afán de besar bellezas marchitas? ¿Borrachera? ¿Las lágrimas? ¿Estaría loco como una cabra?

Además, Lily y Klaus Spohr lo vieron todo. La puerta del estudio estaba abierta. Ardía un fuego de carbón en la chimenea.

—¿Por qué os estáis besando así? —preguntó Lily.

Klaus Spohr no abrió la boca. Todo lo que Clara creyera conveniente hacer, a él le parecía bien.

XI

Y ahora ya saben la historia de mis dientes, hechos de un material que se llamaba acrílico y que decían que era irrompible... *fort comme la mort*. Pero mis andanzas los desgastaron. Me han dicho (no sé si fue Lily, Francis o Berthe) que rechino los dientes cuando duermo, y sin duda esto debió perjudicarlos. O acaso he besado la vida con demasiada fuerza y he debilitado todas las raíces. De cualquier modo, me temblaba todo el cuerpo, cuando, escupí las muelas, y pensé: «Quizá ya has vivido demasiado tiempo, Henderson». Y eché un trago de *whisky* de la cantimplora y esto hizo arder el corte de la lengua. Después me enjuagué la boca con *whisky* y metí los restos de las muelas en un bolsillo cerrado, por si tropezaba con alguien de aquellos contornos que supiera volver a pegármelas.

—¿Por qué nos hacen esperar así, Romilayu? —pregunté, y añadí bajando la voz: —¿No crees que se han enterado de lo de las ranas?

—Pues no, no creo, señor.

Desde la dirección en que estaba el palacio llegó un profundo rugido y dije: —¿Será un león?

Romilayu respondió que creía que sí.

—Sí, a mí también me lo ha parecido. Pero el animal debe de estar en el pueblo. ¿Es que tienen un león en palacio?

—Debe de ser eso —dijo inquieto.

El olor a animal era desde luego muy fuerte en el poblado.

Por fin, el muchacho que nos vigilaba recibió alguna orden en la oscuridad, alguna señal que yo no vi, pues nos dijo que nos levantáramos. Entramos dentro de la choza. Ya en el interior, nos mandaron que nos sentáramos, y lo hicimos en un par de taburetes bajitos. Nos alumbraban unas antorchas sostenidas por dos mujeres, las dos con la cabeza afeitada. La forma del cráneo, expuesto así a las miradas, era delicada, aunque grande. Entreabrieron los labios y nos sonrieron y encontramos cierto alivio en aquellas sonrisas. Estábamos sentados allí y la risa ahogada de las mujeres hacía bailotear las antorchas, de modo que la luz resultaba vacilante y el interior se llenaba de humo. Pero entró un hombre por la parte posterior de la casa y la sensación de alivio terminó. Terminó en seco en el preciso instante en que me miró. Y pensé: «Desde luego este tipo sabe algo de mí, lo que se refiere a las ranas, o lo que sea». La sensación de mala conciencia me llegó hasta el tuétano. Aunque la cosa resultaba totalmente irracional.

¿Era una peluca lo que llevaba? Vestía un traje oficial, un atavío a base de paja. Ocupó su puesto: un pulido banco entre las antorchas. Sostenía sobre las rodillas un palo o varilla, quizá de marfil, y su expresión era muy oficiosa. En las muñecas llevaba unas pieles de leopardo.

Le dije a Romilayu: —No me gusta el aspecto de este hombre. Nos ha hecho esperar mucho y estoy preocupado. ¿Qué piensas tú de todo esto?

—No sé —respondió.

Desabroché la mochila y saqué algunas cosas..., los mecheros de siempre y una lupa que por casualidad llevaba encima. Estos objetos, que dejé en el suelo, fueron ignorados. Apareció un libraco enorme y esta señal de cultura me sorprendió y me preocupó. ¿De qué se trataba? ¿Un libro de inscripciones para huéspedes o algo así? Ideé un montón de cosas raras en mi cabeza, que ahora se abandonaba por completo a la fantasía. Sin embargo, resultó ser un atlas. Lo abrió, lo acercó a mí y empezó a volver las páginas con habilidad, mojándose dos dedos con la lengua. Romilayu me informó: —Dice que le señale su casa.

—Me parece una petición muy razonable —dije. Me puse de rodillas y, escudriñando Norteamérica con el mechero y la lupa, encontré Danbury, Connecticut. Después le enseñé mi pasaporte, mientras las mujeres, con aquellas cabezas afeitadas, tiernas y extrañas, se reían de mi postura humilde, sentado y de pie, de mi robustez y de las expresiones nerviosas, feroces, y sin embargo apaciguadoras —gestos y miradas ceñudas— que aparecían en mi cara. Esta cara, que a veces me parece enorme, tan grande como el cuerpo entero de un niño, sufre siempre transformaciones que la hacen tan activa, extraña y mutable como un bicho de los mares tropicales escondido bajo un arrecife. Tan pronto tiene el color de un clavel, como el color de un boniato. Desafiadora, pronta a la acción, atenta, pensativa, con todas las pasiones humanas insinuadas de modo dudoso... quiero decir que su humanidad es dudosa. Una gran variedad de expresiones saltando desde mi nariz, y de un ojo al otro, y retorciéndome las cejas. Tenía buenísimas razones para aguantarme el genio e intentar comportarme con moderación. Lo que yo sabía sobre África respecto a este punto, no resultaba muy alentador.

—¿Dónde está el rey? —pregunté. Este caballero no es el rey, ¿verdad? Yo podría hablar con él; el rey habla inglés. ¿Qué pretenden con todo esto? Dile que quiero entenderme directamente con su alteza real.

—¡Oh, no señor! —dijo Romilayu. No se lo decimos. Es policía.

—¡Ja, ja! Me estás tomando el pelo.

Pero realmente aquel tipo me examinaba como un oficial de policía, y si recuerdan el conflicto que tuve con la policía de mi estado (tuvieron que acudir a la taberna cerca de la Ruta 7 para prenderme y Lily tuvo que pagar la fianza), ya pueden suponer cómo reacciona un hombre con dinero, y aristócrata, e impaciente como yo, ante un interrogatorio policial. Especialmente, si se tiene en cuenta que soy ciudadano americano, y en aquel lugar salvaje. Me puse en guardia. Sin embargo, tenía muchas cosas en la cabeza y me pesaban sobre la conciencia, e intenté comportarme con toda la cautela y diplomacia que mi temperamento permitía. Soporté, pues, el interrogatorio de aquel hombre. Era parco de palabras y parecía un hombre de negocios. ¿Cuánto tiempo hacía que salimos de Baventai? ¿Cuánto tiempo estuvimos con los arnewi y qué hicimos allí? Abrí bien el oído sano, para captar cualquier palabra que se pareciera a cisterna, agua o rana, aunque a estas alturas sabía

ya perfectamente que podía fiarme de Romilayu y que él me defendería. Así son las cosas: tropiezas con un individuo a orillas de un lago tropical lleno de cocodrilos, formando parte de una expedición de fotógrafos, y descubres en él una bondad casi sin límites. Sin embargo, Romilayu debió informarle de la terrible sequía que asolaba el río Arnewi, pues aquel hombre, el fiscal, declaró que los wariri iban a celebrar muy pronto una ceremonia y fabricarían toda la lluvia que hiciera falta. —¡Wak-ta! —dijo. E imitó un chaparrón, haciendo un gesto hacia abajo con los dedos. Asomó a mi boca una expresión escéptica, que tuve la prudencia de disimular. Pero en aquella entrevista, yo me sentía en desventaja, porque los acontecimientos de la semana anterior me habían desanimado. Estaba muy decaído.

—Pregúntale —dije— por qué nos han quitado las armas, y cuándo nos las devolverán.

La respuesta fue que los wariri no permitían a los extraños llevar armas en su territorio. —Es una norma muy sensata —dije—, y no les culpo por ello. Son unos tíos listos. Hubiera sido mejor para todos que yo no hubiera tocado un arma. De todos modos, adviérteles que tengan cuidado con aquella mira telescópica. Dudo que estos tipos sepan manejar aparatos tan precisos.

El fiscal exhibió una hilera de dientes sorprendentemente estropeados. ¿Estaría riéndose? Después habló y Romilayu me iba traduciendo. ¿Cuál era el fin de nuestro viaje? ¿Y por qué viajaba de esta manera?

¡Otra vez esta pregunta! ¡Otra vez! Era como la pregunta que hacía Tennyson acerca de la flor en la pared resquebrajada. Quiero decir que, si esta pregunta tuviera respuesta, habría que citar probablemente toda la historia del universo. Me encontré sin palabras, como cuando Willatale me había hecho la misma pregunta. ¿Qué habría de decirle a aquel tipo? ¿Qué mi existencia llegó a resultarme odiosa? No era, sencillamente, el tipo de respuesta que podía darse en aquellas circunstancias. ¿Podía decir que el mundo, el mundo entero, el mundo en su totalidad, se había puesto en contra de la vida y se oponía a ella —simplemente, le había dado la espalda— pero que, sin embargo, yo seguía y, por alguna razón no podía estar de acuerdo con esa teoría? ¿Que algo dentro de mí, mi grun-tu-molani, se resistía y no me dejaba estar de acuerdo? No, tampoco podía decirle esto.

Ni podía decir: «Verá usted, señor fiscal, todo se ha vuelto tan tremendo y tan complicado... ¿No lo ve? No somos más que instrumentos de las maquinaciones del mundo».

Ni tampoco: «Yo soy de esa clase de hombres a los que la inactividad resulta dolorosa; tengo que moverme».

Ni: «Estoy intentando aprender algo, antes de que todo se me escape de las manos».

Ya pueden ustedes comprender que todas estas respuestas eran imposibles. Después de pasarles revista, llegué a la conclusión de que lo mejor era halagarlo, así que le dije que habían llegado hasta mí noticias maravillosas de los wariri.

Como en aquel momento no se me ocurrieron más detalles, me alegré mucho de que no me exigiera pormenores.

—¿Podríamos ver al rey? Conozco a un amigo suyo y me muero de ganas de conocerlo también a él.

Se ignoró mi petición.

—Bueno, por lo menos permítame enviarle un mensaje. Soy un amigo de su amigo Itelo.

Tampoco recibí respuesta. Las mujeres que sostenían las antorchas se desternillaban de risa, a costa de Romilayu y de mí.

Después nos condujeron a una choza y nos dejaron solos. No había guardias, pero tampoco nos dieron de comer. No había ni carne, ni leche, ni fruta, ni fuego. Resultaba una hospitalidad muy rara. Nos tenían presos desde la caída de la noche y calculé que serían las diez y media o las once. Aunque, ¿qué tendría que ver esta noche aterciopelada con los relojes? ¿Comprenden lo que quiero decir? Pero mi estómago gruñía, y aquel tipo armado, después de llevarnos a la choza, se fue y nos dejó solos. El pueblo dormía. Sólo se oían esos ruiditos que hacen los bichos por la noche. Nos abandonaron en aquella asquerosa choza de paja reseca, que parecía peluda. Y yo soy muy sensible a los sitios donde duermo, y además quería mi cena. Quizá mi estómago no estaba en realidad tan vacío como impaciente. Me toqué el resto punzante de mi puente roto con la punta de la lengua y decidí no tocar nuestras provisiones, resacas y duras. Me rebelaba pensar en esto. Le dije a Romilayu: —Haremos un pequeño fuego. No le hizo gracia la sugerencia, pero, oscuro como estaba, se dio cuenta o presintió el humor negro que empezaba a apoderarse de mí, e intentó aconsejarme para que no armara jaleo. Pero yo le dije: —Te digo que reúnas un poco de leña y date prisa.

Salió, pues, tímidamente a buscar unas ramitas y estiércol seco. Quizá pensó que yo iba a quemar el poblado en venganza de aquel trato humillante. A puñados y a tirones, arranqué unos pedazos de paja del tejado. Después abrí el paquete de caldo de pollo con fideos, lo mezclé con un poco de agua, y le eché un reconfortante chorro de *whisky* para que me ayudara a conciliar el sueño. Lo metí todo en la olla plegable de aluminio y Romilayu encendió un pequeño fuego delante de la puerta. Por culpa de los olores que había en la choza, no nos atrevíamos a adentrarnos mucho en ella. Tenía el aspecto de un almacén de trastos viejos: esteras desgastadas, cestas llenas de agujeros, cuernos y huesos apolillados, cuchillos, redes, cuerdas y cosas parecidas. Sorbimos la sopa tibia, pues el fuego era tan miserable que pareció que nunca iba a hervir. Los fideos bajaron de mala gana por la garganta. Después Romilayu, de rodillas, hizo sus rezos de siempre. Le tuve lástima, porque me pareció que estábamos a punto de descabezar un sueñecito en un sitio poco tranquilizador. Apreté las puntas de los dedos bajo la barbilla, inclinada la crédula cabeza de mejillas mutiladas, y los gemidos se le escapaban del pecho. Estaba muy preocupado y le dije: —Esta noche lo estás haciendo bien de verdad.

En realidad hablaba para mí mismo. Pero de repente exclamé: —¡Aaah! Y todo mi lado derecho se puso rígido, como si estuviera paralizado: no podía siquiera juntar los labios. Era como si me hubieran vertido una extraña medicina de miedo por la nariz y hubiera ido por mal camino. Me ahogaba y empecé a toser. Pues, al retorcerse por un momento alguno de los leños más grandes del fuego, a la luz de la llama que produjeron me pareció ver un suave cuerpo negro tumbado allí a mis espaldas, dentro de la choza y contra la pared.

—Romilayu.

Dejó de rezar.

—Hay alguien en la choza.

—No —dijo—, no hay nadie aquí. Solamente yo... usted.

—Te digo que hay alguien aquí dentro. Durmiendo. A lo mejor la choza tiene dueño. Debieron decirnos que íbamos a compartirla con otros.

El terror y alguna otra emoción parecida se me anuncia con frecuencia por medio de la nariz. Como cuando le dan a uno una inyección de novocaína y se siente el líquido frío dentro de las membranas y dentro de los huesecitos de la zona inyectada.

—Espera a que encuentre el mechero —le dije. Giré bruscamente la ruedecilla del mechero con el dedo gordo. Surgió una llamarada y cuando me adentré en la choza con el mechero en alto para que alumbrara mejor, vi el cuerpo del hombre. Entonces temí que mi nariz reventara bajo la presión del terror. Mi cara, mi garganta, mis hombros, estaban presos de la inflamación y el temblor, y las piernas me fallaron. Me sentía muy débil.

—¿Está durmiendo? —dije.

—No. Está muerto —dijo Romilayu.

Yo ya lo sabía, lo sabía mejor de lo que hubiera querido.

—Nos han metido aquí dentro con un cadáver. ¿Qué diantre se proponen con esto? ¿Qué quieren hacernos?

—¡Oh! ¡Señor, señor!

Abrí los brazos para proteger a Romilayu, intenté comunicarle algo de valor y le dije: —Hombre, serénate.

Pero también yo sentí que se me encogía el estómago, y esto me debilitó y me mareó. No es que los muertos me resulten extraños. He visto buena cantidad de ellos, más de lo que me corresponde. Y sin embargo, me llevó varios momentos recuperarme de aquel atosigamiento de terror y me pregunté qué podía significar aquello. ¿Por qué me había visto obligado en los últimos tiempos a ver tantos cadáveres? Primero fue aquella vieja en el suelo de la cueva, y ahora, sólo un par de meses más tarde, aquel tipo tumbado en el suelo polvoriento. Estaba arrinconado, junto a la pared de cañas y rafia de la covacha. Le indiqué a Romilayu que le diera la vuelta. No quiso; no se sentía capaz de obedecer. Le extendí, pues, el mechero, que estaba cada vez más caliente, e hice el trabajo por mí mismo. Vi que se trataba de una persona alta y fuerte, aunque ya no era joven. Había algo en su expresión, que

traslucía que había percibido un olor que no quería percibir y que había apartado la cabeza; pero el pobre hombre tuvo que olerlo al final. Puede que sea algo así; nunca lo sabremos hasta que nos llegue el momento. Pero aquel tipo tenía una expresión de desagrado y una arruga en la frente, algo así como la señal que deja la marea, lo que indicaba que la vida había alcanzado el último nivel de su desbordamiento y luego había bajado como las aguas. La causa de la muerte no estaba clara.

—No ha muerto hace mucho —dije—, porque el pobre diablo todavía no está rígido. Míralo bien, Romilayu. ¿Sabrías decir algo de él?

Romilayu no acertó a encontrar nada; el cuerpo estaba ya completamente desnudo y aun así no revelaba gran cosa. No era capaz de atar cabos y empezaba a sentirme ofendido y furioso.

—Han hecho esto a propósito, Romilayu —le dije—, por eso nos hicieron esperar tanto y por eso se reían aquellas asquerosas de las antorchas. Durante todo el tiempo estuvieron preparando esta trampa. Si aquel infeliz del bastón retorcido fue capaz de meternos de cabeza en la ratonera, les creo también muy capaces de organizar este lío. Desde luego, están todavía en la prehistoria, justo como tú me dijiste. A lo mejor ésa es la idea que ellos tienen de una broma estupenda. Esperaban que despertáramos al amanecer y nos encontráramos con el cadáver. Pero ahora escúchame bien, Romilayu, vas a salir y les vas a decir que me niego a dormir en un depósito de cadáveres. Claro que he despertado alguna vez junto a muertos, pero era en el campo de batalla.

—¿A quién se lo digo? —dijo Romilayu.

Empecé a disparatar contra él: —¡Fuera de una vez! ¡Es una orden! ¡Ve inmediatamente a despertar a alguien! ¡Puñetas, eso es lo que yo llamo atrevimiento!

Romilayu empezó a llorar: —Señor Henderson, ¿qué es lo que yo he hecho?

—Haz lo que te he mandado —grité, y estaba lleno de repugnancia a los muertos y de todo el furor que siente un hombre agotado que se rompe la dentadura.

Y así, contra su voluntad, Romilayu salió de la choza, y probablemente se sentó en cualquier piedra a rezar, o a llorar por haberse venido conmigo y haberse sentido tentado por el *jeep*, y probablemente estaba más que arrepentido de no haber vuelto solo a Baventai después de la explosión de las ranas. No cabe la menor duda de que era demasiado tímido para despertar a alguien y presentarle mi protesta. Y quizá pensó, como se me ocurrió a mí en aquel preciso momento, que eran muy capaces de acusarnos de asesinato. Corrí a la puerta, me asomé a la noche cerrada, que me parecía hedionda, y grité, tan alto como me atrevía y con la voz rota: —Vuelve, Romilayu. ¿Dónde estás? He cambiado de idea. Vuelve; muchacho. Porque pensaba que no hacía bien apartándolo de mí, pues quizá mañana íbamos a tener que defender nuestras vidas. Cuando regresó, nos sentamos sobre las piernas cruzadas, cerca del muerto, para deliberar. Ahora yo ya no sentía miedo, sino más bien tristeza, una verdadera punzada de tristeza. Sentía que mi boca se distendía de pena, y los dos, mirando el cadáver, sufrimos en silencio un rato. El muerto, con su mutismo, me

comunicaba un mensaje, algo como: «Ésta, hombre, es tu existencia, que te parece tan maravillosa». Y con el mismo silencio, le respondí: «¡Cállate, muerto, por el amor de Cristo!».

Pronto me convencí de que aquel cadáver era un desafío que merecía respuesta, y le dije a Romilayu: —No dejaré que me vengan con ésas.

Y le dije lo que debíamos hacer.

—No, señor —dijo exaltado.

—Ya está decidido.

—No, no, nosotros dormimos fuera.

—Nunca —le respondí—, eso haría que me creyeran un blando. Nos han cargado ese muerto y tenemos que hacer lo que digo y devolvérselo ahora mismo.

Romilayu empezó de nuevo con sus gimoteos. —¿Qué? ¿Qué? ¿Qué dice que haremos?

—Haremos lo que te he dicho. Ahora presta atención. Te digo que yo veo muy claras su intenciones en todo este asunto. Intentarán cargarnos el sambenito. ¿Te gustaría pasar por un juicio?

Volví a girar la ruedecilla del mechero, y Romilayu y yo nos miramos a la luz de la pequeña llama puntiaguda y naranja, que yo sostenía en alto. Él sufría porque tenía terror a los muertos, sin embargo había que afrontar aquel desafío que me sacaba de quicio. Necesitaba desahogarme, porque estaba terriblemente alterado. Y mi propósito era inquebrantable: decidí sacarlo a rastras de la choza.

—Vamos, saquémoslo de aquí.

Pero Romilayu insistía: —No, no. Nosotros nos vamos. Le haré la cama en el suelo.

—No harás nada de eso. Me lo llevaré y se lo plantaré justamente delante de palacio. No puedo creer que un amigo de Itelo esté envuelto en una conjura como ésta contra un visitante.

Romilayu volvió a gemir: —¡Oh, no, no, no! Lo cogerán.

—Está bien, dejarlo delante de palacio es probablemente un riesgo excesivo —concedí—, lo llevaremos a otra parte. Pero no me resigno a no hacer nada.

—Pero ¿por qué tiene que hacer algo?

—Sencillamente porque sí. Es algo constitucional en mí. No puedo aceptar estas cosas cruzado de brazos. Simplemente, no permitiré que me hagan una cosa así. —Estaba demasiado indignado para atender a razones. Romilayu se cubrió la cara arrugada con las manos, que, en la sombra que proyectaban, parecían langostas.

—¡Oh, vamos a tener disgustos!

El que me provocaran de ese modo con un cadáver me sacaba de quicio. Me enloquecía su presencia. El mechero volvía a calentarse demasiado, lo apagué, y le dije a Romilayu: —Este muerto desaparece de aquí ahora mismo.

Salí personalmente a inspeccionar.

El cielo parecía un bosque azul..., ¡estaba tan sereno! ¡Vaya un tapiz! La luna era

amarilla, una luna africana en un tranquilo bosque azul; no le bastaba ser tan hermosa, sino que deseaba, ansiaba, ser todavía más bonita. Y desde los picos nevados de las montañas le llegaban nuevas sugerencias para realzar su belleza. Una vez más me pareció oír leones, pero como si los rugidos ahogados vinieran desde un sótano. Sin embargo, todo parecía dormir. Crucé sigilosamente entre las casas dormidas y a unos cien metros terminaba el camino y me encontré mirando hacia abajo, hacia un barranco. «Esto va estupendo —pensé—, lo tiraré por aquí. Y después que vengan a culparme a mí de su muerte». En uno de los extremos del barranco ardía el fuego de un pastor. Por lo demás el lugar estaba desierto. Sin duda merodeaban por allí ratas y otros bichos de los que se alimentan de basuras, siempre los hay, pero yo no podía correr el riesgo de enterrar al individuo. No era asunto mío lo que le pudiera pasar en la oscuridad de la hondonada.

La luz de la luna era un grave obstáculo, pero el mayor peligro venía de los perros. Uno me husmeó en el camino de vuelta a la choza. Yo me quedé quieto y se fue, pero los perros son muy raros con los muertos. Éste es un tema que debería investigarse. Darwin probó que los perros podían razonar. Tuvo uno que, al ver cómo rodaba un parasol por el jardín debido al viento, pensó acerca de ello. Pero aquellos canes africanos descendían de las hienas. Se podía hacer razonar a un perro inglés, sobre todo, a un perro de buena familia, pero ¿qué podía yo hacer con esos perros medio salvajes, que me perseguían mientras llevaba el cadáver hasta el barranco? ¿Cómo entendérmelas con ellos? Recordé entonces que el doctor Wilfred Grenfell, cuando se perdió en una tormenta de nieve con su jauría de perros esquimales, tuvo que matar a algunos para envolverse en su piel y salvar así la vida. Levantó una especie de mástil con las patas heladas. Claro que esto no venía a cuento. Pero pensé, ¿y si se presenta el propio perro del muerto?

Además, era muy posible que nos estuvieran vigilando. Si no fue una casualidad que nos encajaran el muerto, era probable que la tribu entera estuviera enterada de la broma. Incluso en aquellos mismos momentos podían estar espíándonos, tapándose la boca con las manos y desternillándose de risa. Mientras Romilayu sollozaba y gemía y yo echaba sapos y culebras.

Me senté a la puerta de la choza y esperé a que las nubes azules y blancas apagaran aquella luz presuntuosa de la luna, y a que el sueño de los paisanos, si es que dormían, fuera más profundo.

Por fin, no porque fuera el momento adecuado, sino porque no soportaba más la espera, me levanté y me até una manta por debajo de la barbilla, una precaución para el caso de que me manchara. Había decidido llevar el hombre a la espalda, por si llegaba el momento en que tuviéramos que correr. Romilayu no tenía fuerza suficiente para cargar con la mayor parte del peso. Primero aparté el cadáver de la pared. Después lo agarré por las muñecas y, con un giro rápido, me agaché y me lo cargué a la espalda. Temía que sus brazos pudieran agarrarme el cuello por detrás. Lágrimas de rabia y de repugnancia empezaron a rodarme por las mejillas. Luché por

contener esta emoción y metérmela otra vez dentro del pecho. Pensé: «¿Y si este hombre resulta ser un Lázaro? Yo creo en Lázaro. Yo creo en la resurrección de los muertos. Estoy seguro de que, por lo menos a algunos, les está reservada una resurrección». Nunca tuve tanta vivencia de esta certeza como en aquellos momentos, agachado allí, con la barriga pesada, la cara hacia adelante y los ojos llenos de lágrimas de miedo y de triste perplejidad.

Pero aquel hombre que me cargué a la espalda no era Lázaro. Estaba frío y la piel que tocaban mis manos estaba bien muerta. Su barbilla se apoyaba en mi hombro. Con la firmeza que sólo puede tener un hombre que lucha por salvar su vida, yo apreté los músculos de la mandíbula y cerré los dientes para que no se me escaparan las entrañas que parecían subirme por la garganta. Pensé que si me habían dejado adrede el cadáver y si la tribu estaba despierta vigilándome, podían salirme al paso a mitad del camino hacia el barranco, gritando: «¡Ladrón de cadáveres! ¡Vampiro! ¡Devuélvenos a nuestro muerto!». Y después me darían un golpe en la cabeza y me matarían por sacrílego. Éste sería mi fin... El fin de Henderson, con todas sus andanzas y su sinceridad.

—¡Puñetero idiota! —le grité a Romilayu, que se acurrucaba tratando de esconderse. Agarra los pies de ese individuo y ayúdame a llevarlo. Si vemos a alguien, los dejas caer y te esfumas. Yo ya correré por mi cuenta.

Me obedeció y salimos al camino. Me parecía estar metido dentro de otra persona, gemía y se me llenó la cabeza de visiones y de extraño ruido. Dentro de mí surgió una voz que decía: «¿Es que amas tanto la muerte? Toma, pues, pruébala».

«No la amo, dije, ¿de dónde sacas eso? Es un error».

Entonces oí muy cerca el gruñido de un perro, y me convertí en un sujeto más peligroso para él de lo que él pudiera posiblemente serlo para mí. Juré que si me traía líos, dejaría caer el cadáver y haría pedazos al animal con mis propias manos. Cuando apareció, con los pelos erizados, y vi su pescuezo a la luz de la luna, emití un ruido amenazador con la garganta. El animal quedó aterrado, se arrastró lejos de mí y se esfumó con un largo quejido. Ese quejido resultaba tan anormal, que pudo haber despertado a alguien, pero no, todos siguieron durmiendo. Las chozas parecían pajares huecos. Sin embargo, a pesar de su semejanza a un montón de paja, eran construcciones intencionadas y dentro de ellas respiraban las familias dormidas. El cielo era más que nunca un bosque azul y se desprendían de la luna suaves reflejos amarillos. Mientras corría, las montañas quedaban al revés. El cuerpo recibía sacudidas. Romilayu, la cabeza torcida hacia un lado, me obedecía todavía y cargaba con las piernas. La hondonada estaba cerca, pero el sobrepeso del cadáver hacía que se me hundieran los pies en la tierra blanca y la arena se colaba por la parte superior de mis botas. Llevaba el tipo de calzado que usa la infantería británica en el norte de África, pero había improvisado un cordón nuevo con una tira de lona y no lo sujetaba bien. Forcejé duramente en la corta subida que llevaba al borde de la hondonada, y le dije a Romilayu: —Vamos. ¿No puedes cargar con un poquito más de peso? Pero en

vez de levantar, empujó, y yo tropecé y caí redondo bajo el peso del cadáver. Fue una caída dura y me encontré aprisionado en la arena polvorienta. A través de mis ojos humedecidos las estrellas parecían alargarse, cada una era una línea.

Entonces Romilayu dijo roncamente: —¡Vienen! ¡Vienen!

Salí de debajo del cadáver, y, libre ya de él, lo aparté de mí y lo tiré por el barranco. Algo dentro de mí le suplicaba al muerto que me perdonara. Le decía algo así como: «¡Oh, desconocido, no lo tomes a mal! Te hemos encontrado y ahora te despedimos. No te he hecho ningún daño. Sigue, pues, tu camino y no me guardes rencor». Lo tiré, con los ojos cerrados, y a juzgar por el ruido que hizo al llegar abajo, debió caer de espaldas.

Aún de rodillas, me volví para ver quién nos seguía. Cerca de nuestra choza se veían varias antorchas y parecía que alguien nos buscaba a nosotros o al cadáver. ¿Debíamos saltar nosotros también dentro de la hondonada? Esto nos convertía instantáneamente en unos fugitivos, y por suerte yo no tenía fuerzas para dar el salto. Estaba demasiado agotado y sentía punzadas de dolor en las glándulas de la boca. Nos quedamos, pues, en el mismo sitio, hasta que la luna nos descubrió y un individuo con un fusil vino corriendo hacia nosotros. Pero su actitud no era hostil; y a no ser que mi imaginación me engañara, hubiera dicho que incluso era respetuosa. Le dije a Romilayu que el fiscal quería volver a vernos; ni siquiera asomó la cabeza dentro del barranco y no se hizo mención alguna del cadáver.

Nos condujeron otra vez al patio y nos llevaron inmediatamente delante del fiscal. Busqué con la mirada a las mujeres y las descubrí dormidas sobre unas pieles, a ambos lados del sofá del marido. Los mensajeros que había enviado a buscarnos entraron con las antorchas.

Si lo que buscaban era achacarme una acusación de sacrílego, yo era, desde luego, culpable, puesto que había turbado el descanso de sus muertos. También había algunos puntos a mi favor, aunque yo no tenía intención de defenderme. Esperé, con un ojo semicerrado, lo que aquel tipo flacucho de peluca de paja y puños de leopardo tuviera que decir. Se me dijo que me sentara y así lo hice. Me agaché para sentarme en un taburete muy bajo, y quedé allí, las manos en las rodillas y la cara extendida hacia adelante en un gesto de mucha atención.

El fiscal no dijo nada del cadáver, sino que me dirigió una serie de preguntas raras. Como ¿cuál era mi edad?, ¿gozaba de buena salud en general?, ¿era un hombre casado y tenía hijos? Mientras contestaba a estas preguntas, traducidas por el pobre Romilayu, cuya voz indicaba a las claras su turbación y su terror, el fiscal inclinaba profundamente la cabeza y fruncía el ceño favorablemente y parecía aprobar mis respuestas. Como no mencionó al hombre muerto, me sentí amable y cortés, y pensé con cierta satisfacción que había concluido la dura prueba por la que ellos me hicieron pasar. Había sentido repugnancia, me había sentido angustiado, pero al final mi audacia tuvo su recompensa.

¿Quería firmar con mi nombre? Supuse que era para comprobar la firma con la

del pasaporte. De buena gana, tracé rápidamente mi firma. Sentí los dedos libres y ligeros, y me decía para mis adentros: «¡Ja, ja! ¡Oh, ja, ja, ja, ja, ja! Está bien. Pueden tener un autógrafo mío si quieren». ¿Dónde están las damas? Duermen ahí con sus grandes bocas, horizontales y satisfechas, y con sus delicadas cabezas redondas afeitadas. ¿Y los portantorchas? Estaban allí, sosteniendo las luces chisporroteantes, de las que salía un humo fino como el vello.

—Bueno, ¿está ahora todo en regla? —Me sentía realmente complacido y tenía la sensación de haber logrado algo.

El fiscal hizo una extraña petición. ¿Me importaría quitarme la camiseta? Al oír esto, me molesté un poco y quise saber el porqué. Romilayu no me lo pudo decir. Estaba un poco preocupado y le pregunté por lo bajo: —Oye, ¿qué diablos se proponen?

—No sé.

—Pues pregúntaselo a este tipo.

Romilayu hizo lo que le dije, pero el otro se limitó a repetir la misma petición.

—Pregúntale si después nos dejará ir a dormir en paz.

Como si me hubiera entendido, el fiscal asintió con la cabeza, y yo me quité la camiseta, que necesitaba urgentemente un lavado. Entonces se acercó el fiscal y me repasó cuidadosamente, cosa que me azoró mucho. Me pregunté si sería posible que me pidieran que luchara con alguno de los wariri, como lo había hecho con Itelo; y pensé que quizá me había metido en la zona de África especializada en lucha libre y donde ésta era la manera habitual de presentar a la gente. Sin embargo, no parecía ser éste el caso.

—Bueno, Romilayu —dije—; es posible que nos quieran vender como esclavos. Corren rumores de que aún existe la esclavitud en Arabia Saudita. ¡Dios mío, qué esclavo iba a hacer yo! —como pueden ver, aún conservaba mi estado de ánimo eufórico. ¿O es que quieren meterme en una fosa, cubirme de carbón y asarme? Los pigmeos lo hacen con los elefantes. Lleva aproximadamente una semana de tiempo.

Mientras yo bromeaba de este modo, el fiscal seguía mirándome de arriba abajo. Apunté con el dedo hacia el nombre de Francis, tatuado en Coney Island hacía tantos años y le expliqué que era el nombre de mi primera mujer. No pareció interesarle mucho.

Me puse de nuevo mi camiseta sudada y dije a Romilayu: —Pregúntale si podemos ver al rey. Esta vez el fiscal estaba dispuesto a contestar. El rey, tradujo Romilayu, quería verme mañana y hablarme en mi propio idioma.

—¡Estupendo! —dije—. Hay varias cosas que quiero preguntarle.

Mañana, repitió Romilayu, el rey Dahfu quería verme. Sí, sí. Por la mañana, antes de que empezaran las ceremonias para poner fin a la sequía, que durarían el día entero.

—¿Ah, sí? —dije. Pues en este caso, será mejor que durmamos un poco.

Por fin, pues, se nos permitió descansar, aunque poco quedaba ya de la noche.

Demasiado pronto empezaron a chillar los gallos y desperté. Me di cuenta de aquellas nubes, rojas y como de espuma, y del enorme chorro de luz que anunciaban la aurora. Me incorporé; recordaba que el rey quería vernos temprano. Junto a un lado del umbral, apoyado contra la pared en una postura muy parecida a la mía, estaba el hombre muerto. Alguien lo había rescatado de la hondonada.

XII

Decidí que aquello era un lavado de cerebro y juré que no conseguirían volverme loco. Había visto otros muertos antes de aquél; había visto muchos. En el último año de guerra, compartí el continente europeo con unos quince millones de ellos, aunque el caso peor siempre es el individual. El cadáver estaba lamentablemente cubierto del polvo del lugar donde precisamente yo lo había tirado, y ahora que me lo habían traído de vuelta, mis relaciones con él no tenían ya nada de secretas y decidí esperar sentadito y dejar que los acontecimientos vinieran por sí solos. No podía hacer nada. Romilayu dormía todavía, una mano apretada entre las rodillas, la otra bajo la arrugada mejilla. No vi razón para despertarlo. Lo dejé en la choza con el muerto y salí al aire libre. Me di cuenta de que había algo muy especial en mí mismo, o acaso en el día o en ambos. Debía estar contagiándome de la fiebre, de la que había de sufrir una temporada. La fiebre iba acompañada de una sensación rasposa en el pecho, una especie de deseo o ansiedad. Era especialmente intensa en los nervios que quedaban entre las costillas. Se trataba de una de esas sensaciones complejas, parecida a la que uno siente cuando huele las emanaciones de la gasolina. El aire que me daba en la cara era templado y me mareaba. Los colores eran muy intensos, extraordinarios. Indudablemente mis sensaciones eran consecuencia de la tensión y de la falta de sueño.

Como aquel día era fiesta, el pueblo empezaba ya a moverse. La gente corría de un lado para otro, nunca llegué a saber si ellos sabían quién estaba dentro de la choza con Romilayu y conmigo. El olor dulce y punzante de la cerveza de los nativos se coló de repente por las paredes de paja. Por lo visto, aquí empezaban a beber con el amanecer. Oí también una cantidad considerable de ruidos, muy parecidos a los que producen los borrachos. Di cautelosamente una vuelta y nadie me prestó una atención especial, lo que yo interpreté como una buena señal. Parecía haber muchas disputas entre las familias, y algunos me parecieron muy quisquillosos y ásperos. Esto me asombró. Una piedrecilla me dio en el casco, pero supuse que no iba dirigida a mí, pues los chiquillos se tiraban piedras unos a otros y se peleaban, rodando por el polvo. Una mujer salió corriendo de la choza y los dispersó a gritos y a golpes. No pareció sorprenderse demasiado al encontrarse cara a cara conmigo, sino que dio media vuelta y volvió a entrar en la choza. Yo me asomé al interior y vi a un viejo tumbado en una estera de paja. La mujer andaba por encima de su espalda, haciéndole una especie de masaje para enderezar la espina dorsal. El viejo tenía la frente llena de arrugas y la barba, como de alambre, partida en dos. Descubrió unos dientes grandes y blancos y me dirigió una sonrisa; ponía los ojos en blanco para ver la puerta donde yo estaba. ¿Qué era lo que pasaba allí? Di una vuelta por los caminos tortuosos y estrechos y miraba dentro de los patios por encima de las cercas —con cautela, naturalmente—, y me acordaba de Romilayu dormido y del hombre muerto apoyado contra la pared. Algunas mujeres jóvenes estaban pintando de color dorado

los cuernos del ganado. Además, se pintaban y se adornaban unas a otras con plumas de avestruz y de buitre y otras baratijas. Algunos hombres llevaban mandíbulas humanas como collar. Vestían de gala y blanqueaban a los ídolos y fetiches a los que ofrecían sacrificios. Una anciana, que llevaba el pelo anudado en trencitas muy tiesas, había vertido un puré amarillo por encima de una de estas figuras y ahora balanceaba una gallina muerta sobre ella. Entretanto, el ruido había aumentado de volumen, a cada momento se añadía un rumor nuevo, un cascabel, un tambor, un bombo, un toque de trompeta, un disparo.

Vi que Romilayu salía de la choza y se dirigía hacia mí; y no había que ser un observador muy agudo para darse cuenta del estado en que estaba. Me acerqué a él, y cuando me reconoció por encima de la creciente multitud —probablemente lo primero que vio fue el casco blanco que yo llevaba sobre la cabeza—, se llevó la mano a la mejilla haciendo un gesto de dolor.

—Sí, sí, sí —le dije—, pero ¿qué le vamos a hacer? No queda otro remedio que esperar. Quizá no signifique nada. Además está el rey... ¿cómo se llamaba? El amigo de Itelo. Quedamos en que lo veríamos esta mañana. Nos mandará llamar de un momento a otro, y yo discutiré esta cuestión con él. No te preocupes, Romilayu, voy a averiguar muy pronto lo que pasa aquí. Tú no pidas explicaciones a nadie. Saca nuestras cosas de la choza y no las pierdas de vista.

Entonces, a los acordes de una marcha tocada por tambores llevados por mujeres de estatura poco común, y que eran las mujeres-soldados o las amazonas del rey Dahfu, entró por la calle una comitiva de varias personas que sostenían unos grandes quitasoles. Bajo uno de ellos, muy grande y de seda color fucsia, marcaba el paso un hombre robusto. Otro de los paraguas no tapaba a nadie y supuse, correctamente, que debían llevarlo para mí. —Ves —le dije a Romilayu—, no mandarían un objeto de aspecto tan lujoso para un hombre al que iban a condenar. Acaba de ocurrírseme. Es sólo una intuición, pero creo que no tenemos por qué preocuparnos.

Las tamborileras avanzaban rápidamente y los parasoles giraban y bailoteaban, formando círculos pesados, marcando el paso. Cuando pasaban aquellos enormes quitasoles, amplios y con fleco, los wariri se apartaban a un lado. El hombre robusto iba muy sonriente. Ya me había visto y extendió sus fuertes brazos hacia mí. Tenía la cabeza inclinada y sonreía de una manera que parecía dar a entender que me daba afectuosamente la bienvenida. Era Horko, que resultó ser tío del rey. El vestido que llevaba, que era de un paño muy fino color escarlata, se enroscaba apretadamente en su cuerpo desde los tobillos hasta los sobacos. Esta envoltura era tan ceñida, que hacía asomar la grasa bajo la barbilla y en los hombros. Dos rubíes (acaso fueran granates) le colgaban de las orejas, estirando la carne blanda. Tenía una cara enérgica, de facciones reducidas. Al salir de la sombra de su parasol oficial, el sol se reflejó intensamente en sus ojos y eran unos ojos a la vez rojos y negros. Cuando levantaba las cejas, todo el cuero cabelludo se iba hacia atrás y formaba una docena de arrugas hasta el mismo occipucio. El pelo le nacía apretado y corto, en unos ricitos que

parecían gotitas o granos de pimienta.

Me tendió la mano amablemente, al modo civilizado, y se rió. Enseñó una lengua grande, hinchada, de aspecto feliz, teñida de rojo como si hubiera estado chupando caramelos. Puse mi humor a la altura del suyo. También yo me reí —hubiera cadáver o no—, y le di a Romilayu en las costillas y le susurré: —¿No ves? ¿No ves? ¿Qué te dije? Romilayu, todavía receloso, no se dejaba convencer por tan poca cosa.

La gente del poblado nos rodeó y rieron todos con nosotros, aunque más locamente que Horko. Levantaban los hombros y hacían gestos con los que pretendían imitarme. Muchos estaban ya borrachos de pombo, la cerveza del lugar. Las Amazonas, que llevaban unos chalecos de piel, los apartaban. No les estaba permitido acercarse tanto a Horko y a mí. Esos chalecos, parecidos a corsés, era lo único que llevaban aquellas mujeres enormes, pesadas y torpes de cuerpo y excepcionalmente anchas por detrás.

—Deme la mano, démela —le dije a Horko, y él me invitó a ocupar mi puesto bajo el parasol vacío. Era realmente un artículo de lujo. Aquel paraguas, no cabe duda, valía un millón de dólares.

—El sol aprieta —dije—, aunque no deben ser ni las ocho de la mañana. Agradezco este detalle. —Me limpié la cara. Le dirigía miradas muy amistosas. En una palabra, explotaba la situación todo lo que era posible e intentaba echar cuanta tierra pudiera sobre el asunto cadáver.

—Yo, Horko —dijo. Tío, Dahfu.

—¡Ah, habla usted mi idioma! ¡Qué suerte para mí! Y el rey Dahfu es su sobrino, ¿no es así? ¡Hombre, qué bien! ¿Y vamos a visitarlo ahora? Eso nos dijo el caballero que nos interrogó ayer noche.

—Yo, tío sí —dijo.

Dio una orden a las Amazonas y ellas inmediatamente dieron una vuelta entera, que hubiera hecho muchísimo ruido caso de llevar botas, y empezaron a tocar el mismo ritmo de marcha en los bombos. Los enormes parasoles relumbraban y ondeaban y la luz hacía juegos maravillosos sobre la seda tornasolada, mientras giraban. El mismo sol parecía empaparlos avariciosamente en su luz. —Ir a palacio —dijo Horko.

—Sí, sí, estoy ansioso por ir. Ayer pasamos por delante al entrar en el pueblo.

Pero, por qué no confesarlo, yo estaba todavía preocupado. Itelo parecía apreciar mucho a su viejo compañero de escuela, Dahfu, y había hablado de él como de uno de esos hombres que se dan una vez entre un millón, pero después de las experiencias vividas hasta ahora entre los wariri, no tenía demasiados motivos para sentirme tranquilo.

Grité, por encima del ruido de los tambores: —¡Romilayu! ¿Dónde está mi hombre? ¡Romilayu! Comprenderán que estuviera preocupado. No fueran a retenerlo por el asunto del cadáver. Quería tenerlo a mi lado. Se le permitió andar detrás de mí en la procesión, cargado con el equipaje. Sus fuerzas estaban extenuadas y se doblaba

bajo la doble carga; estaba fuera de discusión el que yo pudiera cargar con una parte de nuestros bultos. Seguimos adelante. Si uno tiene en cuenta el tamaño de los parasoles y de los bombos, era maravillosa la velocidad que llevábamos. Volábamos presurosos, las Amazonas-músicos tocando sus tambores delante y detrás de nosotros. ¡Y qué diferente resultaba hoy el pueblo! Nuestro camino estaba flanqueado por mirones; algunos se agachaban para adivinar mi cara bajo la doble protección del parasol y el casco. Vi miles de manos, de pies impacientes, y de caras resplandecientes de calor y de curiosidad y de emoción y ánimo de fiesta. Los cerdos y las gallinas se cruzaban en nuestro camino. Ruidos agudos, berridos, chillidos de mono, se mezclaban a los golpes de tambor.

—Desde luego esto es muy distinto a lo de ayer —dije—, ayer todo estaba callado. ¿Por qué estaba así, señor Horko?

—Ayer, día triste. Todos ayunar.

—¿Ejecuciones? —exclamé de repente. En un cadalso, a cierta distancia a la izquierda del palacio, vi, o me pareció ver, que colgaban unos cuerpos con la cabeza hacia abajo. Debido a la peculiaridad de la luz, resultaban muy pequeños, como muñecos. A veces la atmósfera se comporta no sólo como una lupa, sino que sirve también para reducir los tamaños. Vaya, espero que se trate de fetiches —dije. Pero mi corazón, desconfiado, me decía lo contrario. No resultaba, pues, muy extraño que no hicieran preguntas sobre su cadáver. ¿Qué les importaba a ellos un cadáver más o menos? Daba la impresión de que los servían al por mayor. Y entretanto, mi estado febril iba en aumento y lo mismo la sensación rasposa que me oprimía el pecho. Hasta en mi propia cara se inició una curiosa sensación, como de demasiado madura. Era miedo. No vacilo en confesarlo. Volví los ojos hacia Romilayu, pero él jadeaba bajo el peso del equipaje y estábamos separados por una fila de Amazonas que tocaban el tambor.

Le dije, pues, a Horko, y el ruido de los tambores me obligaba a hablar a gritos: —Parece que hay muchos muertos por aquí. Habíamos dejado los caminos estrechos y nos encontrábamos en la amplia avenida que llevaba a palacio.

Él negó con un gesto de su cabezota grande. Sonreía y su lengua estaba manchada de rojo. Se tocó una oreja, de la que colgaba la joya roja. No me había oído.

—¡Muertos! —grité. Después me dije a mí mismo: «No preguntes esas cosas con tanta desesperación». Tenía la cara ardiendo, hinchada, y mi expresión era angustiosa.

Él se rió, sin confesar que me entendía. Ni siquiera cuando hice el gesto de un hombre colgando al extremo de una cuerda. Hubiera pagado cuatro mil dólares en el acto, en efectivo, por ver a Lily allí, en aquel momento, y ver cómo se las arreglaba con sus ideas sobre la bondad y sobre la realidad. Habíamos tenido una vez aquella discusión exaltada sobre la realidad, y como consecuencia Ricey se había escapado de Danbury con el niño y había vuelto al colegio. He sostenido siempre que Lily no conoce la realidad y que la realidad no le gusta. Ahora bien, ¿y yo? Yo amo a esa vieja puta de la realidad, la amo exactamente como es, y me gusta pensar que estoy

dispuesto siempre a aceptar lo peor que ella pueda presentarme. Soy un auténtico adorador de la vida, y si no alcanzo a llegar a su cara, le planto un beso en cualquier punto más abajo. Aquellos que me comprenden, no necesitan más explicaciones.

Me consolaba imaginar, en medio de mis temores, que ahora Lily no hubiera podido replicar. Aunque de todos modos yo dudo que haya algo que pueda dejarla sin palabras. Ella tendría desde luego una respuesta a mano. Mientras, había terminado el desfile y los centinelas habían abierto las puertas rojas. Allí estaban las piedras huecas del día anterior, con sus encendidas flores que parecían geranios, y allí estaba el interior del palacio. Tenía tres pisos, con una escalera y unas galerías al exterior. Era cuadrado y parecía un establo. En la planta baja las habitaciones no tenían puertas; eran una especie de cuadras estrechas, abiertas y vacías. Ahora supe que no se trataba de una equivocación... oí el rugido de una bestia salvaje debajo del suelo. Sólo un león podía producir un ruido como aquél. Por otra parte, y en comparación con las calles del poblado, el palacio estaba en silencio. En el patio había dos chozas pequeñas, como casas de muñecas, ocupada cada una por un ídolo cornudo, blanqueado aquella misma mañana. Entre las dos corría una línea fresca de lechada. Una bandera descolorida por el sol colgaba de la torreta. Estaba dividida diagonalmente por una tenue línea blanca.

—¿Por dónde hay que ir para ver al rey?

Pero Horko estaba ligado por las reglas de la etiqueta, que le forzaban a atenderme y agasajarme antes de mi audiencia con Dahfu. Sus aposentos quedaban en el piso bajo. Se clavaron con mucha ceremonia los parasoles en el suelo y las Amazonas sacaron una vieja mesa de *bridge*. La cubrieron con uno de esos paños con los que comerciaban los buhoneros sirios de otros tiempos, rojo y amarillo, con complicados bordados arabescos. Después trajeron un servicio completo, con tetera, platos para mermelada, bandejas, cubiertos, etc., todo de plata. Había agua caliente y una bebida de leche mezclada con sangre fresca de ganado, que rechacé. Había dátiles, piña, pombo, boniatos fríos y otros muchos platos... como patas de ratón en una especie de salsa, que también dejé pasar sin probar. Comí unos cuantos boniatos, bebí el pombo, una bebida fuerte, que inmediatamente afectó mis piernas y mis rodillas. En mi estado de excitación y de fiebre, tragué varias tazas de pombo, pues ninguna otra cosa externa me ofrecía su apoyo: la mesa de *bridge* estaba demasiado desvencijada. Por lo menos, necesitaba algo que me sostuviera por dentro. Tenía ciertas esperanzas de ponerme enfermo. No puedo soportar una agitación como la que sentía en aquellos momentos. Pero hice lo posible por cumplir aquella serie de obligaciones sociales con Horko. Él esperaba que yo admirara su mesa de *bridge*, y para complacerle la alabé repetidas veces y le dije que yo tenía otra igual en mi casa. Y era verdad, en el desván. Me senté debajo de ella cuando intenté disparar contra el gato. Le dije que la mía no era tan bonita como la suya. ¡Ah, qué pena que no pudiéramos estar sentados como dos caballeros, más o menos de la misma edad, que disfrutaran de la fina y calurosa neblina de una pacífica mañana africana! Pero yo era

un fugitivo, un malhechor recalcitrante, y estaba muy preocupado por los acontecimientos de la noche anterior. Presentía que podría aclarar las cosas con el rey y pensé varias veces que había llegado el momento de levantarse, y puse en movimiento mi enorme mole iniciando el gesto de ponerme de pie, pero el protocolo todavía no lo permitía. Me esforcé en tener paciencia y maldije el desgaste inútil que produce el miedo. Horko se inclinó resoplando sobre la frágil mesa; sus nudillos eran como balones al asir el asa de la tetera de plata. Me sirvió una bebida caliente que sabía a paja recalentada. Ligado por mil represiones, levanté la taza y sorbí con una educación perfecta.

Por fin, la recepción con Horko tocó a su fin y me indicó que me levantara. Las Amazonas, en un tiempo récord, retiraron la mesa y las demás cosas, y se dispusieron en formación, listas para escoltarnos hasta el rey. Tenían los traseros llenos de hoyos como un colador. Enderecé mi casco, me subí los pantalones cortos y me limpié las manos en la camiseta, porque estaban húmedos y yo quería ofrecerle al rey un apretón de manos cálido y seco. Esto es muy importante. Nos dirigimos a una de las escaleras. ¿Dónde estaba Romilayu?, le pregunté a Horko. Se sonrió y dijo: —Está bien. ¡Oh, está muy bien! Subimos las escaleras y vi que Romilayu estaba abajo, esperando muy abatido. Las manos le colgaban con desánimo delante de las rodillas, y sobresalía la espalda encorvada. «¡Pobre diablo!», pensé. «Tengo que hacer algo por él. En cuanto se solucione este asunto, lo haré. Lo haré por encima de todo. Después de hacerle pasar por tantas catástrofes, le debo realmente una recompensa».

La escalera exterior —ancha, despejada y serpenteante—, rodeaba enteramente el edificio y llegamos a otra fachada. Allí había un árbol. Temblaba y chirriaba porque varios hombres se ocupaban en una tarea muy extraña. Estaban subidos al árbol y levantaban, con cuerdas y poleas de maderas primitivas, unas grandes piedras hasta las ramas. Gritaban a la cuadrilla que estaba abajo que empujara hacia arriba las piedras y sus caras brillaban por la magnitud del esfuerzo. Horko me dijo, y yo no entendí exactamente lo que quería decir, que aquellas piedras estaban relacionadas con las nubes y que las nubes traerían la lluvia que ellos esperaban fabricar en la ceremonia que pronto daría comienzo. Todos parecían estar muy seguros de que la lluvia se fabricaría aquel día. El fiscal de la noche anterior había dicho «Wak-ta», y había hecho con los dedos un gesto que indicaba un chaparrón. Pero el cielo estaba despejado. Sólo el sol lo llenaba. ¡Ah, y aquellas piedras redondas en las ramas, que tenían al parecer la pretensión de representar las nubes llenas de lluvia!

Llegamos al tercer piso, donde el rey Dahfu tenía sus aposentos. Horko me condujo a través de varias habitaciones, muy amplias pero bajas de techo, que parecían sostenerse por algo misterioso que había debajo. No respondería yo de aquellas vigas. Había colgaduras y cortinajes. Las ventanas eran estrechas y había poca luz; sólo cuando un rayo de sol se colaba por cualquier resquicio iluminaba una fila de lanzas, un asiento bajo o la piel de un animal. Al llegar a la puerta del aposento del rey, Horko se retiró. No esperaba yo esto y le dije: —¡Eh! ¿Dónde vas?

Pero una de las amazonas me cogió por el brazo desnudo y me hizo traspasar el umbral. Antes de distinguir a Dahfu, tuve la visión de muchas mujeres... calculé veinte o treinta de buenas a primeras. Y aquella masa de mujeres desnudas, su *volupté* (sólo una palabra francesa encaja aquí), me oprimía por todos lados. El calor era insoportable y el olor que predominaba era el olor a mujer. A lo único que puedo compararlo, en calor y en intimidad, es a una incubadora de huevos. También el techo bajo era responsable de esta asociación. Sentada junto a la puerta en un taburete alto, un taburete que se parecía al asiento anticuado que usaban los contables, había un anciana gorda de pelo blanco. Llevaba el chaleco de amazona y un gorro de soldado, de los que estuvieron de moda entre el ejército italiano a principios de siglo. Me dio la mano en nombre del rey.

—Encantado —le dije.

¡El rey! Sus mujeres me abrieron paso, apartándose lentamente de mi camino, y le vi en el extremo opuesto de la habitación, tumbado en un sofá verde de unos tres metros de largo, en forma de media luna, con una tapicería gruesa y muy acolchada y llena de bultos. Descansaba a sus anchas sobre ese mueble lujoso. Tenía el cuerpo atlético y bien desarrollado, llevaba unos calzoncillos morados que le llegaban hasta la rodilla, de una especie de seda muy fina que parecía flotar, y se enroscaba alrededor de su cuello una bufanda blanca bordada en oro. Unas zapatillas de raso blanco hacían juego con la bufanda. Pese a todas mis preocupaciones y a la fiebre, sentí admiración por él, mientras lo miraba de pies a cabeza. Al igual que yo, era un hombre grande, dos metros o quizá más, y descansaba regiamente. De vez en cuando, una mujer le limpiaba la cara con un trozo de franela, y otra le acariciaba el pecho, y otra le mantenía la pipa llena y encendida y daba una chupada por él para que siguiera funcionando.

Me acerqué andando, o mejor, me acerqué a trompicones. Antes de que pudiera llegar demasiado cerca, una mano me paró, y me pusieron un taburete a unos dos metros de distancia del sofá verde. Me senté. Entre los dos, en un recipiente grande de madera, había un par de calaveras humanas. Las frentes de las dos mandaban su brillo hacia mí, un brillo amarillento como suele serlo el de las calaveras. Y tenía delante las órbitas de los ojos, los orificios nasales y la doble hilera de la dentadura.

El rey se dio cuenta de la manera escrutadora en que yo le miraba y me pareció que sonreía. Tenía los labios grandes y prominentes. Éste era el rasgo más negroide de su cara. Y me dijo:

—No se alarme. Son para usarlas en la ceremonia de esta tarde.

Hay voces que cuando uno las oye una sola vez, no dejan nunca de resonar dentro de la cabeza; y supe que el rey tenía una de estas voces en cuanto pronunció las primeras palabras. Me incliné hacia adelante para mirarlo más de cerca. El rey se divirtió mucho al ver que yo extendía las manos sobre el pecho y sobre la barriga como si quisiera retener algo, y se incorporó para examinarme. Una mujer colocó un cojín detrás de su cabeza, pero él lo tiró al suelo y volvió a recostarse. Entonces yo

tuve este pensamiento: «Todavía no se me ha acabado la suerte». Porque comprendí que la emboscada y el hacernos prisioneros y todo el asunto del interrogatorio y de cargarnos con el cadáver, no podía haber sido idea del rey. No era esa clase de hombre, y aunque yo no sabía aún exactamente qué clase de hombre podía ser, empezaba ya a regocijarme de nuestro encuentro.

—Ayer por la tarde recibí noticias de su llegada. He estado tan impaciente... Apenas dormí anoche pensando en nuestro encuentro... ¡Oh! Desde luego eso no me hace ningún bien.

—¡Qué casualidad, yo tampoco dormí mucho! He tenido que conformarme con pocas horas de sueño. Pero me alegro de conocerle, rey.

—¡Oh, yo me siento muy complacido! Enormemente. Siento que haya dormido poco. Pero yo por mi parte estoy muy contento en estos momentos. Para mí ésta es una ocasión muy especial. Muy significativa. Le doy la bienvenida.

—Le traigo recuerdos de su amigo Itelo —dije.

—Oh, ¿se ha encontrado con los arnewi? Veo que viaja usted con la idea de visitar lugares muy apartados. ¿Cómo está mi querido amigo? Lo echo de menos. ¿Luchó usted con él?

—Desde luego.

—¿Y quién ganó?

—Quedamos más o menos a tablas.

—Bueno —me dijo—, parece usted una persona muy interesante. Especialmente en lo físico. Excepcional. No creo haberme tropezado nunca con nadie de su categoría. Itelo es muy fuerte. Yo no pude derribarle, cosa que le proporcionó gran placer. Desde luego que sí.

—Yo empiezo a sentir el peso de los años.

—Tonterías. Parece usted un monumento. Créame, jamás he visto una persona de sus cualidades personales.

—Espero que usted y yo no tengamos que luchar, alteza.

—¡Oh, no, no! No tenemos esa costumbre. No existe en nuestra tribu. Debo pedirle perdón por no haberme levantado a darle la mano —dijo. Le pedí a mi generala Tatú que me representara, porque me cuesta mucho levantarme. Es un principio.

—¡No me diga! ¿De veras?

—Cuanto menos movimientos haga, más reposo, y así me es más fácil cumplir con todas mis obligaciones. Incluyendo los derechos de mis mujeres. Puede que a primera vista no lo parezca, pero resulta un tanto complejo eso de tener que hacerles de marido. Señor, dígame con sinceridad...

—Me llamo Henderson. —Por la manera en que se apoyaba y en que chupaba la pipa, tuve la impresión de que me estaban sometiendo a una prueba especial.

—Señor Henderson. Sí, debí preguntárselo. Siento mucho este gesto de tan poca urbanidad. Pero apenas puedo controlarme, es que está usted aquí, señor... la

oportunidad de mantener una conversación en inglés. Desde mi vuelta, he echado de menos muchas cosas que nunca hubiera sospechado cuando estaba en la escuela. Usted es mi primer huésped civilizado.

—¿Es que vienen pocas personas hasta aquí?

—Lo preferimos así. Hemos preferido esta reclusión durante muchas generaciones, y quedamos maravillosamente escondidos entre montañas. ¿Le sorprende que hable inglés? Supongo que no. Nuestro amigo Itelo se lo habrá dicho. Adoro el carácter de ese hombre. Estuvimos muy unidos por nuestras comunes experiencias. Lo siento, es para mí una desilusión no haber podido sorprenderle más.

—No se preocupe. Estoy sorprendido de sobra. El príncipe Itelo me contó todo lo de la escuela a la que asistieron en Malindi. —Ya he insistido en que me encontraba en un estado especial. Tenía una fiebre angustiada y estaba perplejo por los acontecimientos de la noche anterior. Pero había algo en aquel hombre que me hacía tener la convicción de que ambos llegaríamos a un ultimátum. Me guiaba por su apariencia y por su tono de voz, pues hasta aquel momento me parecía que había cierta frivolidad en su actitud y que me estaba probando. En cuanto a aquello de que los wariri vivían en un lugar apartado y remoto, aquella mañana, debido al estado especial de mi cabeza, el mundo no era el mismo, tomaba el aspecto de un órgano, algo mental, entre cuyas células yo había estado vagando. De la mente surgían los impulsos y en la mente se trazaba el curso de mi vida; por lo tanto no había nada sobre la tierra que pudiera sorprenderme lo más mínimo.

—Señor Henderson, le agradecería respondiera sinceramente a la pregunta que voy a hacerle. Ninguna de estas mujeres entiende, por tanto no hace falta discreción... ¿Me envidia usted?

No era el momento más apropiado para decir mentiras.

—¿Quiere decir si me cambiaría por usted? Vaya, alteza, sin que eso sea faltarle al respeto, me parece que está usted colocado en una posición muy atractiva. Además, yo juego con desventaja, porque cualquier persona sale ganando si se la compara conmigo.

La nariz, en su cara negra, era respingada pero no le faltaba anchura. Aquella oscuridad enrojecida de los ojos debía ser una característica de la familia, ya que también la había observado en su tío Horko. Pero en los ojos del rey había una calidad o grado de luz superior. Y ahora él insistía en querer saber, siguiendo en la misma línea el interrogatorio.

—¿Lo dice por todas estas mujeres?

—Bueno, también yo he conocido a unas cuantas, alteza —le dije—, aunque no todas a un tiempo, como parece ser su caso. Pero en este momento da la casualidad de que estoy felizmente casado. Mi mujer es una gran persona y entre los dos existe una unión muy espiritual. No es que no vea sus defectos; a veces le digo que ella es el altar de mi yo. Es una buena mujer, pero algo dada al soborno. Algunas veces se produce cierto fenómeno que consiste en castigar demasiado a la naturaleza. ¡Ja, ja!

—ya les he dicho que mi cabeza no estaba en orden, y añadí—: ¿Que por qué lo envidio? Su pueblo lo lleva a usted en el alma. Lo necesitan. Mire cómo lo rodean y están pendientes de su menor deseo. Uno se da cuenta en seguida de lo que lo valoran.

—Mientras conserve mi juventud y mi fuerza. ¿Pero tiene usted idea de lo que tendrá lugar cuando empiece la decrepitud?

—¿Qué ocurrirá...?

—Estas mismas mujeres, tan excepcionalmente atentas, darán noticia de ello, y entonces el Bunam, que es nuestro sumo sacerdote, junto con otros sacerdotes de la asociación, me llevará al matorral y me estrangulará.

—¡Dios santo! ¡No! —exclamé.

—No lo dude. Le cuento con absoluta fidelidad lo que un rey de los nuestros, de los wariri, puede esperar del futuro. El sacerdote esperará hasta que vea un gusano en mi cadáver, lo envolverá en un pedazo de seda y se lo llevará a la gente. Lo mostrará al público y asegurará que se trata del alma del rey, de mi alma. Volverá a entrar en el matorral y después de un rato aparecerá con un cachorro de león y explicará que el gusano se ha transformado en un león. Y tras otro lapso de tiempo, anunciará al pueblo que el león se ha convertido en el nuevo rey. Será mi sucesor.

—¿Estrangularlo? ¿A usted? ¡Pero esto es brutal! ¿Qué clase de tipos son?

—¿Me sigue envidiando? —preguntó el rey, y pronunciaba quedamente las palabras con aquella boca grande, cálida y como hinchada.

Yo vacilé y él observó: —Por lo poco que lo he observado, deduzco lo siguiente: que probablemente siente usted cierta inclinación por esta pasión.

—¿De qué pasión me habla? ¿Quiere decir que soy envidioso? —dije poniéndome en guardia y a punto de dejarme arrastrar por el genio. Al oír mi tono agresivo, las amazonas que montaban guardia detrás de las esposas se pusieron en movimiento y alerta. Una sola sílaba de boca del rey las tranquilizó. Él carraspeó, se aclaró la garganta, se incorporó en el sofá, y una de sus bellezas desnudas sostuvo una escupidera para que la utilizara. Había tragado un poco de jugo del tabaco de la pipa, esto le desagradó y tiró la pipa. Otra de las señoras la recuperó y limpió la boquilla con un trapo.

Sonreí, pero estoy seguro de que mi sonrisa resultaba ofensiva. Con la sonrisa, se retorcieron los pelos alrededor de mi boca. Sin embargo, me daba perfecta cuenta de que no podía exigirle una aclaración a su comentario. Le dije, pues: —Alteza, algo muy extraño ocurrió anoche. No me quejo de haber caído en una trampa a nuestra llegada, o de que nos birlaran las armas, pero anoche en mi cabaña había un cadáver. Y no es que esto sea precisamente una queja; sé entendérmelas solito con los muertos. Pero me ha parecido que usted tenía que saberlo.

Realmente el rey pareció enfurecido. No había trazas de falsedad en su indignación, y me dijo: —¿Qué me cuenta? Estoy seguro de que se trata de un error. Si fue intencionado, voy a indignarme. Tengo que investigar este asunto.

—Tengo que confesar, alteza, que no me pareció un hecho muy hospitalario, y anoche era yo el indignado. Mi criado se puso histérico. Y ahora será mejor ya decirlo todo: aunque no quería mezclarme con sus muertos, asumí la responsabilidad de quitar de en medio ese cadáver. Pero quisiera saber qué significa todo esto.

—Lo mismo me pregunto yo —dijo. Que yo sepa, no significa nada.

—Ah, bien, esto me tranquiliza. Mi hombre y yo pasamos unas horas muy malas. Durante la noche nos lo devolvieron.

—Le presento mis excusas —dijo el rey. Sinceramente. De veras. Comprendo que es horrible y además muy incómodo.

Él no pidió detalles. No dijo: «¿Quién era? ¿Qué aspecto tenía este hombre?». Ni siquiera parecía importarle si era un hombre, una mujer o un niño. Pero me alegró tanto liberarme de la angustia que llevaba dentro, que en aquel momento no me di cuenta de esta extraña falta de interés.

—Deben haber tenido ustedes un número considerable de muertes en los últimos tiempos —dije. Juraría que vi, camino de palacio, a unos hombres colgados.

No contestó directamente a mi pregunta. Sólo dijo:

—Habría que sacarle de esa vivienda indeseable. Así que, por favor, sea mi invitado en palacio.

—Gracias.

—Mandaré por sus cosas.

—Mi criado, Romilayu, ya las ha traído. Pero él no ha desayunado todavía.

—Esté tranquilo. Se ocuparán de él.

—Y mi fusil...

—Cuando tenga necesidad de disparar, lo tendrá en sus manos.

—He oído varias veces un león. ¿Tiene esto algo que ver con la información que me ha dado usted sobre la muerte de...? —no terminé la pregunta.

—¿Qué es lo que le ha traído hasta nosotros, señor Henderson?

Estuve tentado de confiarme a él..., pero como había desviado la conversación de los rugidos de los leones, que yo oía claramente debajo de nosotros, no era fácil empezar, como si tal cosa, a hablar libremente. Le dije pues: —Soy simplemente un viajero. Mi postura, sobre el taburete de tres patas, parecía insinuar que yo me encogía para evitar nuevas preguntas. La situación exigía un temple y un estado de ánimo que a mí me faltaban en aquellos momentos. Me frotaba y me sonaba constantemente la nariz con mi pañuelo ordinario. Empecé a pensar: «¿Cuál de estas mujeres será la reina?». Y como era muy posible que no resultara educado mirar tan fijamente a los distintos miembros del harén —suaves, flexibles y negros en su mayoría—, clavé la vista en el suelo. Me daba perfecta cuenta de que el rey me vigilaba. Él parecía dominar totalmente la situación y yo me encontraba sin posibilidades. Él estaba erguido, flotaba, y yo me encogía angustiado. Me sudaba la parte de atrás de las rodillas. Sí, él ascendía en el aire como un espíritu, mientras que yo me hundía como una piedra. Con mis ojos fatigados no podía dejar de mirarle sin

rencor, con todos sus colorines y rodeado de solícitas atenciones (y así me hacía culpable de la pasión que él me había achacado). Aun suponiendo que al final iba a pagar como me había contado, lo cierto era que se estaba aprovechando de todo el valor de aquel precio.

—¿Le importa que siga preguntando, señor Henderson? ¿Qué clase de viajero es usted?

—Oh... eso depende. No lo sé todavía. Todavía está por verse. Sabe, hay que ser muy rico para hacer un viaje como éste. Pude haber añadido, como se me ocurrió hacerlo, que algunas personas disfrutaban con el simple hecho de ser. (Walt Whitman: «¡Basta con ser! ¡Basta con respirar! ¡Alegría! ¡Alegría! ¡Todo es alegría!»). Ser. Otros los cifran todo en llegar a ser. Los que son tienen todas las ventajas. Los que quieren llegar a ser son unos desgraciados, viven en constante inquietud. Los que quieren llegar a ser se pasan la vida teniendo que dar explicaciones y teniendo que justificarse ante los que son. Mientras que los que son provocan estas explicaciones. Creo sinceramente que esto es algo de lo que todos debieran darse cuenta. Ahora bien, Willatale, la reina de los arnewi y primera dama amarga, era, sin lugar a dudas, de los que son. Y en aquel momento me pareció que también lo era el rey Dahfu. Y si hubiera sido capaz de esa conciencia alerta que hace falta para estas cosas, hubiera confesado que El Llegar a Ser empezaba a salirme por las orejas. ¡Basta! ¡Basta! ¡Ya habría tiempo para llegar a ser! ¡Tiempo para ser! ¡Qué reviente el sueño del espíritu! ¡Despierta, América! ¡Desconcertad a todos los expertos! Pero lo que le dije a aquel rey de salvajes fue: —Creo que soy una especie de turista.

—O una persona errante —dijo él. Ya me he encariñado con ese modo de ser despegado que revela usted.

Intenté hacer una reverencia, al oír esto, pero hubo una serie de factores que me lo impidieron; el principal era mi postura encogida, con la barriga apretada contra las rodillas desnudas (dicho sea de paso, yo necesitaba un buen baño, y esta postura hizo que me diera cuenta de ello). —Me juzga usted mejor de lo que merezco —dije. Hay muchas personas en mi país que creen que no valgo para nada.

En este punto de nuestra entrevista, intenté tocar, como si las palpara con las puntas de los dedos, las características más importantes de nuestra situación. Todo parecía ir sobre ruedas, ¿pero era así en realidad? Según Itelo, este rey, Dahfu, era un tipo estupendo. Lo habían condecorado con una colección de medallas. Era de clase A, como diría el propio Itelo. Primo. La verdad era que ya me había ganado, pero era necesario recordar lo que había visto aquella mañana, recordar que estaba entre salvajes, y que me habían alojado con un cadáver, y que había visto a aquellos tíos colgados por los pies, y que el rey había hecho, por lo menos, una insinuación dudosa. Además, mi fiebre iba en aumento y tenía que hacer un esfuerzo especial para mantenerme alerta. Sentí una tensión en la nuca y en los ojos. Miraba con disgusto todas las cosas que me rodeaban, incluidas aquellas mujeres, que lógicamente hubieran debido inspirarme algo muy distinto. Pero mi propósito era ver

lo esencial, sólo lo esencial y nada más que lo esencial, y guardarme de todas las apariencias. De todos modos, las cosas no son lo que parecen.

En cuanto al rey, su interés por mí parecía aumentar por momentos. Sonrió a medias y me miró con ojos escrutadores, cada vez con mayor atención. ¿Cómo podía adivinar yo los fines y los propósitos que escondía en su corazón? Dios no me ha concedido la mitad siquiera de la intuición que constantemente necesitaría. No me podía fiar de él y por tanto tenía que entenderle. ¿Entenderle? ¿Cómo iba a entenderle? ¡Puñetas! Era igual a intentar sacar una anguila de la sopa, cuando se ha disuelto ya en mil pedazos. Este planeta tiene millones de pasajeros sobre él, y fueron precedidos por otros infinitos millones y quedan todavía infinitos millones por venir, y yo no tengo esperanzas de comprender a ninguno, no, ni a un solo individuo, ni a uno. ¡Nunca! ¡Y cuando recuerdo la confianza que antes tenía yo de poder comprender...! Saben, es lo suficiente para hacer llorar a un hombre. Naturalmente, ustedes se preguntarán ¿y qué tendrán que ver los números con esto? Y tienen razón. Nos deprimen demasiado los números y deberíamos aceptar mejor las multitudes. Puesto que nosotros estamos en un punto intermedio entre las estrellas y los átomos. Vivimos entre concepciones astronómicas y la huella dactilar de cada pulgar es un misterio. Deberíamos acostumbrarnos, pues, a los números grandes. En la historia del mundo han existido, existen y existirán innumerables almas, y si uno reflexiona un poco sobre ello resulta maravilloso y no deprimente. A muchos tontos los deprime este hecho, pues creen que la cantidad los entierra en vida. Esto es tonto. Los números son muy peligrosos, pero lo principal es que humillan el orgullo de cualquiera. Y esto es bueno. Estaba diciendo que yo tuve en otros tiempos una gran confianza en la comprensión. Consideremos, por ejemplo, una frase como: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». Esto puede considerarse como una promesa que, con el tiempo, nos libraré de la ceguera y nos hará llegar a la comprensión. Pero, por otro lado, también puede significar que, con el tiempo, comprenderemos nuestra perversidad y nuestros crímenes, y esto suena como una amenaza.

Seguí sentado allí y tenía la expresión del pensador. O quizá sería más exacto y más gráfico decir que escuchaba el run-run que hacía mi cabeza por dentro. Entonces oí sorprendido que el rey comentaba: —No se nota en su persona el desgaste que causa un viaje. Me parece que es usted muy fuerte. Quiero decir en general. Lo veo a simple vista. ¿Dice usted que sólo fue capaz de defenderse bien contra Itelo? A lo mejor quería ser cortés. Aunque sea un juicio precipitado, le diré que no puedo pensar en usted como en un hombre cortés. Pero no le oculto que es usted un ejemplar magnífico en cuanto a desarrollo físico. Creo que nunca he visto a un hombre como usted.

Primero había sido aquel fiscal de la noche anterior, que, pasando por alto el asunto del cadáver, me pidió que me quitara la camiseta para examinar mi físico, y ahora el rey demostraba un interés parecido. Pude haber fanfarroneado: «Tengo la

fuerza suficiente para subir corriendo una cuesta, con uno de sus cadáveres a la espalda». Y es cierto que estoy bastante orgulloso de mi fuerza (es un mecanismo de compensación). Pero mis sentimientos habían fluctuado de un modo considerable. Primero me había tranquilizado la persona y la actitud del rey, y su tono de voz. Me había regocijado. Mi corazón se había vestido de fiesta. Después volvieron a surgir las sospechas. Y ahora aquel extraño interrogatorio sobre mi físico me hizo sudar de nuevo de ansiedad. Recordé que, si pensaba ofrendarme en sacrificio, la víctima ideal debe ser intachable físicamente. Comenté, pues, que últimamente mi salud no era muy buena y que precisamente hoy me parecía que tenía fiebre.

—No puede tener fiebre, porque se ve claramente que está usted sudando —dijo Dahfu.

—Es simplemente otra de mis cosas raras; puedo tener una fiebre altísima y sudar a chorros al mismo tiempo. El rey hizo caso omiso del comentario. Además —continué— ayer noche me ocurrió algo terrible al comer una galleta dura. Una verdadera calamidad. Se me rompió el puente. Abrí bien mi boca con los dedos y eché atrás la cabeza, indicándole que echara una ojeada. Además, me desabroché el bolsillo y le enseñé los dientes, que había guardado allí para tenerlos seguros. El rey miró dentro de aquella fosa que era mi boca. No encuentro palabras para describir exactamente la impresión que le causó, pero me dijo: —Desde luego, tiene el aspecto de molestarle mucho. ¿Cuándo le ocurrió esto?

—Oh, precisamente un momento antes de que aquel individuo me aplicara el tercer grado. ¿Cómo dice usted que se llama?

—El Bunam —dijo. ¿Le parece a usted un hombre muy digno? Es el oficial mayor de todos los sacerdotes. No me cuesta ningún trabajo imaginar lo que le molestó a usted romperse los dientes.

—Me sacó de mis casillas —dije. Sentía ganas de darme de cabeza contra la pared por mi estupidez. Claro que puedo masticar todavía con los restos rotos. Pero ¿y si se cae lo que me queda? No sé si conoce usted la odontología, alteza, pero debajo de los restos todo está hecho polvo, y si me da un airecillo en esos piquitos, crea que no existe un tormento que se le pueda comparar. He tenido muy mala suerte con la dentadura y mi mujer también. Naturalmente, uno no puede exigir que una dentadura le dure para siempre. Se desgastan. Pero esto no es todo...

—¿Es posible que tenga usted otras dolencias? Ofrece usted un aspecto de solidez física realmente extraordinario.

Me ruboricé y le respondí: —Sufro bastante de hemorroides, majestad. Además tengo unos ataques que me hacen perder el sentido.

—¿No se tratará de la enfermedad de las caídas... *petit mal o grand mal*?

—No, lo que yo tengo no ha podido ser diagnosticado. He consultado el caso con verdaderas eminencias de Nueva York y dicen que no es epilepsia. Pero hace unos años empecé a sufrir desmayos; vienen sin aviso, no puedo adivinar cuándo sobrevendrán. Pueden presentarse mientras estoy leyendo el periódico o subido a una

escalera arreglando una persiana. Y he perdido el sentido mientras tocaba el violín. Me ocurrió hace un año, más o menos, cuando subía en el ascensor directo del edificio Chrysler. Debió de ser la velocidad, que supera a la gravedad, lo que lo provocó. A mi lado iba una señora con abrigo de visón. Apoyé mi cabeza en su hombro, dio un grito enorme y me caí.

Como he sido un estoico durante muchísimos años, me resultaba difícil dar a mis dolencias un tono convincente. Además, gracias a haber leído muchos libros de medicina, me daba perfecta cuenta de cuánta sugestión, sólo sugestión, no hay que hablar de bebida o algo por el estilo, se esconde en el fondo de mis quejas. Era una perversidad de carácter lo que me hacía desmayarme. Y mi corazón repetía tantas veces *quiero*, que creí que merecía un pequeño desahogo, y me parecía un gran descanso eso de desmayarme de vez en cuando. Sin embargo, empecé a darme cuenta de que el rey iba a utilizarme si podía, pues, amable como era, se encontraba preso en una situación determinada respecto a sus mujeres. Y ya que no podía aspirar a llegar a viejo, no había ninguna razón especial que le obligara a ser considerado conmigo.

Dije con voz sonora: —Alteza, ésta ha resultado ser una visita maravillosa y muy interesante. ¡Quién me lo iba a decir! ¡En medio de África! Itelo le alabó mucho a usted. Me dijo que era estupendo y he comprobado que realmente lo es. Todo eso será digno de recordar, pero no quiero abusar de su hospitalidad. Ya sé que ustedes piensan fabricar la lluvia hoy y yo probablemente sólo les serviré de estorbo. Así pues, gracias por su hospitalidad, aquí en palacio, y mucha suerte en la ceremonia; pero creo que lo mejor será que mi criado y yo, después de almorzar, desaparezcamos de aquí.

En cuanto comprendió mis intenciones y mientras yo hablaba todavía, Dahfu empezó a negar con la cabeza. Y las mujeres me miraron con una expresión que no era precisamente amistosa, como si yo estuviera disgustando a su rey, o inquietándolo y desgastando parte de su energía, energía que podía emplear mucho mejor en otra parte.

—Oh, no, señor Henderson —me dijo. Queda fuera de discusión renunciar a usted después de una estancia tan breve. Tiene usted un enorme encanto social, mi querido huésped. Debe convencerse de que yo sufriría una pérdida irreparable al perder su compañía. Además, creo que el destino desea que intimemos todavía más. Ya le he dicho cuánto me ha excitado la noticia de su llegada desde el mundo exterior. Y así, como es el momento de empezar las ceremonias, le pido que sea usted mi invitado.

Se puso un sombrero de ala ancha, del mismo color morado de los pantalones, pero de terciopelo. Habían cosido en la copa unos dientes humanos contra el mal de ojo. Se levantó del sofá verde, pero sólo para volver a recostarse en una litera. Las Amazonas, con sus chalecos cortos, la transportaron. Cuatro de ellas arrimaron el hombro a los palos de ambos lados; y aquellos hombros, aun tratándose de Amazonas, eran blandos. La resistencia física siempre me conmueve, especialmente en las

mujeres. Me encanta ver películas de juegos olímpicos en un cine de Times Square; sobre todo cuando muestran a esas vitales atalantas corriendo y lanzando la jabalina. Siempre exclamo: «¡Vean esto, señoras y caballeros! ¡Vean lo que es capaz de hacer una mujer! Es tan atractivo a mi personalidad de soldado, como a la de amante de la belleza». Intenté sustituir a aquellas mujeres por otras ocho que conozco... Francis, Mlle. Montecuccoli, Berthe, Lily, Clara Spohr y otras..., pero de todas ellas, sólo Lily poseía la estatura necesaria. No podía formar con ellas un equipo adecuado. Berthe, aunque fuerte, era demasiado ancha, y Mlle. Montecuccoli tenía mucho pecho, pero no tenía los hombros. Estas amigas, conocidas y seres amados no hubieran podido cargar con el rey.

A petición de su majestad, bajé las escaleras a pie, a su lado, y salí con él al patio. El rey no se recostaba perezosamente en la litera; su figura poseía verdadera elegancia, revelaba sus buenos modales. Es posible que no hubiera observado esto si los hubiera conocido a él y a Itelo en su tiempo de estudiantes en Beirut. Todos hemos conocido estudiantes africanos y generalmente llevan unos trajes enormes y los cuellos arrugados, porque no tienen costumbre de hacerse el nudo de la corbata.

En el patio, Horko se unió a la procesión, con sus parasoles, amazonas, esposas y niños con grandes gavillas de maíz, guerreros que sostenían en los brazos unos ídolos y fetiches recién embadurnados de ocre y lechada, más feos que cuanto la mente humana pueda concebir. Unos eran sólo dientes, otros eran sólo nariz, mientras había otros que tenían el sexo más grande que todo el cuerpo. El patio quedó abarrotado en unos segundos. El sol echaba chispas y relumbraba. La acetona no quita la pintura más aprisa de lo que el sol derretía mi ánimo. Me dije que me iba a desmayar como un idiota. (Era idiota si se tiene en cuenta mi tamaño y mi fuerza). Y pensé que aquello era igual que un día de verano en Nueva York: había equivocado mi metro y había ido a parar a Lenox Avenue y a la calle 125, y ahora subía, agotado, las escaleras que llevaban a la calle.

El rey me dijo: —¿Los arnewi también tienen dificultades con el agua?

Y pensé: «Estoy perdido. Este tío sabe lo de la cisterna». Pero no parecía ser así. No había ninguna insinuación especial en su modo de comportarse; miraba sólo desde su hamaca el azul quieto y sin nubes.

—Pues, le diré, rey —dije—, no parecían tener mucha suerte en este aspecto.

—¿Sí? —dijo pensativo. Les pasa algo muy extraño con la suerte, ¿lo sabía? Existe una leyenda que dice que en un principio éramos todos unos, formábamos la misma tribu, pero nos dividimos por la cuestión de la suerte. La palabra que les designa en nuestra lengua es nibai. Puede traducirse por «desafortunado». Sí, ésta es la palabra equivalente en nuestra lengua.

—¿De verdad?, ¿los wariri se consideran entonces afortunados?

—¡Oh, si! En muchas cosas. Nosotros decimos que somos lo contrario a lo que son ellos. Decimos wariri, ibai. En otras palabras, los afortunados wariri.

—¡No me diga! Bien, bien. ¿Y cuál es su opinión personal respecto a esto?

¿Tiene razón este dicho?

—¿Si somos afortunados los wariri? —preguntó. Desde luego quería aclarar las cosas, porque yo le había desafiado con mi pregunta. Y fue indudablemente toda una experiencia, una lección para mí. Me demostró el rango que él tenía y en el que me sobrepasaba, de un modo tan suave que apenas si era perceptible. Tenemos suerte — me dijo. Es indiscutible que tenemos suerte. No puede usted imaginarse lo consistente que es.

—¿Así que usted cree que hoy habrá lluvia? —pregunté sonriendo irónicamente.

Me respondió muy tranquilo: —He visto llover en días como éste —y después añadió: —Creo comprender su actitud. Es debido a la generosidad de los arnewi. Le han impresionado a usted, como suelen impresionar a todo el mundo. No olvide que Itelo es mi mejor amigo y que fue mi compinche en esas situaciones que crean una gran intimidad entre dos personas. ¡Ah, sí, conozco bien sus cualidades! Generosos. Dóciles. Buenos. Nadie como ellos. Estoy completamente de acuerdo con usted en este punto, señor Henderson.

Levanté el puño hasta mi cara y miré el cielo. Solté una carcajada breve y pensé: ¡Dios santo! ¡Vaya persona que vengo a conocer a tanta distancia de casa! Sí, desde luego es aconsejable viajar. Y, créanme, el mundo está en la mente de uno. Todo viaje es un viaje mental. Siempre lo había sospechado. Lo que llamamos realidad no es más que pedantería. No había necesidad de aquella discusión con Lily, cuando de pie, junto a nuestro lecho conyugal, yo grité y grité, hasta que Ricey se asustó y escapó con el niño. Yo proclamé que mis relaciones con la realidad eran mejores que las suyas. Sí, sí, sí. El mundo de los hechos es real, esto está fuera de duda, y no se pueden alterar. Y yo, a mi modo, le decía una verdad a Lily. Yo conocía la realidad mejor, desde luego, pero la conocía mejor porque era la mía..., llena hasta los bordes, flotando con mis propias imágenes; mientras que la realidad de ella estaba hecha de sus imágenes. ¡Oh, qué revelación! La verdad me estaba hablando. A mí, a Henderson.

Los ojos del rey proyectaban un brillo que llegaba a los míos tan lleno de poder significativo que si él hubiera podido o querido, hubiera taladrado mi propia alma. Sentí todo esto. Pero como soy un ignorante y no me han educado para las cosas elevadas..., en las cosas elevadas soy un torpe principiante por culpa de mi naturaleza echada a perder..., no sabía qué debía esperar. Sin embargo, bajo la luz de los ojos del rey Dahfu comprendí que al volar la cisterna no había perdido yo mi última oportunidad. No, señor. De ninguna manera.

Horko, el tío del rey, seguía dirigiendo la procesión. Llegaban por encima de los muros de palacio unos aullidos y unos ruidos que superaban cualquier coro que haya surgido jamás de gargantas o pulmones. Pero en cuanto hubo un instante de calma, el rey me dijo: —Es fácil adivinar, señor viajero, que usted ha salido de viaje para realizar algún asunto muy importante.

—Sí, majestad. Ha dado usted en el clavo —le dije, e hice una reverencia. De otro

modo, me hubiera quedado en cama, mirando un atlas ilustrado o diapositivas de Angkor Wat. Tengo un cajón lleno de ellas, en color.

—¡Vaya! Eso es precisamente lo que yo quería decir. Y has dejado tu corazón con nuestros amigos los arnewi. Estamos de acuerdo, son excelentes. Incluso me he preguntado muchas veces si será debido a su naturaleza o al ambiente. Con frecuencia me inclino a creerlo innato y no debido a la educación. Muchas veces tengo ganas de ver a mi amigo Itelo. Daría con gusto lo mejor que tengo con tal de oír su voz. Desgraciadamente, yo no puedo ir. Mi puesto..., los deberes oficiales. El bien le impresiona, ¿eh, señor Henderson?

Era terrible el brillo del sol y unas pequeñas manchas en los ojos me cegaban. Asentí con la cabeza y dije: —Sí, majestad. Sin tonterías. El verdadero bien. El bien desnudo.

—Sí, comprendo sus sentimientos —dijo, y hablaba con un extraña suavidad, o acaso con un secreto anhelo. Nunca imaginé que yo podría aguantar eso de nadie, o que iba a tener que aguantarlo, y menos de aquel individuo tumbado en la hamaca real, con el sombrero morado de ala ancha adornado de dientes, con aquellos ojos enormes, suaves y extraños y aquella boca prominente y rosada. Dicen —continuó— que el mal es fácilmente espectacular y que tiene arranque y bravura e impresiona a la mente con mayor rapidez que el bien. Esto, en mi opinión, es un error. Acaso sea verdad respecto al bien vulgar. Existen muchas personas buenas. ¡Oh, si! Su voluntad les dicta que hagan el bien y lo hacen. ¡Qué vulgar! No es más que aritmética. No he hecho tal y tal cosa que debí hacer, y he hecho tal y tal cosa que no debí hacer. ¡La vida no se hace de estas cosas! ¡Y qué sórdido resulta llevar esta contabilidad! Mi punto de vista es completamente distinto y hasta contrario: creo que el bien no puede cifrarse en el trabajo o en la lucha. Cuando es elevado y grandioso, es algo demasiado superior. ¡Oh, señor Henderson, es mucho más espectacular! Va ligado a la inspiración y no a la lucha, pues allí donde el hombre lucha, allí cae, y si usa el hierro, por el hierro perecerá. Una voluntad gris produce un bien gris, sin ningún interés. Cuando un hombre se traza un línea de batalla, es probable que le encuentren en ella, muerto, testimonio de la fuerza que reside en el esfuerzo, y sólo en el esfuerzo.

Dije ansiosamente: —¡Oh, rey Dahfu..., oh, majestad! Me había emocionado muchísimo. Pronuncié estas palabras, mientras se reclinaba en su hamaca. —¿Conoce usted a la reina de ellos, a la mujer amarga, Willatale? Es tía de Itelo, sabe —le dije. Me iba a iniciar en el grun-tu-molani, pero pasó una cosa y luego otra...

Pero las Amazonas habían arrojado sus hombros a los palos y la litera se levantó y avanzó hacia adelante. ¡Qué gritos! ¡Qué animación! ¡Qué retumbar los bombos, como si volvieran a hablar los animales por medio de los pellejos que en otro tiempo recubrieran sus cuerpos! Fue un estallido de ruidos, como en Coney Island o Atlantic City o Times Square en Año Nuevo. Al salir el rey por la puerta, aquella enorme cacofonía sepultó mis palabras anteriores.

A gritos le pregunté al rey: —¿A dónde?...

Me incliné muy cerca de él para oír la respuesta. —... poseen un especial... lugar... ruedo —me dijo.

No entendí más. El tumulto era tan grande, que resultaba metropolitano. Había tal confusión de hombres, mujeres, fetiches y estallidos, como si azotaran perros, y chirridos agudos como hacen las hoces cuando las afilan, y cuernos que sonaban y resonaban; toda aquella escala de ruidos no hubiese podido grabarse en un disco. La barrera del sonido estaba a punto de desmoronarse. Intenté proteger mi oído bueno taponándolo con el pulgar; e incluso el oído malo recibía más rumores de los que podía soportar. Por lo menos mil hombres del campo formaban parte del gentío, casi todos desnudos, muchos pintarrajeados y vulgares, tocando sonajas y lanzando gritos. El tiempo era pesado, bochornoso, y me picaba todo el cuerpo. Era un calor feo, polvoriento, y a veces me parecía que tenía la cara cubierta con un saco. Pero no me quedaba tiempo para reflexionar en mi incomodidad, pues me arrastraban hacia adelante con la comitiva del rey. La procesión entró en un estadio —usando muy libremente esta palabra—, que era un gran terreno, cerrado por una valla de madera. Había dentro cuatro graderías de aquella piedra caliza que ya he mencionado. Había un palco real para Su Majestad, en el que también yo ocupé un lugar. Estaba sentado bajo un dosel del que colgaban unos cintajos, junto a las esposas, los oficiales y otros miembros de la realeza. Las Amazonas, con sus chalecos parecidos a corsés, sus cuerpos suaves y estilizados y sus cabezas afeitadas, delicadas e inmensas, redondas como melones, ovaladas como sandías, alargadas como calabacines, montaban guardia en todas las esquinas. Acompañado de su comitiva y de sus parasoles, Horko se deshacía en reverencias e hizo lo de salam, salam, ante el rey. El parecido de familia que existía entre los dos hacía pensar que podrían transmitirse los pensamientos sólo con mirarse el uno al otro; a veces ocurren cosas parecidas. La misma nariz, los mismos ojos, el mismo rasgo propio de la raza. Así, de un modo silencioso, me parecía que Horko instaba a su sobrino para que hiciese algo que ya habían discutido de antemano. Pero por la expresión del rey se adivinaba que no quería prometer nada. Él era el que mandaba allí; sobre esto no había lugar a dudas.

Sostenida en alto por cuatro Amazonas, una para cada pata, apareció la mesa de *bridge*. Sobre la mesa estaba el recipiente con las dos calaveras que poco antes había visto yo en las habitaciones reales. Pero ahora había unas cintas, largas y brillantes, de un azul intenso, atadas a las órbitas. Las colocaron ante el rey, que las contempló con una larga mirada y no volvió a ponerles los ojos encima. Entretanto, aquel enorme Horko, enroscado de tal modo en su túnica escarlata que un talón quedaba pegado al otro y la gordura se apretaba contra su barbilla y sus hombros, se permitió burlarse de mi expresión. Por lo menos, a mí me pareció reconocer mi expresión enfurruñada en su cara. No me importó. Le ofrecí una pequeña reverencia, para que supiera que lo había logrado bastante bien. Y, como buen político, él me devolvió un saludo alegre y descarado. El parasol de colorines giraba sobre su cabeza. Se situó en

el palco, a la izquierda del rey, con el fiscal que me había hecho esperar la noche anterior, aquel tipo que Dahfu llamaba el Bunam, y al lado del viejo de piel arrugada como de pergamino que nos había dirigido hacia la emboscada. Aquel que había surgido de entre las piedras blancas como el individuo que encontró José. El que mandó a José hasta Dotain. Entonces sus hermanos vieron a José y dijeron: «Ahí viene el soñador». Todo el mundo debería estudiar la Biblia.

Créanme, no les miento, yo me sentía igual al soñador.

—¿Quién es este hombre, arrugadito como una aceituna griega? —pregunté.

—¿Cómo dice? —exclamó el rey.

—El que está con el Bunam y con su tío.

—¡Ah, sí! Es uno de los sacerdotes ancianos. Una especie de adivino a su manera.

—Ayer nos lo encontramos. Llevaba un bastón retorcido.

Varias filas de amazonas se alinearon con sus fusiles y empezaron a apuntar hacia el cielo. Yo no veía mi .375 por ninguna parte. Aquellas mujeronas empezaron a disparar salvas; primero en honor del rey, y del difunto padre del rey, Gmilo, y de varios otros. Después, así me lo explicó el rey, hubo una en mi honor.

—¿Para mí? Bromea usted, majestad —le dije. Pero no estaba bromeando y le pregunté: —¿Debo ponerme de pie?

—Creo que todos se lo agradecerían.

Y cuando me puse de pie, hubo un coro de gritos agudos y de aullidos. Pensé: «Ha corrido la noticia de lo que hice con el cadáver. Saben que no soy un cobarde, sino una persona fuerte y valiente. Soy todo un tipo». Empezaba a contagiármese el espíritu del ambiente, y al saturarme de emociones bárbaras se agravó la molestia que sentía en el pecho. No encontraba palabras, no disponía de morteros o bazucas para disparar, y dar así la réplica a las amazonas. Pero me sentí impelido a hacer algún ruido, y, por tanto, proferí un rugido como el del gran toro asirio. Ya saben que ser el centro de atención de una multitud es algo que siempre me emociona. Lo mismo ocurrió cuando lloraron los arnewi y cuando se congregaron en torno a la cisterna. También me ocurrió en Italia, cerca del baluarte de los antiguos guiscardos, en Salerno. Y lo mismo le ocurría a mi padre; en una gran reunión tenía tendencia a emocionarse. Una vez, levantó la plataforma del conferenciante y la tiró al foso de la orquesta.

Sin embargo, rugí. Y la aclamación fue magnífica. Porque se me oyó.

Todos vieron cómo me agarraba el pecho mientras gritaba. Esto enloqueció a la multitud. Y sus gritos, tengo que confesarlo, me sabían a gloria. Reflexioné: ¿Conque es esto lo que los tipos que se dedican a la vida pública sacan de ella? Vaya, vaya. No me extrañaba ya que aquel Dahfu hubiera abandonado la civilización para volver y ser el rey de su tribu. Hombre, ¿quién no querría ser rey? Aunque se tratara de un rey pequeñito. No era una cosa como para dejarla escapar. (El momento de rendir cuentas resulta remoto para un hombre joven y fuerte; las mujeres se deshacían en atenciones y en muestras de gratitud; él era su ojito derecho).

Estuve de pie todo el tiempo que pude, y me regodeé en aquel aplauso. Reía. Me senté cuando no hubo otro remedio.

Vi horrorizado una cara risueña, con una boca como un buzón y con la frente surcada de innumerables arrugas. Es esa clase de visión que puede tener uno ante un escaparate de la Quinta Avenida, y al volverse para comprobar la fantástica aparición que Nueva York ofrece a sus espaldas, se encuentra con que no hay nadie. Pero esta cara, sin embargo, se mantenía firme y no se desvanecía. Sonreía al grupo que ocupábamos el palco real. Estaban haciendo unos cortes profundos y sangrientos al pecho al que correspondía aquella cara. Un viejo cuchillo verde..., una mano cruel que lo empuñaba. ¡Oh, estaban haciendo trizas y apuñalando a aquel hombre! ¡Parad! ¡Parad! ¡Dios santo! ¡Pero si se está cometiendo un homicidio!, dije para mis adentros. Un calambre me sacudió las entrañas, como un túnel, como la sacudida que sufren los edificios grandes cuando pasa un tren por debajo.

Pero los cortes no eran profundos, eran de lado y superficiales, y a pesar de la velocidad con que el sacerdote pintarrajeado manejaba el cuchillo, cortaba de acuerdo con un plan predeterminado y con habilidad. Frotaron con ocre las heridas y tuvo que sentir un picor enloquecedor, pero seguía sonriendo, y el rey comentó: —Este procedimiento es bastante habitual, señor Henderson. No hay por qué preocuparse. Es el modo de avanzar en su carrera de sacerdote y por tanto se siente muy satisfecho. En cuanto a la sangre, dicen que provoca a los cielos a producir un chaparrón, sirve para engordar las bombas de agua del firmamento.

—¡Ja, ja! —reía y gritaba yo. ¡Óigame, rey! ¿Qué es lo que está diciendo? Oh, Santa Rita..., vuelva a decir esto. ¿Las bombas de agua del firmamento? ¡Es lo mejor que he oído en mi vida!

Sin embargo, el rey no tenía tiempo para ocuparse de mí. A una señal del palco de Horko, se produjo un enorme tiroteo, una salva atronadora de fusiles, mientras resonaban al mismo tiempo los golpes profundos y armónicos de los bombos. El rey se levantó. Hubo hosannas enloquecidos. ¡Raudales de alabanzas! Lanzaban ensordecedores aullidos de orgullo y sus caras se retorcían en formas inimaginables. De aquel color negro de la tribu se desencadenó, o estalló, una ola de color rojo; todos estaban de pie sobre las piedras blancas de las gradas y ondeaban y ostentaban objetos rojos. El rojo es el color de los días sagrados de los wariri. Las Amazonas saludaron con estandartes morados, el color del rey. Se elevó su parasol morado y la copa tensa se bamboleó.

El rey ya no estaba a mi lado. Había bajado del palco para ocupar su sitio en la arena. Al otro lado del círculo, que no era mayor que el terreno de juego de un campo de baseball, apareció una mujer alta. Estaba desnuda hasta la cintura y su pelo parecía el pelo de una oveja. Cuando estuvo más cerca, vi que tenía la cara cruzada por un hermoso dibujo de cicatrices, que parecían braille. Dos cicatrices como picos se extendían desde sus orejas hacia abajo, y una tercera descendía hasta el puente de su nariz. Incluso la barriga la llevaba pintada de un color rojo bermejo u oro apagado.

Era joven, porque tenía los pechos pequeños y no le temblaban al andar como les ocurre a las mujeres mayores, y sus brazos eran largos y delgados. Se veían perfectamente en ellos los tres huesos; quiero decir, el húmero que se estrecha en la punta, el radio y el cúbito. Tenía la cara pequeña y alargada, y al principio, cuando la vi al otro lado del campo, sus facciones no eran mayores a una bola de billar; a distancia, su cara era una manzana dorada. Llevaba unos pantalones morados que hacían pareja con los del rey, y fue su compañera en el juego que ahora iniciaban. Por primera vez, me di cuenta de que había un grupo de figuras en el centro de la arena... más o menos en el lugar donde debería colocarse el que tira las pelotas en el baseball. Supuse, y no me equivoqué, que aquéllos eran sus dioses. Alrededor de ellos y por encima de ellos, el rey y aquella mujer empurpurinada iniciaron un juego con las calaveras. Les daban vueltas con las largas cintas, daban cada uno una corridita, y las tiraban muy altas, por encima de las figuras de madera, que estaban debajo de unas lonas... la más grande debía tener la altura de un viejo piano Steinway puesto de pie. Las dos calaveras subían muy alto y después el rey y la muchacha las recogían. Resultaba muy limpio. Todo el ruido había desaparecido, se había desvanecido como se desvanecen las arrugas de una tela bajo la presión de la plancha caliente. Un silencio perfecto se produjo a los primeros lanzamientos de calavera; se podía oír incluso el ruido hueco que hacían cuando las cogían. Y pronto llegó a mis oídos el silbido de las calaveras al volar por el aire. La mujer lanzó su calavera. En el aire, las anchas cintas moradas y azules le daban aspecto de flor. Juro ante Dios que me parecía una genciana. En lo alto se cruzó con la calavera que había sido lanzada por el rey y las dos cayeron. Las cintas azules que arrastraban consigo las hacían semejantes a pólipos marinos. Pronto comprendí que no se trataba sólo de un juego, sino de una competencia. Y naturalmente, yo iba a favor del rey. Incluso se podía llegar a pensar que el penalty, si se dejaba caer una de las calaveras, podía ser la misma muerte. Ahora bien, yo ya conozco de sobra a la muerte, no sólo debido a mi edad, sino también por otras muchas razones que no veo la necesidad de citar en este momento. La muerte y yo somos casi primos carnales. Pero la idea de la muerte del rey me resultaba casi insoportable. Aunque él parecía tener mucha confianza en sí mismo, y sus saltos, sus rápidas vueltas, su seguridad, lo convertían en un hermoso espectáculo, mientras él afinaba su juego como un buen tenista o un jinete prodigioso y... bueno, lo que quiero decir con todo esto es que resultaba tan viril que no había motivo para preocuparse. Un hombre como aquél se entrega a todo lo que hace con ardor; yo, sin embargo, tiritaba y temblaba por él. También la chica me preocupaba. Si uno de los dos tropezaba, o se le escurrían las cintas de entre las manos, o si las calaveras chocaban en el aire, acaso tendrían que pagar con la última pena, como aquel pobre hombre que encontré en mi choza. Desde luego no había muerto de muerte natural. A mí no podían engañarme; yo hubiera resultado un forense magnífico. Pero lo mismo el rey que la mujer estaban en buena forma, y eso me hizo imaginar que no se pasaba el día tumbado a la bartola, mimado por sus mujercitas.

Corría y saltaba como un león lleno de fuerza y su aspecto era soberbio. Ni siquiera se había quitado el sombrero de terciopelo morado adornado de dientes humanos. Estaba a la altura de la mujer, pues a mi modo de ver pareció que era ella la que proponía el desafío. Su comportamiento era el de una sacerdotista y lo obligaba a él a igualar la categoría de su título. Su aspecto, con aquella pintura dorada y el tatuaje parecido a braille, resultaba algo inhumano. Cuando saltaba en un paso de baile, sus pechos se mantenían firmes, como si realmente estuvieran hechos de oro; y a causa de su esbeltez y de su estructura, al saltar parecía un ser sobrenatural, una especie de saltamontes gigante.

Entonces remataron la última jugada. Se colocaron los dos la calavera bajo el brazo, como la máscara de un esgrimidor; e hicieron una reverencia. Siguió un tremendo alboroto, y aparecieron otra vez, de repente, las banderas y los trapos rojos.

Al volver, el rey respiraba fuerte. Llevaba el sombrero puesto al estilo de Francisco I, como un retrato de Ticiano. Se sentó. Y en cuanto lo hizo, sus mujeres lo taparon con una sábana para que no se le viera beber en público. Era tabú. También le secaron el sudor y le hicieron masaje en los músculos de las poderosas piernas y del vientre jadeante, tras aflojar el cordón dorado de sus pantalones púrpura. Yo me moría de ganas de decirle lo que sentía. Algo como: «¡Oh, rey, esto ha sido regio! Es usted un verdadero artista. ¡Y vaya artista! Rey, yo amo la nobleza y las acciones bellas». Pero no pude pronunciar palabra. Existen en mi carácter estas estúpidas inhibiciones. Así es la servidumbre de nuestros tiempos. Se nos atribuye facilidad de palabra. Es lo que yo le decía a mi hijo Edward: «¡Esclavitud!». Y él creyó que yo era demasiado ingenuo, cuando le dije que amaba la verdad. ¡Oh, cuánto me dolió! Con frecuencia quiero decir cosas y se me quedan dentro de la cabeza. Por lo tanto, no llegan a existir en la realidad; uno no puede atribúrselas, puesto que nunca han salido a la luz. Al mencionar el firmamento, el mismo rey me había señalado el camino, y pude haberle dicho muchas cosas en aquel preciso instante y en aquel mismo lugar. ¿Qué? Pues, por ejemplo, que el caos no es totalmente dueño de la situación. Que no se trata de una carrera loca y nauseabunda, desamparada, a través de un sueño y hacia la nada. ¡No, señor! Hay una o dos cosas que pueden detenerla. Con habilidad, quizá. La velocidad controlada, el tiempo desmenuzado. ¡Medida! ¡Qué gran idea! ¡Misterio! ¡Las voces de los ángeles! Si no, ¿por qué demonios tocaba yo el violín? ¿Y por qué se me pudría el alma en aquellas grandes catedrales de Francia, hasta el punto de no poderlas aguantar y tener que emborracharme y mandar a Lily al cuerno? Yo creía que si le hablaba de esto al rey y le decía lo que llevaba en el corazón, él podría llegar a ser mi amigo. Pero sus esposas nos separaban con sus muslos desnudos y sus traseros pasando y repasando ante mis narices, lo que hubiera sido el colmo de la descortesía de no encontrarnos entre salvajes incivilizados. Así, con este panorama inspirador, no tuve oportunidad de hablarle al rey. Unos minutos más tarde, cuando pude por fin dirigirle la palabra, le dije: —Rey, tuve la sensación de que si uno de los dos fallaba, las consecuencias no hubieran sido nada agradables.

Antes de responder, se humedeció los labios. Su pecho se movía aún agitadamente: —Le puedo explicar, señor Henderson, por qué razón es imposible fallar: (volvió su dentadura reluciente hacia mí y, acaso por su respiración jadeante, me pareció que sonreía, aunque no había motivo alguno para sonreír), algún día las cintas se atarán aquí —y señaló con los dedos sus ojos. Mi propia calavera será tirada al aire —hizo el gesto de volar—, y volará.

—¿Estas calaveras eran de reyes? ¿De parientes suyos? —dije. No me atrevía a preguntar directamente qué parentesco le unía a las calaveras. Sólo de pensar que me tocara a mí semejante tirada y recogida, sentía un picor y un hormigueo en la palma de las manos.

Pero no había tiempo para discutir esto. Estaban ocurriendo demasiadas cosas. En aquel momento estaban sacrificando el ganado y lo ejecutaban sin mucha ceremonia. Un sacerdote, con plumas de avestruz saliéndole por todas partes, rodeaba con su brazo el pescuezo de la vaca, le agarraba el morro, le levantaba la cabeza y le cortaba la garganta, como si se tratara de encender una cerilla en el trasero de sus pantalones. La vaca caía al suelo muerta. Nadie le hacía demasiado caso.

XIII

Después de esto, vinieron las danzas de la tribu y varios números que parecían de vodevil. Una anciana y un enano hicieron lucha libre, pero el enano perdió el dominio de sí mismo e intentó hacerle daño de verdad. Ella interrumpió la demostración y le riñó. Una de las Amazonas entró en el campo y recogió al hombrecillo. A buen paso, se lo llevó debajo del brazo. En las gradas hubo vítores y aplausos. Siguió un número poco serio. Dos tipos se daban latigazos en las piernas y saltaban en el aire para evitar que el otro les diera. Estos festejos al estilo romano me parecían poco tranquilizadores. Estaba muy nervioso. Me sentía empapado de una sensación nerviosa y un presentimiento de desgracias venideras. Naturalmente yo no podía pedirle a Dahfu que me diera una información. El rey respiraba profundamente y su mirada era de una frialdad impenetrable. Por fin le dije:

—A pesar de todos estos actos, el sol sigue brillando y no hay una sola nube. Incluso dudo de que haya aumentado la humedad, aunque uno siente que está llegando.

El rey me respondió: —Su observación es acertada, no cabe duda. Yo no le contradigo, señor Henderson; sin embargo, he visto otras veces cómo fallaban todas estas observaciones y he visto llegar la lluvia en días así. Sí, precisamente en días como hoy.

Le dirigí una mirada penetrante, con los ojos entrecerrados. Había mucha intención en mi mirada y no voy a explicarlo ahora. Acaso encerraba un exceso de presunción. Pero lo que en primer lugar expresaba era: «No nos engañemos, majestad. ¿Cree usted que es tan fácil conseguir lo que uno quiere de la naturaleza? ¡Ja, ja! Yo nunca he recibido lo que he pedido». Pero lo que en realidad dije fue: —Me están entrando ganas de hacer una apuesta con usted, rey.

No esperaba que el rey me tomara la palabra con tanta rapidez. —¡Oh, qué bien! ¿Me propone usted una apuesta, señor Henderson?

Me di cuenta de que mi corazón se proponía de verdad provocarle en este asunto. Me vi liado en él. Terriblemente liado. Y naturalmente era un contrasentido. Dije: —Claro que sí. Si usted quiere apostar, yo apostaré.

—De acuerdo —dijo el rey, y su mirada era risueña pero también obstinada.

—Pero, rey Dahfu, el príncipe Itelo me dijo que sentía usted interés por la ciencia.

—¿Le dijo eso? —preguntó aquel tipo, evidentemente satisfecho. ¿Le dijo que asistí a la Escuela de Medicina?

—¡No!

—Pues es verdad. Hice dos años de la carrera.

—¡No puede ser! No sabe usted lo interesante que resulta esa información. Pero en este caso, ¿qué clase de apuesta vamos a hacer? Usted está bromeando conmigo. ¿Sabe, majestad, que mi mujer, Lily, está suscrita al *Scientific American*? Por tanto, estoy enterado del problema de la lluvia. El sistema de la nieve carbónica no ha

resultado muy eficaz. Hay la idea nueva de que primero la lluvia se forma de chaparrones de polvo que llegan del espacio exterior. Cuando este polvo se pone en contacto con la atmósfera, provoca algo. Otra teoría, que me convence más, es que el rocío salado del océano, en otras palabras la espuma, es uno de los ingredientes más importantes de los que forman la lluvia. La humedad reúne y condensa estos cristales que lleva el aire, ya que la humedad tiene que servirse de algo para condensarse. Ya ve usted que es algo matemático, alteza. Si no existiera la espuma marina, no habría lluvia, y si no hubiera lluvia no habría vida. ¿Cómo les sentaría esto a estos tipos tan listos? Si el océano no poseyera esta peculiar forma de belleza, la tierra sería estéril —con más intimidación cada vez, como si se tratara de una confidencia, proseguí con una risita—: Majestad, no tiene usted idea de la gracia que me hace este asunto. La vida nos viene de la crema de los mares. Solíamos cantar una canción en la escuela: «¡Oh, Marianina! ¡Ven, oh ven y conviértenos en espuma!». —Lo canturreé un poquito, casi a media voz. Le gustó; se lo noté.

—Tiene usted una voz poco vulgar —me dijo sonriente y alegre, y yo empecé a darme cuenta de que le caía bien a aquel hombre. Y esta información es, sin duda, fascinante.

—¡Ja! Comprendo que se lo parezca ¡Caramba! ¡Vaya teoría, eh! Pero supongo que esto pone punto final a nuestra apuesta, ¿verdad?

—En absoluto. Apostaremos igual.

—Está bien, rey Dahfu, se me ha ido la lengua. Todo lo anterior, con su permiso, es como si no hubiera dicho nada. Lo reconozco. Es natural que usted, como rey, tenga que apoyar la ceremonia. Le presento, pues, mis excusas. ¿Y por qué no me dice usted simplemente: «Váyase usted a paseo, señor Henderson», y lo olvidamos todo?

—¡Oh, no! Ni hablar, no hay motivo. Apostaremos. ¿Por qué no íbamos a hacerlo? —Lo daba ya como un hecho y yo no tenía escapatoria.

—Está bien, rey, como usted quiera.

—Y ahora, bajo palabra de honor, ¿qué vamos a apostar?

—Lo que quiera.

—Muy bien. Lo que yo quiera.

—Soy injusto. Yo tengo que darle alguna ventaja —le dije.

Pero el rey agitó la mano, en la que llevaba una gran piedra roja. Estaba tumbado en la hamaca y se sentaba o se recostaba según los momentos. Era clarísimo que le gustaba jugar; tenía el carácter de un jugador. Mis ojos estaban fijos en aquella sortija suya, un granate enorme, montado en mucho oro y rodeado de otras piedras más pequeñas. Me dijo: —¿Le parece bien esta sortija?

—Está bastante bien —dije, queriendo dar a entender que me resistía a decidirme por cualquier objeto.

—¿Y usted qué apuesta?

—Llevo dinero en efectivo encima, pero no creo que pueda interesarle. Tengo una

Rolleiflex en mi mochila. No crea, no he hecho muchas fotografías, sólo una de cuando en cuando. He tenido demasiado que hacer en África. Después, queda mi rifle, un H y H Magnum .375, con objetivo telescópico.

—No veo de qué iba a servirme, si ganara.

—En casa tengo algunas cosas que estaría encantado de poderle ofrecer —le dije —, me quedan aún varios hermosos cerdos Tamworth.

—¿Ah, sí?

—Ya veo que no le interesa.

—Sería más adecuado apostar algo personal —me dijo.

—¡Ah, sí! Comprendo. La sortija es algo personal. Si me fuera posible separarme de mis preocupaciones, se las ofrecería. ¡Ellas sí que son personales! ¡Jo, jo! Pero no se las desearía a mi peor enemigo. Bueno, veamos, ¿qué tengo yo que pudiera servirle a usted? ¿Qué cosas poseo que sean apropiadas para un rey? ¿Alfombras? Tengo una muy bonita en el estudio. Tengo también una bata de terciopelo, que podría caerle bien. Incluso tengo un violín Guarnerius. ¡Ah, un momento! ¡Ya lo tengo!... ¡Cuadros! Hay uno mío y otro de mi mujer. Al óleo.

No estaba seguro de que me hubiera oído en aquel momento, pero me respondió: —No debería presumir tanto de que ganará.

—Y si pierdo, ¿qué más da?

—Será interesante.

Esto hizo que yo me empezara a preocupar.

—Bueno, ya está arreglado. Apostaremos la sortija contra los retratos al óleo. O también podríamos apostar que usted será mi huésped por un tiempo indefinido, si yo gano.

—Está bien —le dije. Pero ¿cuánto tiempo?

—¡Oh, eso es demasiado teórico! —dijo, apartando la vista. Dejémoslo como indefinido por el momento.

Habíamos llegado a un acuerdo y los dos miramos hacia arriba. El cielo tenía un color azul pálido uniforme y cubría las montañas en perfecta calma. Llegué a la conclusión de que el rey era muy delicado. Quería compensarme por el asunto del cadáver de la noche pasada, y además darme a entender que le gustaría mucho que me quedara con él una temporada. La discusión terminó con un florido gesto africano del rey, como si se quitara los guantes, o como si ensayara la ceremonia de desprenderse del anillo. Yo sudaba mucho, pero mi cuerpo no se sentía refrescado. Traté de mitigar el calor manteniendo la boca abierta. Entonces le dije:

—¡Ja, ja! Majestad, ¡vaya apuesta estrafalaria! —En aquel preciso instante, llegaron hasta nosotros gritos enfurecidos, de una discusión, y yo pensé: «Ah, la parte poco importante del espectáculo ha terminado». Varios hombres con plumas negras, como unos hombres-pájaros pordioseros —las plumas estropeadas les colgaban de los hombros—, empezaron a destapar a los dioses. Les arrancaban las mortajas sin ningún respeto. Esa irreverencia no se hacía de un modo impensado o por casualidad.

¿Comprenden? Lo hacían para provocar la carcajada y fue esto exactamente lo que consiguieron. Aquellos tipos disfrazados de pájaros y cubiertos de plumas, animados por las risas, empezaron a hacer tonterías como unos payasos; les pisaban los pies a las estatuas, tiraban algunas de las más pequeñas y se burlaban y mofaban de ellas. Sentaron al enano en las rodillas de una de las diosas, y cuando el enano, con gesto de viejo loco, sacó la lengua y volvió los párpados inferiores, la multitud se desternilló de risa. La parentela de dioses, todos de piernas cortas y tronco largo, era muy tolerante con estos abusos. La mayor parte tenían unas cabezas pequeñas y desproporcionadas, sobre unos cuellos larguísimos. En general, el grupo no tenía aspecto muy duro. Y sin embargo tenían dignidad... misterio; a fin de cuentas, eran dioses y ellos regían el destino. Gobernaban el aire, las montañas, el fuego, las plantas, el ganado, la suerte, la enfermedad, las nubes, los partos y la muerte. Y, caray, hasta el más achaparrado de todos, al que de una patada hubieran tumbado patas arriba, reinaba sobre algo. La actitud de la tribu parecía dar a entender que era necesario acercarse a los dioses con sus vicios al descubierto, ya que de cualquier modo los hombres efímeros no podían ocultar nada a sus ojos. Yo capté la idea, pero la creía equivocada de base. Hubiera querido preguntarle al rey: «¿Cree usted que toda esa mala sangre es necesaria?». Además me maravillaba que un rey así pudiera gobernar aquella cuadrilla.

Uno tras otro empezaron a mover todo el panteón. Corporalmente. Empezaron con los dioses más pequeños, a los que movían con descuido y no poca maldad. Los dejaban caer o los hacían rodar, tratándolos como si fueran torpes. ¡Demonio!, pensé. Para mí, ésta parecía una forma vulgar de comportarse, aunque pude ver, para ser objetivo sobre ello, mucho campo para el resentimiento con los dioses. Sin embargo, esto no me preocupó en lo más mínimo. Murmurando, me senté bajo la concha de mi armadura y traté de aparentar que el asunto no era de mi incumbencia.

Cuando la bandada de cuervos llegó a las estatuas mayores, empujaron y tiraron de ellas sin conseguir derribarlas, y tuvieron que pedir ayuda a la muchedumbre que los miraba. Los hombres fuertes saltaban a la arena, uno tras otro, y levantaban un ídolo, llevándolo de la posición original a, diremos, un medio campo, mientras los espectadores lanzaban gritos y aullidos de júbilo. Deduje que esa demostración de fuerza formaba parte de la tradición de la ceremonia. Algunos hombres se acercaron a los dioses más grandes por detrás y los rodearon con los brazos, agarrándolos por el estómago. Otros se los cargaban a la espalda, como hacen los hombres que descargan sacos de harina de la parte posterior de un camión. Uno dio media vuelta a una de las figuras, cogiéndola por los brazos como yo había hecho la noche anterior con el cadáver. ¡Ni más ni menos que mi propia técnica!

—¿Qué ocurre, señor Henderson? —preguntó el rey.

—Nada, nada, nada —respondí.

El número de dioses que quedaban en su sitio era muy escaso. Los hombres fuertes se los habían llevado a casi todos. Estos últimos hombres eran unos

ejemplares magníficos, y yo tengo buen ojo para calcular la fuerza de un hombre. Durante cierto periodo de mi vida sentí un vivo interés por el levantamiento de pesas y solía entrenarme con las palanquetas de gimnasia. Como todo el mundo sabe, el desarrollo de los músculos cuenta mucho en esto. Intenté interesar a mi hijo Edward; puede ser que de no surgir la tal María Felucca yo hubiera podido convencerle de que desarrollara sus músculos. Aunque, al fin y al cabo, yo he desarrollado este elegante porte y las restantes deformaciones que corresponden a los individuos más grandes de una especie. (Como aquellas fresas gigantes de Alaska). ¡Oh, mi cuerpo, mi cuerpo! ¿Por qué no hemos sido nunca realmente amigos? Lo he cargado con mis vicios, como a una barca, una barcaza. ¡Oh! ¿Quién me librará de esta muerte que es mi cuerpo? ¡O, por lo menos, salvadme de estas deformaciones debidas a mi tamaño y a la labor de mi psique! Algunas veces me ha consolado una voz locamente: «Quema la tierra. ¿Por qué ha de morir un hombre bueno? Deja que sea a algún tonto imbécil al que echen en la fosa». ¡Cuánta maldad! ¡Cuánta perversión! ¡Ay, Señor, cuántas cosas pasan en el interior de una persona!

Sin embargo, yo me convertía más y más intensamente en espectador. Cuando sólo quedaban dos dioses, los dos más grandes (Hummat, el dios de la montaña, y Mummah, la diosa de las nubes), salieron varios hombres fuertes y fracasaron. Sí, sí, fracasaron. No podían mover ni un centímetro a aquel Hummat, que tenía bigotes como una morsa y espinas en la frente, a más de tener unas espaldas anchas como una casa. Después de que varios abandonaron el intento, entre las burlas y silbidos del público, se adelantó un hombre que llevaba un fez rojo y una especie de correa de soldado montañés hecha de hule. Andaba de prisa, balanceando las manos abiertas, y aquel hombre que iba a levantar a Hummat se postró ante el dios..., era el primer gesto devoto que yo había visto hasta entonces. Después dio la vuelta por la espalda y metió la cabeza debajo de uno de los brazos. Abrió las piernas y pateó el polvo con pies sensibles hasta conseguir una posición firme. Luego se limpió las manos en las rodillas y asió a Hummat, agarrándolo por un brazo y bajo del trasero. Con ojos muy abiertos y la mirada fija, que se humedeció por el esfuerzo, empezó a levantar al enorme Hummat. Alrededor de su boca, abierta hasta tal punto que las mandíbulas se confundían con los huesos del cuello, se marcaban los tendones como los finos radios de una bicicleta, y los músculos de sus caderas formaban grandes nudos en las ingles, hinchándolas bajo el cinturón de hule. Era un hombre bueno; yo ya lo apreciaba. Era de los nuestros. Le pones una carga delante y él la agarra. Apretaba el pecho contra la imagen, empujaba, utilizaba hasta la última gota de su fuerza. —Así se hace —dije, ahora usa los músculos de la espalda.

Igual que todos los demás, que se habían levantado para animarle, excepto Dahfu, yo también me puse en pie y empecé a gritar: —¡Ra, ra, ra por ti! ¡Ya es tuyo! ¡Lo vas a conseguir! ¡Tienes fuerza de sobra! ¡Empuja..., así! ¡Ahora arriba! ¡Bien! ¡Lo está logrando! ¡Ganará! ¡Dios bendiga a este muchacho! ¡Qué maravilla! Eso es un hombre de verdad... ¡es un tipo de los que a mí me gustan! ¡Adelante! ¡Dale! ¡Allá!

¡Allá va! ¡Gracias a Dios! —Entonces me di cuenta de la manera en que estaba gritando y me volví a sentar al lado del rey, asombrado de mi propio entusiasmo.

El campeón apoyó a Hummat en su hombro y llevó al dios de la montaña a ocho metros de distancia. Lo colocó de pie entre los demás. El hombre, que estaba sin aliento, dio media vuelta y miró a Mummah, sola en medio del circo. Era más grande todavía que Hummat. En medio de los aplausos, el campeón la miraba de arriba abajo. Ella le esperaba. Aquel gigantón femenino era muy gordo, por no decir repulsivo. La habían hecho muy seria y el hombre fuerte, sólo con mirarla, parecía ya desanimarse. Y no es que la diosa prohibiera el intento. No, a pesar de ser tan repulsiva, parecía bastante tolerante, incluso de buena fe como la mayor parte de los dioses. Pero parecía muy segura de su inamovilidad.

La multitud incitaba al hombre a que lo intentara; estaban todos de pie, incluso Horko y sus amigos se habían levantado en su palco. El parasol de Horko proyectaba una sombra color rosa viejo, y el príncipe, envuelto en su apretada túnica roja, extendió su brazo robusto y apuntó hacia Mummah, cuyas rodillas parecían doblarse un poco bajo el peso de los pechos y el vientre, de tal modo que tenía que apoyar las manos abiertas en los muslos. Y, como suele ocurrirles a algunas mujeres obesas, sus manos eran elegantes y estilizadas. Estaba allí, esperando al hombre que fuera capaz de moverla.

—¡Tú puedes con ella muchacho! —gritaba yo también, y le pregunté al rey: — ¿Cómo se llama este hombre?

—¿El hombre forzado? Ah, es Turombo.

—¿Qué le pasa? ¿Es que no se siente capaz de moverla?

—Es claro que le falta confianza. Todos los años logra mover a Hummat, pero no a Mummah.

—¡Oh, tiene que tener fuerza para hacerlo!

—Me temo que sea precisamente lo contrario —dijo el rey, con el curioso acento, nasal y cantarín, de su inglés africano.

Sus labios generosos y prominentes eran más rojos que los de los demás hombres de su tribu. Por lo tanto, su boca resultaba más llamativa de lo que suelen serlo las otras bocas. —Como usted ve, este hombre es fuerte, y es además un buen hombre, como me parece habérselo oído gritar a usted. Pero cuando ha movido a Hummat queda agotado y esto le ocurre todos los años. Compréndalo, hay que trasladar primero a Hummat, de lo contrario él no permitiría que las nubes pasaran por encima de las montañas.

¡Benévola Mummah! Su cara redonda brillaba esplendorosa al sol. Sus cabellos de madera eran como el nido de una cigüeña y se ensanchaban en la parte superior. Aquella figura feúcha, feliz, estúpida, paciente, invitaba a Turombo o a cualquier otro campeón a probar su fuerza.

—¿Sabe lo que pasa? —le dije al rey. Es el recuerdo de las derrotas anteriores. Derrotas anteriores..., yo podría explicarle muchas cosas acerca de este problema de

las derrotas pasadas. Le aseguro que sé mucho de esto. Esto es lo que le pasa al muchacho. Estoy seguro.

Turombo, que era un hombre bajo para su complexión y su fuerza, parecía estar pasando un trago muy amargo. Aquellos ojos, que se habían agrandado y humedecido por el esfuerzo cuando asió a Hummat, reflejaban ahora una luz apagada. Estaba preparado para el fracaso, y sus ojos, que pasaban de nosotros a la multitud, lo demostraban. Les aseguro que me dolía verlo. Por fin, saludó con el fez al rey, en un gesto de brindis que ya pronosticaba su fracaso. No se hacía ilusiones respecto a Mummah. Sin embargo, lo iba a intentar. Se frotó la corta barba con los nudillos, y se acercó a paso lento hacia ella, midiéndola con la mirada, como si tratara de evaluar cómo resultaría la prueba.

La ambición debía representar un papel poco importante en la vida de Turombo. Mientras que en mi pecho había un torrente... no, esta comparación es pobre..., en mi pecho se abría un verdadero estuario, una bahía inmensa de esperanza y de ambición. Ahí estaba mi oportunidad. Sabía que podía lograrlo. ¡Dios Santo! Temblaba y sentía frío: Sencillamente, yo sabía que podía levantar a Mummah, y me sentía arrastrado, ardía en deseos de saltar al ruedo y de hacerlo. Estaba ansioso por demostrar lo que llevaba dentro, ardía como el arbusto seco al que había prendido fuego con mi mechero africano ante los niños arnewi. Desde luego, yo era más fuerte que Turombo. Y si, en el proceso para demostrarlo, se me rompía el corazón, si ese viejo saco reventaba, estaba bien, que me dejaran morir. Ya no me importaba. Había deseado hacerles un bien a los arnewi cuando llegué y vi su problema.

Y en vez de esto, había lanzado temerariamente mi voluntad y mi ambición ciega sobre aquellas ranas. Llegué a ellos arropado en la luz, o así me lo parecía, y me marché envuelto en sombras y en tinieblas, humillado de tal modo, que pienso si no habría sido mejor obedecer a mi primer impulso, cuando aquella joven rompió en llanto y yo me dije a mí mismo que quizá debería arrojar mi fusil y mi agresividad e irme a la selva hasta que estuviera en condiciones de enfrentarme, una vez más, a la humanidad. Mi deseo de hacer allí un bien, porque les había cogido tanto cariño a los arnewi, especialmente a aquella anciana cegata de Willatale, fue sincero e intenso, pero no era nada comparado al deseo que sentía ahora en el palco real, sentado junto a aquel rey semisalvaje, con sus pantalones y su sombrero de terciopelo morado. ¡Tan ardiente era mi deseo de hacer algo! Porque veía algo que yo sería capaz de llevar a cabo. No importaba que aquellos wariri —a los que hasta el momento, con todos esos líos de cadáveres nocturnos, no tenía gran simpatía—, fueran hijos de Sodoma y Gomorra a un tiempo; no iba a permitir por ello que se me escapara aquella oportunidad de hacer algo, de distinguirme en algo, de escribir una palabra acertada en el libro de mi destino antes que fuera demasiado tarde. Me alegré, pues, de que Turombo fuera tan blando. Pensé que sería mejor que fuera manso. Antes incluso de ponerle un dedo encima a Mummah, había confesado ya de un modo implícito que nunca sería capaz de moverla. Y esto era lo que yo quería. ¡Ésta era la mía! Hubiese

querido gritarle al rey: «¡Yo puedo hacerlo! ¡Déjame saltar a la arena!». Sin embargo, estas palabras no llegaron a pronunciarse, porque Turombo ya se había acercado por detrás a la diosa. Se puso en posición para levantarla, agachándose y rodeando con sus fuertes brazos el vientre de Mummah. Junto a la cadera de ella, apareció la cara del hombre, con expresión tensa, pronta para el esfuerzo, el miedo y el sufrimiento, como si Mummah se le fuera a caer encima y a aplastarle con su peso. Sin embargo, con el abrazo de Turombo empezó a moverse. El nido de cigüeña que formaban sus cabellos de madera oscilaba y se tambaleaba como oscila el horizonte en el mar tormentoso desde la proa de un barco. Lo explico así por la sensación de mareo que sentí en la boca del estómago. Turombo tiraba hacia arriba por la base, como si intentara arrancar un viejo árbol. Se esforzaba de un modo terrible, pero aunque sacudió al vejestorio, no podía levantarla del suelo.

La multitud se burló de él cuando reconoció por fin que aquello iba más allá del límite de sus fuerzas. Sencillamente no pudo hacerlo. Y a mí me alegró el fracaso de aquel hombre. Es bastante feo confesarlo, pero así fue. «Buen hombre —me dije para mis adentros—, eres fuerte, pero da la casualidad de que yo soy más fuerte que tú. No es en absoluto una cuestión personal. Se trata únicamente del destino..., él lo ha querido así. Como en el caso de Itelo. Este trabajo es mío. ¡Ríndete, ríndete! ¡Cede! ¡Aquí viene Henderson! ¡Dejad que le ponga las manos encima a esa Mummah..., y por Dios que...!».

Le dije a Dahfu: —Siento de verdad que no lo haya conseguido. Debe ser duro para él.

—Oh, estaba claro que no podría —dijo el rey Dahfu. Yo estaba seguro.

Entonces hablé con profunda y extrema seriedad, tan serio como sólo yo puedo estarlo:

—Majestad... Estaba excitadísimo y a punto de reventar. Me hinchaba, estaba enfermo y la sangre me circulaba de un modo muy raro por el cuerpo... como turbia y extasiada a un tiempo. Me picaba la cara, especialmente la nariz, como si la sangre fuese a escapar por ahí. Era un tormento, una especie de corona de gas ardiendo en mi cabeza. Pero continué: —Señor, majestad..., quiero decir que... ¡Déjeme! Tengo que hacerlo.

Aunque el rey me hubiera respondido algo, yo en aquellos momentos no hubiera podido oírlo, porque lo único que veía en aquella atmósfera abrasada y reseca era una cara a mi izquierda. Estaba sordo a los gritos enfurecidos con que la multitud abroncaba a Turombo. Una cara que se concentraba sólo en mí, de tal modo que se desentendía del resto del mundo. Era la cara del fiscal, el tipo con el que traté la noche anterior, el hombre que Dahfu llamaba Bunam. ¡Aquella cara! Había en ella una mirada fija, llena de experiencia humana, profunda y apolillada. Yo mismo sentía la vitalidad que debía correr por sus venas. ¡Ah, Dios santo! Aquel hombre, inexorable, me hablaba. Por medio de los surcos de su cara y de la presión de sus cejas apretadas y de las venas marcadas, me estaba comunicando un mensaje. Y yo

sabía lo que él me decía. Lo oía. Las palabras calladas del mundo que ahora escuchaba yo con el último repliegue de mi alma, me llegaron con una claridad espectacular. Dentro de mí las escuchaba. ¡Oh, lo que oí! La primera palabra severa fue: ¡Maniquí! Esto me impresionó mucho. Y, sin embargo, aquello tenía cierto sentido. Era verdad. Y estaba obligado, era mi absoluto deber, a seguir escuchando... *Y sin embargo eres un hombre. ¡Óyeme! ¡Abre bien tus oídos, tipejo imbécil! Estás ciego. Tus pasos fueron accidentales, pero tu destino no pudo ser otro. Así que ahora no te ablandes, oh no, amigo mío, tienes que intensificar, por el contrario, lo que eres. Ésta es tu única salida... intensificar. Si sales derrotado, tío cochino, deberás yacer en tu propia sangre gorda, sin sentido, inconsciente a la naturaleza cuyo don has traicionado, y el mundo recobrará lo que el mismo mundo creó sin éxito. Cada peculiaridad es sólo un impulso de la serie que proviene del mismo corazón de las cosas..., el corazón de las cosas. La finalidad terminará por aparecer, aunque tú no la veas. La voz no se fue alejando; simplemente se calló. Terminó lo que tenía que decir.*

Pero ahora comprendí por qué me habían encerrado con el cadáver. El Bunam era el causante. Él me había calado bien. Quería averiguar si yo tenía fuerza para mover el ídolo. Y yo, ¡maldita sea!, me había prestado a la prueba. Me había prestado totalmente. Cuando cogí al muerto, su peso me pareció el peso de mis propios miembros que se hubieran dormido y pesaran mucho, pero había luchado contra la repugnancia y la había superado y había levantado el cadáver. Y ahora, allí estaba la cara muda del fiscal, seria, exaltada, llena de venas y de nudos, anunciando los resultados. Yo había pasado la prueba. Con la mejor nota. Matrícula de honor.

Dije en voz alta: —Tengo que intentarlo.

—¿Qué dice? —preguntó Dahfu.

—Alteza —respondí—, si no lo consideran como la intrusión de un extranjero, creo que yo podría trasladar la estatua... la diosa Mummah. Me gustaría de veras prestar este servicio, ya que poseo ciertas capacidades que deberían encontrar empleo definitivo. Quiero que usted sepa que no me fue muy bien con los arnewi, donde sentí algo parecido. Rey, yo sentí allí un gran deseo de hacer algo bueno y desinteresado... para expresar mi creencia en algo superior. Pero en lugar de esto, me metí en un lío terrible. Es justo que le advierta todo esto antes.

Había perdido el control de mí mismo y por lo tanto no estaba muy seguro de que mis palabras fueran claras, aunque mi intención sí debía serlo. Observé en la cara del rey una expresión de curiosidad, mezclada con simpatía.

—¿No va usted demasiado rápido por el mundo, señor Henderson?

—Oh, sí, rey. Soy muy inquieto. La verdad es que no podía continuar donde estaba, ni como estaba. Había que hacer algo. De no haber venido a África, sólo me quedaba permanecer metido en la cama. Lo ideal...

—Sí. Siento una enorme fascinación por lo ideal. ¿Qué hubiera sido lo ideal?

—Pues no sé decirlo exactamente. Todo es un rompecabezas. Me persigue una

especie de motivación que me impulsa a prestar servicios. Siempre he admirado al doctor Wilfred Grenfell. Aquel hombre me volvía loco. Me hubiera gustado dedicarme a participar en misiones de socorro, aunque no necesariamente con una jauría de perros. Pero eso sólo es un pequeño detalle.

—Oh, yo ya presentía, mejor dicho intuía, cierta tendencia de este tipo en usted.

—Bueno, discutiré encantado esta cuestión más tarde —dije. Ahora lo que quiero saber es: ¿cuál es la situación? ¿Puedo probar mis fuerzas contra Mummah? No sé exactamente por qué, pero tengo la impresión de que podré transportarla.

—Es mi obligación prevenirle de que esto puede tener consecuencias.

Debí haberle pedido más explicaciones y averiguar lo que quería decir, pero yo me fiaba de aquel tipo y no podía hacerme a la idea de que las consecuencias fuesen realmente malas. De todos modos, se habían apoderado de mí aquel ardor, aquellas ansias, aquel estuario torrencial —¿comprenden lo que quiero decir?— y estaba perdido. Para colmo, el rey sonrió, y parecía así que se retractaba a medias de su amenaza.

—¿Está realmente convencido de que puede hacerlo?

—Yo sólo puedo pedirle, rey, que me deje ir por ella. Lo único que quiero es ponerle las manos encima.

No me encontraba en condiciones de apreciar las sutilezas de la actitud del rey. Él, por su parte, ya había satisfecho las exigencias de su conciencia, si es que las tenía, y me tenía bien atrapado. Pero ningún hombre puede apuntarse un tanto mejor, ¿verdad? Porque ahora me veía cogido en este asunto que se podía relacionar con todos los negocios que habían quedado pendientes desde años atrás..., el *quiero*, *quiero*, Lily, el grun-tu-molani, el crío negro que se trajo mi hija a nuestra casa de Danbury, el gato que intenté aniquilar, el destino de la señorita Lenox, los dientes, el violín y las ranas de la cisterna, y todo lo demás.

Sin embargo, el rey no había dado todavía su consentimiento.

Envuelto en su manto de leopardo y con paso gimnástico, el Bunam bajó del palco, donde había estado sentado con Horko. Le siguieron dos esposas, con grandes cabezas afeitadas de aspecto delicado y alegres diente-cillos. Eran más grandes que su marido y andaban lentamente detrás de él, tomándolo todo con mucha calma.

El fiscal o Bunam se paró delante del rey e hizo una reverencia. También las mujeres hicieron una reverencia. Entre las mujeres, o concubinas, o sea cual fuera su título, del rey y las del Bunam se intercambiaron señas disimuladas, mientras el fiscal se dirigía a Dahfu. Apuntó el dedo índice hacia arriba, a la altura de la oreja, como hace el cronometrador de una carrera con la pistola. Se doblaba, muy tieso, por la cintura. Hablaba de prisa, pero siempre al mismo ritmo, y parecía saber muy bien lo que decía. Al terminar, volvió a bajar la cabeza, y clavó en mí la misma mirada severa, llena de significado, de unos minutos antes. Las venas se marcaban perfectamente en su frente.

Dahfu se volvió hacia mí en su litera chillona. Mantenía aún entre los dedos las

cintas que estaban atadas a la calavera.

—El Bunam dice que ya esperaba esto de usted. Ha llegado usted en el momento preciso de...

—Majestad, en cuanto a esto... ¿quién puede decirlo? Si cree que los presagios son favorables, estoy de acuerdo. Escúcheme, rey, tengo el aspecto de un matón y poseo algunas cualidades, en su mayor parte físicas, pero también soy muy sensible. Hace un rato dijo usted algo acerca de la envidia y debo confesarle que en cierta manera me hirió. Es como un poema que leí titulado «Escrito en la prisión». No lo recuerdo completo, pero dice: «Envidio los destellos de alegría y el destino de la mosca en el bosque frondoso». Y termina: «Envidio a la mosca que toma el sol sobre una hoja verde y desearía que mi meta ya estuviera alcanzada». Ahora bien, rey, usted sabe tan bien como yo a qué meta me refiero. Realmente no quiero vivir ninguna ley decadente. Dígame, ¿cuánto tiempo tiene que continuar el mundo así? ¿Por qué no ha de quedar alguna esperanza para el sufrimiento? Da la casualidad de que yo creo que se puede hacer algo, y por eso, como usted ya ha observado, voy corriendo como loco por el mundo. Hay muchísimas razones para respaldar este hecho. Por ejemplo, está mi mujer, Lily, y están los niños... Usted debe tener también un buen número de ellos, así que a lo mejor comprenderá lo que siento...

Vi en su cara un gesto de simpatía, y me limpié la mía con el pañuelo de Woolworth. A mí la nariz me picaba por dentro y no daba con el remedio para acabar con el picor.

—Siento haberle herido, de veras.

—Bueno, no importa. Tengo bastante acierto para juzgar a los hombres y usted es estupendo. De usted lo aguanto todo. Además, la verdad es la verdad. Que quede entre los dos, pero le confieso que yo *también* he envidiado a las moscas. Tanta más razón para fugarse de la cárcel, ¿verdad? Si yo poseyera la constitución mental necesaria para quedarme metido en mi caparazón de tortuga y creerme además el rey del espacio, sería estupendo. Pero yo no soy así. Rey, yo soy un «llegar a ser». Pero su situación es otra, ¿comprende? Usted es un «ser». He esperado mucho tiempo, ¡caramba! Supongo que debería tener más paciencia, pero, por el amor de Dios, usted debe comprender por lo que estoy pasando. Se lo pido por favor, déjeme saltar allá dentro. No puedo explicar por qué, pero siento la llamada, y ésta puede ser mi gran oportunidad. —Entonces me dirigí al fiscal, que estaba allí de pie, con su manto y sus puños de leopardo, sosteniendo la vara de hueso, y le dije:

—Perdone usted, señor —apunté hacia él con varios dedos—, pronto estaré con usted. —Con el calor que había en mi cuerpo y la fiebre que me ardía en la cabeza, no me era posible controlar mis palabras y proseguí—: Rey, voy a decirle todo acerca de mí, sin rodeos. Todo hombre tiene que conducir su vida hasta cierta profundidad... ¡Si no lo hace!... Pues yo, rey, empiezo a disfrutar la profundidad que me toca. ¿Usted no puede pedirme que retroceda precisamente ahora, verdad?

—No, señor Henderson. Sinceramente, no se lo pediría —me respondió.

—Pues, estoy en uno de estos momentos.

Tumbado allí, el rey me escuchaba con un aprecio suave, casi reflexivo. —Está bien, sea cual sea el resultado, yo doy mi permiso. Por lo que a mí respecta, no veo razón para denegarlo.

—Gracias, majestad, gracias.

—Todos están esperándole.

Me levanté inmediatamente, me quité la camiseta por la cabeza, saqué el pecho cuanto pude, pasé las manos sobre él y las pasé por mi cara también, y, con aquellos pantalones cortos que daban a mi cuerpo un aspecto torpe y con la sensación de ser muy alto y muy grande y con aquel sol de fuego que caía a plomo sobre mi cabeza, bajé al ruedo. Me arrodillé delante de la diosa... sobre una rodilla. La medí con los ojos, al tiempo que me secaba las manos con polvo y me las limpiaba después en los pantalones marrones. Los gritos de los wariri, e incluso los bombos, me llegaban como desde muy lejos. Se registraban en mis oídos en una intensidad infinitamente más baja, como si cayeran fuera de la circunferencia del gran estadio. La barbarie y la vulgaridad de aquellos africanos, que maltrataban a sus dioses y colgaban a los muertos por los pies, no tenían nada que ver con la emoción que sentía yo en aquel momento dentro del corazón. Era algo distinto y completamente separado; la emoción existía por sí misma. Mi corazón deseaba únicamente llegar a un fin. Tenía que rodear con los brazos a aquella enorme Mummah y levantarla.

Al irme acercando, aprecié mejor lo grande, desbordante y amorfa que era. La habían engrasado y me deslumbraba. Sobre su superficie paseaban las moscas. Una de esas pequeñas esfinges del aire se había posado en el labio de Mummah y se estaba lavando. ¡Qué aprisa se esfuma una mosca cuando se siente amenazada! Su decisión es instantánea, y da la sensación de que no tiene que vencer inercia alguna; no hay nada de superficial en el modo de levantar el vuelo una mosca. Cuando puse manos a la obra, todas las moscas huyeron en el calor, con un zumbido parecido al que hacen las cosas al romperse. Sin vacilar un solo instante, rodeé a Mummah con los brazos. No estaba dispuesto a aceptar una derrota. Apreté el vientre contra ella y doblé un poco las rodillas. Olía como una vieja de carne y hueso. La verdad es que para mí era una persona con vida, no un ídolo. Estábamos uno frente al otro, como el que desafía y el que es desafiado, pero éramos también íntimos. Y con aquel secreto placer que se experimenta en sueños o en uno de esos días perezosos de ocio, cálidos y bienhechores, en que todos los deseos se cumplen, apoyé mi mejilla en su pecho de madera. Doblé las rodillas y le dije: —¡Arriba, cariño! Es inútil que intentes volverte más pesada, yo te levantaré aunque pesaras el doble. La madera cedió bajo mi presión y la benévola Mummah, con su eterna sonrisa, se abandonó a mí. La levanté del suelo y la trasladé a unos ocho metros, donde estaban los demás dioses. Los wariri saltaban arriba y abajo sobre las piedras blancas de las graderías. Gritaban y cantaban fuera de sí, se daban abrazos y todo lo demás, y me cubrían de alabanzas.

Yo me quedé quieto, al lado de Mummah, que estaba en su nuevo lugar. Y yo

también sentí que desbordaba de alegría. Estaba tan contento de lo que había hecho que sentía mi cuerpo lleno de un calor suave, que irradiaba una luz suave y sagrada. Aquella sensación de mareo que venía experimentando desde la mañana, se convirtió en una sensación opuesta. Las mismas sensaciones de descontento se cambiaron por otras de calor y de riqueza íntima. Ese tipo de cosas me han ocurrido en otras ocasiones. He sentido que un fuerte dolor de cabeza se convertía en dolor de encías, que no es otra cosa sino la señal de algo bello que se aproxima. He sentido que después desaparecía de las encías para aparecer en el corazón, como un latido de placer. También he sentido que un trastorno de estómago se derretía en mi vientre para convertirse en un calorcillo encantador, que descendía hasta los genitales. Así soy yo. Y de este modo mi fiebre se transmutó en júbilo. Mi espíritu estaba despierto y volvía a agradecer la vida. ¡Que se vaya todo al diablo! ¡La vida de nuevo! Estaba aún vivito y coleando y poseía el viejo grun-tu-molani.

Sonriente y riéndome para mis adentros, resplandeciente de satisfacción, volví a sentarme al lado de la litera de Dahfu, y me limpié la cara con un pañuelo, pues estaba empapado de sudor.

—Señor Henderson —me dijo el rey con su inglés africano—, realmente es usted una persona de una fuerza extraordinaria. No podría sentir una admiración mayor.

—Gracias —le dije—, por haberme proporcionado una oportunidad tan maravillosa. No se trataba sólo de levantar a aquella anciana; llegué a mi profundidad. A aquella profundidad auténtica. Me refiero a aquella profundidad a la que siempre he pertenecido.

Le estaba agradecido. En aquel momento era su amigo. Incluso, en aquellos instantes, yo amaba a aquel muchacho.

XIV

Después de esta hazaña de fuerza, el cielo empezó a cubrirse de nubes. No me pilló tan de sorpresa como hubiera sido de esperar. Por debajo de mis cejas, observé su llegada. Estaba dispuesto a creer que era mi merecido.

—Ah, esta nube es exactamente lo que el médico nos prescribió —le dije al rey Dahfu cuando surgió la primera nube, pues el dosel que cubría su palco estaba hecho de cintas azules y moradas; había naturalmente los parasoles de seda, pero no bastaban para preservarnos de aquel sol deslumbrante. Sin embargo, la gran nube que se movía hacia el Este no sólo nos daba sombra, sino que amortiguaba los colores chillones. Después de mi gran esfuerzo, yo permanecía sentado en silencio. Mis sentimientos violentos parecían haber desaparecido o haberse transformado. Los wariri, sin embargo, hacían todavía demostraciones en mi honor, ondeando las banderas, tocando sonajas, meneando cencerros y atropellándose unos a otros en su alegría. Me parecía bien. Aunque no deseaba que se me concediera tanta importancia por lo que había hecho, especialmente si se consideraba que yo era el más beneficiado. Permanecí, pues, allí sentado, sudando y fingiendo que no me daba cuenta de las demostraciones de la tribu.

—Vaya, vaya, mira quién está aquí de nuevo —dije. Era el Bunam. Estaba delante del palco y venía cargado de hojas, laureles, hierbas y piñas. A su lado, orgullosa y elegante con su extraño gorro a la italiana, estaba la robusta mujer a la que Dahfu había ordenado me diera la mano cuando nos presentaron, la generala como él la llamaba, la jefe de todas las Amazonas. La acompañaban otras mujeres-soldados con sus chalecos de cuero. Y la mujer alta que había jugado al juego de las calaveras con el rey, apareció al fondo, dorada y deslumbrante. No era una Amazona, pero era un personaje de alta categoría y ninguna ocasión importante se consideraba completa si ella no estaba presente. No me causaba ningún placer ver la sonrisa del Bunam o fiscal y me preguntaba si habría venido a expresarme su agradecimiento o si quería pedirme algo, como me hacían sospechar tanta hiedra, hojas, laureles y demás hierbajos. Además las mujeres venían extrañamente equipadas. Dos de ellas llevaban calaveras clavadas a las puntas de mástiles de hierro oxidados, mientras que las otras llevaban unas raras escobas matamoscas hechas de tiras de cuero. Pero, por el modo en que sostenían estos instrumentos, sospeché que no estaban hechos para las moscas. Eran pequeños látigos. Se unieron al grupo, delante del palco real, las tamborileras, y deduje que estaba a punto de empezar una nueva ceremonia y que esperaban que el rey diera la señal.

—¿Qué es lo que quieren? —le pregunté a Dahfu, pues él me miraba a mí y no al Bunam o a las monumentales mujeres desnudas y a la generala con su gorro militar anticuado. Los demás me miraban también. No habían venido por el rey, sino por mí. Aquel angelito de viejo cuero negro arrugado, el hombre que había surgido de la tierra con su cayado retorcido y nos había metido en la emboscada a Romilayu y a

mí, estaba presente de un modo especial, al lado del Bunam.

Y aquellos individuos clavaron en mí toda la oscuridad, todo el salvajismo, todo el poder de su mirada. Yo estaba medio desnudo, refrescándome después del esfuerzo realizado, y jadeaba todavía. Bajo la mirada escrutadora de aquellos ojos negros empecé a preocuparme. El rey había intentado advertirme de que podían surgir consecuencias si yo me liaba en lo de Mummah. Pero yo no había fracasado. No, yo había estado brillante, había obtenido un éxito.

—¿Qué quieren de mí? —le pregunté a Dahfu. Si lo consideramos seriamente, al fin y al cabo él era también un salvaje. Estaba jugueteando todavía con la cinta larga y suave de la calavera (que acaso era la de su padre), y llevaba cosidos dientes humanos a su sombrero de ala ancha. ¿Por qué iba yo a esperar piedad de él, si él mismo, en el momento en que mostrara la menor debilidad, estaba condenado? Quiero decir que, caso de no mediar otros sentimientos, no había razón para pensar que no permitiría que le pasara algo malo a un desconocido. No, él podía permitir que yo pasara por el mismo infierno. Pero, bajo la sombra aterciopelada de su sombrero flexible, que tenía aspecto de corona, abrió sus labios abultados y dijo: —Ahora, señor Henderson, tenemos algo que comunicarle. El hombre que transporta a Mummah ocupa, en consecuencia, el puesto de Rey de la Lluvia entre los wariri. El título de este puesto es Sungo. Usted es ahora el Sungo, señor Henderson, y por eso están aquí.

Y yo respondí, cauteloso y desconfiado: —Explíquemelo en inglés y bien claro. ¿Qué significa esto?

Pensaba para mis adentros: «¡Vaya modo de recompensarme por haberles movido su diosa!».

—Hoy es usted el Sungo.

—Pues esto puede ser bueno o puede no serlo..., francamente hay algo en esa historia que me intranquiliza. Estos tipos parecen tomarse la cosa muy a pecho. ¿Y en qué consiste el asunto? Escúcheme, majestad, yo no comulgo con ruedas de molino, ¿me entiende? Creí que me tenía usted simpatía.

Se acercó un poquito más a mí, meciendo su litera con un empujón de los dedos apoyados en el suelo, y me dijo: —Es verdad que le tengo simpatía. Cada nuevo acontecimiento ha aumentado mi afecto hacia usted. ¿Por qué se preocupa? Usted será el Sungo para ellos. Le exigen que lo acepte.

Pero no sé por qué yo no acababa de fiarme de aquel hombre: —Prométame sólo una cosa —le dije. Si algo malo va a ocurrir, quisiera tener oportunidad de mandarle un mensaje a mi mujer. Darle un adiós con amor en unas pocas líneas, porque en general ella ha sido muy buena conmigo. Sólo eso. Y no le hagan daño a Romilayu. Él no ha hecho nada. —Me parecía escuchar, allá en mi país, los comentarios de la gente. En una fiesta por ejemplo. «*Por fin aquel grandullón de Henderson tuvo su merecido. ¿Qué? ¿No lo sabía? Se fue a África y desapareció en el interior del continente. Probablemente se hizo el matón entre los nativos y lo apuñalaron. De*

buena pieza nos hemos librado. Dicen que la fortuna asciende a tres millones. Supongo que ya saben que era un maniático y que despreciaba a la gente, porque creía que a él todo le estaba permitido. Bueno, era un tipo de mala entraña». ¡Vosotros sí que sois de mala entraña, puñeteros! «Siempre se excedía». Oídmelo bien, mis excesos eran ganas de vivir. Quizá era verdad que yo trataba a todo lo que existía en el mundo como si fuera una medicina... ¡de acuerdo! ¿Pero qué os pasa? ¿Es que no sois capaces de comprender nada? ¿Es que no creéis en la regeneración? ¿Creéis que un hombre debe hundirse en el fango así como así?

—Oh, Henderson —dijo el rey—. ¡Vaya sospechas! ¿Qué es lo que le ha hecho pensar que les amenazaba algo inevitable a usted y a su hombre?

Pues, ¿por qué me miran así?

Estaban allí, el Bunam, el pastor con aspecto de cuero arrugado y aquellas mujeres negras sacadas de la barbarie.

—No tiene usted absolutamente nada que temer —dijo Dahfu. Es inofensivo. No, no —continuó aquel extraño príncipe africano—, sólo quieren su asistencia a la limpieza de estanques y de pozos. Dicen que usted ha sido enviado con este fin. ¡Ja, ja! Señor Henderson, usted dijo antes que era digna de envidia la persona que está en el corazón de la gente. ¡Pues allí es donde está usted ahora también!

—Sí, pero yo no tengo ni la más remota idea de lo que se trata. Además, usted ha nacido para esto.

—Bueno, no sea usted desagradecido. Es evidente que también ha nacido para algo.

Este comentario hizo que yo me pusiera de pie. Tenía aquella extraña variedad de piedra caliza blanca de innumerables formas bajo los pies. También aquella piedra encerraba todo un mundo propio, o acaso más de un mundo, un mundo dentro de otro, envueltos todos en una capa de sueño. Bajé, entre zumbidos y gritos que recordaban los intervalos que separan jugada y jugada en un partido de baseball transmitido. El fiscal se me acercó por detrás y me quitó el casco, mientras aquella generala anciana y tiesa se agachaba con dificultad y me quitaba los zapatos. Después de esto, era inútil resistirse, me quitó también mis pantalones. Y quedé sólo con los calzoncillos de punto, muy manchados por el viaje. Pero la cosa no paró aquí, pues mientras el Bunam me vestía con hiedras y hojas, la generala empezó a quitarme aquella última prenda de algodón, que aún me cubría. —No, no —dije. Pero ni me dio tiempo a terminar de decirlo y ya tenía los calzoncillos por las rodillas. Había ocurrido lo peor y estaba desnudo. No tenía otro vestido que el aire. Intenté cubrirme con las hojas. Estaba reseco, insensible, abrasado, y mi boca se movía en silencio. Intenté proteger mi desnudez con las manos y con las hojas, pero Tatú, la amazona general, me apartaba las manos y me metió entre ellas uno de esos latiguillos con muchas tiras de cuero. Al quitarme la ropa, creí que iba a dar un grito y a derrumbarme muerto de vergüenza. Pero me sostuvo la mano de la anciana amazona puesta en mi espalda, y después me empujó hacia adelante. Todos empezaron a gritar:

«Sungo, Sungo, Sungolay». Sí, éste era yo: Henderson el Sungo. Corrimos. Dejamos atrás al rey y al Bunam, y también el estadio, y nos adentramos en las callejuelas retorcidas del poblado. Con los pies lacerados por las piedras, atontado, y con el terror agarrado al vientre, corría el sacerdote de la lluvia. No, el rey, el rey de la lluvia. Las Amazonas gritaban y cantaban, con sílabas cortas, agudas y osadas. ¡Vaya mujeres, con aquellos corpiños de cuero estrechamente abrochados, sus figuras enormes, sus cabezotas calvas y sensibles, y sus bocas abiertas por el poder y la fuerza de aquellas palabras! Corrían. Y yo, entre aquellos compañeros desnudos, desnudo yo también por delante y por detrás y adornado con serpentinillas de hierba y de hiedras, yo, bailaba sobre las piedras con mis pies quemados y heridos. Yo también tenía que gritar. Aleccionado por la generala Tatú, que acercó su cara a la mía hablándome a gritos con la boca muy abierta, yo también grité: —¡Ya-na-bu-ni-ho-no-mum-mah!—. Algunos vagabundos, casi todos ancianos, que por casualidad se cruzaban en nuestro camino, fueron ahuyentados por las mujeres y pusieron pies en polvorosa. Incluso yo, desnudo como estaba, parecía inspirarles terror a aquellos hombres desperdigados. Las calaveras clavadas a las puntas de los estandartes de hierro tomaban también parte en nuestra carrera. Iban clavadas sobre unas arandelas. Bordeamos el pueblo en círculo y llegamos hasta los cadalsos. Eran hombres muertos lo que colgaba allí, y cada uno ofrecía un espléndido festín en honor de los buitres. Pasé por debajo de las cabezas, que se movían con el aire. No tuve tiempo de mirar, porque ahora corríamos aprisa. Era una carrera difícil. Yo jadeaba y sollozaba y me preguntaba a dónde demonios íbamos. La carrera tenía una meta; era un gran estanque que servía de abrevadero. Las mujeres se pararon allí. Daban saltos y cantaban y unas diez de ellas se me echaron encima. Me levantaron en vilo y me dieron un empujón que me hizo aterrizar en aquella agua pestilente y tibia, en la que había algún ganado de largos cuernos. El agua tenía sólo unos seis centímetros de profundidad, pero el lodo blando era mucho más profundo y yo me hundí en él. Creí que acaso querían que quedara allí, absorbido, en el fondo del estanque, pero los que llevaban las calaveras me tendieron sus estandartes y yo me así a ellos y tiraron de mí. A lo mejor yo también hubiera preferido quedarme allí en el barro; tan baja tenía la moral. La ira resultaba inútil. Por otra parte, aquello no tenía una intención burlesca. Todo se hacía con verdadera seriedad. Salí, chorreando barro, del estanque. Esperaba que el barro cubriría mi vergüenza, pues aquellas escasas hojitas, con el viento, lo habían dejado todo al descubierto. Y no es que aquellas mujeres enormes e indomables prestaran la menor atención a mi desnudez. No, no, no les importaba. Y entre látigos y calaveras y fusiles, di vueltas y más vueltas con ellos, porque era su rey de la lluvia, y gritaba, con toda su porquería y su locura a cuestas: —¡Ya-na-bu-ni-ho-no-mum-mah!—. Sí, allí estaba, el que movió a Mummah, el campeón, el Sungo. Ahí viene Henderson, el condecorado, el veterano del norte de África, de Sicilia, de Montecassino, etc. Una sombra enorme, un hombre de carne y hueso, un buscador inquieto, desgraciado y torpe, un viejo blandengue con la dentadura

estropeada, a punto de morirse o de suicidarse. ¡Oh, vosotros, gobernantes del cielo! ¡Oh, vosotros, poderes fatídicos! ¡Oh, yo terminaré con vosotros. Me precipitaré en la muerte y me echarán al montón de estiércol y los buitres jugarán a las casitas en mi vientre!

Y con toda mi alma grité: —¡Piedad, tened piedad! —Y después grité—: ¡No, justicia! —y después cambié de idea y grité—: ¡No, no, verdad, verdad! —y después —: ¡Hágase tu voluntad! ¡No se haga mi voluntad, sino la Tuya!—. Este torpe desgraciado, este pobre mandón patoso que se atreve a pedir a gritos la verdad al Cielo. ¿Se ha visto alguna vez algo igual?

Íbamos gritando y dando saltos y vueltas por aquellos caminos, golpeábamos con los pies y los tambores y las calaveras marcaban el paso. Y, entre tanto, el cielo se llenaba de calor, de gris, de sombras alargadas, de nubes de lluvia, pero a mis ojos su forma era anormal, se apretaban unas contra otras como los tubos de un órgano, como los ammonites oceánicos de los tiempos paleozoicos. Con las gargantas inflamadas, las amazonas gritaban y aullaban, y yo, arrastrándome tras ellas, intentaba recordar quién era: Yo. Quién era aquel tipo con las hojas enlodadas secándose encima. El rey de la lluvia. Se me ocurrió que, a fin de cuentas, se trataba de una distinción; pero yo no lograba averiguar de qué clase de distinción se trataba.

Bajo las espesas nubes de lluvia, surgió una brisa calurosa y oscura. Tenía cierto olor a humo. Resultaba opresivo, excitante, bochornoso, pegajoso, sofocante. El aire tenía algo sensual; era entumecedor, pesado. Muy pesado. Ansiaba una descarga, como si fuera una cosa viva. Empapada de sudor, la generala me obligaba a seguir con un gesto de su brazo. Ponía en blanco los grandes ojos y jadeaba. El barro al secarse resultó duro y se convirtió en una especie de vestido de tierra. Dentro del vestido, yo me sentía como el Vesubio; toda la parte superior era una llama y la sangre me subía a la cabeza como si fuera lava o magma. Los látigos silbaban y hacían un ruido seco y maligno, y yo me preguntaba qué demonios estaban haciendo. Después de la bocanada de brisa, la oscuridad se hizo más intensa, algo como el calor punzante de los trenes cuando pasan por el túnel de Grand Central en un día abrasador de agosto, algo muy parecido a las tinieblas eternas. Yo, en aquellos momentos, siempre solía cerrar los ojos.

Pero ahora no podía cerrarlos. Volvimos corriendo al estadio, donde nos esperaban los miembros de la tribu de los wariri. Igual que la lluvia que todavía se resistía, así se resistían sus voces a ser oídas por mí, retenidas por un tabique muy delgado, el tabique más delgado que pueda existir. Oí que Dahfu me decía: —Después de todo, señor Henderson, es posible que usted pierda la apuesta. Pues ya volvíamos a estar delante de su palco. Dio una orden a Tatú, la generala, y todos dimos la vuelta y echamos a correr por el ruedo... Yo iba con los demás; daba vueltas inspirado, a pesar de mis kilos, a pesar de los cortes que me escocían en los pies. Mi corazón estaba alborotado y mi cabeza daba vueltas, llena de algo muy parecido al paisaje desierto del Pacífico, junto al que paseé con Edward. No había más que

blanco, calor y pájaros, rodeados de enormes nubes, que se disputaban las sardinas. Vi a la gente de pie, sobre las piedras multiformes, saltando enloquecidos bajo la opresión de las enormes nubes de Mummah, aquellos colosales tubérculos a punto de estallar. El delirio era general. Chillaban y chillaban. Y todos los chillidos iban a parar a mi cabeza y a la cabeza del rey. Todos los chillidos iban dirigidos a mí y me retumbaban dentro de la cabeza. Y por encima de todo ese alboroto, sobresalía el rugido de los leones, y hasta el mismo polvo temblaba bajo mis pies.

Las mujeres bailaban a mi alrededor, si es que aquello se podía llamar un baile. Saltaban y gritaban y golpeaban sus cuerpos contra el mío. Nos acercábamos juntos al grupo de los dioses; las cabezas de Hummat y Mummah sobresalían entre las demás. Y entonces hubiera deseado caer redondo al suelo con tal de no tomar parte en lo que sucedió después, y que a mí me pareció horrible. Pues aquellas mujeres, las amazonas, se precipitaron sobre las figuras de los dioses con los látigos en alto y los azotaron. —¡Paren! —grité. ¡No hagan eso! ¿Qué les pasa? ¿Se han vuelto locos? Supongo que hubiera sido distinto si se hubiera tratado de una paliza figurada y si se hubieran conformado con rozar a los dioses con las gruesas correas de cuero. Pero desencadenaron una terrible violencia contra los dioses, hasta tal punto que las figuras más pequeñas se tambaleaban bajo los golpes, mientras las mayores lo soportaban indefensas, sin cambiar de expresión. Aquellos hijos de las tinieblas, la gente de la tribu, se levantaron y aullaron como las gaviotas sobre un mar tormentoso. Y entonces caí de veras al suelo. Me tiré sobre la tierra, rugiendo: —¡No! ¡No! ¡No! Pero Tatú me agarró por el brazo y con un esfuerzo me puso de rodillas. Y así, a gatas, me vi arrastrado a aquel asunto. Levantaron una o dos veces mi mano, que sostenía todavía el látigo, y me hicieron azotar con ella; de ese modo, contra mi voluntad, se me obligó a cumplir mis funciones de rey de la lluvia. —¡Oh, yo no puedo hacer esto! ¡No me podéis obligar! —gritaba yo. ¡Apaleadme y matadme! ¡Ponedme en una parrilla y asadme al fuego! —Intenté esconderme en la tierra y en esta postura me golpearon en la nuca con un látigo y después también en la cara, pues las mujeres azotaban ahora en todas direcciones y lo mismo se daban unas a otras que a mí o a los dioses. Atrapado en el centro de esta locura, me defendí de los golpes en aquella postura de rodillas. Me parecía que luchaba por defender mi vida y grité. Hasta que se oyó el retumbar de un trueno.

Y entonces, después de una gran bocanada de viento y de un silbido, se abrieron las nubes y empezó a caer la lluvia. Gotas gruesas como puños estallaban por todos lados y caían encima de mí. La cara de Mummah, que había sido señalada por los látigos, se cubría ahora de burbujas plateadas, y el suelo empezó a llenarse de espuma. Las amazonas, con sus cuerpos mojados, me abrazaban. Yo estaba demasiado asombrado para apartarlas. Nunca había visto agua como aquélla. Se parecía a las inundaciones holandesas que aniquilaron a los del Duque de Alba cuando se abrieron los diques. Aquel torrente no me permitía localizar a nadie. Busqué el palco de Dahfu, oculto por la tormenta, y di la vuelta al campo, guiado por

la piedra blanca que iba rozando con la mano. Entonces me encontré con Romilayu, que retrocedió ante mí como si yo fuera un sujeto peligroso. Tenía el pelo aplastado por la lluvia y en su cara se reflejaba el terror. —Romilayu —le dije—, anda, hombre, me tienes que ayudar. Mira cómo estoy. Busca mi ropa. ¿Dónde está el rey? ¿Dónde están los demás? Recoge mi ropa, mi casco... Tengo que recuperar mi casco.

Desnudo como estaba, me agarré bien a él; mis pies resbalaban cuando me condujo al palco real. Cuatro mujeres sostenían una manta encima de Dhafu para resguardarle de la lluvia y habían alzado ya su litera. Se lo estaban llevando.

—¡Rey! ¡Rey! —grité.

Levantó un poco el borde de la manta que le habían echado encima. Debajo de ella, le vi con su sombrero de ala ancha puesto. Le grité: —¿Qué es lo que ha caído sobre nosotros?

—Es lluvia —dijo con sencillez.

—¿Lluvia? ¿Qué lluvia? ¡Es el diluvio! Parece el final de...

—Señor Henderson —me dijo—, nos ha proporcionado usted un gran servicio con su demostración de hoy. Después de tanto esfuerzo, tenemos que recompensarle con un poco de bienestar. Y al ver la expresión de mi cara añadió: —Ve, señor Henderson, los dioses nos conocen. Y mientras se alejaba de mí en su litera sostenida por ocho mujeres, dijo: —Ha perdido usted la apuesta.

Y yo me quedé plantado allí, dentro de mi grueso abrigo de barro, como un nabo gigante.

XV

Así fue cómo me convertí en el rey de la lluvia. Supongo que tuve mi merecido por mezclarme en asuntos que no me importaban. Pero para mí aquello había sido irresistible; uno de esos impulsos contra los que es inútil luchar. ¿En qué lío me había metido? ¿Cuáles serían las consecuencias? Me encontré acostado en una pequeña habitación de la primera planta del palacio; estaba sucio, desnudo y magullado. La lluvia caía, anegando el poblado. Caía a chorros desde el alero del tejado en un espeso fleco fantasmagórico y triste. Estaba tiritando y me cubrí con unas pieles. Miraba al vacío con ojos redondos, envuelto hasta la barbilla en pellejos de animales desconocidos. Repetía continuamente: —¡Oh, Romilayu, no me falles! ¿Cómo iba a saber yo el lío en que me metía? El labio superior me colgaba y tenía la nariz deformada, me dolía de los latigazos, y sentí que los ojos se me habían puesto enormes y morados. —¡Oh, estoy muy mal! He perdido la apuesta y estoy a merced de ese tío.

Pero igual que en las ocasiones anteriores, Romilayu respondió bien. Intentó animarme un poco y me dijo que no creía hubiera motivo para esperar lo peor y que era demasiado pronto para sentirme atrapado. Me pareció muy razonable. Entonces añadió: —Duerma, señor, ya pensaré en esto mañana.

Y yo dije:

—Romilayu, cada día aprecio más tus cualidades. Tienes razón; tengo que esperar. No sé todavía en qué consiste el asunto en el que me he metido.

Entonces Romilayu se preparó también para acostarse. Se puso de rodillas, apretó las manos contra aquellos músculos que saltaban bajo la piel, y empezaron a brotar de su pecho aquellos sonos quejumbrosos. Debo confesar que encontraba cierto consuelo en ello. Le dije:

—Reza, reza. ¡Ay, amigo mío, reza con toda tu alma! Reza para que salgamos de esta situación.

Cuando terminó, se enroscó en su manta, pegó las rodillas contra el pecho y se metió la mano debajo de la mejilla, como siempre. Pero antes de cerrar los ojos me dijo: —¿Por qué lo hizo, señor?

—¡Oh, Romilayu! —le respondí—, si pudiera explicártelo no estaría en la situación en que me encuentro. ¿Por qué tuve que dinamitar a aquellas dichas ranas, sin pararme a medir las consecuencias? Yo no sé por qué tengo estos arrebatos. Todo esto es tan extraño, que la explicación debe ser extraña también. Aunque trate de analizarlo, no llegaré a ninguna parte. Sólo me queda esperar una revelación, una iluminación. Y al pensar lo oscuro que estaba todo y lo lejos que quedaba cualquier iluminación, volví a suspirar y a gemir.

Lejos de preocuparse por esa falta de una respuesta satisfactoria, Romilayu se quedó dormido, y poco después también yo dormía, con la lluvia repiqueteando y los rugidos del león o de los leones debajo del palacio. Descansaron mi mente y mi

cuerpo. Fue como un desmayo. Llevaba una barba de diez días. Tuve sueños y pesadillas, pero no quiero hablar de ello; lo único que puedo decir es que la naturaleza fue generosa conmigo y dormí doce horas de un tirón, pese a mi cuerpo dolorido, mis pies lacerados y mi cara magullada.

Cuando desperté, el cielo estaba despejado y hacía calor. Romilayu, ya en pie, se movía de una parte a otra. Había dos mujeres, amazonas, en la habitación. Me lavé y me afeité e hice mis necesidades en una gran palangana que había en un rincón y que supuse estaba allí para esto. Entonces las mujeres, a las que había ordenado que salieran fuera, volvieron con unas prendas de ropa, que según me explicó Romilayu eran el traje de Sungo o rey de la lluvia. Insistió en que sería más prudente que me los pusiera, ya que podía originar algún contratiempo si me negaba. Porque ahora yo era el Sungo. Por tanto, examiné la ropa. Era verde y de seda, cortado según el mismo patrón que el del rey Dhafu... Me refiero al pantalón.

—Son del Sungo —dijo Romilayu. Ahora usted es el Sungo.

Yo llevaba puestos los calzoncillos sucios que ya he mencionado y me puse los pantalones verdes encima. A pesar del descanso, no estaba en buena forma. Todavía tenía fiebre. Supongo que es normal que los hombres blancos se enfermen en África. Sir Richard Burton era verdaderamente un hombre de hierro y cayó gravemente enfermo de unas fiebres. Speke estuvo todavía peor. También Mungo Park estuvo enfermo y se arrastró por todos lados. El doctor Livingstone estuvo enfermo un día tras otro. ¡Vaya! ¿Quién era yo para escapar indemne? Una de las amazonas, Tamba, que tenía los pelos horribles en la barbilla, se puso detrás de mí, me levantó el casco y me peinó con un primitivo instrumento de madera. Aquellas mujeres debían de estar a mi servicio.

Me preguntó: —¿Joxi, joxi?

—¿Qué es lo que quiere? ¿Qué quiere decir joxi? ¿El desayuno? No tengo hambre. Estoy demasiado alterado para tragar nada. Pero me bebí un trago de *whisky* de una de las cantimploras; sencillamente para mantener activo mi aparato digestivo. Además creía que me ayudaría contra la fiebre.

—Ellas le enseñarán lo que es joxi —dijo Romilayu.

Tamba se echó de bruces en el suelo y la otra mujer, que se llamaba Bebu, se subió sobre su espalda y le dio con los pies un masaje; con un estallido le ponía las vértebras en su sitio. Después de sobarla con aquellos horrendos pies —y a juzgar por la cara de Tamba aquello era delicioso—, cambiaron de posición. Al terminar, intentaron demostrarme lo beneficioso que resultaba y cómo las mantenía en forma. Las dos se golpearon el pecho con los nudillos.

—Diles que agradezco mucho sus buenas intenciones. Probablemente es una terapéutica maravillosa. Pero creo que hoy prescindiré de ella.

Después de esto, Tamba y Bebu se postraron en el suelo y me dirigieron por turno saludos de ritual. Me cogían un pie y se lo colocaban encima de la cabeza, como había hecho Itelo para reconocer mi victoria. Las mujeres se mojaban los labios para

que el polvo se les pegara en ellos. Cuando terminaron, llegó la generala Tatú para llevarme junto al rey Dahfu, y volvió a repetir el mismo acto de sumisión con el gorro militar en la cabeza. Las dos mujeres trajeron una piña sobre una fuente de madera y me obligué a mí mismo a tragar una rodaja.

Subí las escaleras con Tatú, que hoy me permitía ir delante. Me recibieron con sonrisas, gritos, bendiciones, cantos y aplausos. Las personas mayores, especialmente, me hablaban con entusiasmo. Todavía no me había acostumbrado al disfraz verde; me parecía que me estaba grande y me quedaba flojo en las piernas. Desde la galería superior miré hacia fuera y vi las montañas. El día era excepcionalmente claro y las montañas estaban juntas, una ladera tocando a la otra, doradas y suaves como el pelo de un toro Brahma. También el verde parecía fino como piel. Los árboles eran de un verde intenso, y bajo ellos las flores estaban frescas y rojas en sus tiestos de piedra blancos. Vi que las mujeres del Bunam, con sus dientecillos cortos, pasaban por debajo de nosotros y volvían sus femeninas cabezas afeitadas. Supongo que les hacía gracia verme con aquellos pantalones flojos y abombados de Sungo, el casco de minero y las botas de suela de goma.

Una vez dentro, cruzamos las antesalas y entramos en los aposentos del rey. Su gran sofá acolchado estaba vacío, pero las esposas yacían recostadas en cojines y estereras, cotorreando, peinándose y arreglándose las uñas de los pies y de las manos. El ambiente era muy animado y sociable. La mayor parte de las mujeres estaban tumbadas descansando y su forma de relajarse era muy curiosa; doblaban las piernas como nosotros hacemos con los brazos y se recostaban sobre ellas, como si no tuvieran un solo hueso. Era sorprendente. Yo no podía quitarles la vista de encima. Había en la habitación un olor tropical, como en algunas partes del jardín botánico, o como el humo del carbón de madera y de miel, o el aroma del trigo caliente. Nadie me miraba. Fingían que yo no existía, y esto me parecía imposible; algo parecido a negarse a ver el *Titanic*. Además yo era la sensación del poblado, el Sungo blanco que había levantado a Mummah. Pero supuse que resultaba impropio que yo me metiera en sus aposentos y que a ellas no les quedaba otra alternativa que ignorarme.

Dejamos atrás esta estancia y entramos por una puerta baja en la sala privada del rey. Estaba sentado en un taburete sin respaldo, un cuadrado de cuero rojo sobre un ancho armazón. Tatú me sacó un asiento parecido y después se retiró a un rincón oscuro, junto a la pared. Una vez más, él y yo estábamos frente a frente. Ya no había sombrero adornado de dientes, ni calaveras. Llevaba los pantalones estrechos y las zapatillas bordadas. A su lado, en el suelo, había un montón de libros; estaba leyendo cuando yo entré, dobló la esquina de la página, pasó por encima el nudillo varias veces y colocó el volumen encima del montón. ¿Qué clase de lectura podía interesar a una mente como la suya? Pero primero habría que averiguar qué clase de mente era realmente la suya. Yo no tenía ninguna pista.

—Oh —dijo—, ahora que se ha afeitado y ha descansado, tiene usted muy buen aspecto.

—A mí me parece que estoy hecho una facha. De veras, rey. Pero me ha parecido entender que usted quiere que yo vaya con este disfraz y como usted ha ganado la apuesta no quiero que piense que intento escurrir el bulto. Sólo puedo decirle que si me dispensara de todo, le quedaría enormemente agradecido.

—Le comprendo —dijo— y me gustaría mucho complacerle. Pero realmente es obligado que lleve usted las ropas de Sungo. Excepto el casco.

—Tengo que prevenirme contra las insolaciones. Y además siempre he llevado algo en la cabeza. En Italia, durante la guerra, dormía con el casco puesto. Y era de metal.

—Pero en realidad no es necesario llevar la cabeza cubierta dentro de casa.

Sin embargo, yo no quise darme por aludido. Seguí sentado frente a él con el casco blanco en la cabeza.

Desde luego, el color negro del rey me resultaba fabuloso, extraño. Era tan negro como... como la riqueza. En contraste, sus labios eran rojos y petulantes, y el pelo de su cabeza estaba vivo (decir que crecía no es suficiente). Los ojos tenían un reflejo rojizo, como los de Horko. E incluso sentado en aquella silla de cuero, su espalda estaba en reposo, como si estuviera en el sofá o en la litera: un reposo suntuoso.

—Rey —exclamé.

Por el tono de determinación que había en mi voz, él me comprendió y dijo: — Señor Henderson, tiene usted derecho a una explicación y dentro de mis posibilidades se la daré. Verá, el Bunam estaba seguro de que tenía usted fuerza suficiente para mover a nuestra Mummah. Y yo, después de ver su físico, estuve de acuerdo con él. En el acto.

—Bueno, está bien, soy fuerte. ¿Pero cómo ocurrió todo aquello? Creo que usted ya lo sabía todo de antemano, y usted hizo una apuesta conmigo.

—Eso fue debido a mi espíritu de jugador y a nada más —me dijo. De esta cuestión, yo sabía tan poco como usted.

—¿Siempre ocurre así?

—Justo lo contrario. Casi nunca ocurre así.

Intenté adoptar una expresión astuta y levanté las cejas. Quería darle a entender que aún no se me había dado una explicación satisfactoria del fenómeno del día anterior. Además, de paso, yo intentaba averiguar cómo era él. Aquel hombre no se daba aires de grandeza ni de ostentación. Era reflexivo al responder, pero no ponía cara de pensador. Y cuando me habló de sí mismo los hechos coincidían con lo que me había contado el príncipe Itelo. A los trece años lo habían enviado al pueblo de Lamu y después había ido a Malindi. —Todos los reyes anteriores —dijo— han tenido que conocer mundo, y los han mandado en la misma época de su vida a la escuela. Uno aparece desde la nada en la civilización, va a la escuela y luego regresa. Se envía a un hijo de cada generación a Lamu. Lo acompaña un tío, que lo espera allí.

—Su tío Horko.

—Sí, Horko. Él fue la cadena. Me esperó en Lamu nueve años. Yo me iba a otros

lados con Itelo. No me gustaba aquella vida del sur. Los muchachos de la escuela estaban muy maleados. Se pintaban los ojos. Usaban carmín. Cotorreaban. Yo quería algo más que esto.

—Es usted un hombre muy serio, esto es obvio. Ya me lo pareció desde un principio.

—Después de Malindi, Zanzíbar. Allí Itelo y yo nos embarcamos como grumetes. Fuimos a la India y a Java. Luego subimos por el Mar Rojo... hasta Suez. Pasé cinco años en Siria, en la escuela religiosa. Me trataron muy bien. Desde mi punto de vista, la instrucción científica era la que valía más la pena. Estudiaba para médico y lo hubiera logrado a no ser por la muerte de mi padre.

—Es extraordinario. Intento unir esto con lo de ayer: las calaveras y aquel tipo, el Bunam, las amazonas y todo lo demás.

—Tengo que confesar que resulta interesante. Pero la verdad, Henderson, Henderson-Sungo, no es mi tarea eliminar los contrasentidos de la vida.

—¿Es que se sintió usted tentado de no volver? —pregunté.

Estábamos sentados muy cerca el uno del otro y, como ya he dicho, su negrura me resultaba fabulosamente extraña. Como todas las personas a las que la vida ha dado un don fuerte, irradiaba una especie de sombra de más..., lo juro. Era como una niebla, como una descarga. Yo lo había visto algunas veces en Lily, y me di cuenta de ello de un modo especial el día de la tormenta en Danbury, cuando me llevé equivocadamente a la cantera llena de agua y cuando telefoneó a su madre desde la cama. Ella lo poseía de un modo muy claro entonces. Es una cosa brillante y sin embargo sombría; algo nebuloso, azulado, vibrante, resplandeciente como el iris de las joyas. Era parecido a lo que yo había percibido en Willatale al besarla en el vientre. Pero ese rey Dahfu lo poseía en un grado mucho mayor que todas las personas que yo había conocido hasta entonces.

En respuesta a mi última pregunta, me dijo: —Por más de una razón, yo hubiera deseado que mi padre viviera más tiempo.

Deduje que debieron de estrangular al viejo. Supongo que se me notó en la cara el remordimiento que sentía por haberle recordado a su padre, aunque él rió y me tranquilizó diciendo:

—No se preocupe, señor Henderson..., ahora debo llamarle Sungo, porque es el Sungo. Le digo que no se preocupe. Es un tema que no podía evitarse. No es usted precisamente el único que me lo recuerda. Llegó su momento, murió y yo fui rey. Tenía que recobrar el león.

—¿De qué león me habla? —pregunté.

—¡Pero si ya se lo dije ayer! Veo que ya lo ha olvidado..., el cuerpo del rey, el gusano que se cría dentro del cadáver, el alma del rey, el cachorro de león. Ahora lo recordaba. ¡Claro que me lo había contado! Pues bien —dijo—, este animalito chiquitín, puesto en libertad por el Bunam, tiene que ser capturado por el rey sucesor de allí a un año o dos, cuando está crecido.

—¿Qué? ¿Tiene que cazarlo?

Sonrió. —¿Cazarlo? No, es otro mi cometido. Tengo que capturarlo vivo y tenerlo conmigo.

—¿Conque es ése el animal que oigo debajo? Estaba seguro de que lo que oía debajo de palacio era un león. ¡Por Júpiter, así que es esto en efecto!

—No, no, no —dijo con ese tono suyo, tan suave. No es esto, señor Henderson-Sungo. El animal que usted ha oído es otro muy distinto. Yo no he capturado todavía a Gmilo. Por tanto todavía no gozo plenamente de mis derechos de rey. Me encuentra usted a medio camino. Usando sus palabras, yo también debo completar el proceso de «llegar a ser».

A pesar de todos los sustos del día anterior, empecé a entender por qué me tranquilicé al ver al rey por primera vez. Me consolaba estar sentado allí con él; me consolaba de un modo muy extraño. Sus largas piernas estaban estiradas, su espalda encorvada y tenía las manos dobladas sobre el pecho; había en su cara una expresión reflexiva pero agradable. De sus labios prominentes brotaba de vez en cuando un canturreo bajito. Me recordaba el ruido que se escucha algunas veces en las centrales eléctricas de Nueva York cuando se pasa junto a una de ellas en una noche de verano. Las puertas están abiertas, todo el bronce y el acero está en marcha, relumbrando bajo una única lucecilla, y un vejete en traje de faena y zapatillas de lona se fuma una pipa, con toda la grandeza de la electricidad tras él. Probablemente soy una de las personas más inclinadas al embobamiento que haya habido nunca. Aunque parezca lo contrario, soy un medium muy sensible y afinado. «Henderson —me dije a mí mismo —, éste es uno de esos asuntos *luth suspendu, sitôt qu'on le touche il résonne*. Y por si no lo sabías, ya comprobaste ayer hasta dónde puede llegar la barbarie de esta gente: el rey jugando a la pelota con la calavera de su propio padre, y ahora el asunto de los leones... ¡leones! ¡Y este hombre era casi médico! Todo esto es un disparate». Pensé estas cosas. Pero hay que tener también en cuenta que existe dentro de mí una voz que repite siempre *quiero*, una voz enloquecedora y exigente que provoca el caos. Estoy siempre deseando, deseando, y desilusionándome continuamente, y esto me fuerza a seguir adelante como los cazadores tras su presa. Así que no tenía yo ningún derecho a imponerle mis condiciones a la vida, sino que tenía que aceptar las condiciones que la vida misma me dictara. Pero en algunos momentos me hubiera gustado poder convencerme de que mi fiebre por sí sola tenía la culpa de todo lo que había sucedido desde que dejé a Charlie y a su mujer y emprendí el viaje por mi cuenta..., los arnewi, las ranas, Mtalba, el cadáver y la carrera envuelto en hojas de parra con aquellas mujeres gigantes. Y ahora aquel tipo negro de gran fuerza, que me consolaba... pero ¿era de fiar? ¿Qué me dicen a esto? ¿Sería de fiar? Y yo mismo, tan grandullón, en mis pantalones de seda verde que iban incluidos en el cargo de rey de la lluvia, estaba allí, un poco chamuscado, atento, con los oídos bien abiertos y una mirada de sospecha. ¡Cómo se hunde a un hombre para el que la realidad no tiene morada fija! ¡Cómo se le hundirá! Allí estaba, sentado en aquel palacio de toscas

paredes rojas y de piedras blancas entre las que crecían las flores. Había amazonas junto a la puerta y especialmente aquella fiera, Tatú, de grandes orificios nasales. Estaba sentada en el suelo, soñadora, con su gorro de soldado en la cabeza.

De todos modos, sentados allí charlando, me parecía que éramos hombres de unas dimensiones excepcionales. La confianza era otro asunto.

Entonces empezó una conversación que jamás podrá repetirse en ninguna parte del mundo. Me levanté un poco los pantalones. La cabeza me daba vueltas por la fiebre, pero me exigía firmeza a mí mismo y dije con voz tranquila: —Majestad, no es mi intención echarme atrás en lo de la apuesta. Poseo ciertos principios. Pero todavía no sé de qué se trata y qué es lo que supone ir disfrazado de rey de la lluvia.

—No es cosa de un vestido. Usted es el Sungo. Esto no tiene vuelta que darle y yo no podía hacerlo a usted Sungo si usted no poseyera la fuerza para mover a Mummah.

—Bueno, eso está claro... pero ¿y lo demás? ¿Lo de los dioses? Fue una impresión terrible, alteza. Yo no puedo vanagloriarme de haber llevado una vida recta; estoy seguro de que se me nota a la legua... —el rey asintió con la cabeza. He hecho muchas cosas, lo mismo de paisano que de soldado. Para decirlo claro, no merezco que se escriba mi vida ni siquiera en papel higiénico. Pero cuando vi que azotaban a Hummat y a Mummah y a todos los demás, caí redondo a tierra. Todo se puso bastante oscuro allá afuera, no sé si usted lo vio o no.

—Lo vi. Tampoco son ésas las ideas que yo tengo, Henderson, acerca de lo que se debe hacer. Tengo unas ideas muy distintas. Ya las oirá. Bien, ¿quiere usted que hablemos en confianza?

—¿Quiere hacerme un gran favor? ¿Un gran favor, majestad? ¿El favor más grande que es posible?

—Naturalmente. Claro que sí.

—Está bien. Se trata de lo siguiente: ¿esperará usted siempre la verdad de mí? Ésta es mi única esperanza. Si esto falla, todo puede irse al diablo.

Inició una sonrisa.

—¿Cómo puedo negarle este favor? Me alegra esto, Henderson Sungo, pero permita que le formule el mismo ruego. De no ser el acuerdo mutuo, no tendría ningún valor. Pero ¿podría explicarme usted en qué consistirá esta verdad? ¿Está dispuesto a aceptar la verdad, si imprevistamente no se presenta tal como usted la concibe?

—Sí, majestad, estoy de acuerdo en lo que usted dice. Existe, pues, un pacto entre los dos. ¡Oh, no puede comprender qué favor tan grande me hace! Cuando dejé a los arnewi (y será mejor que le confiese que metí la pata con ellos... a lo mejor ya lo sabe), creí que había perdido mi última oportunidad. Estaba precisamente a punto de enterarme de lo que era el grun-tu-molani, cuando ocurrió aquella cosa terrible, que fue enteramente culpa mía, y me escabullí con el rabo entre las piernas. ¡Dios santo, me sentí humillado! Comprenda, majestad, pienso constantemente en el sueño del

espíritu y en el momento dichoso en que despertará. Así que ayer, al convertirme en rey de la lluvia..., ¡oh, qué sensación! ¿Cómo voy a poder explicárselo a Lily, mi esposa?

—Yo me alegro mucho de esto, señor Henderson Sungo. Me propuse retenerle a mi lado durante algún tiempo, con la esperanza de intercambiar impresiones de cierta importancia. Porque no me es fácil comunicarme con mi gente. Sólo Horko ha salido al mundo y tampoco con él puedo hablar libremente. Los de aquí están en contra mía...

Esto lo dijo casi en secreto y cuando se cerraron sus gruesos labios la habitación quedó en silencio. Las Amazonas estaban tumbadas en el suelo, como dormidas... Tatú llevaba el sombrero puesto y las otras dos iban desnudas, excepto los chalecos de cuero. Sus ojos negros apenas si se mantenían abiertos, pero vigilaban. Detrás de la gruesa puerta se oía el ir y venir de las esposas.

—Tiene usted razón —dije—, no se trata sólo de esperar la verdad. Existe otra cuestión también, la de la soledad. Es como si cada tipo fuera su propia sepultura. Cuando uno sale de este ataúd, no sabe distinguir el bien del mal. Así que, por ejemplo, pienso desde hace algún tiempo si no existirá cierta relación entre la verdad y los golpes.

—¿Cómo dice? ¿Qué es lo que piensa?

—Bueno, es lo siguiente. El invierno pasado, mientras partía leña, saltó un pedazo y me rompió la nariz. Y lo primero que se me ocurrió fue *la verdad*.

—Ah —dijo el rey, y empezó a hablar en un tono bajo e íntimo de una enorme variedad de cosas que yo nunca había oído hasta entonces, mientras yo le miraba fijamente con ojos desorbitados. Tal como están las cosas —dijo—, puede parecer que esto guarde relación con el caso. Pero, realmente, yo no lo creo. Creo, sin embargo, que existe una ley de la naturaleza humana que trata de la fuerza. El hombre es un animal que no puede permanecer impasible ante los golpes. Consideremos un caballo... él no necesita la venganza. Tampoco la necesita el buey. Pero el hombre es un animal vengativo. Si se le castiga, intentará liberarse del castigo. Cuando no puede sacudirse el castigo de encima, es probable que se le pudra el corazón pensando en ello. Puede ser así..., ¿no cree, señor Henderson Sungo? El hermano levanta la mano contra su hermano y el hijo contra su padre, ¡qué horror!, y el padre contra su hijo también. Y es más, el asunto no para aquí, porque si el padre no golpeará al hijo, ambos no se parecerían. Se hace para perpetuar la semejanza. ¡Oh, Henderson, el hombre no puede permanecer impasible ante los golpes! Si se ve forzado a ello, de momento bajará la mirada y pensará en silencio la manera de librarse de ellos. Todos sentimos todavía los efectos de los primeros golpes. El primero se dice que lo dio Caín, ¿pero cómo puede ser esto? Al principio de los tiempos, había ya una mano levantada que dio el golpe. Y la humanidad se encoge todavía ante él. Todos desean liberarse y darle el golpe al que tienen al lado. Ésta es mi concepción del poder en la tierra. Pero eso de la fuerza como origen de la verdad,

es ya otra cuestión.

La habitación estaba completamente en sombras. El calor y el olor que desprendía la vegetación en combustión impregnaba el aire.

—Un momento, señor —le dije, pues hasta entonces le había escuchado con el ceño fruncido y sin dejar de morderme los labios. A ver si le he comprendido bien. ¿Usted dice que un alma moriría si no lograra que otra persona sufriera lo que ella sufre?

—Siento decirle que cuando un alma logra esto, goza por algún tiempo de paz y de alegría.

Arqué las cejas con dificultad, ya que las zonas menos protegidas de la cara me dolían atrocemente por los latigazos recibidos. Le lancé una de mis miradas altivas con un solo ojo. —¿Dice que le apena decirlo, majestad? ¿Por eso hubo que darles una paliza a los dioses y a mi?

—Bueno, Henderson, debí explicárselo mejor cuando usted quiso mover a Mummah. En este punto tiene usted toda la razón.

—Pero usted creyó que yo era el hombre adecuado, y lo creyó antes incluso de que yo le pusiera los ojos encima. Dejé los reproches a un lado y añadí: —¿Sabe una cosa, alteza? Existen unos hombres capaces de devolver el bien por el mal. Incluso yo, loco como estoy, comprendo esto. Empecé a temblar de pies a cabeza, al darme cuenta del lado de la cuestión que yo defendía, y que, desde un principio, había defendido. Pero observé con sorpresa que me daba la razón. Se alegraba de que yo lo hubiera dicho.

—Todos los valientes están convencidos de esto —me dije. No quiere vivir a costa de comunicar su ira a otro. ¿A pega a B? ¿B pega a C?... No hay letras suficientes en el alfabeto. Un hombre valiente intentará que el mal se detenga en él. Se guardará de devolver el golpe. Ningún hombre recibirá el golpe de él, y ésta es una ambición sublime. Así un hombre se arroja en pleno maremágnum de golpes y dice que no previó que fuera infinito. De esta manera han muerto muchos hombres valientes. Pero muere todavía un número mayor de personas, que poseen más impaciencia que valor. Han dicho: «¡Basta ya de tanto peso de ira! No soporto que mi cuello no se libere de esta carga. No soporto por más tiempo ese barullo de miedos».

Quiero señalar aquí que la belleza física del rey Dahfu me convencía tanto o más que sus palabras. Su piel negra brillaba como si se hubiera humedecido con la humedad que recogen las plantas cuando alcanzan el punto máximo de su crecimiento. Su espalda era larga y musculosa. Los labios arqueados eran de un rojo intenso. Las perfecciones humanas son efímeras y acaso las admiramos más de lo debido. Pero yo no podía evitarlo. Era algo involuntario. Sentí un dolor en las encías, que es donde me afectan estas cosas, contra mi voluntad y entonces supe que él me afectaba.

—Sin embargo, tiene usted razón a la larga, y el bien que se da a cambio del mal es realmente la respuesta a todo. Yo también creo, pero creo en ello como un

remedio, muy lejano, para toda la especie humana. Acaso no sea yo el indicado para formular esta profecía, Sungo, pero yo creo que el noble tendrá su momento en este mundo.

Yo lo escuchaba ensimismado, maravillado. ¡Dios santo! Hubiera dado cualquier cosa por oír todo esto de labios de otro hombre. Mi corazón se emocionó hasta tal punto que sentí que se me estiraba la cara, debió alcanzar la longitud de una casa. Me consumía la fiebre y la excitación mental que provocaba el tono de nuestra conversación; no sólo veía las cosas dobles y triples, sino como líneas desdibujadas de colores ondulantes: dorado, rojo, verde, pardo, etc., fluctuaban en líneas concéntricas en torno al objeto. A veces Dahfu me parecía tres veces mayor que su tamaño, con aquel espectro a su alrededor. Se erguía por encima de mí, más grande que la vida misma, y me hablaba con más de una voz. Apreté las piernas, envueltas en los pantalones verdes del Sungo, y estoy seguro de que en aquel momento me había convertido en un demente. Un poquito. Realmente estaba fuera de mí, lo digo muy en serio. El rey me trataba con la dignidad clásica de los africanos y ésta es una de las cúspides del comportamiento humano. No conozco ningún otro lugar donde la gente pueda ser tan digna. Aquí, en la oscuridad, en una pequeña habitación, en un rincón escondido cerca del ecuador, en el mismo pueblo en el que yo había andado con un cadáver a la espalda bajo la luna y los bosques azules de los cielos. Consideremos la posibilidad de que una araña, después de un ataque, se pusiera a hacer un tratado sobre botánica o algo así..., un gusano transformado. ¿Me siguen? Así es como agradecí yo las palabras del rey sobre la nobleza y su momento en el mundo.

—Rey Dahfu —le dije—, espero que me considere su amigo. Estoy profundamente emocionado por lo que usted dice. Aunque me siento un poco mareado por tanta novedad..., por tantas cosas extrañas. Sin embargo, me considero afortunado aquí. Ayer me dieron una paliza. Bueno, está bien, ya que yo soy un tipo que sufre, me alegro de que en una ocasión haya servido al menos para algo. Pero quiero preguntarle, ¿cómo le llegará su turno a la nobleza?

—¿Le gustaría saber qué es lo que me infunde tanta confianza en que mi predicción se cumplirá a la larga?

—Pues claro —dije—, como es natural me pica mucho la curiosidad. Quiero decir, ¿qué táctica eficaz recomienda usted?

—No le oculto, señor Henderson Sungo, que tengo mi teoría acerca de ello. Y estoy ansioso por comunicársela. Me alegro de que quiera considerarme su amigo. Y yo me voy acercando a la misma actitud con respecto a usted. Su llegada me ha hecho muy feliz. Y todo ese lío del Sungo, lo siento profundamente. No pudimos contener nuestras ganas de utilizarlo. Fueron las circunstancias. Perdóneme. —Esto fue dicho prácticamente en el tono de una orden. Pero yo obedecía contentísimo y desde luego perdoné a aquel muchacho. Todavía no estaba tan corrompido y zarandeado por la vida, como para no poder identificar lo extraordinario. Comprendía que él era una

especie de genio. Mucho más que eso: me di cuenta de que, dentro de mi mismo tipo de mentalidad, él era un genio.

—Desde luego, majestad. No se preocupe por esto. Yo también quería que ustedes me utilizaran ayer. Yo mismo se lo dije.

—Muchas gracias, señor Henderson Sungo. No hablemos más de este asunto. ¿Sabe usted que desde el punto de vista físico es usted todo un tipo? Casi monumental. Me refiero a su soma.

Al oír esto me puse un poco rígido porque su tono no me pareció muy convincente, y le dije: —¿Es así?

El rey exclamó: —Señor Henderson, no vamos a retroceder en nuestro acuerdo.

Me ablandé en el acto: —¡Oh, no, majestad! Esto queda en pie, pase lo que pase. No fue una broma. Pienso cumplirlo al pie de la letra y quiero que me obligue a ello.

Esto le complació y me dijo: —Ya le hice antes la observación, relativa a la verdad, de que es posible que una persona no esté preparada para recibir de ella más que aquello que ya de antemano acepta como la verdad. Sin embargo, yo me refería ahora a su aspecto externo y a su constitución. Habla por sí sola de muchas cosas.

Señaló con la mirada el montón de libros que estaba al lado de su silla, como si tuvieran que ver algo con lo que discutíamos. Volví la cabeza para leer los títulos, pero la habitación estaba demasiado oscura.

—Tiene usted un aspecto muy fiero —me dijo.

Para mí no era ninguna novedad; sin embargo, procediendo de él, este comentario me hirió. —Bueno, ¿y qué quiere? Soy uno de esos hombres que no podrían sobrevivir sin desfigurarse. La vida me ha dado muchos palos. No fue sólo la guerra... recibí una mala herida, ¿sabe?... fueron los disparos de la vida... —me di una palmada en el pecho. ¡Dieron aquí mismo! ¿Sabe a lo que me refiero, alteza? Pero naturalmente no deseo que se desperdicie una vida, por más que se trate de la que yo he llevado; el hecho de que a veces haya amenazado con suicidarme no tiene nada que ver con eso, aunque parezca contradictorio con lo que acabo de decir. Si no puedo dar una contribución activa por lo menos debería probar algo. Aunque ni siquiera sé cómo se hace. Me da la sensación de que no consigo probar nada, ni ilustrar nada.

—¡Oh, está usted en un error! Ilustra volúmenes enteros. Para mí encierra usted un tesoro de ilustraciones. Yo no condeno su físico. Veo tan sólo el mundo en su constitución. Durante mis estudios de medicina esto llegó a convertirse en una de mis grandes fascinaciones, y he hecho por mi cuenta un estudio completo sobre los tipos y he logrado un sistema de clasificación como resultado. El agónico. El que siente los apetitos. El obstinado. El elefante inmune. El cerdo astuto. El histérico fatalista. El resignado ante la muerte. El fálico orgulloso y el genital vacío. El que se duerme inmediatamente. El narcisista borracho. Los que se ríen como locos. Los pedantes. Los lázaros luchadores. ¡Oh, Henderson Sungo, cuántas formas y tamaños! ¡Innumerables!

—Ya comprendo, ¡vaya un tema!

—Sí, desde luego. Le he dedicado años. En todas mis andanzas desde Lamu hasta Estambul y Atenas he ido observando.

—Es un buen recorrido —dije. Pero explíqueme, ¿qué es lo que yo ilustro mejor?

—Pues, todo lo de usted clama a gritos, Henderson Sungo: «¡Salvación! ¡Salvación! ¿Qué debo hacer? ¿Qué es lo que tengo que hacer? ¡Pronto, pronto! ¿Qué va a ser de mí?», etcétera, etcétera. Y esto es malo.

En aquel momento me hubiera resultado imposible disimular mi sorpresa por más que fuera doctor en el arte del disimulo. Reflexioné: —Sí. Esto es lo que empezaba a decirme Willatale, supongo. El grun-tu-molani era sólo el comienzo.

—Conozco esta expresión de los arnewi —dijo el rey. Sí, también yo estuve allí con Itelo. Conozco el significado que encierra el tal grun-tu-molani. Claro que sí. Y conozco también a esta señora, es una mujer de éxito, una joya en forma de mujer, un verdadero ejemplar dentro de su tipo... Me refiero a mi sistema de clasificación. Concedido; el grun-tu-molani es una gran cosa, pero no basta. Se necesita más, señor Henderson. Puedo enseñarle algo ahora... algo sin lo cual no logrará usted comprender nunca totalmente mi meta ni mis puntos de vista. ¿Quiere seguirme?

—¿A dónde?

—No puedo decírselo. Tiene que confiar usted en mí.

—Bueno, está bien. Supongo...

Sólo esperaba mi consentimiento. Se levantó en el acto, y Tatú, que había estado sentada contra la pared con su gorro de soldado caído sobre los ojos, se levantó también.

XVI

La puerta de aquella pequeña habitación se abría a una larga galería de paredes de paja. Tatú, la amazona, nos abrió la puerta y después nos siguió. El rey me dejó atrás, andando por aquella galería privada y suya. Intenté seguirle a su mismo paso y esa necesidad de andar más aprisa fue lo que me hizo notar hasta qué extremo los cortes del día anterior me habían herido los pies. Anduve, pues, cojeando y arrastrándome, mientras Tatú venía tras de mí con sus seguras zancadas militares. Ella había echado el cerrojo a la puerta de la pequeña habitación, desde fuera, para que nadie nos pudiera seguir, y al terminar la galería, que tendría unos dieciséis metros de largo, levantó otro pesado cerrojo de madera de la puerta que estaba al final. Debía de pesar como si fuera de hierro, pues se le doblaron las rodillas. Pero aquella mujer tenía una constitución hercúlea y sabía hacer uso de ella. El rey traspasó el umbral y vi una escalera que descendía. Era bastante ancha pero muy oscura..., negra como boca de lobo. Un olor a podredumbre y a enmohecimiento ascendía de las sombras y me ahogaba un poco. Mas el rey se lanzó de cabeza a aquella oscuridad enmohecida y yo pensé que la situación requería una lámpara de minero o una jaulita con un canario. En realidad, trataba de ridiculizar el miedo que llevaba dentro. «Bueno», me dije, «si hay que seguir adelante, allá voy. Uno, dos y tres. Abajo, capitán Henderson». ¿Lo comprendéis? En los momentos parecidos a aquél, suelo recurrir a mi espíritu militar. Así dominé mi sentimiento de angustia. Obligué a mis piernas a seguir adelante y entré en aquella oscuridad. —¿Rey? —exclamé—, cuando ya estaba dentro. Pero no hubo respuesta. Mi voz temblaba, me daba perfecta cuenta de ello. Oí allá abajo unas pisadas rápidas. Extendí los brazos, y no encontré una barandilla ni una pared. Sin embargo, avancé con pisadas cautelosas y descubrí que los peldaños eran anchos y regulares. Al cerrar Tatú la puerta, todo quedó en la oscuridad. Oí que caía un pesado cerrojo. No quedaba otra alternativa que seguir hacia abajo, o esperar a que el rey volviera junto a mí. Si me decidía por eso último, me arriesgaba a perder su respeto y todo lo que había ganado el día anterior al mover a Mummah. Por tanto, continué adelante, y mientras, pensaba en aquel hombre extraño y probablemente grande que era el rey, que no podía ser menos que un genio, y pensaba en su belleza física, realmente asombrosa, y en su canturreo, que me recordaba la central eléctrica de la calle 16 de Nueva York en una noche calurosa, y pensaba también en que estábamos ligados por un pacto que nos obligaba a ambos a decir la verdad, y pensaba, finalmente, en su profecía acerca de que a la nobleza le esperaba aún su mejor momento. De todos estos elementos era este último el que resultaba para mí más atractivo. Avanzaba, pues, tanteando el suelo con mis pies doloridos, intentando seguirle, y me repetía: «Ten fe, Henderson. Ya es hora de que tengas un poco de esperanza». Hubo un poco de luz y se vio el final de la escalera. Su anchura era debida a la rudimentaria arquitectura del palacio. La luz del día se filtraba por una estrecha abertura, que quedaba encima de mi cabeza. La luz era originariamente

amarilla, pero se volvía gris al reflejarse contra las piedras. Habían colocado en la abertura dos picos de hierro, de modo que ni un niño hubiera podido colarse por allí. Examiné lo que me rodeaba y descubrí un pasadizo cortado en la piedra. Descendía hasta otras escaleras, que también eran de piedra. Pero éstas eran más estrechas y bajaban muy hondo. Pronto descubrí que estaban rotas y que entre las grietas había tierra y crecía la hierba. —Rey —grité. ¡Eh, rey, oiga! ¿Está usted allá abajo, majestad?

Pero nada me llegó desde allá abajo, a no ser una bocanada de aire caliente que hizo revolotear las telarañas. «¿Por qué tendrá tanta prisa?», pensé. Sentía en las mejillas un tic nervioso, pero seguí bajando. En vez de refrescar, el aire era cada vez más tibio; la luz llenaba aquel lugar pedregoso como un fluido amarillo y gris; la superficie de las paredes actuaba como un filtro y la atmósfera se distribuía tan uniformemente como el agua. Llegué hasta abajo. Los últimos peldaños eran de tierra, y también la parte baja de las paredes estaba llena de pegotes de tierra. Me recordaron aquella visión manchada que tuve un atardecer en el acuario de Banyules-sur-Mer, donde vi aquel bicho, el pulpo, apretando su cabeza contra el cristal. Pero allí había sentido frío y aquí tenía calor. Seguí adelante; todo lo que llevaba encima pesaba sobre mi cuerpo como una carga..., el casco naturalmente, pero no sólo el casco, sino hasta los pantalones de seda verde, que eran ligeros y poca cosa. Poco a poco, las paredes se fueron separando y se abrieron en una especie de cueva. A la izquierda, el túnel continuaba hasta perderse en la oscuridad. Desde luego yo no tenía la menor intención de seguir por allí. Al otro lado, había una pared semicircular y una puerta grande cerrada con una barra de madera. Estaba entreabierta y vi en el quicio la mano de Dahfu. Durante el tiempo que se tarda en contar hasta veinte, esta mano fue lo único que yo vi de él, pero no hacía ya ninguna falta preguntarle a dónde me había llevado. El ruido sordo, como de algo que se rompiera, que se oía detrás de la puerta, era suficientemente explicativo. Era la cueva del león. Y como la puerta estaba entreabierta, pensé que sería mejor no moverme. Quedé petrificado. Sólo el rey se interponía entre mí y el animal. Ahora lo empezaba a ver. Aquel león no era el que el rey tenía que capturar. Todavía no acababa de entender cuáles eran exactamente sus relaciones con él, pero vi claramente que no vacilaba en entrar y que tenía que preparar al animal antes de que éste se diera cuenta de mi presencia. Esperaba, por lo visto, que yo entrara en la leonera con él. No cabía la menor duda respecto a esto. Y en aquellos momentos, oyendo el ruido suave y peligroso, como de algo que se rompiera, que emitía el león, me sentía igual que si estuviera vacilando sobre una cuerda floja. Me parecía que la cuerda me pasaba entre las rodillas. Yo mismo me había prescrito mediante órdenes severísimas la necesidad de tener fe, pero, como soldado, tenía que preparar también mi retirada y en aquel lugar iba a ser difícil. Si subía las escaleras, me encontraría arriba ante una puerta cerrada. De nada había de servirme gritar o llamar. Tatú no me abriría nunca y ya me veía perseguido escaleras arriba y tumbado allí, con el animal lavándose el hocico en mi sangre.

Calculaba que primero se comería el hígado, pues los animales de presa tienen esta costumbre, se tragan el órgano más nutritivo y delicado primero. El otro único camino que quedaba era el túnel oscuro, y supuse que probablemente conduciría a otra puerta cerrada. Me quedé, pues, allí, dentro de mis lamentables pantalones verdes y de mis calzoncillos manchados, intentando dárme las de valiente. Entretanto, los gruñidos y los carraspeos subían y bajaban de tono, y oí también la voz del rey. Le hablaba al animal, a veces en wariri y a veces en inglés, quizá, esto último, para animarme a mí e infundirme confianza. —Tranquila, tranquila, encanto. Ven, ven, muñeca mía. Deduje que era hembra. El rey le hablaba en voz suave y segura, tranquilizadora; y sin alzar el tono me dijo: —Henderson Sungo, ella ya sabe que usted está aquí. Ahora tiene que acercarse gradualmente, poco a poco.

—¿Usted cree, majestad?

Levantó la mano, desde la puerta, indicando que me acercara. Di un paso hacia adelante y no puedo negar que sentía pesar sobre mi conciencia la sombra de aquel gato que había intentado asesinar desde mi puesto de tiro, bajo la mesa de *bridge*. No alcanzaba a ver mucho más que el brazo del rey. Él seguía haciéndome señas de que me acercara y yo daba unos pasitos excepcionalmente cortos con mis zapatos de suela de goma. Los ronroneos del animal me parecían punzantes como espinas, y manchas opacas, tan grandes como dólares de plata, me bailaban ante los ojos. Entre mancha y mancha, lograba distinguir el cuerpo del animal, que aparecía y desaparecía tras la puerta entreabierta. La cabeza asesina y tranquila, los ojos relucientes, las patas pesadas. El rey estiró la mano hacia atrás y me tocó. Me agarró el brazo entre sus dedos y me trajo a su lado. Ahora me rodeaba con el brazo. —¿Rey, qué falta le hago yo aquí? —dije en un susurro. La leona dio media vuelta y chocó contra mí. Al sentir su contacto, se me escapó un suspiro. El rey dijo:

—No se mueva —y volvió a hablar con la leona. ¡Oh, cariño, muñequita mía, éste es Henderson! Se restregó contra él, con tanta fuerza, que yo sentí el peso del cuerpo de la fiera a través del cuerpo del rey. Nos llegaba como mínimo a la altura de la cadera. Cuando él la acarició, arrugó su hocico bigotudo poniendo de manifiesto lo negro de la raíz de su bigote. Después se apartó y apareció detrás de nosotros; volvió a dar la vuelta y empezó a examinarme. Sentí que restregaba su morro contra mis sobacos y después entre las piernas, y el miembro que se encuentra allí se me encogió y apretó contra la barriga. Mientras me agarraba y me sostenía, el rey continuaba hablando quedamente con ella y tranquilizándola. El aliento de la fiera hinchaba los pantalones de seda verde de Sungo. Yo me mordía la parte inferior del labio con los dientes e incluso con el puente partido. Mis ojos se cerraron despacio y mi cara se fue convirtiendo, me daba perfecta cuenta de ello, en una enorme masa de resignación ante el destino. Sufrimiento. (He aquí lo que queda de mi vida... ¡yacaba con ella de una vez! Eso era lo que daba a entender mi expresión). Pero la leona sacó su cabeza de mi ingle y empezó una vez más a andar hacia atrás y hacia adelante. El rey, que actuaba como mi consolador, me decía: —Tranquilo, Henderson Sungo. Lo va a

aceptar fácilmente.

—¿Cómo lo sabe? —pregunté con la garganta reseca.

—¿Que cómo lo sé? —hablaba con énfasis y con una extraña confianza—. ¿Que cómo lo sé yo? —soltó una risita breve—. Porque la conozco... Ésta es Atti.

—Me parece estupendo, vaya. Esto debe ser clarísimo para usted, pero para mí... Se me cortaron las palabras, porque ella volvía y logré captar una mirada de sus ojos. Eran tan grandes y tan claros como círculos de ira. Cruzó ante mí y fue a restregarse contra el costado de Dahfu; su vientre se movía suavemente. Volvió a dar la vuelta. Metió la cabeza bajo la mano del rey y recibió de ella una caricia. Se alejó una vez más hasta un rincón apartado de la cueva, aquella cueva grande de paredes de piedra en la que se filtraba la luz gris y amarilla. Se alejó pegada a la pared, y cuando gruñía, las pecas que tenía en la raíz de los bigotes parecían aterciopeladas y oscuras. El rey, con voz deliciosa, juguetona, africana y cantarina, llamaba: —¡Atti, Atti! —y me dijo: ¿Verdad que es hermosa? Y luego me ordenó: Usted se estará quieto, señor Henderson Sungo.

—No, no, no se mueva usted —susurré roncamente. Pero no me hizo caso. Rey, ¡por el amor de Dios! —exclamé.

Intentó tranquilizarme con un gesto, pero estaba tan absorto en su leona y tan deseoso de demostrarme lo felices que eran las relaciones entre los dos, que al echar a andar, sus pasos me recordaron los saltos que pegaba en la arena el día anterior, cuando tiraba las calaveras. Sí, lo mismo que ayer, sus piernas robustas bailaban y saltaban sobre las zapatillas blancas bordadas en oro. Había un algo orgulloso y algo también parecido a la suerte en aquellas piernas envueltas en los limpios y estrechos pantalones. A pesar del miedo espantoso que sentía, fui capaz de reflexionar y decirme que un hombre con aquellas piernas tenía que ser afortunado. Pero deseaba que no forzara tanto su buena suerte, y que no se empeñara en demostrarme lo buenas que eran sus relaciones con la leona precisamente de aquella manera. Tanta confianza puede convertirse en el preludio del hundimiento, o mis experiencias pasadas no valen nada. La leona trotaba a su lado, con la cabeza bajo su mano. La condujo hasta una plataforma o especie de banco que se apoyaba contra la pared y se sostenía sobre unas gruesas patas. Se sentó allí y puso la cabeza de ella sobre sus rodillas, le rascaba las orejas y le hacía caricias, mientras ella fingía pelear con él. Estaba sentada sobre los cuartos traseros y le pegaba con las manazas. Yo veía cómo se encogían las espaldas del animal cuando Dahfu le tiraba de las orejas, que eran pequeñas y redondas. Me quedé plantado donde estaba, sin mover ni un pelo; ni siquiera me moví para poner mi casco en su sitio cuando, al fruncir el ceño, a causa de la intensidad de mi concentración, se me caló hasta las cejas. No. Me quedé allí, medio muerto, medio ciego, la garganta apretada y todos los esfínteres cerrados. El rey adoptó una de sus posturas relajadas y se apoyó sobre un codo. Tenía un aire lánguido y en cada momento de su vida terrenal había un trazo de brillantez... la señal de que su existencia poseía un don especial. La leona tenía las patas delanteras en el borde

del banco y le lamía el pecho, su lengua raspaba y se doblaba contra su piel, y él levantó una de sus piernas y la colocó, jugueteón, en el lomo de la fiera. Ante esto sentí tal ahogo que por poco no me desmayo. Y no sé si la causa era el miedo que sentía por él u otra cosa. No lo sé... acaso era embelesamiento, admiración. Él se tendió a lo largo sobre el banco, y aunque el acto de tumbarse en sí no merece una explicación, el modo en que este rey lo hacía sí la merece. Tumbarse era en él un arte, y a lo mejor no fue una broma aquello que dijo de que estar tumbado le mantenía fuerte, ya que realmente parecía aumentar su vitalidad. Con un gruñido suave y profundo, el animal se puso de pie sobre sus patas traseras, con las garras escondidas, y luego de un salto se puso a su lado. Anduvo de un lado a otro del banco y me echaba una ojeada de vez en cuando como si ella lo estuviera guardando. Cuando clavaba sus ojos en mí, lo hacía con una fijeza clara y redonda, pues había en sus ojos un gran espacio lleno de una severidad natural, y mi pelo, aplastado bajo el casco, se me ponía de punta. Seguía pensando que aquella oscura preocupación debida a mi intento criminal contra el mundo de los felinos podía descubrirse en cualquier instante. Además, estaba la preocupación de la hora en que el espíritu despertaría de su sueño. Quizá yo no había comprendido su verdadera naturaleza. ¿Cómo podía saber yo si no se trataría de la hora en que se me juzgaría?

Sin embargo, no me quedaba alternativa. No podía hacer otra cosa que estarme quieto. Y eso fue lo que hice. Por fin el rey me tendió la mano por detrás de la leona, que en aquel momento paseaba por encima de él. Señaló la puerta y me gritó: —Ciérrela, por favor, señor Henderson. Y añadió: —Las puertas abiertas la ponen muy nerviosa.

Le pregunté, pues: —¿Puedo moverme?

Las palabras me salían con dificultad; parecía que se me hubiera oxidado la garganta.

—Muy despacio. Pero no se preocupe, ella sólo hace lo que yo le digo. —Me acerqué de puntillas a la puerta, andando de espaldas y como a cámara lenta, y cuando la alcancé, ganas tenía de salir por ella y sentarme fuera a esperar. Por ningún motivo, pasara lo que pasara, podía arriesgarme yo a echar a perder mis relaciones con el rey. Por lo tanto, me apoyé contra la puerta y la cerré con mi peso; y suspiré profundamente al abandonarme contra ella. Estaba deshecho. No podía soportar crisis tras crisis, como me venía ocurriendo.

—Ahora, adelántase Henderson Sungo. Hasta aquí ha sido maravilloso. Un poquito más aprisa, pero sin brusquedad. Se sentirá mejor cuando esté cerca. El león es miope. Sus ojos están hechos para ver a distancia. Acérquese.

Me acerqué y soltaba palabrotas entre dientes contra él y contra su dichoso león. Temblaba de pies a cabeza y vigilaba la punta del rabo del animal que oscilaba de un lado a otro como un péndulo de reloj. Al llegar al centro de la cueva, no me sentí más amparado de lo que puede estarlo una piedra.

—Más, más. Más cerca —dijo y me hacía gestos con dos dedos. Se acostumbrará

a usted.

—Si no me muero antes —respondí.

—No, no, Henderson. Ejercerá su influencia sobre usted, igual que la ha ejercido sobre mí.

Cuando estuve a su alcance, me atrajo hacia él, mientras apartaba el hocico del animal con la mano izquierda. Subí con dificultad y a trompicones a su lado. Después me limpié la cara, aunque no había necesidad, pues estaba seca por la fiebre. Atti fue hasta el extremo de la plataforma y volvió. El rey la apartaba de mi nuca, en la que, al sentir la proximidad de la fiera, los pelos se habían puesto de punta, como los de un erizo. Husmeó mi espalda. El rey sonreía; opinaba que la amistad entre la leona y yo progresaba. Yo lloriqueé un poquito. Entonces ella se alejó y el rey dijo: —No se preocupe usted tanto, Henderson Sungo.

—¡Oh, majestad, no puedo evitarlo! Lo siento así. No es sólo que le tenga miedo, y desde luego se lo tengo, y mucho; no es sólo esto. Es la riqueza de la combinación. Eso es lo que me puede, la riqueza de la mezcla. Ya no acierto a explicarme el por qué. A pesar de que el miedo es más fuerte que yo y me ha abatido tantas veces, no he podido todavía acostumbrarme a él. —Seguí gimoteando, pero sin elevar la voz, pues no quería provocar un incidente.

—Será mejor que intente apreciar la belleza de este animal —me dijo. No crea que intento someterle a una prueba, sólo por el gusto de la prueba misma. ¿Cree usted que se trata de un test de nervios? ¿De un lavado de cerebro? No es eso, le doy mi palabra. Si yo no estuviera seguro de mi dominio sobre Atti, no lo hubiera arrastrado a usted a esta situación. Sería verdaderamente escandaloso —tenía la mano con el anillo de granates sobre el pescuezo del animal, y me dijo: —Si se queda usted donde está, ya verá cómo lo tranquilizo.

Bajó de un salto de la plataforma y como no estaba prevenido me asusté mucho. Sentí estallar el terror dentro de mi pecho. La leona saltó con él y caminaron juntos hasta el centro de la leonera. Él se paró y le dio una orden. La leona se sentó. Él volvió a hablarle y ella se tumbó de espaldas, la boca abierta. Entonces Dahfu se puso en cuclillas y le metió el brazo entre las mandíbulas, lo apretó contra los labios fruncidos del animal, mientras el rabo de la bestia tumbada barría con fuerza la piedra en un gran arco. Retiró el brazo y la hizo ponerse de pie, luego se puso a gatas debajo de ella y le rodeó el vientre con las piernas, los pies calzados en las zapatillas blancas se cruzaban sobre sus ancas y los brazos rodeaban su pescuezo. Mejilla contra mejilla, ella lo pascó arriba y abajo, mientras él le hablaba. La leona roncaba, pero al parecer no era para él. Pasearon juntos por toda la cueva y volvieron a la plataforma. Allí ella se paró, emitió aquel ruido suave, como de algo que se rompiera, y arrugó los labios descubriendo los dientes. Él colgaba de ella, con sus pantalones morados, y volvió la cara para mirarme. ¡Y yo creía conocer las cosas raras que había por el mundo! ¡Era evidente que todavía no había visto nada! Mientras él colgaba de ella y me sonreía boca arriba con sus labios abultados, me di cuenta de que ni siquiera había

dispuesto de una pista. ¡A eso sí que se le puede llamar maestría!... Y genio, desde luego. La misma fiera se daba cuenta de ello. En su mente de animal estaba claro, sin necesidad de ninguna explicación, que ella amaba a aquel hombre. ¡Lo amaba con amor animal! Yo también lo amaba. ¿Quién hubiera podido dejar de amarle?

—Desde luego, esto supera todo lo que yo he visto —le dije.

Se desprendió del animal y lo apartó con la rodilla. Volvió a saltar a la plataforma. Y en el mismo instante, también Atti se plantó en el banco.

—¿Ha cambiado usted de opinión, señor Henderson?

—Desde luego, rey, mi opinión es ahora muy distinta. Completamente opuesta.

—Sin embargo, veo que todavía tiene miedo.

Intenté decir que no era verdad, pero mi cara estaba demasiado alterada y no me salían las palabras. Empecé a toser y me llevé el puño, con el pulgar escondido en él, a la boca. Mis ojos lagrimeaban. Sacando fuerzas de flaqueza, logré decir: —Es un reflejo.

El animal paseaba arriba y abajo y el rey, sin que yo pudiera resistirme, me agarró por la muñeca y apretó mi mano contra el flanco del animal. Lentamente, su piel resbalaba bajo las yemas de mis dedos y mis uñas se convirtieron en cinco puntas incandescentes. Hasta los huesos de la mano me ardían. Después, un calambre terrible pasó directamente desde mi brazo hasta mi pecho.

—Ahora ya la ha tocado —me dijo—, ¿qué le parece?

—¿Que qué me parece? —intenté dominar mi labio inferior sujetándolo con los dientes. ¡Oh, majestad, por favor! Son demasiadas cosas para un solo día. Hago lo que puedo.

Me confesó: —Es verdad, intento hacerle progresar demasiado de prisa. Pero es que yo desearía que superara usted las dificultades iniciales en poco tiempo.

Me olí los dedos, a los que se había pegado el extraño olor de la leona. —Escuche —le dije. Yo también sufro mucho de impaciencia. Y sin embargo, tengo que confesar que hay un límite en lo que puedo soportar de golpe. Tengo todavía la cara llena de las heridas de ayer y tengo miedo de que ella huela la sangre fresca. Tengo entendido que nadie puede dominar a estas fieras una vez que la han olido.

Aquel hombre extraordinario se rió de mí y me dijo: —¡Oh, Henderson, es usted exquisito!— (esto nunca lo hubiera sospechado de mí mismo). ¿Y sabe una cosa? No hay muchas personas que hayan tocado a un león.

«Pude seguir viviendo tranquilamente sin haber pasado por esta experiencia», era la respuesta que podía haber dado. Pero como él tenía un alto concepto de los leones, me lo guardé para mí. Me contenté con murmurarlo entre dientes.

—¡Qué miedo tiene usted! ¡Vaya! Un miedo extraordinario. La verdad es que me encanta. Nunca había visto una demostración de miedo como ésta. Para mí fue realmente un placer intenso. ¿Sabe usted que a muchas personas fuertes les gusta muchísimo esta mezcla de temor y de satisfacción? Yo creo que usted es de éstos. Además, me encanta cómo se le mueven las cejas. Son realmente extraordinarias. Y

su barbilla se pone como el hueso de un melocotón, y toma un color como si le estrangularan, y la cara se le hincha, y la boca se le pone tensa... ¡Y cuando lloró! ¡Me volvió loco cuando se echó a llorar!

Yo sabía que todo esto no era de tipo personal, sino una consecuencia de sus observaciones médicas. —¿Qué le ocurre a su labium inferiorum? —preguntó—, interesado todavía en mi barbilla. ¿Cómo se le hacen tantos hoyuelos en la carne?, (esto era muy revelador para mí). Era tan superior y su presencia me imponía de tal forma, con aquella sombra de más y aquel brillo nebuloso que despedía y sus paseos a caballo en el león, que le permitía que me lo dijese todo, sin protestar. Cuando el rey terminó unas observaciones más, que me maravillaron, sobre mi nariz y mi panza y la líneas de mis rodillas, me dijo: —Atti y yo nos influimos mutuamente. Me gustaría que usted también tomara parte en esto.

—¿Yo?

No sabía de lo que me hablaba.

—No debe usted creer que, porque hago observaciones sobre su constitución física, no me doy cuenta de que es usted extraordinario en otros aspectos.

—¿Debo entender, majestad, que persigue usted un plan en todo este asunto?

—Sí, se lo explicaré.

—Bueno, creo que debemos proceder cuidadosamente. Yo no sé lo que puede resistir mi corazón. Mis desmayos indican que no aguanta mucho. Además, ¿cómo cree que iba a reaccionar ella si yo me cayera redondo?

—Quizás ya ha tenido usted bastante, para ser la primera sesión con Atti. — Volvió a bajar de la plataforma y el animal le siguió. Una pesada verja, sostenida en alto por una cuerda que se enroscaba a una rueda dentada a unos seis metros del suelo, servía para que el rey sacara de la cueva a la leona y la encerrara en un compartimento separado. Nunca he visto a un ejemplar de la especie felina pasar por una puerta, a no ser por su propia voluntad, y Atti no fue una excepción. Tuvo que dar vueltas hacia dentro y hacia fuera, mientras el rey se colgaba de la cuerda que sostenía la reja. Una de las veces que se metió dentro, sentí ganas de sugerirle al rey que le arreara una patada en la cola para ayudarla a decidirse, ya que evidentemente él era su amo; pero, en aquella situación, no me atreví ni a esto. Por fin, con aquellos andares suaves y medidos, tan relajados, tan conscientes, tan alertas, el animal se metió en el recinto contiguo. El rey soltó la cuerda y dejó que resbalara y cayera el gran panel. Golpeó la piedra con un gran ruido. Después el rey volvió a mi lado, en el banco, con aire satisfecho. Pacíficamente. Se reclinó hacia atrás, bajaron un poco sus párpados, surcados por gruesas venas, y respiró tranquilo, descansando. Yo estaba sentado muy cerca, con mis pantalones de salvaje y los calzoncillos asomando bajo ellos, y me pareció que bajo Dahfu, sosteniéndole, había algo más que tablas. Porque, a fin de cuentas, yo también descansaba sobre ellas y no me sentía sostenido como él. De todos modos, me quedé sentado y esperé a que terminara de descansar. Me acordé una vez más de la vieja profecía de Daniel a Nabucodonosor: *Te expulsarán de entre*

los hombres y tu morada estará entre las bestias del campo. El olor de león era aún muy fuerte en mis dedos. Lo olí repetidas veces y volvieron a mi memoria las ranas de los arnewi, el gato de los inquilinos que había intentado asesinar, y, no hace falta decirlo, los cerdos que yo había criado. Desde luego, la profecía tenía para mí una relevancia especial, porque tal vez implicaba que yo no era totalmente adecuado para relacionarme con los humanos.

El rey, después de su corto descanso, estaba dispuesto a hablar.

—Ahora, Henderson —empezó a decir en aquel tono suyo, tan exótico y tan especial.

—Bueno, rey, iba a explicarme por qué resulta tan conveniente relacionarse con este león. Hasta ahora no tengo ninguna pista. ¡Oh, me siento confuso!

—Voy a aclararle este lío —me dijo. Y antes que nada le diré el cómo y el qué de este asunto de los leones. Hace un año o tal vez más que capturé a Atti. Existe un modo tradicional entre los wariri para atrapar un león, si se lo necesita. Salen batidas por el campo y obligan al animal a meterse en lo que nosotros llamamos el hopo. Es una batida muy grande y abarca varios kilómetros de matorral. Se levanta a los animales con tambores y cuernos y se los persigue hasta meterlos por el extremo ancho del hopo y acorralarlos en el extremo estrecho. Allí está la trampa y yo mismo, como rey, estoy obligado a hacer la captura. Así conseguí a Atti. Tengo que decirle que todos los leones, a excepción de Gmilo, mi padre, están prohibidos y son ilícitos. Atti fue traída aquí ante la general desaprobación y oposición y ha causado gran ansiedad y partidismo. Especialmente por parte del Bunam.

—Pero, oiga, ¿qué les pasa a estos tipos? —dije. No merecen un rey como usted. Con una personalidad como la suya, podría reinar sobre un gran país.

Creo que el rey se alegró al oír esto. —Por lo tanto —continuó—, hay bastantes problemas con el Bunam y con mi tío Horko y otros, sin mencionar a la reina madre y a algunas de las esposas. Ya que, señor Henderson, existe sólo un león aceptable: mi difunto padre. Se cree que todos los demás son malvados y traen jaleos. ¿Comprende? La razón principal por la que el difunto rey tiene que ser capturado por su sucesor, es que no se le puede dejar allí, en libertad, a merced de tales malvados. Los brujos de los wariri se dice que mantienen relaciones ilícitas con leones perversos. Incluso se presume que algunos niños nacen de esta unión y son peligrosos. Y le confío, además, que si un hombre puede probar que su mujer le ha sido infiel con un león, exige para ella un castigo extremo.

—Todo esto resulta muy raro.

—Resumiendo —continuó el rey—, soy objeto de críticas por partida doble. En primer lugar, no he logrado todavía capturar a Gmilo, mi padre león. En segundo lugar, se dice que como guardo a Atti, no debo estar tramando nada bueno. Pero, por muchas que sean las críticas, estoy dispuesto por encima de todo a conservar a Atti.

—¿Qué es lo que quieren? —dije. ¿Que abdique usted como el duque de Windsor?

Respondió con una risita suave. Después me dijo en el profundo silencio de la habitación..., con aquel aire gris y amarillento que se intensificaba y se oscurecía, pesando sobre nosotros: —No es ésa mi intención.

—Bueno. Si se trata de amor propio, lo comprendo.

—Henderson Sungo, veo que voy a tener que explicarle más cosas respecto a todo esto. Desde tiempos remotos, el rey trae aquí a su sucesor. Yo visité, pues, a mi abuelo león. Su nombre era Suffo. Por lo tanto, he sostenido desde la niñez relaciones amistosas o íntimas con leones, y el mundo no me ofreció ningún sustituto. De modo que, cuando murió mi padre, Gmilo, yo ya añoraba el trato con los leones, lo añoraba desde antes incluso, estando en la escuela, y al comunicarme el trágico acontecimiento, a pesar de todo mi amor por la carrera médica, no me sentí capaz de renunciar a volver aquí. Le confesaré que llegué incluso a sentirme débil por la falta continuada de estas relaciones, y volví a casa para saciarme de ellas. Claro que hubiera sido afortunado si hubiera capturado a Gmilo inmediatamente. Pero en lugar de ello, capturé a Atti, y no pude renunciar a ella.

Cogí uno de los pliegues de mis pantalones para limpiarme la cara que, debido a la fiebre, estaba completamente seca, aunque lo propio en aquellos momentos hubiera sido sudar a mares.

—Y todavía Gmilo está en libertad —dijo. Lo capturaré.

—Le deseo montones de suerte.

Entonces me cogió estrechamente por la muñeca y me dijo: —No le culpo, señor Henderson, por desear que todo esto fuera una ilusión o una alucinación. Pero, para bien mío, y ya que me ha exigido la sinceridad entre ambos, le pido que tenga paciencia y que se mantenga firme.

Pensé que una buena cantidad de píldoras de sulfa me sentaría de primera.

—Oh, señor Henderson Sungo —exclamó, después de larga reflexión, y manteniendo esta extraña presión en mi muñeca, aunque pocas veces hacía algo con brusquedad—, si pudiera comprender esto fácilmente... ilusión, alucinación, sueños. Sin embargo, no se trata de soñar y de dormir, sino de despertar. ¡Ja, ja! Los hombres con mayor apetencia de poder son siempre los que han dudado más de la realidad. Aquellos que no pueden soportar que las esperanzas se truequen en miserias y los amores en muertes y odios y silencios, etcétera. La mente posee el derecho de tener dudas razonables y ve y comprende lo que otras mentes de existencia igualmente corta han dejado tras sí. Es natural que le repugne creer que tantas existencias efímeras fueran capaces de convertir en maravilloso y grande algo; que las criaturas humanas, al pensar, sean perfectas. Esto es lo que le deja a uno boquiabierto. Sí, Sungo, esta misma criatura temporal es un maestro en el campo de la imaginación. Y ahora mismo este tesoro tan valioso parece matarle en vez de darle vida. Es asombroso. ¡Oh, qué panorama tan desconsolador, Henderson! Resultado final: no dude de mí. Soy Dahfu, el amigo de Itelo, Su amigo. Pues usted y yo nos hemos unido por la amistad y tiene que darme usted su confianza.

—Por mi de acuerdo, alteza —le respondí—, y me alegro de veras. Aún no le comprendo, pero estoy dispuesto a seguirle sin emitir un juicio. Y no se preocupe demasiado por la posibilidad de que no se trata de una alucinación. Cuando lo pienso en serio, veo que no hay muchos tipos que se hayan puesto incondicionalmente al lado de la realidad, pase lo que pase, como he hecho yo. De vez en cuando, he perdido la cabeza, pero siempre he hecho mi reaparición, ¡y vive Dios que no ha sido fácil tampoco! Pero estoy enamorado de esta dichosa realidad. ¡Grun-tu-molani!

—Sí —dijo—, realmente es así. Apruebo su actitud. Grun-tu-molani. ¿Pero de qué forma y tamaño? Ahora, señor Henderson, estoy convencido de que es usted un hombre de amplia y vasta imaginación, y de que también necesita... especialmente *necesita*.

—Por ahí va bien. *Necesitar*. La forma que toma realmente es: ¡*Quiero, quiero!*

Asombrado, me preguntó: —Pero ¿qué es esto?

—Hay algo dentro de mí que repite esto sin parar —dije. Ha habido ocasiones en que apenas si me dejaba en paz.

Eso le tocó en lo más vivo. Seguía sentado allí, absolutamente inmóvil, con las manos en los robustos muslos, con aquellos labios abultados y aquella nariz de grandes orificios. Me miraba.

—¿Y usted oye esto?

—Solía oírlo prácticamente todo el tiempo.

En voz baja me preguntó: —¿De qué se trata? ¿Exige el derecho de nacer? ¡Qué extraño! Es una confidencia impresionante. No recuerdo que me hayan contado nada igual. ¿Ha dicho alguna vez qué es lo que quiere?

—No —dije—, nunca. No he sido capaz de obligarla a dar nombres.

—Extraordinario. Y es dolorosa, ¿eh? Supongo que persistirá hasta que usted le responda. Me ha emocionado oírsele contar. Y, sea lo que sea, debe estar muy hambrienta. Se puede comparar a una larga sentencia en la prisión. Pero ¿usted dice que no está dispuesta a declarar qué es lo que quiere? ¿No da tampoco instrucciones concretas para vivir o morir?

—Bueno, he amenazado con suicidarme muchas veces, majestad. De vez en cuando se me mete algo en el cuerpo y me da por echar bravatas y digo que me saltaré la tapa de los sesos. No, nunca he logrado que me dijera lo que quiere, y hasta ahora le he proporcionado justamente las cosas que no quiere.

—Oh, morir de lo que no queremos es la causa más vulgar que puede tener la muerte. Pero es un fenómeno asombroso, ¿verdad, Henderson? Ahora comprendo mucho mejor su éxito con Mummah. Fue acuciado únicamente por esa necesidad aprisionada.

—¡Oh! —grité. ¿Lo comprende usted ahora, alteza? Le estoy muy agradecido, no tiene usted idea de hasta qué punto. Pero ¡si no puedo conmigo de alegría! Y era verdad. Un espíritu de amor y de gratitud se revolvía dentro de mí y me apretaba y me pellizcaba de un modo insoportable. ¿Quiere saber lo que esta experiencia

significa para mí? ¿Por qué hemos de creer que se trata de una rareza o de una ilusión? Sé perfectamente que no es una ilusión, cuando puedo hablar tranquilo de ello y decirle lo que ha sido para mí soportar ese *quiero, quiero* una y otra vez. Si me puedo apoyar en esto no tengo por qué preocuparme con alucinaciones. Tengo dentro de los huesos el convencimiento de que lo que me emociona de este modo no es una majadería. Antes de marcharme de casa, leí en una revista que hay unas flores en el desierto (quiero decir en el gran desierto americano) que florecen una sola vez en cuarenta o en cincuenta años. Depende de la cantidad de lluvia. Ahora bien, de acuerdo con este artículo, aunque uno recoja las semillas y las meta en un caldero de agua, no germinarán. No señor, no basta remojarlas en agua. Tiene que ser la lluvia que se filtre a través de la tierra. Tiene que llover sobre ellas durante días y días y entonces, una sola vez en cincuenta o en sesenta años, se pueden ver azucenas y espuelas de caballero y flores parecidas. Rosas. Melocotones silvestres —al llegar aquí, yo estaba casi ahogado y proseguí roncamente—: La revista era el *Scientific American*. Creo que ya le he dicho, majestad, que mi mujer está suscrita. Lily. Tiene una mente despierta y cu... —quería decir curiosa, pero hablar de Lily también me emocionaba mucho.

—Le comprendo, Henderson —dijo gravemente el rey. Porque existe entre los dos una especie de comprensión mutua o entente.

—Gracias, rey. Ya empezamos a llegar a alguna parte.

—Durante algún tiempo le pido que se guarde sus gracias. Tengo que pedirle primero que me entregue su paciente confianza. Además, desde un principio, le pido que crea que no renuncié al mundo y volví a los wariri en una especie de huida.

Será mejor que explique aquí que él perseguía algo con aquel asunto de los leones, algo acerca de la mente humana, acerca de la imaginación, la inteligencia y el futuro de la raza humana. Porque, verán: la inteligencia es libre ahora (decía él), y podía empezar por donde quisiera e ir a donde le diera la gana. También es posible que hubiera perdido la cabeza y que estuviera ensimismado en sus ideas. Y es que él no era un simple soñador, sino uno de esos creadores de sueños, un tipo con un programa. Y cuando digo que posiblemente había perdido la cabeza, no quiero decir que le fallara el juicio, sino que sus entusiasmos y visiones lo llevaban muy lejos.

XVII

El rey había dicho que agradecía mi visita porque le daba la oportunidad de conversar, y no resultó una mentira. Hablamos y hablamos, y no puedo ocultar que yo no le entendía siempre. Sólo puedo decir que mantenía mi juicio en suspenso y que le escuchaba cuidadosamente, sin olvidar su advertencia de que la verdad podía llegar a través de formas para las que yo no estaba preparado.

Les daré un resumen general de su punto de vista. Poseía cierta convicción acerca de la relación entre lo interior y lo exterior, especialmente en lo que se refiere a los seres humanos. Y como había sido un estudiante aplicado y un gran lector, había logrado el puesto de vigilante en la biblioteca de su escuela, allá en Siria, y se quedaba, después de cerrar, sentado allí, atiborrando su cabeza de literatura estrafalaria. Decía, por ejemplo: «*Psychology*, de James, es un libro muy atractivo». Había estudiado una montaña de libros de este tipo. Y lo que le obsesionaba era la creencia en la transformación de la materia humana. Esta transformación podía darse en los dos sentidos, desde la monda al hueso o desde el hueso a la monda. La carne influye en la mente, la mente influye en la carne, y vuelve la influencia a la mente, y desde allí otra vez a la carne... Este proceso, tal como él lo planteaba, era tremendamente dinámico. Teniendo en cuenta mis conceptos sobre la muerte y la carne, le dije:

—¿Está usted realmente seguro de que es así?

¿Seguro? Estaba más que seguro. Estaba triunfalmente seguro. Me recordaba mucho a Lily y sus convicciones. Los dos se exaltaban al creer en algo y tenían tendencia a hacer curiosas afirmaciones. También a Dahfu le gustaba hablar de su padre. Me contó, por ejemplo, que su difunto padre, Gmilo, había sido un hombre del tipo león en todos los sentidos, excepto en la barba y la melena. Él era demasiado humilde para reclamar para sí mismo el parecido con los leones, pero yo veía que lo pensaba. Yo ya lo había observado cuando saltaba y tiraba y cogía las calaveras por las cintas en la arena. Empezó con aquellas consideraciones elementales, que muchos otros han hecho antes que él, acerca de que la gente de la montaña era parecida a las montañas, la gente de la llanura a las llanuras, la gente del agua al agua, la gente ganadera («Sí, Sungo, tus amiguitos los arnewi») al ganado. —Es una idea un poco a lo Montesquieu —dijo. Y siguió una lista interminable de comparaciones. Son cosas que millones de personas han observado a lo largo de su vida: las gentes que trataban con caballos tenían flequillo y dientes grandes, venas salidas y risa ronca; los perros y sus amos llegaban a parecerse; los maridos y sus esposas adquirían con los años una enorme semejanza. Encogido allí, en mis pantalones de seda verde, yo me inclinaba hacia adelante y pensaba: «¿Y los cerdos?». Pero él seguía diciendo: —La naturaleza es una profunda imitadora. Y si el hombre es el príncipe de las organizaciones, es un maestro de las adaptaciones. Es un artista de sugerencias. Él mismo y su mayor obra de arte, su cuerpo, esculpida en carne. ¡Qué milagro! ¡Qué milagro! ¡Qué triunfo!

Pero también, ¡qué desastre! ¡Cuántas lágrimas se derramarán!

—Sí, sí, tiene razón, es muy, muy triste —respondí.

—Los desperdicios de los fracasos es lo que llena la tumba y sepultura —dijo. El polvo vuelve a reclamar lo que es suyo y sin embargo fluye todavía una corriente vital. Existe una evolución. Debemos recordarlo.

Había dado brevemente una explicación científica completa de las distintas formas de la gente. Para él no bastaba que pudiera haber trastornos del cuerpo que se originaran en el cerebro. Todo se organizaba allí. —Aunque no es mi deseo rebajar el nivel de nuestra conversación —dijo—, quisiera poner como ejemplo el caso de una señora que tenga un grano en la nariz. Puede ser que este grano haya surgido por su voluntad, que sea el producto de una transformación ordenada solamente por su psique. Yendo todavía más lejos, la misma nariz, aunque en parte sea hereditaria, es en parte también idea suya.

Al llegar a este punto de su razonamiento, mi cabeza pesaba tanto como una pluma, y dije: —¿Un grano?

—Me refiero a que es un índice de deseos profundos que se manifiestan externamente. Pero si existe la tendencia a culpar... ¡no! ¡No hay culpas! Estamos demasiado lejos todavía de la libertad para ser jueces. Pero se logra lo mismo desde dentro. La enfermedad es el modo de hablar de la psique. Es ésta una metáfora permitida. Decimos que las flores poseen el lenguaje del amor. Las azucenas la pureza. Las rosas la pasión. Las margaritas no quieren descubrir su lenguaje. ¡Ja! Leí todo eso una vez en un cojín bordado. Pero, y ahora hablo en serio, la psique es políglota pues otorga al miedo los mismos síntomas que a la esperanza. Hay mejillas, o caras enteras, de esperanza, pies de respeto, manos de justicia, frente de serenidad, etc. —La expresión de mi cara debía ser un verdadero poema y eso le gustaba—. ¿Qué? ¿Le he sorprendido? —me preguntó encantado.

Más adelante, en otro punto de la conversación, le dije: —Confieso que realmente esta idea suya me toca en lo vivo... ¿Soy yo de veras responsable de mi aspecto? Y confieso también que lo he pasado pésimamente por mi apariencia externa. Mi físico es un misterio para mí.

—El espíritu de la persona es, en cierto sentido, el autor de su cuerpo. Jamás he visto una cara, una nariz, como la suya. Para mí ése solo aspecto, como tema de conversación, es un descubrimiento.

—Pues, rey —dije—, son las peores noticias que me han dado hasta ahora, a no ser las de las muertes de mi familia. ¿Por qué he de ser yo más responsable que un árbol? Si yo fuera un sauce, no me diría usted estas cosas.

—Oh —respondió— usted se da demasiado por aludido.

Y continuó explicándose, citando toda suerte de datos e investigaciones médicas sobre el cerebro. Me repitió una y otra vez que la corteza no sólo recibía las impresiones externas y de los sentidos, sino que enviaba a su vez órdenes y directrices. Y no fui capaz de ver claramente cómo iba aquello y qué ventrículo

regularizaba qué funciones. No paraba de hablar de las funciones vegetativas, o algo parecido, y yo me perdía a cada palabra.

Por fin me impuso una carga enorme de su literatura y tuve que llevarla a mis aposentos con la promesa de que lo estudiaría. Se había traído consigo estos libros y revistas desde la escuela. —¿Cómo lo hizo? —pregunté. Y me explicó que había venido por Malindi y que allí se compró un burro. No se había traído nada más, ni ropa (¿para qué la necesitaba?), ni otras prendas, a no ser un estetoscopio y un aparato para medir la presión. Porque, realmente, él era un estudiante de tercer curso de medicina, cuando su tribu lo reclamó. —Allí es donde debí ir yo en cuanto terminó la guerra, a la facultad de medicina —dije—, en vez de andar por ahí haciendo el tonto. ¿Cree que hubiera sido un buen médico?

—¿Oh? —dijo, y añadió que no veía por qué no. Al principio demostró cierta reserva. Pero después lo convencí de mi sinceridad y él parecía vislumbrar un futuro para mí. Dio a entender que, aunque yo pasara por un internado médico a la edad en que otros hombres se retiraban ya de una vida activa, a fin de cuentas no se trataba de otros hombres, sino de mí, de E. H. Henderson. Yo había levantado a Mummah. No olvidemos esto. En fin, puede caerme una torre encima y hacerme papilla, pero fuera de estas causas imprevistas, estoy construido para durar noventa años. Así que, poco a poco, el rey adoptó una actitud seria ante mi ambición, y solía decir con enorme gravedad: —Sí, es una perspectiva admirable. Había otro asunto que trataba con gran seriedad, y era el de mis obligaciones como rey de la lluvia. Como yo intentara bromear acerca de ello, me cortó en seco y me dijo: —Le conviene recordar, Henderson, que usted es el Sungo.

Éstas eran, pues, mis actividades, exceptuando una cosita: cada mañana las dos amazonas, Tamba y Debu, me servían y me ofrecían un joxi o masaje con los pies. Y nunca dejaron de sorprenderse y desilusionarse ante mi negativa. Ellas mismas disfrutaban con el tratamiento; se lo aplicaba la una a la otra. Además tenía cada mañana una entrevista con Romilayu, y yo intentaba tranquilizarlo acerca de mi conducta. Creo que le preocupaba y le confundía que yo fuera tan íntimo, *frère et cochon*, del rey. Pero yo insistía:

—Romilayu, tienes que comprenderlo. Es un rey muy especial.

Pero él se daba cuenta por mi estado de ánimo de que había algo más que una conversación entre Dahfu y yo. También se preparaba un experimento del que ahora les hablaré.

Antes de la comida las amazonas pasaban revista. Aquellas mujeres, con sus chalecos cortos y ajustados, se postraban en el polvo ante mí. Todas se humedecían los labios, para que se pegara el polvo, y me cogían el pie para colocarlo encima de su cabeza. El ambiente rezumbaba pomposidad, calor, opresión, solemnidad y tambores y cornetas. Yo seguía todavía con fiebre. Pequeños chispazos de enfermedad y de ansiedad se encendían dentro de mí. Mi nariz estaba terriblemente seca, por más que yo fuera el rey de la humedad. Además, apestaba a león... no sé

decir exactamente hasta qué punto se me notaba. De todos modos, yo hacía mi aparición, con mis bombachos verdes, mi casco y mis zapatos de crepé, ante la horda de las amazonas. Entonces acercaban los parasoles oficiales y sus pliegues parecían gruesos párpados. Había unas mujeres que apretaban los fuelles de sus gaitas con el codo. Y entre ese alboroto y griterío, los sirvientes disponían las sillas y la mesa de *bridge* y todos nos sentábamos a comer.

No faltaba nadie. El Bunam, Horko, el asistente del Bunam. Era una suerte que el Bunam no necesitase mucho espacio, porque Horko le dejaba muy poco. Flaco y envarado, el Bunam clavaba en mí aquella mirada eterna; la experiencia humana se enraizaba retorcida entre sus ojos. Sus dos esposas, con las cabezas mondas y los alegres dientecillos, eran muy animadas. Parecían un par de muchachas traviesas. Una y otra vez, Horko se alisaba la túnica encima de la barriga o tocaba ligeramente las pesadas piedras rojas que pendían de sus orejas. Me ponían delante una especie de bolita blanca peluda o budín, que parecía pasta de maíz pero más burda y salada; por lo menos esto no empeoraría el estado de mi puente. Corría el riesgo de morir de dolor antes de volver a la civilización, si se aflojaban las piezas metálicas que Mlle. Montecuccoli y Spohr habían clavado en los pequeños restos limados de mis dientes. Me reprendía a mí mismo, pues tenía uno de repuesto y no debí haber salido de viaje sin él. Estaba en una cajita, junto a las muestras en yeso, y la cajita estaba en la maleta de mi Buick. Había un muelle que sujetaba el gato a la rueda de repuesto y para tenerla en sitio seguro, había colocado la caja con el puente de repuesto en el mismo lugar. Podía verlo en mi cabeza. Era una caja de cartón gris, llena de papel de seda rosa, y con la etiqueta: «Buffalo Dental Manufacturing Company». Temeroso de perder lo que quedaba del puente, masticaba incluso el budín salado con máxima cautela. El Bunam, con aquella arruga fanática de concentración mental, y el tipo de cuero arrugado, tenían un aspecto muy misterioso. Este último parecía a punto de desplegar las alas y emprender el vuelo. También él tragaba. A decir verdad había en el patio posterior de palacio un aire de alegría del tipo de Alicia en el país de la maravillas. Había incluso una prole de niños, todo cabeza y barriga, como panecillos negros. Jugaban a un juego con piedrecitas encima del polvo.

Cuando Atti rugía bajo el palacio, no se hacía ningún comentario. Sólo Horko, fijaos bien, tenía un gesto de dolor, pero desaparecía otra vez, absorbido por la sonrisa de su cara de facciones hundidas. Siempre estaba lustroso; debía tener barniz de muebles en lugar de sangre. Igual que el rey, estaba bien dotado físicamente. Tenía el mismo sombreado en los ojos, pero los suyos eran saltones, y pensé que en los años que pasó en Lamu, mientras su sobrino iba a la escuela en el norte, debió de divertirse de lo lindo. Desde luego, si mi juicio vale algo, no parecía un beato.

Bueno, esto era lo que ocurría todos los días. Después de la ceremonia del almuerzo, yo iba, escoltado por las amazonas, a ver a Mummah. La habían devuelto a su templo seis hombres, que la transportaban sobre gruesos troncos. Yo mismo lo había visto. Su recinto, que compartía con Hummat, estaba en un patio separado de

palacio. Había pilares de madera y un depósito de piedra lleno de un agua desagradable. Era el suministro particular de agua para el Sungo. La visita diaria a Mummah me animaba. Por un lado, el peor rato del día ya había pasado (explicaré esto a su debido tiempo), y por otro lado, llegué a sentir un gran afecto hacia ella, no sólo a causa de mi éxito, sino a una cualidad que había en ella, ya fuera como obra de arte o como divinidad. Aunque tuviera los cabellos como un nido de cigüeña y aquellas piernecitas endebles, que parecían a punto de doblarse bajo el peso de su cuerpo, yo le atribuía buenos sentimientos. Le solía decir: —Hola, ¿qué tal está usted, señora? Felices fiestas. ¿Cómo está su marido? Pues supuse que Hummat, aquel feo y torpe dios de la montaña que Turombo, el campeón del fez rojo, había levantado, estaba casado con ella. Tenían el aspecto de un matrimonio feliz y allí estaban, uno junto al otro, cerca del estanque de piedra lleno de agua estancada. Y mientras yo le ofrecía mis saludos del día a Mummah, Tamba y Bebu llenaban un par de calabazas y atravesábamos otro pasaje, donde nos esperaba una nutrida tropa de amazonas, con parasol y litera. Los dos eran verdes, como mis pantalones; era el color particular del Sungo. Me ayudaban a colocarme en la hamaca y yo me hundía en ella, con mi peso aplastante.

Miraba aquel cielo luminoso y quieto a causa del calor de la tarde. El parasol iba dando vueltas, primero en el sentido de las manecillas de un reloj y después en sentido contrario, y los flecos se balanceaban perezosamente. Pocas veces logramos salir por la puerta de palacio sin oír un rugido de Atti bajo nosotros, que hacía que las amazonas, sudorosas bajo su carga, se pusieran rígidas un momento. Por un instante, vacilaba también la que llevaba el parasol y yo recibía los rayos de sol directamente, una ráfaga de fuego violento, que hacía saltar mi sangre hasta mi cabeza, como el café en una cafetera italiana.

Esto me recordaba los experimentos en que estábamos absortos el rey y yo, experimentos en los que el rey perseguía un fin especial. Y entonces, seguidos por un tambor, entrábamos en el poblado. La gente se acercaba a Tamba y a Bebu con unas tacitas y recibía una pequeña limosna de agua. Casi todos eran mujeres, ya que el Sungo se ocupaba también de la fecundidad; entienden, va ligada a la humedad. Esta expedición tenía lugar todas las tardes al son del perezoso, irregular casi, único tambor. Era un sonido tenso y vacilante, y, sin embargo, casi siempre seguía un ritmo. Las mujeres salían al sol desde el interior de sus chozas, con sus tazas de barro para recoger unas gotitas de agua del depósito. Yo descansaba en la sombra y escuchaba las adormiladas llamadas del tambor, con los dedos cruzados pesadamente sobre mi vientre. Cuando llegábamos al centro del poblado, me apeaba. Era el mercado. También era el juzgado. Vestido con una túnica roja, el juez se sentaba encima de un estercolero. Era un tipo de aspecto burdo; no me gustaba demasiado. Siempre había algún juicio y el acusado era atado a un poste y le provocaban náuseas metiéndole un palo dentado en la boca, que se le adentraba en el paladar y le aprisionaba la lengua. El juicio se suspendía en honor de mi aparición. Los abogados dejaban de chillar y la

multitud gritaba:

—¡Sungo! ¡Aki-Sungo! (El gran Sungo blanco).

Yo me apeaba y saludaba al público. Tamba o Bebu me daban una calabaza perforada, como las regaderas que usaban las lavanderas en otros tiempos. No... un momento, como los hisopos que usan los católicos en su iglesia. Yo los rociaba y la gente se acercaba a mí riendo y haciendo reverencias, ofreciéndome sus espaldas para que las rociara. Viejos desdentados con pelo como alambre en la ranura del trasero, doncellas cuyos pechos apuntaban hacia el suelo y hombres fuertes de espaldas robustas... No me pasó por alto que en todo esto, mezclado al respeto por mi fuerza y por mi cargo, había algo de burla. De todos modos, me encargaba siempre de que el prisionero atado al poste recibiera su parte, y añadía así gotas de agua a las de sudor que perlaban la piel del infeliz.

Éstas eran, someramente, mis obligaciones como rey de la lluvia. Pero es del propósito especial del rey de lo que tengo que hablarles, y de toda esa literatura que me había dado. Intenté rehuirla, pues después de nuestras primeras conversaciones, pensé que habría lío con esto. Había dos libros muy usados. Eran reproducciones científicas, sin tapas y con las primeras páginas estropeadas. Hojeé algunos. La letra era apretada y negra y los únicos claros que había en las páginas estaban llenos de diagramas de moléculas. A no ser por esto, las palabras lo llenaban todo y pesaban como muertos, y me sentí muy desanimado. Se parecía mucho a subir al limusine e irse por el camino de Queens al aeropuerto de La Guardia, lleno de cementerios. Muy pesado. Los muertos son como sobres que ya se han mandado y las lápidas son los sellos a los que la muerte ha pasado ya la lengua.

De todos modos, en una tarde calurosa me senté a enfrentarme con aquel montón de literatura y a ver qué podía hacer con ella. Llevaba puesto el disfraz, aquellos pantalones verdes y el casco con el pico en la punta y los zapatos de suela de goma, deformados de tanto andar con ellos y con las puntas abiertas como labios en gesto de desprecio. Así se desarrolló la escena: la enfermedad y la fiebre me adormecen. El sol pega de firme. Las hileras de sombras parecen cuerpos sólidos. El aire, por el calor, tiene un algo soñador, y las montañas, en algunos puntos, son parecidas a melaza, a caramelo, amarillas, frágiles, celulares, llenas de cuevas, y abrasadas. Tenían aspecto de no ser ni pizca de buenas para la dentadura. Y yo tengo a mi lado aquel montón de literatura. Dahfu y Horko la habían cargado en un burro cuando cruzaron las montañas desde la costa. Después se sacrificó a la bestia y se la echaron a la leona.

¿Por qué había de leer yo todo aquello? Sentía una enorme prevención. En primer lugar, temía descubrir que el rey fuera un chiflado; me parecía que no sería justo, después de recorrer un camino tan largo a fin de despertar al espíritu y de levantar a Mummah y convertirme en rey de la lluvia, que Dahfu resultara un excéntrico más. Por lo tanto me sentía atascado. Hice algunos solitarios. Después estaba soñoliento y miraba fijamente los colores que definía el sol: verde como la pintura, castaño como la corteza.

Soy un lector nervioso y emotivo. Me ponen un libro delante y basta una frase sensacional para convertir mi cabeza en un volcán; empiezo a pensar en todo a la vez y un verdadero caudal de pensamientos sale chisporroteando como lava por todas partes. Lily dice que tengo demasiada energía mental. Pero, según Francis, se debe, precisamente, a que carezco de capacidad mental. Lo único que puedo decir con sinceridad es que cuando leo en uno de los libros de mi padre: «El perdón de los pecados es perpetuo», me causa el mismo efecto que si me dieran con una piedra en plena cabeza. Ya he dicho, creo, que mi padre utilizaba dinero para marcar la página, y supongo que metí todo ese dinero en ese libro precisamente y que después olvidé incluso el título. A lo mejor es que ya me bastaba con saber eso de los pecados. La frase era perfecta en sí misma y tal vez tuve miedo de que el autor lo echase a perder en las líneas siguientes. De todos modos, yo soy un tipo emotivo y no sistemático. Además, si ni siquiera actuaría de acuerdo con esta frase, ¿de qué me serviría leerme todo el libro?

No, nunca he tenido la calma que se necesita para leer y en determinada época de mi vida hubiera echado todos los libros a los cerdos si hubiera sabido que iban a sentarles bien. Tantos libros me confundían. Si empezaba a leer algo sobre Francia, me daba cuenta de que no sabía nada de Roma, que había existido antes, y en seguida Grecia, y en seguida Egipto, retrocediendo siempre hacia el principio de todo. A decir verdad, yo no sabía lo suficiente sobre ningún tema para poder leer siquiera un triste libro. Con el tiempo descubrí que las únicas lecturas con las que disfrutaba eran cosas como: *El romance de la cirugía*, *El triunfo sobre el dolor*, o con biografías médicas como las de Osler, Cushing, Semmelweis y Metchnikoff. Y debido al afecto que sentía por Wilfred Grenfell, me interesé por Labrador, Terranova y el Círculo Ártico, y finalmente por los esquimales. Uno podía creer que Lily se entusiasmaría conmigo por los esquimales, pero se echó a reír y yo me sentí desilusionado. Los esquimales son un verdadero caso de simplicidad y creí que le encantarían porque ella es un tipo muy elemental.

Bueno, sí lo es, y, pensándolo mejor, no lo es. No le sale del alma el ser sincera. Basta fijarse en cómo me mintió acerca de sus novios. Y no estoy demasiado seguro de que Hazard le diera un puñetazo en el ojo camino de la iglesia. ¿Cómo voy a estarlo? Me contó que su madre estaba muerta cuando la pobre anciana vivía todavía. Mintió también sobre la alfombra; realmente era sobre la que se suicidó su padre. Me atrevo a sugerir que son las ideas las que hacen a las personas insinceras. Sí, con frecuencia aquéllas las conducen a la mentira.

Lily tiene algo de chantajista. Saben, realmente yo quiero a esa vulgarota grandullona y me gusta a veces, para divertirme, recordarla miembro a miembro. Empiezo por la mano o por el pie, o incluso por el dedo gordo, y repaso todos los miembros y músculos. Me proporciona una inmensa satisfacción. Tiene un pecho más pequeño que el otro, como padre e hijo; la carne no cubre bien el hueso de la cadera, en esa parte es un poco huesuda. Pero su cuerpo tiene un aspecto suave y

bonito. Además, la cara se le pone blanca, y esto me emociona más que nada. Pero también es verdad que es alocada y manirrota y que no tiene la casa limpia y que es una profesional del chantaje y que me explota. Antes de casarnos, mandé unas veinte cartas al departamento de estado y a veinte embajadas o más por ella. *Me utilizaba como una referencia de carácter*. Ella se iba a ir a Birmania o al Brasil, y lo que me daba a entender con esto era que yo no volvería a verla nunca. Me puso entre la espada y la pared. Y no podía dejar que se fuera con toda esa gente..., pero cuando nos casamos, yo quise pasar nuestra luna de miel haciendo *camping* entre los esquimales de Copper, y ella no quería ni oír hablar de ello. De todos modos (hablando todavía de libros), leí a Freuchen y a Gontran de Poncins y me entrené viviendo al aire libre. Construí un iglú con un cuchillo, pero, con temperaturas bajo cero, Lily y yo abandonamos el proyecto, porque ella se negó a traer a los chiquillos a dormir conmigo, cubiertos de pieles como hacen los esquimales. Yo quería probarlo.

Hojeé todos los libros que me había dado Dahfu. Sabía que tenían algo que ver con los leones, y sin embargo después de volver página tras página, todavía no había encontrado una sola alusión a un león. Tenía ganas de gemir, de roncar, de todo, menos de meterme en aquel asunto complicado en un día caluroso de África, donde el cielo es tan azul como blanco el alcohol de grano. El primer artículo que escogí, y lo escogí porque el párrafo con que comenzaba parecía fácil, estaba firmado por Scheminsky, pero de fácil no tenía nada. Sin embargo luché con él hasta tropezar con el término *Obersteiner allochiria*, y allí quedé atascado. Pensé: «¡Diantre! ¡De qué demonios debe tratar esto! Como le he dicho al rey que quería ser médico, cree que ya tengo experiencia médica. Voy a tener que aclarar este punto con él». Sencillamente, aquello era demasiado difícil.

Sin embargo, puse todo lo que pude de mi parte. Me salté lo de *Obersteiner allochiria*, y al final logré entender algún párrafo. La mayor parte de los artículos tenían algo que ver con la relación entre el cerebro y el cuerpo, y ponían especial atención en las posturas, confusiones entre la derecha y la izquierda y distintas exageraciones y deformaciones de los sentidos. Así se podía convencer a una persona que tenía una pierna normal de que tenía la pata de un elefante. Esto resultaba muy interesante y había algunas descripciones estupendas. Lo que yo pensaba continuamente para mis adentros era: «Será mejor que friegue, saque brillo y airée mi inteligencia oxidada y así podré comprender por qué lucha el hombre, porque quizá mi vida dependa de esto». ¡Qué mala suerte la mía! ¡Cuando por fin creí haber hallado las condiciones de vida más simplificadas y a las que mejor podría adaptarme, me encuentro en un palacio destartalado leyendo aquellas complicadas publicaciones médicas! Supongo que deben quedar pocos príncipes indígenas sin educar; todas las escuelas técnicas admiten *gens de couleur* de todas las partes del mundo, y algunos de ellos han hecho ya prodigiosos descubrimientos. Pero nunca he oído que a nadie le diera por las cosas de Dahfu. Claro que cabía la posibilidad de que perteneciera a una clase aparte, y con esto volvía la posibilidad de encontrarme

metido en problemas, pues uno no puede esperar de las personas que forman una clase aparte que sean razonables. Como yo soy el único miembro de cierta clase, lo sé por experiencia propia.

Me tomé un corto descanso. Dejé el artículo de Scheminsky e hice un solitario. Respiraba fuerte, inclinado sobre las cartas, cuando, precisamente en aquel día caluroso, entró el tío Horko en mi habitación, en el primer piso del palacio. Detrás de él venía el Bunam, y con el Bunam, como siempre, su compañero o ayudante, el hombre de cuero negro. Los tres se hicieron a un lado para dejar entrar a una cuarta persona, una viejecita de aspecto de viuda. No hay posibilidad de error cuando se trata de una viuda. La habían traído para que me visitara, y, dado el modo en que se apartaron, era claro que era ella el visitante de mayor importancia. Tropecé al intentar levantarme, pues el espacio era muy reducido y quedaba casi lleno con Tamba y Bebu, tumbadas por allí, y Romilayu acurrucado en un rincón. Éramos ocho personas en una habitación que hubiera llenado yo solo. La cama estaba fija y no podía sacarse fuera. Estaba cubierta de cuero y de trapos y de las cartas, repartidas en cuatro grupos desiguales, sobre las que yo había estado meditando... Había arrinconado la literatura de Dahfu. Ahora me traían a aquella anciana, con su vestido de flecos, que colgaba desde sus hombros hasta la mitad de los muslos. Entraron en fila desde el ardor de la tarde africana, y como yo había estado absorto con la ceguera del jugador de cartas en aquellos grasientos rojos y negros, no pude fijar al principio la vista en aquella mujer. Pero ella se acercó a mí y vi que su cara, aunque redonda, no era un círculo perfecto. Uno de sus lados rompía la simetría. Era justamente en la barbilla. Tenía la nariz respingona y los labios gruesos; por la suave proyección hacia delante de la cara parecía ofrecérsela a uno. Le faltaban en la boca varios dientes. La reconocí inmediatamente. «Pero», pensé, «¡sí es pariente de Dahfu! Debe ser su madre». Vi el parentesco en la inclinación de la cara, en la boca y en el sombreado rojo de sus labios.

—Yasra. Reina —dijo Horko—. Mamá Dahfu.

—Señora, es un honor —dije.

Me cogió la mano y se la colocó en la cabeza, que naturalmente estaba afeitada. Todas las mujeres casadas la llevaban afeitada. La diferencia de estatura, unos sesenta centímetros, facilitó este gesto suyo. Horko y yo nos elevábamos sobre las cabezas de todos los presentes. Él iba envuelto en su túnica roja y las piedras que llevaba en las orejas colgaban como los lóbulos de un gallo cuando se agachaba para hablar con la reina.

Me quité el casco, dejando al descubierto las heridas y verdugones que dejaron en mi nariz y en mis mejillas las ceremonias de la lluvia. Mis ojos debían estar un poco extraviados con la solemnidad, pues llamaron la atención del hombre de cuero negro. Me pareció que los señalaba al tiempo que le decía algo al Bunam. Yo puse respetuosamente la mano de la anciana sobre mi cabeza y le dije: —Señora, Henderson, para servirla. Y lo decía en serio. Por encima del hombro le dije a

Romilayu: —Tradúcele esto. Tenía su mata de pelo muy cerca de mí y, bajo ella, la frente estaba más fruncida que de costumbre. Vi que el Bunam miraba las cartas y todos los libros que había encima de la cama. Los recogí de una brazada y los puse detrás de mí, ya que no quería exponer la propiedad del rey a su escrutinio. Entonces le dije a Romilayu: —Dile a la reina que tiene un hijo muy bueno. Yo soy amigo del rey y también él es mi amigo. Dile que estoy orgulloso de haberlo conocido.

Y, mientras, pensaba: «¿Verdad que está rodeada de mala compañía?». Porque yo no ignoraba que era misión del Bunam quitarle la vida al rey cuando éste fallara; Dahfu me lo había dicho. En realidad el Bunam fue el verdugo de su marido... ¿Y ahora la reina venía con él, ya entrada la tarde, a hacerme una visita? La cosa no tenía mucho sentido.

En mi país era la hora del cóctel. Las grandes ruedas y los enormes edificios, pegotes contra el cielo, aflojaban lentamente su ritmo, se oscurecían, y el mundo con sus concesiones, sus falsedades y su carga de esfuerzos y de deseos de reforma, relajaba su tensión.

Acaso la anciana reina adivinó mi pensamiento. Estaba triste y preocupada. El Bunam me miraba fijamente, no había duda de que quería influir de algún modo sobre mí, mientras que Horko, con su cara carnosa y fofa, parecía sombrío al principio. El propósito de aquella visita era doble... Primero, obligarme a confesar datos sobre la leona, y después, pedirme que yo utilizara cualquier posible influencia que pudiera tener sobre el rey. Estaba en un apuro, en un apuro muy serio, y era por culpa de Atti.

Horko llevó la voz cantante, y mezclaba los diversos idiomas que había oído durante su estancia en Lamu. Usaba una jerigonza, que se parecía tanto al francés como al inglés, y también un poco al portugués. La sangre le brillaba en la cara, dándole un brillo intenso, y sus orejas se estiraban bajo el peso de aquellas alhajas que le llegaban hasta los hombros. Inició el tema hablando un poco de su estancia en Lamu, una ciudad muy moderna, tal como él la describía. Autos, café y música; se hablaban muchos idiomas.

—*Tout le monde tres distingué, très chic* —dijo. Yo me tapé el oído defectuoso con una mano y le brindé toda la potencia del sano, asintiendo cuando él hablaba y, como correspondí en su afrofrancés de Lamu, empezó a animarse. Se veía que había dejado su corazón en aquel pueblo y para él los años pasados allí fueron los mejores de su vida. Era su París. No me costó mucho imaginar que se había organizado allí una casa con sirvientes y muchachas, y que se pasaba los días en el café con su traje de algodón, acaso con un boutonnière, pues era un gran organizador de empresas. Estaba disgustado con su sobrino porque se marchó durante ocho o nueve años y lo dejó allí abandonado. —Irse de escuela Lamu —decía. *Pas assez bon*. Malo, malo, decir yo. No marchar de Lamu. Papá rey Gmilo morir. *Moi aller chercher* Dahfu. Un años. Levantó uno de sus dedos regordotes por encima de la cabeza de la reina Yasra, y supuse por su indignación que se le había juzgado responsable de la desaparición de

Dahfu y que era deber suyo volver a traerlo al poblado.

Pero se dio cuenta de que no me gustaba el tono que había empleado y me preguntó:

—¿Usted amigo Dahfu?

—¡Claro que lo soy!

—¡Oh, yo también! *Roi neveu. Aime neveu. Sans blague.* Peligroso.

—Vamos, vamos, ¿de qué se trata todo esto? —dije.

Como vieron que estaba molesto, el Bunam habló con voz cortante a Horko y a la reina madre. Yasra dio un grito: —Sasi ai. Ai, sasi, Sungo. Levantaba la vista hacia mí y debió ver mi sotabarba y mis orificios nasales, pero no mis ojos, y por tanto no sabía cómo me había sentado su ruego, pues de un ruego se trataba. Empezó, pues, a besarme los nudillos una y otra vez, un poco como lo había hecho Mtalba la noche anterior a mi fracasada campaña contra las ranas. Y me di cuenta de nuevo de que poseía allí cierta sensibilidad. Estas manos se han deformado mucho a consecuencia de todos los excesos a que se han visto sometidas. Por ejemplo, el dedo índice con el que apunté al gato debajo de la mesa de *bridge*. ¡Oh, señora, deje esto! ¡Romilayu! ¡Romilayu! ¡Dile que pare! Si tuviera tantos dedos como teclas un piano, estarían todos a su disposición. ¿Qué se propone esa anciana reina? Esos tipos le están aplicando las clavijas, eso está claro.

—Salvar a su hijo, señor.

—¿Salvarlo de qué? —pregunté.

—De la leona bruja, señor. ¡Oh, señor, es un león muy malo!

—Han asustado a esta pobre madre —dije, mirando iracundo al Bunam y a su ayudante. Son unas ratas de cementerio. No son felices sin sus cadáveres y sus entierros. ¡Lo huelo, Bunam! ¡Y mirad ese murciélago de alas de cuero, su fiel costilla! Podría hacer el papel de fantasma de la ópera. Tiene la cara de espantamoscas..., de espantaalmas. Dile ahora mismo que yo opino que el rey es un hombre magnífico y noble. Habla con firmeza —le dije—, para tranquilizar a esta pobre anciana.

Pero era imposible hacerles cambiar de tema, por más que yo insistiera en alabar al rey. Habían venido para informarme sobre los leones. Con una sola excepción, los leones tenían almas de hechicero. El rey había atrapado a Atti y se la trajo a casa en lugar de su padre Gmilo, que todavía andaba suelto. Esto les sentaba a todos muy mal y el Bunam estaba allí para advertirme de que Dahfu me estaba complicando en sus brujerías. —¡Bah, tonterías! —les dije a aquellos hombres. Yo nunca podría convertirme en brujo. Tengo el carácter completamente opuesto a esto. Entre Horko y Romilayu lograron que me diera cuenta finalmente de la importancia y la solemnidad abrumadora de la situación. Intenté evitarlo, pero era así; me abrumaron con ella como bajo una losa de piedra. La gente estaba furiosa. La leona era causa de desgracias. Algunas mujeres que habían sido enemigas de la persona que en ella se reencarnaba tenían abortos. Además, había habido sequía, con la que yo terminé al

levantar a Mummah. A raíz de esto, yo era muy popular. (Me ruboricé; sentí que un rosa indiscreto se me subía a las mejillas). —No tiene importancia —dije. Pero entonces Horko me dijo que yo hacía mal bajando a la leonera. Me volvieron a recordar que Dahfu no estaría en plena posesión de su trono hasta que capturara a Gmilo. El viejo rey se veía obligado a vivir en la maleza entre malas compañías, ya que todos los demás leones, sin una sola excepción, eran terribles y malvados. Aseguraban que la leona seducía a Dahfu y que era ella la que lo incapacitaba para su deber y la que mantenía a Gmilo alejado.

Intenté decirles que otras personas tenían un concepto totalmente opuesto sobre los leones. Les dije que no podía haber razón alguna para condenar a todos los leones excepto a uno, y que tenía que haber un error. Después me dirigí suplicante al Bunam, que parecía ser el capitosté de las fuerzas antileón. Pensé que su mirada, sus párpados arrugados, la severa vena de su frente y aquellas complejas zonas de piel alrededor de los ojos, tenían que ser indicio (incluso allí, donde África ardía como mares de petróleo verde bajo el cielo vasto y absoluto), de lo mismo de lo que serían indicio en Nueva York, o sea, de profunda reflexión. Deberían seguir al rey. Es un hombre excepcional y hace cosas excepcionales. A veces estos grandes hombres tienen que ir más allá de sí mismos, como César o Napoleón o Chaka, el zulú. En el caso del rey, ocurrió que su interés era la ciencia. Aunque no soy un entendido, supongo que pensaba en la humanidad como en un cuerpo único que está harto de sí mismo y necesita una inyección de vitalidad animal. Deberían alegrarse de que no sea un Chaka y no se los va a cargar. Tienen suerte de que no sea de este tipo. Creí que una amenaza podría ser eficaz. La anciana continuaba murmurando y cogiéndome los dedos y el Bunam, mientras Romilayu se dirigía a él y le traducía mis palabras lo mejor que podía, se iba poniendo rígido como una vara, de modo que sólo se le movían los ojos, y aún éstos muy poco, aunque centelleaban intensamente. Y entonces, cuando Romilayu hubo terminado, el Bunam le hizo una seña a su ayudante con un chasquido de los dedos, y el hombre de cuero negro sacó de su túnica de trapos un objeto que confundí al principio con una berenjena arrugada. Lo sostenía por el tallo y me lo acercó a la cara. Ahora me miraban un par de ojos secos y muertos, y vi unos dientes en la boca sin aliento. En los ojos había una mirada apagada y acabada. Me miraban desde el más allá. Uno de los agujeros de la nariz de aquel juguetito estaba aplastado, y el otro ensanchado, y toda la cara, aquella momia agarrada por el cuello, negra, seca, añorada, parecida a un enano, tenía un gesto como si fuera a ladrar. Me ardía muchísimo la boca y aquella voz interior, aquella comunicación que había oído al levantar el cadáver, no lograba pasar de un suspiro. Supongo que algunas personas están más llenas de muerte que otras. Evidentemente mi capacidad respecto a la muerte es enorme. De todos modos, empecé a preguntarme (o acaso, más que una pregunta, era una súplica), ¿por qué está siempre tan cerca de mí?, ¿por qué no podré librarme de ella durante algún tiempo?, ¿por qué?, ¿por qué?

—Bueno, ¿qué es esto? —dije.

Aquello era la cabeza de una de las mujeres leones... Una hechicera. Se había ido del pueblo y tuvo que ver con leones. Había envenenado a algunas personas y las hechizaba. El ayudante del Bunam había encontrado su rastro, la juzgaron con tortura y se la estranguló. Pero había resucitado. Aquellos tipos no se andaban con remilgos y me aseguraron que era precisamente la leona que Dahfu capturó. Era Atti. Se trataba de un caso de identificación probada.

—*Ame de lion* —dijo Horko—. *En bas*.

—No sé por qué están tan seguros —les dije. No podía apartar la vista de aquella cabeza encogida, con la mirada apagada, acabada. Me hablaba como me habló aquella criatura de Banyules, en el acuario, después de haber despachado a Lily en el tren. Y pensé como en aquel entonces, en la estancia húmeda y mal iluminada: ¡Se acabó! ¡Es el final!

XVIII

Aquella noche los rezos de Romilayu fueron más fervientes que nunca. Sus labios se proyectaban hacia delante y los músculos le bailaban debajo de la piel, mientras su voz surgía, lastimera, desde lo más profundo. —Eso es, Romilayu —le dije—, reza. Reza a lo grande. No regatees. Pon toda tu alma. Ea, Romilayu, te digo que reces. — Me parecía que no ponía todo lo posible de su parte, y le dejé boquiabierto al saltar de la cama con mis pantalones verdes de seda y arrodillarme a su lado en el suelo para unirme a él en los rezos. Y si quieren saber la verdad, no era en modo alguno la primera vez en los últimos años que yo había dirigido algunas palabras a Dios. Romilayu me miraba por debajo de su mata de pelo ondulado que le colgaba por la frente. Después suspiró y le recorrió un escalofrío, pero no supe si era de satisfacción al comprobar que había algo de religión en mí, o de terror por oír mi voz al compás de la suya, o de compasión por mi aspecto lamentable. ¡Oh, me elevé hasta las nubes! Aquella cabeza disecada y el panorama de la pobre reina Yasra me había llegado a lo vivo. Y recé y recé. —Oh, tú... Algo —dije—, tú... Algo, que por tu voluntad no existe la nada. Ayúdame a hacer tu voluntad. Líbrame de mis estúpidos pecados. Deshaz este enredo. Padre Celestial, abre mi torpe corazón y líbrame, por el amor de Cristo, de las cosas irreales. ¡Oh, tú, que me salvaste de los cerdos..., no permitas que me maten por unos leones! Perdóname mis crímenes y mis tonterías y déjame que vuelva junto a Lily y a los niños—. Después, silencioso y de rodillas, palma contra palma, seguí rezando. Mi peso me obligaba a doblegarme, hasta tocar casi las gruesas tablas del suelo.

Estaba conmovido ¿saben ustedes?, porque ahora comprendía claramente que estaba cogido entre el rey y los partidarios del Bunam. El rey estaba empeñado en llevar hasta el final su experimento conmigo. Creía que nunca era demasiado tarde para cambiar un hombre; no importaba que estuviera ya completamente formado. Y me eligió como ejemplo, decidido a que yo absorbiera las cualidades del león de su leonera.

Cuando la mañana que siguió a la visita de Yasra, el Bunam y Horko, solicité verle, me condujeron a su pabellón privado. Se trataba de un jardín con ciertas pretensiones de simetría formalista. Había naranjos enanos en las cuatro esquinas. Una enredadera con flores cubría la pared como la buganvilia, y el rey estaba allí, sentado bajo uno de sus paraguas. Llevaba el sombrero ancho de terciopelo con los dientes humanos y ocupaba un asiento almohadillado. Estaba rodeado de esposas y ellas le mantenían la cara seca con cuadros de seda de colores. Le encendían la pipa y le ofrecían bebidas, cuidando de ocultar con un pedazo de brocado su boca en el momento en que tomaba un sorbo. Junto a uno de los naranjos un viejo tocaba un instrumento de cuerda. Era un instrumento muy largo, un poco menos que un contrabajo, redondo por la parte interior. Se sostenía en un taco grueso y se tocaba con un arco de pelo de caballo. Emitía unas notas profundas y rasposas. El mismo

músico era un puro hueso, con las rodillas dobladas hacia fuera y una cabeza apepinada y brillante y una capa de arrugas sobre otra. Algunos pelos flotaban en el aire, como una telaraña.

—¡Oh, qué bien, Henderson Sungo! ¡Está usted aquí! Tendremos espectáculo.

—Oiga, tengo que hablar con usted, majestad —dije, mientras me limpiaba sin cesar el sudor de la cara.

—Naturalmente. Pero habrá baile.

—Tengo que decirle algo, majestad.

—Sí, claro, pero primero va a haber unas danzas. Mis señoras nos están complaciendo.

¡Sus señoras!, pensé, y miré alrededor para echar una ojeada a aquella reunión de mujeres desnudas. Pues después de que él me revelara que sería estrangulado cuando no pudiera rendirles ya ningún servicio, yo las miraba con cierta aprensión. Pero algunas poseían un físico espléndido. Las más altas se movían con los aires alegantes de una jirafa, las pequeñas caras adornadas de tatuaje. Las caderas y los pechos les sentaban mejor al cuerpo que cualquier vestido. En cuanto a las facciones, las tenían grandes, pero no vulgares; al contrario, los agujeros de la nariz eran estrechos y finos y los ojos eran suaves. Iban pintadas, llenas de adornos y perfumadas con algo parecido a almizcle, algo que se parecía un poco a aceite dulce de carbón. Algunas llevaban collares de cuentas, como nueces huecas de oro, que daban dos o tres vueltas alrededor de su cuello y les colgaban hasta las rodillas. Otras lucían corales, cuentas y plumas, y las bailarinas llevaban unos pañuelos de colores, que flotaban airosos desde sus hombros, en tanto ellas cruzaban con saltos de sus piernas largas y elegantes ante nosotros, mientras la música continuaba y el anciano rascaba y rascaba el instrumento con arco.

—Pero hay algo que tengo que decirle.

—Sí, ya lo sospeché, Henderson Sungo. Sin embargo, ahora hemos de fijarnos en el baile. Aquélla es Mupi; es excelente. El instrumento, gracias al anciano que se esmeraba con su arco, lloriqueaba, gemía y croaba. Mupi se cimbró dos o tres veces al compás de la música, y después levantó la pierna rígida, y cuando el pie volvió lentamente al suelo parecía buscar algo. Empezó a mecerse, continuó buscando primero con un pie y luego con el otro. Cerraba los ojos. Las conchas finas y limadas, iguales a nueces vacías, susurraban contra el cuerpo de la tal Mupi. Le cogió al rey la pipa de la mano y vació las brasas sobre su propio muslo, apretándolas luego con la mano. Y mientras se quemaba, sus ojos brillantes de dolor no dejaron de mirar al rey.

Dahfu me susurró: —Es una buena muchacha... muy buena.

—Desde luego está loca por usted. El baile continuó al compás de los gruñidos de aquel instrumento de dos cuerdas. —Alteza, tengo que hablar... El fleco de dientes chasqueó al volver él su cabeza. Bajo la sombra de aquel sombrero su cara era más viva que nunca, especialmente la nariz de puente saliente y los labios abultados.

—Majestad.

—Oh, es usted muy insistente. Está bien. Ya que dice que es tan urgente, vamos a un sitio donde podamos hablar. Se levantó y esto causó un gran alboroto entre las mujeres. Empezaron a saltar de un lado a otro, a recorrer el pabellón, gritando y armando una enorme algarabía con sus adornos. Algunas lloraban de desilusión al ver que el rey se marchaba, otras me atacaban con chillidos estridentes porque yo les quitaba a su Dahfu. Y otras gritaban: —¡Sdudu lebah! Lebah —ya me había aprendido la palabra— era león en wariri. Estaban previniendo al rey contra Atti, le culpaban de desertión. El rey, con un gran gesto, las saludó con la mano. Reía. Estaba muy afectuoso y supongo que decía que las quería a todas. Yo esperaba a su lado, enorme y con la cara preocupada, rígida todavía por los golpes.

Las mujeres tenían razón, porque Dahfu no me llevó a su apartamento, sino que volvió a conducirme a la leonera subterránea. Cuando me di cuenta de a donde iba; me apresuré a alcanzarle y le dije: —Espere, espere. Discutamos antes este asunto. Sólo un minuto.

—Lo siento, Henderson Sungo, pero vamos a reunimos con Atti. Le escucharé allí abajo.

—Pues perdone la franqueza, rey, pero es usted muy testarudo. Por si no lo sabía, le diré que está usted metido hasta el cuello en una situación comprometida.

—¡Oh, al diablo todo! —dijo. Ya estoy enterado de lo que traman.

—Fueron a enseñarme la cabeza de una persona que pretenden que es la propia Atti en su primera forma de existencia.

El rey se paró. Tatú acababa de abrirnos la puerta y esperaba en la galería con la pesada tranca en los brazos. —Es una táctica de terror y está muy gastada. Resistiremos. Viejo, a veces las cosas, en casos como éste, no son muy agradables. ¿Lo abruman? Eso es porque yo he demostrado afecto por usted.

Me cogió por el hombro. Debido quizá al contacto de su mano, estuve a punto de derrumbarme allí mismo, en el umbral. Al llegar a este punto —le dije—, estoy dispuesto a hacer casi todo lo que me pueda pedir. He soportado mucho en esta vida, pero en el fondo nada ha llegado realmente a asustarme, rey. Soy un soldado. Todos los míos han sido militares. Protegieron a los campesinos, fueron a las cruzadas y lucharon contra los mahometanos. Y tengo un antepasado, que ni el propio general Grant hubiera decidido una empresa sin tenerlo a él a su lado. Solía decir; «¿Billy Waters, presente?». «Presente, señor». «Muy bien, que empiece la batalla». Por las barbas del profeta, tengo realmente sangre guerrera en las venas. Pero, majestad, este asunto de los leones me está deshaciendo. ¿Y qué hay de su madre?

—¡Al demonio mi madre, Sungo! ¿Cree usted que el mundo no es más que un huevo y que estamos aquí para empollarlo? Lo primero son los fenómenos. Eso está por encima de todo. Le hablo de un gran descubrimiento y usted me sale con las madres. Me doy perfecta cuenta de que también a ella le dan la lata con este cuento de miedo; mi madre ha sobrevivido a mi padre Gmilo casi un lustro. Traspase la puerta conmigo y deje que Tatú la cierre. Venga, venga, y como yo me quedara

plantado en la puerta, continuó en un grito: —¡Venga, le digo!

Y crucé el umbral. Vi que Tatú forcejeaba para colocar aquel maderazo que hacía de tranca. Por fin cayó en su sitio y nosotros quedamos en la oscuridad. El rey corría escaleras abajo.

Lo alcancé en el lugar en que la luz se filtraba por el enrejado del techo; aquella luz amarilla, húmeda, condicionada ya a las piedras.

—¿Por qué me mira tan enfadado? Tiene una expresión peligrosa.

—Rey, así es como me siento. Ya le advertí en una ocasión que soy un buen medium. Y presiento que va a haber problemas.

—Sin duda, porque ya los hay. Pero capturaré a Gmilo y el malestar cesará totalmente. Nadie me desafiará o atacará entonces. Todos los días salen ojeadores a buscar a Gmilo. A decir verdad, ya han llegado noticias de él. Puedo asegurarle que muy pronto habrá una captura.

Dije, fervorosamente, que esperaba, desde luego, que lo atrapara y que acabara así con todo aquel asunto, de modo que pudieran dejar de preocuparnos los dos tipejos estranguladores, el Bunam y el hombre de cuero negro. Entonces dejarían de perseguir a su madre. Al mencionar por segunda vez a su madre, puso gesto de enfado. Y por primera vez me hizo sufrir con un prolongado gesto de contrariedad. Después siguió su camino escaleras abajo. Temeroso, le seguí. Bueno, reflexioné, se daba la circunstancia de que este rey negro era un genio. Como Pascal a los doce años, cuando descubrió él solito la ecuación treinta y dos de Euclides.

Pero ¿por qué tenían que ser leones?

Porque, señor Henderson, me contesté a mí mismo, uno no sabe el verdadero sentido del amor si cree que puede elegir a su gusto. Sencillamente se ama; eso es todo. Una fuerza natural, irresistible. Se enamoró a primera vista de su leona... *coup de foudre*. Me precipité a trompicones por la parte de la escalera que estaba plagada de hierbajos, mientras sostenía este diálogo conmigo mismo. Contuve la respiración al acercarnos a la leona. La nube de miedo que me envolvía era todavía más densa que antes; parecía ofrecer una resistencia real a mi cara. Mi respiración era desigual, se volvió pastosa. La bestia, al oírnos, empezó a rugir en su cueva. Dahfu miró a través del enrejado y dijo: —Todo está bien, podemos entrar.

—¿Ahora? ¿Cree que está tranquila? A mí me parece excitada. ¿Por qué no lo espero yo aquí, hasta que se entere usted de qué viento sopla?

—No, tiene que venir —dijo el rey—. ¿No ha comprendido todavía que intento hacer algo por usted? Un bien. No se me ocurre otra persona que lo necesite más. Verdaderamente el riesgo de morir es prácticamente nulo; el animal está domesticado.

—Domesticado para usted, pero a mí todavía no me conoce bien. Yo estoy tan dispuesto como cualquier otro a correr un riesgo razonable. Pero no puedo evitarlo, le tengo miedo.

Quedó en suspenso y pude calcular lo que yo bajaba en su estimación. Nada podía dolerme más que esto. —Oh —dijo—, y adoptó una actitud extraordinariamente

pensativa. En aquel momento, parecía, como en otras ocasiones, más grande que la propia vida. Creo recordar que al hablar de los golpes, dijimos que escaseaban los valientes. Suspiró y prosiguió con aquella boca ávida, que incluso en la penumbra de su sombrero tenía un color rojo intenso: —El miedo es el tirano de la humanidad. Posee el dominio mayor de todos. Los pone blancos como velas. Traspasa todos los ojos. El miedo ha creado más cosas que cualquier otro poder; como fuerza modeladora sólo lo supera la misma naturaleza.

—¿Y esto no puede aplicarse también a usted?

Él asintió con un gesto amplio: —Oh, ciertamente. Es aplicable. Es aplicable a todos. Aunque nada sea visible, siempre podrá oírse, como la radio. Se oye en casi todas las frecuencias. Y todos tiemblan y todos se encogen, en mayor o en menor grado.

—¿Y cree usted que hay algún remedio? —le dije.

—Sí, estoy seguro de que lo hay. De otro modo, las mejores ideas tendrán que ser abandonadas. Sin embargo, no lo animaré a que siga y a que haga lo que yo he hecho. Como lo hizo mi padre, Gmilo. Como Suffo, padre de Gmilo, hizo con él. Como todos hicimos. No. Si esto va más allá de usted, podemos intercambiar saludos e irnos por caminos separados.

—Espere, rey, no se apresure —dije. Estaba mortificado y asustado; nada podía ser más penoso que perder su amistad. Algo se había disparado en mi pecho, mis ojos estaban llorosos, y dije, casi tartamudeando—: No sería capaz de hacerme a un lado así porque sí, ¿verdad, rey? Usted conoce mis sentimientos. Él se dio cuenta de que yo lo estaba tomando muy a pecho; sin embargo, repitió que probablemente sería mejor que me fuera, porque aunque por temperamento éramos amigos y él sentía un afecto profundo por mí y estaba agradecido por haber tenido la oportunidad de conocerme y por los favores que les había hecho a los wariri al levantar a Mummah, aún así, a menos que yo llegase a saber sobre leones, nuestra amistad no podría profundizarse. Yo tenía que saber qué era esto.

—Un momento, rey —le dije. Yo me siento muy cerca de usted y estoy dispuesto a creer lo que me diga.

—Gracias, Sungo. Yo también me siento cerca de usted. El sentimiento es mutuo. Pero yo exijo unas relaciones más profundas. Deseo ser comprendido y que se comuniquen conmigo. Tenemos que desarrollar mediante las relaciones con el león una semejanza oculta que usted lleva dentro. De otro modo, ¿cómo mantener el acuerdo de sinceridad recíproca que hemos hecho?

Yo estaba conmovido hasta lo más hondo y le dije: —¡Oh, es muy duro, rey, que le amenacen a uno con la pérdida de una amistad!

También a él le resultaba extremadamente doloroso. Sí, yo veía que él estaba sufriendo casi tanto como yo. Casi, porque, ¿quién va a poder sufrir tanto como yo? Yo soy al sufrimiento lo que Gary es al humo. Uno de los mayores monopolios del mundo.

—No lo comprendo —dije.

Me llevó junto a la puerta y me obligó a mirar por entre las rejas a Atti, la leona. Y en aquel tono suave, íntimo, muy propio de él, con el que sabía dar justo en el clavo de la cuestión, me dijo: —Yo absorbo del león lo que un cristiano puede sentir en la catedral de Santa Sofía que visité en Turquía cuando era estudiante. Cuando mueve el rabo, me golpea con él justo en el corazón. Usted pregunta, ¿qué es lo que ella puede hacer por usted? En primer lugar, uno no se puede escabullir de ella. Pruébelo usted mismo y comprobará que no puede. Y esto es lo que usted necesita, porque usted es precisamente uno de estos tipos que se pasan la vida tratando de escabullirse. ¡Oh, sí, usted ha logrado escabullirse de las cosas momentáneamente! Pero ella va a cambiar esto. Hará que luzca la conciencia. Lo pulirá. Le impondrá el momento presente. En segundo lugar, los leones son experimentadores. Pero no se precipitan. Experimentan las cosas con una deliberada pérdida de tiempo. El poeta dice: «Los tigres de la ira son más sabios que los caballos bien domados». Tomemos a los leones bajo este mismo punto de vista. Además, observe usted a Atti. Mírela bien. ¿Cómo anda ella, cómo da vueltas, cómo se tumba, cómo mira, descansa, respira? Insisto en lo de la respiración —me dijo. No respira de un modo superficial. Esta libertad entre los músculos intercostales y la flexibilidad abdominal— (la parte inferior de su vientre, que teníamos ante nuestros ojos, era blanquísima)—, hace fluir una vitalidad continua por sus órganos. Da calor a esos ojos marrones, que parecen joyas. Y hay otras cosas más sutiles; por ejemplo, sus insinuaciones, sus caricias ilícitas. Pero no puedo esperar que usted lo vea tan pronto; todavía le queda a ella mucho que enseñarle.

—¿Enseñar? ¿Usted cree realmente que ella puede cambiarme?

—Exacto. Es precisamente esto. Cambiar. Huyó usted de lo que era. No se podía convencer de que estaba destinado a perecer. Una vez más, y por última vez, ha intentado entendérselas con el mundo. Con la esperanza de cambiar. ¡Oh, no se sorprenda de esta revelación! —dijo, al ver cómo me conmovía descubrir que mi postura era comprendida. Usted me ha dicho muchas cosas. Es usted franco. Esto lo hace irresistible y son pocas las personas que lo son. Tiene usted los rudimentos de un carácter excepcional. Podría ser usted noble. Es posible que algunas cualidades hayan estado enterradas durante tanto tiempo, que se puedan clasificar ya como muertas. ¿Existe la posibilidad de resucitarlas? En esto puede consistir el cambio.

—¿Cree usted que me queda todavía una posibilidad? —pregunté.

—No es imposible, si sigue usted mis instrucciones.

La leona pasó junto a la puerta, acariciándola. Oí su rugido bajo, suave e interminable.

Ahora Dahfu se disponía a entrar. Mi mitad inferior se heló. Mis rodillas parecían dos piedras de un torrente helado de los Alpes. El bigote me pinchaba y me picaba los labios; eso hizo que me diera cuenta de mi gesto enfurruñado y de mis muecas de terror. No me quedaba la menor duda de que mis ojos se llenaban de una negra

fatalidad. Como en otras ocasiones, él me cogió la mano al entrar, y yo entré en la cueva diciéndome: «¡Socorro! ¡Ayúdame, Dios mío!». El olor era intenso, y allí, junto a la puerta, el aire se encontraba estancado y apestaba de un modo tremendo. Surgió de la oscuridad la cara de la leona. Arrugada, con unos bigotes como rayas finísimas trazadas con un diamante en la superficie de un cristal. Permitted que el rey la acariciara, pero pasó de largo para examinarme a mí, y me miró con aquellos amplios círculos de ira inhumana; convexos, dorados, puros, con anillas de luz negra en su interior. Una línea dividía su labio, entre las fauces y los agujeros del hocico, como la cintura de un reloj de arena, que se ensanchaba en la parte del hocico. Olfateó mis pies, siguió luego por entre mis piernas, haciendo que mis partes se encogieran dentro de mi barriga lo mejor que pudieron. Después colocó su cabeza en mi sobaco y ronroneó con una vibración tan tremenda, que la cabeza me resonaba como un timbre.

Dahfu susurró: —Le gusta. ¡Oh, qué contento me siento! Estoy entusiasmado. Estoy orgulloso de los dos. ¿Tiene usted miedo?

Yo estaba a punto de estallar. Sólo pude decir que sí con la cabeza.

—Más adelante se reirá usted de sí mismo. Ahora su miedo es normal.

—Ni puedo siquiera juntar las manos para retorcérmelas —le dije.

—¿Le han quedado paralizadas? —me preguntó.

La leona se fue. Hizo un recorrido por la leonera sobre las gruesas almohadillas de sus pies, pegada a la pared.

—¿Puede ver? —me dijo.

—Apenas. Casi no veo nada.

—Empecemos por el paseo.

—Con ésta detrás de unas rejas, me encantaría. Sería estupendo.

—Ya está usted otra vez escabullendo el bulto, Henderson Sungo —me miraba por debajo del ala de terciopelo, suavemente doblada. El cambio no se producirá yendo por este camino. Tiene usted que adquirir otra costumbre.

—Oh, rey, ¿qué es lo que puedo hacer? Tengo los agujeros cerrados con toda su fuerza, lo mismo por delante que por detrás. Puede ser que dentro de un minuto pasen al otro extremo. Tengo la boca reseca, el cuero cabelludo encogido, y una sensación espesa y pesada en la nuca. Quizá estoy a punto de desmayarme.

Recuerdo que me miró con aguda curiosidad, como si reflexionara sobre todos estos síntomas desde un punto de vista médico. —Todas sus resistencias están dando lo más que pueden dar de sí, fue su comentario. Parecía posible que la negrura de su cara pudiera ser superada, y sin embargo su pelo, visible bajo los bordes del sombrero, era todavía más negro. Bueno —dijo—, dejaremos que se desgasten. Confío plenamente en usted.

Dije débilmente: —Me alegro de que lo crea así. Si no me deshace en mil pedazos. Si no me deja por ahí a medio comer.

—Se lo aseguro. No va a ocurrir tal cosa. Ahora fíjese en su modo de andar.

¿Hermoso, verdad? Además, ésta es una belleza sin cultivar. Creo que cuando se calme su miedo, usted será capaz de admirar su belleza. Creo que buena parte de la emoción ante la belleza resulta de la superación del miedo. Cuando cede el terror, uno descubre la belleza en su lugar. Si no recuerdo mal, eso se dice también del amor perfecto, y supone la desaparición del egoísmo excesivo. ¡Oh, Henderson, observe el ritmo que existe en todo su comportamiento! ¿Estudió usted el gato en anatomía? Mire cómo flexiona el rabo. Lo siento como si fuera yo mismo el que lo estuviera haciendo. Ahora sigámosla. Empezó a llevarme de un lado a otro detrás de la leona. Yo avanzaba inclinado y sentía las piernas pesadas como si estuviera borracho. Los pantalones de seda verde ya no flotaban, sino que estaban cargados de electricidad y se me pegaban a la parte trasera de los muslos. El rey no dejaba de hablar; y esto me alegraba, pues sus palabras eran mi único punto de apoyo. No podía seguir su razonamiento paso a paso... no estaba capacitado para ello..., pero, poco a poco, comprendí que lo que él quería era que yo imitara o teatralizara el comportamiento de los leones. ¿Qué demonios era aquello?, pensé ¿el método de Stanislavski? ¿El teatro moscovita de arte? Mi madre hizo un viaje por Rusia en 1905. Vio actuar, la víspera de la guerra japonesa, a la amante del rey en el ballet.

—¿Y qué tiene que ver con esto todo aquello de la medicina y el «*Obersteiner allochiria*», que me dio usted a leer el otro día? —le dije al rey.

—Todas las piezas encajan perfectamente. Pronto se aclarará todo. Pero intente descubrir primero por medio del león las dotes que nos son dadas y las que se adquieren. Observe que Atti es enteramente león. No tiene nada que ver con lo inherente. Se clasifica el cien por ciento entre lo dado —me explicó pacientemente.

—¿Si ella no intenta ser humana, por qué he de intentar yo comportarme como un león? No lo lograré nunca. Y si he de imitar a alguien, ¿por qué no a usted? —dije con voz quebrada.

—Ea, déjese ya de objeciones, Henderson Sungo. Yo la imité. Existe la posibilidad de que el hombre adquiera algo del león, lo sé por experiencia propia.

Y entonces gritó: «¡Sakta!», que era una voz para que la leona empezara a correr. Ella trotó y el rey se precipitó tras ella y yo también corrí porque no quería despegarme de él.

—Sakta, sakta —le gritaba, y el animal fue adquiriendo velocidad. Ahora corría rápidamente, pegada a la pared de enfrente. A los pocos instantes, me alcanzaría por la espalda.

—¡Rey, rey, espere, déjeme ir delante de usted, por el amor de Dios! —empecé a gritar.

—¡Salte usted hacia arriba! —me gritó por encima del hombro.

Pero yo renqueaba y corría a trompicones, sollozando, para intentar pasar delante de él. Veía con la imaginación grandes gotas de sangre, mayores que las monedas de veinticinco centavos, que saltaban de mi piel, al hundir sus garras en mí, pues estaba convencido de que, como estaba en movimiento, era presa fácil y de que me clavaría

las garras en cuanto me alcanzara. O tal vez me desnucaría. Pensé que quizá esto último sería lo mejor. Un golpe, la vista nublada y después la mente llenándose de noche. ¡Ay, Dios, no hay estrellas en esta noche! No hay nada.

No lograba alcanzar al rey; terminé, pues, por fingir que tropezaba, y me tiré al suelo, hacia un lado, lanzando un grito alocado. Al verme postrado sobre mi barriga, el rey extendió la mano para detener a Atti y gritó: —¡Tana! ¡Tana, Atti! El animal dio un salto hacia un lado y echó a andar hacia el banco de madera. Estirado en el polvo, yo la vigilaba. Se recogió sobre las patas traseras y alcanzó ágilmente el banco sobre el que le gustaba tumbarse. Estiró una pata hacia el borde y empezó a lavarse con la lengua. El rey se puso de cuclillas y me dijo: —¿Está usted herido, señor Henderson?

—No, fue sólo una sacudida.

—Entonces empezó a explicar: —Mi intención era relajarle, Sungo, está usted demasiado rígido. Por esto corríamos. La tendencia de su conciencia es aislarse. Eso lo hace extremadamente introvertido y reconcentrado, así que la próxima cosa...

—¿La próxima cosa? —exclamé. ¿Qué viene ahora? Ya he mordido el polvo. ¿Qué más he de hacer? Primero me vi cargado con un cadáver, después me tiraron en el abrevadero del ganado, me apalearon las Amazonas. Está bien, fue por la lluvia. Incluso soporto los pantalones de Sungo y todo lo demás. ¡Bien! Pero ¿he de soportar también esto?

Con mucha calma y simpatía, me respondió, mientras recogía uno de los bordes de su sombrero de terciopelo color vino: —Paciencia, Sungo. Todo lo que ha mencionado lo hizo usted por nosotros, por los wariri. No crea que soy un ingrato. Pero esto de ahora lo estoy haciendo yo por usted.

—Sí, eso es lo que dice. Pero ¿cómo puede ese lío de los leones curarme de lo que tengo?

La frente del rey, igual que la de su madre, tenía una inclinación saliente, como si se la ofreciesen a uno. —¡Oh, —dijo—, un comportamiento digno! ¡Un comportamiento digno! No puede existir más que miseria, sin un comportamiento elevado. Sé que abandonó su hogar de América porque se vio privado de un comportamiento digno. Ha reaccionado bien al enfrentarse a las primeras oportunidades de conseguirlo, pero tiene que continuar. Aproveche los estudios que he hecho yo, que por suerte están a su alcance.

Me lamí la mano, porque me había cortado al caer. Y me incorporé meditabundo. Él estaba ante mí, en cuclillas, abrazándose las rodillas. Me miró fijamente por encima de sus brazos doblados, e intentó obligarme a responder a su mirada.

—¿Que quiere que haga?

—Lo que he hecho yo. Lo que Gmilo, Suffo y todos mis antepasados hicieron. Todos hicieron el león. Todos absorbieron algo del león. Si hace lo que yo quiero, también usted hará el león.

Si este cuerpo, si esta carne mía, fuera tan sólo un sueño, hubiera quedado todavía

la esperanza de despertar. Eso pensé tumbado allí, con el cuerpo dolorido. Era como estar tumbado en el fondo de las cosas. Suspiré por fin, y empecé a ponerme de pie. Fue uno de los esfuerzos mayores que yo haya hecho en la vida. Al darse cuenta de ello, comentó:

—¡Eh! ¿Se levanta usted? ¿Por qué se levanta, Sungo, si lo tenemos ya en una posición horizontal?

—¿Qué quiere decir con eso de la posición horizontal? ¿Qué quiere usted?, ¿que ande a gatas?

—No, claro que no. Andar a gatas es propio de otra clase de animales. Pero póngase en cuatro patas. Quiero que adopte la postura de un león. Él mismo se puso en cuatro patas, y tengo que confesar que tenía, realmente, el aire de un león. Atti, con las patas cruzadas, nos dirigía una mirada de vez en cuando.

—¿Ve? —me dijo.

—Bueno, es natural que usted lo haga. Usted fue criado en esto. Además, es una idea suya. Pero yo no puedo —dije—, y me desplomé otra vez en el suelo.

—¡Oh, señor Henderson, señor Henderson! ¿Es éste el hombre que me hablaba de levantarse de su tumba de soledad?, ¿que me recitó el poema de la pequeña mosca sobre la hoja verde a la caída del sol?, ¿que deseaba terminar llegando a ser? ¿Es éste el hombre que voló sobre medio mundo porque tenía una voz interior que decía: *quiero*? ¡Y ahora que su amigo Dahfu le ofrece un remedio, se desmorona! ¿Es que rechaza usted mi amistad?

—Vaya, rey, eso no es verdad. No es verdad y usted lo sabe. Yo haría cualquier cosa por usted.

Y para probarlo, me levanté sobre las manos y los pies y me quedé así, con las rodillas dobladas, intentando fijar la mirada en el vacío y parecerme todo lo posible a un león.

—¡Oh, magnífico! —dijo. Esto me alegra enormemente. Estaba seguro de que poseía usted la flexibilidad necesaria para hacerlo. Ahora, enderece sus rodillas. Así. Mucho mejor, mucho mejor —mi estómago sobresalía por entre los brazos. Tiene usted una constitución extraordinaria. Y le felicito por haber abandonado su anterior actitud de rigidez. Ahora, señor, ¿quiere adoptar un aspecto más flexible? Parece que está hecho de una sola pieza. Domine el estómago. ¿Puede usted mover los miembros? Deje a un lado estos aires de desgano. ¿A qué viene estar tan triste y tan terrenal? Ahora es usted un león. Tiene que construir mentalmente un ambiente. El cielo, el sol, los animales de la maleza. Está usted ligado a todo. Los mismos gusanos son sus primos carnales. Las hojas son su amparo, y no necesita otro. El cielo es su pensamiento. No se interrumpe en toda la noche su conversación con las estrellas. ¿Me sigue? ¿Señor Henderson, ha consumido usted durante su vida grandes cantidades de alcohol? Su cara lo trasluce, especialmente la nariz. No pretendo ofenderle. Se pueden cambiar muchas cosas. No todo, desde luego, pero mucho sí. Puede adquirir un nuevo aspecto. Se parecerá a la voz de Caruso, que he oído en

disco, que no se fatiga nunca porque es en él una función tan natural como en los propios pájaros. Sin embargo, me recuerda usted mucho a otro animal. ¿Pero a cuál?

Yo no estaba dispuesto a decir esta boca es mía. Además parecía que mis cuerdas vocales se hubieran pegado, como fideos demasiado cocidos.

—¡Oh, realmente, qué grande es usted! —dijo, y siguió dando vueltas a lo mismo.

Recuperé por fin la voz y le pregunté: —¿Cuánto tiempo quiere que aguante así?

—He estado observando que es muy importante que usted sienta, ya en su primer intento, *algo* de león. Empecemos con los rugidos.

—¿No cree usted que esto la excitará?

—No, no. Mire, señor Henderson, lo que yo quiero es que usted imagine que es usted un león. Un auténtico león.

Y como yo gimiera, me dijo:

—No, señor. Complázcame, por favor. Quiero un verdadero rugido. Hemos de oír su voz. Tiende a sonar algo ahogada. Ya le he dicho que su conciencia tiende al retraimiento. Imagine que está usted ante su presa. Está amenazando a un intruso. Empiece su rugido.

Lo había seguido ya hasta aquel punto, de modo que no podía retroceder. No quedaba otra alternativa. Tenía que hacerlo. Inicié, pues, un carraspeo con la garganta. Estaba desesperado.

—Más, más —dijo impaciente. Atti no lo ha oído, de modo que lo que está haciendo no sirve para nada.

Hice un ruido más fuerte.

—Mire con fiereza, mientras lo hace. ¡Ruja, ruja, ruja, Henderson Sungo! No tenga miedo. Déjese ir. Ronque con fiereza. Baje sobre las patas delanteras. Suba los cuartos traseros. Amenáceme. Abra esos magníficos ojos. ¡Oh, dele más al pulmón! Mejor, mejor, aunque todavía demasiado blandengue. Más volumen. Y ahora con su mano... con su zarpa... ¡ataque! ¡Lance zarpazos! ¡Retroceda! Otra vez... ¡Golpee! ¡Dale, dale, dale! ¡Tiene que sentirlo! ¡Haga el león! Ya recobrará su humanidad más tarde, pero, por el momento, haga completamente de animal.

Y así, hice el animal. Me entregué a ello y toda mi tristeza salió a flote en mis rugidos. Mis pulmones daban el aire, pero el tono me salía del alma. El rugido me irritaba la garganta y me dolían los bordes de la boca. Pronto llené la leonera de música, como uno de los tubos graves del órgano. Hasta aquel punto me había arrastrado mi corazón con su clamor. Allí había ido a parar. ¡Oh, Nabucodonosor! ¡Qué bien comprendí la profecía de Daniel! Ya poseía garras, pelo y algunos colmillos, y reventaba de una resonancia calenturienta, pero aunque todo se me hubiera pegado, todavía me quedaba un resto: lo último que me quedaba eran mis anhelos humanos.

En cuanto al rey, pasaba por un arrebató de entusiasmo. Me alababa, se frotaba las manos y me decía, mirándome a la cara: —¡Bien, bien, señor Henderson! ¡Muy bien! Es usted la clase de hombre que yo creí. Oía su voz, en los momentos en que aflojaba

en mis rugidos. «Ahora ya puedo ir hasta el final», pensé, agazapado allí, en el polvo y la porquería de león, «ya que he llegado a este punto». Puse, pues, el alma en ello y rugí como un desaforado. Cada vez que abría mis ojos saltones, veía al rey, con su sombrero, disfrutar a mi lado y a la leona, en el banco, mirándome fijamente. Sentada allí, parecía un animal de oro.

Cuando no pude más, me tiré exhausto de bruces en el suelo. El rey temió que me hubiera desmayado. Me tomó el pulso y me golpeó las mejillas, mientras decía: — ¡Vamos, vamos, querido amigo! —abrí los ojos. ¿Ah, está bien? Me había preocupado. Pasó del rojo al negro. Empezó por el esternón y subió hasta la cara.

—No, estoy bien. ¿Qué tal mi actuación?

—Maravillosa, hermano Henderson. Créame, le será beneficioso. Me llevaré a Atti y lo dejaré descansar. Ya hemos hecho bastante para ser la primera vez.

Estábamos sentados juntos en el banco, charlando, después de que el rey hubo encerrado a Atti en el cuarto interior. Parecía muy seguro de que el león Gmilo aparecería pronto. Lo habían visto merodear por los alrededores. Entonces soltaría a la leona y terminaría la animosidad del Bunam. Después volvió a hablar de la relación entre cuerpo y cerebro.

—Todo consiste en adquirir en la corteza un modelo conveniente. Porque lo que importa es una concepción noble de uno mismo. Pues según sea la concepción que tiene de sí mismo, así será el propio individuo. En otras palabras, usted es el moldeador de su carne tanto como el de su alma. Y como consecuencia de lo anterior, un hombre es el artista de sí mismo. El cuerpo y el rostro están pintados secretamente por el espíritu del hombre. Éste actúa a través de la corteza y de los lóbulos tres y cuatro del cerebro, que dirigen el fluido de energía vital por todo el cuerpo. Y esto explica por qué razón estoy tan conmovido, Henderson Sungo. Y lo cierto es que ahora estaba realmente excitado. Estaba por las nubes. El entusiasmo lo mantenía allí arriba. Y me mareaba el intento de sostenerme allí con él. Me daba vértigo el entusiasmo. Algunas de las cosas que implicaba su teoría me amargaban. Porque si yo era realmente el autor de mi propia nariz y de mi frente y de aquel aspecto vulgar y de aquellos brazos y aquellos dedos, vaya, era una verdadera villanía lo que había cometido conmigo mismo. ¡Me había lucido! ¡Un pedazo de humanidad malogrado! ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Ojalá viniera la muerte y me llevara con ella, para disolver de una vez aquella gigantesca colección de errores! ¡Habían sido los cerdos! Lo comprendí de repente. ¡Los cerdos! Leones para él, cerdos para mí. ¡Ojalá estuviera muerto!

—Está usted muy pensativo, Henderson Sungo.

En aquel momento faltó muy poco para que sintiera rencor contra el rey. Debí darme cuenta de que su brillantez no era un don seguro, sino que, al igual que aquel palacio rojo y destartado, se aguantaba con alfileres.

Me soltó un discurso de otro tipo. Dijo que acaso la naturaleza tuviera una mentalidad. No estaba demasiado seguro de lo que quería decir. Incluso se preguntaba si los mismos objetos inanimados no tendrían una mentalidad. Comentó

que *madame* Curie había escrito algo sobre las partículas beta, que piaban como bandadas de pájaros. —¿Recuerda? —preguntó. El gran Kepler creía que todo el planeta dormía, despertaba y respiraba. ¿Sería eso, por parte de Kepler, meterse en camisa de once varas? En el caso de que fuera cierto, la mente humana podría cooperar con la mente universal en la ejecución de determinados trabajos. Por medio de la imaginación. Y entonces repitió que lo que había logrado la humanidad con la imaginación era una serie de monstruos. —Yo los he clasificado en los tipos que ya he mencionado —dijo—, como por ejemplo el de la angustia, el apetito, el histérico fatalista, los lázaros luchadores, los elefantes inmunes, los reidores locos, el genital hueco. Piense en lo que podría existir si la imaginación fuera diferente. ¡Qué tipos alegres, brillantes, divertidos, qué belleza y qué bondad, qué mejillas suaves y qué nobles conductas! ¡Ah, ah, lo que podríamos llegar a ser! Las oportunidades exigen que nos remontemos hasta las mismas cimas. Usted ha debido convertirse en una de estas cimas, señor Henderson Sungo.

—¿Yo? —dije, atontado todavía por mis propios rugidos. El horizonte de mi mente estaba muy lejos de estar despejado, aunque las nubes que lo cubrían no eran bajas ni oscuras.

—Ya ve —dijo Dahfu—, usted vino a mí hablándome del grun-tu-molani. ¿Y qué puede dar de sí el grun-tu-molani con un fondo de vacas?

Era igual que llamarme ¡cerdo!

Y resultaba inútil culpar a Nicky Goldstein de aquello. No era culpa suya ser judío, ni que me anunciara que iba a criar visones en los Catskills, ni que yo le respondiera que yo me iba a dedicar a la cría de cerdos. El destino es mucho más complicado que todo eso. Probablemente yo estaba predestinado a los cerdos mucho antes de conocer a Goldstein. Dos cerdas, Hester y Valentina, con los vientres llenos de pecas, y unas cerdas ásperas, rojizas, brillantes como orín, lustrosas como la seda, afiladas como agujas al tacto, solían seguirme por todas partes. —No dejes que se paseen por el camino de entrada —decía Francis. Y fue entonces cuando yo la amenacé: —Será mejor que no les toques ni un pelo. Se han convertido en parte de mí mismo.

Pero bueno, ¿sería verdad que se convirtieron en parte de mí mismo? No me atrevía a sincerarme con Dahfu, a preguntarle a boca de jarro si él notaba de un modo claro la influencia de los cerdos sobre mí. A hurtadillas, me investigué a mí mismo, me toqué los pómulos. Abultaban como las setas que crecen en los troncos de los árboles, aquellas setas que, al agrandarse, parecen blancas como tocino. Ocultos por el casco, mis dedos se acercaron a las pestañas. Los cerdos sólo tienen pestañas en los párpados superiores. Yo tenía algunas en el párpado inferior, pero eran raras y rígidas. De niño, había hecho ejercicios como Houdini, e intentaba recoger agujas del suelo con las pestañas, descolgándome con las patas arriba desde los pies de la cama. Él lo había conseguido. Yo no; pero ésta no era la razón de que mis pestañas fueran tan cortas. Era verdad; yo había cambiado. Pero todos cambiamos. El cambio es

inevitable. Los cambios tienen que sobrevenir. Pero ¿cómo? El rey diría que según las directrices de la imagen-muestra. Ahora recorría mis quijadas, mi hocico. No tenía ninguna gana de dirigir la mirada a la parte inferior de mi cuerpo. Jamones. Mis callos bastarían para llenar una caldera. El tronco, un grueso cilindro. Me parecía que ni siquiera era capaz de respirar sin un gruñido de cerdo. ¡Caray! Me tapé la nariz y la boca y lancé una mirada apurada al rey. Pero él oyó las vibraciones guturales de las cuerdas vocales, y me preguntó:

—¿Qué extraño ruido es ése, Henderson Sungo?

—¿A qué le suena, rey?

—No lo sé. ¿Un lenguaje animal? Es extraño que tenga tan buen aspecto, después del esfuerzo.

—No me encuentro tan bien como usted cree. No soy una de sus cimas; usted lo sabe tan bien como yo.

—Muestra usted el resultado de una imaginación original, aunque un poco ofuscada.

—¿De verdad es eso lo que a usted le parece?

—Lo que yo veo es algo muy complejo. Hay unos elementos fantásticos que han luchado por salir de su cuerpo. Es usted una amalgama excepcional de fuerzas vehementes —suspiró y sonrió apagadamente, tenía el humor algo decaído en aquellos momentos. No hablamos en términos de culpa. Intervienen muchos factores. Fomentar. Promulgar. No hay dos personas iguales. Existen un millón de cositas que pasan inadvertidas por parte de los sujetos en los que influyen. Es verdad, la inteligencia pura hace todo lo que puede, pero ¿quién va a juzgarlo? Se esfuerzan los elementos positivos y negativos, y nosotros sólo podemos contemplarlos y maravillarnos o lamentarnos. A veces uno puede ver un claro caso de colisión entre un ángel y un buitre. El ojo pertenece al cielo, la nariz da cierto aire, pero el verdadero libro del alma, abierto al lector científico y simpatizante, son la cara y el cuerpo.

Lo miré gruñendo y él continuó:

—Sungo, óigame con mucha atención y le revelaré una de mis profundas convicciones. Hice lo que me decía, pues creí que iba a decir algo esperanzador para mí. La carrera de nuestra especie —me dijo— es lo que pone en evidencia que una imaginación tras otra se vuelve más auténtica. No los sueños. No los propios sueños. Digo que no los propios sueños, porque tienen un modo de convertirse en realidad. En la escuela de Malindi leí todo Bulfinch. Y digo que no a los propios sueños. No. Los pájaros volaron, las arpías volaron, los ángeles volaron, Dédalo y su hijo volaron, y considere que ahora ya no se trata de sueños ni de cuentos, porque el vuelo existe de modo auténtico. Usted voló hasta África. Todas las conquistas del hombre tienen el mismo origen. La imaginación es una fuerza de la naturaleza. ¿No es eso suficiente para transportar a una persona al éxtasis? ¡Imaginación, imaginación! Se vuelve realidad. ¡Sostiene, altera, redime! Ve, yo estoy metido en África, y me dedico a esto

a mi modo, dentro de lo que mi capacidad me permite, y estoy convencido de ello. El *homo sapiens* puede convertirse en lo que él imagina. ¡Oh, Henderson, qué contento estoy de tenerlo aquí! He suspirado por alguien con quien discutir. Una mente compañera. Es usted un regalo que Dios me ha enviado.

XIX

Había alrededor de palacio un montón de desperdicios minerales y vegetales. Los árboles crecían raquíticos, con nudos y espinas. Había también flores y llegaban incluso a las habitaciones del Sungo. Mis chicas las regaban y crecían vigorosas en los tiestos de piedra blanca. El sol daba a las flores un rojo aterciopelado y rígido. Todos los días yo subía agotado de la leonera. Con tanto rugido, tenía la garganta rasposa, la cabeza febril, los ojos como hollín mojado; sentía muy débiles las piernas y las rodillas me temblaban como si fueran de algodón. No necesitaba más que el calor del sol, para sentirme igual que un convaleciente. Ya saben cómo se sienten algunas personas, cuando convalecen de ciertas enfermedades agotadoras. Se vuelven extrañamente sensibles; pasean pensativas de un lado a otro. Las cositas más pequeñas les conmueven. Se ponen sentimentales y ven belleza por todos lados. Así que, mientras todos me miraban, me acercaba a aquellas flores y me inclinaba sobre ellas, me encorvaba agotado sobre los tiestos de porquería animal petrificada, llenos de humus húmedo, con mis ojos de hollín mojado, y las olía. Luego gruñía y suspiraba con una especie de pesada y sudorosa conmiseración; los pantalones de Sungo se me pegaban al cuerpo y tenía el pelo, especialmente en la nuca, bastante crecido. Me crecían unos rizos negros, más gruesos que de costumbre; muy negros, como los de un cordero merino, y me levantaban el casco. Acaso era cosa de mi mente, que empezaba a cambiar de padrinos, por así decirlo, y estimulaba el crecimiento de un hombre distinto.

Todo el mundo sabía de donde venía yo e incluso sospecho que me habían oído rugir. Si podían oír a Atti, también me podían oír a mí. Vigilado por todos, y vigilado peligrosamente por mis enemigos y por los del rey, yo salía arrastrándome al patio e intentaba oler las flores. Y no es que tuvieran olor. Sólo tenían color. Pero esto bastaba. Resbalaba gritando por mi alma; y Romilayu se acercaba siempre por detrás de mí, por si yo lo necesitaba. («¿Romilayu, qué te parecen estas flores? ¡Menudo revuelo arman!» decía yo).

En aquellas circunstancias, cuando a todos los demás les debía parecer que yo estaba contaminado y que era peligroso por mi contacto con la leona, él no me evitaba ni corría a refugiarse lejos de mí. Nunca me falló. Y como amo la lealtad por encima de todo, intenté demostrarle que quedaba libre de sus obligaciones conmigo. —Eres un verdadero amigo —le dije—, y mereces que te dé mucho más que un *jeep*. Quiero añadir algo más a ese regalo. Le daba unos golpecitos en su cabeza de matorral... Me pesaba la mano; todos mis dedos parecían patatas... Y después, volvía gruñendo a mi habitación. Allí me tumbaba a descansar. Los rugidos acababan conmigo. El mismo tuétano había desaparecido de mis huesos; parecían huecos. Me tumbaba sobre un costado, quejándome y suspirando, con aquel globo hinchado de mi barriga. A veces se me ocurría que desde las puntas de los pies hasta el casco, a lo largo de mis dos metros, yo era el vivo retrato de aquel animal conocido, la barriga

llena de pecas, los colmillos rotos y los pómulos anchos. Es verdad que mi corazón, dentro de mí, latía con un sentimiento humano, pero externamente, en la cáscara por así decirlo, mostraba los abusos y las deformaciones de toda una vida.

Para ser sincero, yo no tenía una confianza plena en la ciencia del rey. Allí abajo, en la leonera, mientras yo pasaba aquel verdadero infierno, él solía pasear tranquilamente; lento, relajado, lánguido casi. Me decía que la leona lo llenaba de paz. A veces, tumbados los tres en el banco después de los ejercicios, me decía; —Éste es mi lugar de descanso. La verdad es que estoy flotando. Y usted tiene que darse a sí mismo una oportunidad, tiene que intentar... Pero yo había estado unos minutos antes al borde de perder el sentido y no me consideraba todavía muy preparado para empezar a flotar.

Todo, allá abajo, era negro y ámbar. Incluso las paredes de piedra eran amarillentas. Había también paja. Y estiércol. El polvo tenía el color del azufre. El pelo de la leona se aclaraba gradualmente a partir de la línea oscura del espinazo, y era hacia el pecho de un tono de canela molida, en la barriga como pimienta blanca, y bajo las ancas se volvía tan blanco como el mismo ártico. Pero sus pequeñas almohadillas eran negras. Y sus ojos estaban rodeados de círculos absolutamente negros. A veces se percibía en su aliento cierto olor a carne.

—Tiene que intentar volverse más león —insistía Dahfu, y desde luego yo lo intentaba, hasta el punto de que, teniendo en cuenta mi handicap, el rey reconoció que yo hacía progresos. Sus rugidos son todavía ahogados. Pero esto es natural, ya que le queda mucho que pulir. Desde luego era la pura verdad. No me hubiera gustado en absoluto ser testigo de mis propias actuaciones ni oír mi propia voz. Romilayu confesó que me había oído rugir, y no se podía culpar a los demás indígenas si pensaban que yo era el doble de Dahfu en sus artes negras, o en lo que fuera. Pero lo que el rey llamaba *pathos*, era en realidad un grito que resumía mi paso por este mundo, desde la cuna hasta África, y (yo no podía evitarlo) se camuflaban algunas palabras en mis rugidos, como «¡Dios mío, socorro! ¡Señor, ten piedad!». Pero en realidad, me salían así: «¡Socooooorro! ¡Piedaaaad!». Eran graciosas las palabras que salían a veces: «¡*Au secours!*!», que resultaba «Secuuuuuuuur» y también «de profuuuuundis», aparte de fragmentos del Mesías (fue odiado y despreciado, un hombre que sufría, etc., etc.). A veces, sin que haga nada por provocarlo, me vuelve el francés, el idioma que solía utilizar para tomarle el pelo a mi amiguito François a propósito de su hermana.

Y así, mientras yo rugía, el rey permanecía sentado con un brazo alrededor de su leona, como si asistieran los dos a una función de ópera. Desde luego ella tenía el aspecto de ir vestida de gala. Después de una docena, aproximadamente, de aquellos esfuerzos agotadores, empezaba a sentir que mi cerebro se apagaba y oscurecía y que me fallaban las piernas y los brazos.

El rey me permitía un breve descanso y me obligaba después a intentarlo una y otra vez. Cuando todo había terminado, me consolaba. Decía, por ejemplo: —¿Espero

que ahora se sentirá usted mejor, señor Henderson?

—Sí, mejor.

—¿Más ligero?

—Sí, claro, más ligero, excelencia.

—¿Más tranquilo?

Entonces empezaba a resoplar, porque por dentro había recibido una buena sacudida. Me hervía la cara, estaba postrado en el polvo y tenía que incorporarme para mirarlo.

—¿Cómo van sus emociones?

—Como una caldera, majestad, una verdadera caldera.

—Veo que lucha usted contra lo que ha ido acumulando a lo largo de toda una vida —y añadía, casi con pena: —¿Le tiene usted todavía miedo a Atti?

—¡Claro que se lo tengo! Más miedo que a saltar de un avión. Eso no me daría ni la mitad de miedo; me alisté como paracaidista durante la guerra. Ahora que lo recuerdo, majestad, pienso que sería capaz de dar el salto desde cinco mil metros de altura con estos pantalones y tendría bastantes posibilidades de éxito.

—Tiene usted un humor delicioso, Sungo.

A aquel hombre le faltaba por entero aquello que llamamos carácter civilizado.

—Estoy seguro de que pronto tendrá usted una idea de lo que es sentirse león. Estoy convencido de su capacidad. ¿Ese viejo yo se resiste, eh?

—¡Oh, sí! Siento más que nunca a ese viejo yo. Lo siento continuamente. Me tiene bien agarrado —tosía y carraspeaba y estaba realmente desesperado. Parece como si tuviera sobre mí un peso de cuatrocientos kilos... como una tortuga de las Galápagos... sobre la espalda.

—A veces una condición tiene que empeorar antes de poder mejorar —me dijo. Y empezó a contarme las enfermedades que había conocido cuando estaba de guardia en la sala de los enfermos, y yo intentaba imaginarlo de estudiante en medicina, con bata y zapatos blancos, en lugar del sombrero de terciopelo adornado con dientes humanos y las zapatillas de raso. Tenía cogida por la cabeza a la leona cuyos ojos, color de consomé, me vigilaban. Los bigotes, que hacían pensar en las rayas trazadas por un diamante, tenían un aspecto tan cruel, que su propia piel se encogía en su base. Tenía una naturaleza terrible. ¿Qué puede hacerse con una naturaleza así?

Y por eso, al volver de la cueva, me sentía yo como me sentía, bajo la tórrida luz del patio, con sus cacharros de piedra y sus flores rojas. La mesa de *bridge* de Horko estaba lista para el almuerzo bajo el parasol, pero yo iba primero a descansar y a recuperar el aliento. Pensaba: «Bueno, acaso cada hombre cargue con su propia África. O, si se hace a la mar, con su propio Océano». Con esto quería decir que yo era un individuo turbulento y que estaba teniendo mi África turbulenta. No es que quisiera decir que el mundo existiera por mí. No, realmente yo creo en la realidad. Esto lo saben todos.

Cada día me daba más cuenta de que la gente estaba enterada de dónde había

pasado yo la mañana y de que me temía por ello... Yo había llegado como un dragón; acaso el rey me había llamado para que le ayudara a desafiar al Bunam y para dar un golpe a la religión de la tribu. Por lo menos, intenté convencer a Romilayu de que Dahfu y yo no hacíamos nada malo. —Mira, Romilayu, se trata simplemente de que el rey posee una naturaleza muy rica. No estaba obligado a volver aquí para poner su vida a merced de sus esposas. Volvió porque espera poder rendir un bien al mundo entero. Un hombre puede hacer muchas tonterías y con tal de que no tenga una teoría propia, todo se lo perdonamos. Pero si hay una teoría detrás de sus acciones, todos caen sobre él. Esto es lo que le pasa al rey. Pero a mí no me hace ningún daño, viejo amigo. Ya sé que lo parece, pero no lo creas. Yo hago aquellos ruidos porque a mí me da la gana. Si no tengo buena cara, es porque no me encuentro bien. Tengo fiebre y el interior de mi nariz y de mi boca está inflamado. (¿Rinitis acaso?). Supongo que el rey me recetaría algo para esto, si yo se lo pidiera, pero no tengo ganas de hacerlo.

—No me extraña, señor.

—No me interpretes mal. El género humano necesita hoy más que nunca de tipos como este rey. ¡El cambio tiene que ser posible! Si no es así, vaya faena.

—Sí, señor.

—A los americanos se les considera tontos. Pero están dispuestos a lanzarse de cabeza en esto. Y aún hay más. Tienes que pensar en el protestantismo blanco y en la constitución, la guerra civil, el capitalismo y la conquista del Oeste. Todas las tareas importantes y las grandes conquistas se hicieron antes de mi época. Eso creó el problema mayor de todos: el enfrentarse con la muerte. Tenemos que hacer algo para remediarlo. No se trata sólo de mí. Millones de americanos han salido por el mundo después de la guerra para redimir el presente y para descubrir el futuro. Te lo juro, Romilayu, hay tipos idénticos a mí en la India y en la China y en Sudamérica y en todas partes. Antes de salir de casa, leí precisamente en el periódico la entrevista con un profesor de piano de Muncie que se hizo monje budista en Birmania. Comprendes, me refiero a cosas como ésta. Yo soy un tipo muy vital. Y el destino de mi generación de americano es salir por el mundo e intentar buscar la sabiduría de la vida. Eso es. ¿Por qué demonios crees si no que he llegado hasta aquí?

—No lo sé, señor.

—Porque no me resignaba a que mi alma muriera.

—Yo soy metodista, señor.

—Lo sé, pero eso a mí no me ayuda, Romilayu. Y, por favor, no intentes convertirme, ya estoy metido en bastantes problemas.

—No lo molestaré.

—Ya lo sé. Estás a mi lado en esta hora de prueba; Dios te bendiga por ello. Yo también estoy al lado del rey Dahfu, hasta que capture a su padre Gmilo. Cuando llego a ser amigo de alguien, Romilayu, soy un amigo leal. Sé bien lo que es permanecer enterrado en uno mismo. Y aunque soy un hombre difícil de educar, hay una cosa que he aprendido bien: el rey posee una naturaleza extraordinaria. ¡Ojalá

podiera aprender yo el secreto!

Entonces Romilayu, con los tatuajes brillándole en la cara arrugada (muestra de su anterior salvajismo), pero con unos ojos suaves y compasivos, llenos de una luz que no provenía del aire (nunca hubieran podido filtrarse a través del cabello que, como la copa de un pino, se proyectaba a lo largo de su frente), quería saber cual era el secreto que yo intentaba aprender de Dahfu.

—Pues —dije—, hay algo acerca del peligro que no preocupa a ese muchacho. Y, si no, ten en cuenta todas las cosas a las que debería tener miedo, y observa, sin embargo, su modo de recostarse en el sofá. Nunca has visto nada igual. Tiene un viejo sofá verde que debieron traer hace un siglo unos elefantes. ¡Y qué modo de tumbarse en él, Romilayu! Y las mujeres le sirven. En la mesa, junto a él, tiene aquellas dos calaveras que se usan en la ceremonia de la lluvia; una es la de su padre, otra la de su abuelo. ¿Estás casado, Romilayu? —le pregunté.

—Sí, señor. Dos veces. Pero ahora sólo tengo una esposa.

—Hombre, igual que yo. Y tengo cinco hijos, incluyendo unos mellizos de cuatro años. Mi mujer es muy grandullona.

—Yo, seis hijos.

—¿Y no te preocupas por ellos? Esto es todavía un continente salvaje; no hay vuelta que darle. A mí me preocupa constantemente que mis dos pequeños puedan perderse en el bosque. Deberíamos comprar un perro... un perro grande. Pero al fin y al cabo, vamos a vivir en la ciudad de ahora en adelante. Yo voy a ir a la universidad. Romilayu, voy a escribirle una carta a mi esposa; tú la llevas a Baventai y la echas al correo. Te prometí una recompensa, viejo, y aquí tienes los papeles del *jeep*. Están a tu nombre. Ojalá te pudiera llevar conmigo a los Estados Unidos, pero como tienes familia no sería práctico. —Su cara no demostró demasiada alegría por el regalo. Se arrugó más que nunca y como yo ahora ya lo conocía bien, le dije—: Caramba, siempre estás a punto de llorar. No hay por qué llorar.

—Usted está metido en un lío.

—Sí, ya lo sé. Como soy un tipo que escurre bien el bulto, la vida ha decidido tomar medidas enérgicas conmigo. Soy un escogido y me lo merezco. ¿Qué pasa, amigo, tengo un aspecto tan malo?

—Sí, señor.

—Mi físico traiciona siempre mis sentimientos, es constitucional. ¿Es la cabeza de aquella mujer que nos enseñaron lo que te preocupa?

—Ellos pueden matarlo.

—Sí, el tal Bunam es un mal bicho. Peor que un escorpión. Pero no olvides que yo soy un Sungo. ¿No me protege Mummah? Es posible que mi persona sea sagrada. Además, con este cuello talla veintidós, iban a necesitar dos tíos para estrangularme. ¡Ja, ja! No tienes que preocuparte por mí, Romilayu. En cuanto termine este trabajito con el rey y le haya ayudado a atrapar a su papá, me reuniré contigo en Baventai.

—¡Quiera Dios que sea pronto! —dijo Romilayu.

Cuando le hablaba del Bunam al rey, se reía de mí.

—Una vez que tenga a Gmilo en mi poder, seré el amo absoluto —decía.

—Pero aquel animal anda suelto por la sabana, salvaje y asesino. Y usted, sin embargo, se comporta como si ya lo tuviera bien guardadito en un almacén.

—No es frecuente que un león abandone determinado paraje —dijo. Gmilo está cerca de aquí. Lo encontrarán un día de éstos. Vaya a escribir la carta a su señora —me dijo— y se reía bajito desde su sofá verde, casi a ras de suelo, entre su tropa negra de mujeres desnudas.

—Le voy a escribir hoy mismo.

Bajé para comer con el Bunam y Horko. Horko, el Bunam y el hombre de confianza de cuero negro del Bunam, me esperaban siempre sentados alrededor de la mesa de *bridge*, bajo el parasol.

—Caballeros...

—Así, Sungo —decían todos.

Yo tenía siempre presente que aquella gente me había oído rugir y que era muy probable que notaran el olor a león que llevaba encima. Pero yo enfrentaba abiertamente la situación. Cuando el Bunam se dignaba volver la vista hacia mí, su mirada era muy grave. Y yo pensaba: «Es posible que sea yo el que lo atrape a usted primero. Nunca se sabe de antemano el resultado y será mejor que no me apriete demasiado las clavijas». Por otra parte, el comportamiento de Horko era siempre cordial. Sacaba la lengua roja y se apoyaba sobre sus nudillos, parecidos a corteza de árbol, en la pequeña mesita, que se balanceaba bajo su peso. Había un ambiente de intriga bajo la seda transparente del parasol, mientras el sol y los actores hacían piruetas en nuestro honor. Revoloteaban los pies bajo las túnicas y la gente de Horko bailaba para divertirnos. El viejo músico tañía su viola oscilante, otros tamborileaban y resoplaban en aquel patio de palacio, lleno de cachivaches, con los vasos petrificados de piedra blanca y las flores rojas creciendo en el moho.

Después del almuerzo, venía la rutinaria obligación del agua. Esforzadas mujeres, con profundas huellas del trabajo marcadas en sus hombros por los palos, me sacaban a los caminos del poblado. La tierra de los surcos estaba reducida al polvo. Me seguía un solitario tambor; parecía advertir a las gentes que se mantuvieran lejos del tal Henderson, el Sungo contaminado por el león. Pero aun así, las personas salían a verme por curiosidad, aunque no en igual número que antes, y no ponían tampoco especial empeño en que el atontado rey de la lluvia las rociara. Cuando llegamos, pues, al estercolero del centro del poblado, donde estaba situado el juzgado, me apeé y rocié a izquierda y a derecha. Lo soportaron con estoicismo. Me pareció que el magistrado, en su toga roja, me hubiera detenido con gusto, de tener poder para ello. Sin embargo, no movió un solo dedo. El prisionero, con una especie de tenedor en la boca, apoyaba su cara en el palo al que estaba atado. —Espero que la victoria sea tuya, amigo —y volví a meterme en mi litera.

Aquella tarde le escribí a Lily lo siguiente:

Cariño, probablemente estás preocupada por mí, pero no habrás dudado en ningún momento de que estoy vivo.

Lily presumía de saber siempre cómo estaba yo. Poseía una especie de intuición privilegiada de la que la dotaba el amor.

”El vuelo hasta aquí fue espectacular.

Me pareció durante todo el camino que estábamos encerrados en un objeto precioso.

”Somos la primera generación que ve las nubes por los dos lados. ¡Qué privilegio! Antes las personas soñaban debajo, ahora sueñan por arriba y por abajo. Forzosamente eso tiene que cambiar algo las cosas. Para mí toda aquella experiencia parecía un sueño. Me gustó Egipto. Todos vestían sencillos trapos blancos. Desde el aire, la boca del Nilo era una cuerda enroscada. En algunos puntos el valle era verde y amarillo. Las cataratas parecían chorros de sifón. Cuando aterrizamos en la misma África y Charlie y yo nos pusimos en camino cargados con los bártulos, me sentí desilusionado porque aquello no era exactamente lo que había esperado yo al marcharme de casa. *Casa que tuve que abandonar después de tropezar con la pestilencia del antro de la vieja, pues cuando entré en él me di cuenta inmediatamente de que tenía que hacer un gran esfuerzo o hundirme en la vergüenza.* Charlie no descansó en África. Yo me dedicaba a leer *Los primeros pasos por el oeste de África* de R. F. Burton, y el *Diario* de Speke, y no veíamos nada desde el mismo punto de vista. Así que nos separamos. Burton se estimaba mucho a sí mismo, con todo lo del *épeé* y el saber y el hablar en el lenguaje de todo el mundo. Yo lo imagino con un carácter parecido al del general Douglas MacArthur, muy consciente de jugar un papel histórico y con la mente puesta en la Roma y Grecia clásicas. Personalmente, tuve que decidirme a seguir otro camino, ya que, de acuerdo con los cánones de la civilización, soy un hombre acabado. Sin embargo a los genios les encanta la vida en común.

Cuando volvió a Inglaterra, Speke se saltó la tapa de los sesos. Le perdoné a Lily este detallito biográfico. Cuando digo genio, me refiero a alguien como Platón o Einstein. Lo único que necesitó Einstein fue la luz. ¿Puede haber algo más vulgar?

”Había un tipo allí que se llamaba Romilayu y nos hicimos amigos, aunque al principio tenía miedo de mí. Le pedí que me enseñara las regiones de África que están por civilizar. Quedan muy pocas. Cada vez abundan más los gobiernos modernos y las tribus civilizadas. Yo mismo he conocido a esa realeza africana ya educada, y ahora mismo soy el invitado de un rey, que es casi médico. Sin embargo, estoy en un rincón apartadísimo, de eso no hay

duda, y tengo que agradecerse a Romilayu (es un muchacho excelente) y también a Charlie, indirectamente. Hasta cierto punto ha sido terrible, y continúa siéndolo. En algunas ocasiones he estado a punto de perder la vida con la misma facilidad con que un pez respira en el agua. Sabes, Charlie no es una mala persona en el fondo. Pero no debí unirme a su luna de miel. Tres es mala compañía. Ella es una de esas muñecas de Madison Avenue que se hacen sacar las muelas de detrás para ir a la moda, con las mejillas hundidas.

Pero ahora que lo recuerdo bien, comprendo que la novia no pudo perdonar jamás mi comportamiento en su boda. Fui el padrino, era una ocasión muy solemne, y no fue sólo que no la besara, sino que además, no sé cómo, fui yo en el coche a solas con ella hasta el restaurante Gemignano, en vez de Charlie, después de la ceremonia. Llevaba en el bolsillo la partitura enroscada del «Rondó turco» para dos violines de Mozart. Estaba borracho, ¿cómo pude aguantar toda una lección de violín? En Gemignano estuve grosero. Dije: «¿Es esto queso parmesano o un detergente?». Lo escupí en el mantel y después me soné con mi bufanda. ¡Maldita sea esa memoria mía tan clara!

”¿Les enviaste un regalo de boda de mi parte? Tenemos que mandarles un regalo. Por amor de Dios, cómprales unos cuchillos de carne. Quiero recordarte que le debo mucho a Charlie. De no ser por él, quizá hubiera aterrizado en el Polo Norte, entre los esquimales. Esta experiencia africana ha sido tremenda. Ha sido dura, ha sido peligrosa, ¡ha sido algo de miedo! Pero he madurado más en veinte días que en veinte años.

Lily se negaba a dormir en el iglú conmigo, pero de todos modos yo llevé adelante mis experimentos polares. Atrapé algunos conejos. Me ejercité con la lanza. Construí un trineo, siguiendo las descripciones de los libros. Con cinco o seis capas de orina helada sobre las correderas resbalaban sobre la nieve como si fueran de acero. Estoy seguro de que hubiera llegado al Polo. Pero creo que no hubiera encontrado allí lo que yo buscaba. Y en este caso, hubiera achatado el mundo por el norte con mis pataleos. Que yo no pudiera encontrar mi alma, le hubiera costado al mundo una catástrofe.

”Aquí no saben qué es un turista y por lo tanto yo no soy un turista. Hubo una mujer que comentó con una amiga: «El año pasado dimos la vuelta al mundo. Creo que este año iremos a otro sitio». ¡Ja, ja! A veces las montañas, aquí, tienen un aspecto poroso, amarillo y marrón, y me recuerdan aquellos viejos caramelos de melaza. Tengo mi habitación particular en palacio. Es ésta una parte muy primitiva del mundo. Incluso las piedras parecen primitivas. Sufro de vez en cuando una fiebre ardiente. Se parece a una de esas minas de carbón que se han sellado porque se consumen. En otros aspectos, me parece que he mejorado físicamente en estos lugares, exceptuando un carraspeo persistente. Me pregunto si es algo nuevo, ¿lo notaste alguna vez en casa?

”¿Cómo están los mellizos y Ricey y Edward? Me gustaría detenerme en Suiza, camino de casa, y ver a la pequeña Alicia. Puede ser que me arregle también la dentadura mientras esté en Ginebra. Puedes decirle de mi parte al doctor Spohr que el puente se me rompió una mañana desayunando. Mándame el de repuesto a mi nombre, Embajada Americana, El Cairo. Está en la maleta del convertible, debajo del muelle de alambre que sujeta el gato a la rueda de repuesto. Lo guardé allí por ser un sitio seguro.

”Le prometí a Romilayu una paga extraordinaria si me llevaba a un lugar realmente apartado. Hemos hecho dos paradas. El género humano tiene que inclinarse con mucho mayor empeño ante la belleza. Conocí a una persona que se llamaba la Mujer Amarga. Tenía el aspecto de una anciana gordinflona, pero poseía una sabiduría tremenda y en cuanto me echó la vista encima pensó que yo era una especie de bicho raro, pero esto no la desconcertó y me dijo un par de cosas maravillosas. Primero me dijo que el mundo me era extraño. Que le es extraño a un niño también. Pero yo no soy ningún niño. Esto me causó placer y dolor a un tiempo.

El reino de los cielos es para aquellos que tienen el corazón de un niño. ¿Pero quién es este fantoche, narigudo y grandullón?

”Claro que hay rarezas y rarezas... Hay un tipo de rareza que puede ser un don, y otro que puede ser un castigo. Yo quería decirle a la anciana que todos entienden la vida excepto yo... ¿Cómo se explicaba ella esto? Doy la impresión de ser vano y tonto y muy temerario. ¿Cómo pude perderme así? No importa de quién haya sido la culpa, pero ahora, ¿cómo volver al camino?.

Todavía es muy pronto en la vida y yo estoy fuera, sobre la hierba. El sol llamea y se hincha, incluso el calor desprende su amor, y también yo poseo en mi corazón esa vivacidad llameante. Hay flores de esas que llaman dientes de león. Intento agarrar este verde. Pongo mi mejilla, hinchada de amor, contra el amarillo de los dientes de león. Intento penetrar en el verde.

”Entonces me dijo que yo poseía grun-tu-molani, que es una expresión indígena difícil de explicar, pero que en términos generales significa que uno quiere vivir y no morir. Yo quería que ella me dijese más cosas sobre esto. Tenía el pelo como de lana y su barriga olía a azafrán. Tenía una catarata en un ojo. Me temo que nunca la podré volver a ver, porque metí la pata y tuvimos que levantar el campo. No puedo entrar en detalles. Pero sin la amistad del príncipe Itelo, pude verme envuelto en un lío muy serio. Creí que había perdido la oportunidad de analizar mi vida con la ayuda de una persona realmente sabia, y me sentí muy pesimista. Pero apareció Dahfu, el rey de la segunda tribu que hemos visitado. Ahora estoy con él y me han concedido un título honorífico, rey de la lluvia, que es una especie de deferencia, supongo, como la de recibir las llaves de la ciudad de manos de Jimmy Walker. Con el título va un disfraz. Pero no puedo decirte mucho más, como no sea en

términos generales. Estoy participando con el rey en un experimento (ya te he dicho que es casi médico) y esto es una dura prueba que se repite a diario. *Para mi la cara del animal es puro fuego. Todos los días. Tengo que cerrar los ojos.*

”Lily, probablemente no te lo he dicho en estos últimos tiempos, pero siento algo muy fuerte hacia ti, nena, algo que a veces me retuerce el corazón. Puedes llamarlo amor. Aunque personalmente creo que esa palabra tiene mucho cuento. *Especialmente para un hombre como yo, arrastrado de la nada a la existencia, ¿y para qué? ¿Qué tengo yo que ver con el amor de los maridos o de las esposas? Soy demasiado raro para todo esto.*

”Cuando Napoleón estaba en Santa Helena, habló mucho de moral. Era un poquito tarde. Siempre le había importado un pito. Así que no voy a discutir cosas de amor contigo. Si tú crees que estás libre de culpa, puedes repetirlo cuanto te apetezca. Dijiste que no podías vivir sólo por el sol, la luna y las estrellas. Me dijiste que tu madre estaba muerta, cuando aún no lo estaba, y eso fue un rasgo neurótico por tu parte. Te comprometiste cien veces y siempre te faltó el aliento. Me hiciste chantaje. ¿Es así como se comporta el amor? Está bien, pues. Pero yo esperaba que echaras una mano. Este rey es una de las personas más inteligentes que existen en el mundo, tengo gran fe en él, y me dice que debería salir de estos estados que yo mismo convierto en tales, a estados que son en sí mismos. Quiere decir que si yo dejara de armar tanto alboroto, quizá oiría algo muy agradable. Podría oír un pájaro. ¿Descansan todavía las golondrinas en la cornisa?. *Nunca he podido acercarme a los pájaros. Rompería todas las ramas. Hubiera asustado al mismo pterodáctilo de los cielos.*

”Renuncio al violín. Creo que nunca alcanzaría mi meta valiéndome de él, *mi meta, que es elevar mi espíritu de la tierra, abandonar este cuerpo que lleva la muerte. Era muy obstinado. Deseaba elevarme a otro mundo. Mi vida y mis actos eran una prisión.*

”Bueno, Lily, todo cambiará de ahora en adelante. Cuando regrese voy a estudiar medicina. Mi edad es un obstáculo, pero que se vaya al diablo. Lo voy a hacer de todos modos. No puedes imaginarte las ganas que tengo de meterme en un laboratorio. Todavía recuerdo el olor de esos sitios, a formol. Me encontrarás metido entre una prole de críos, estudiando química, zoología, psicología, matemáticas y anatomía; me doy perfecta cuenta de ello. Sospecho que será una prueba difícil, especialmente lo de diseccionar un cadáver. *Una vez más, Muerte, tú y yo.* «Sin embargo, me he visto obligado a tener tratos con muertos y nunca me he echado atrás. Por lo menos, para variar, podría hacer algo interesante con la vida». *¿De qué trata ahora ese gran instrumento? Si se toca mal, ¿por qué sufre tanto? Y si se toca bien, ¿cómo puede lograr tanto, llegando hasta el mismo Dios?* «Huesos, músculos,

glándulas, órganos. Ósmosis. Quiero que me matricules en el Medical Center bajo el nombre de Leo E. Henderson. Ya te explicaré la razón de esto cuando llegue a casa. ¿No estás emocionada? Queridísima, como esposa de un médico, tendrás que ser más limpia, bañarte con más frecuencia y lavar tus cosas. Tendrás que acostumbrarte a un sueño interrumpido, llamadas de noche y demás. No he decidido todavía dónde voy a ejercer. Supongo que si lo intento en nuestra comarca, los vecinos tendrían un susto de muerte. Si, ya como médico, acercaba la oreja a sus pechos, iban a saltar fuera de su pellejo.

”Por lo tanto, puede ser que pida trabajo de misionero, como el doctor Grenfell o Albert Schweitzer. ¡Hombre! Axel Munthe... ¿qué te parece éste? Naturalmente ahora la China queda excluida. Podían apresarnos y hacernos un lavado de cerebro. ¡Ja, ja! Pero podríamos probar en la India. Tengo ganas de empezar a trabajar con enfermos. Quiero curarlos. Los curanderos son sagrados». *He sido tan malo, creo, que al fin tiene que existir alguna virtud en mi.* Lily, mis fatigas, van a terminar.

No creo que la lucha por el deseo pueda ganarse alguna vez. Siglos de anhelos y voluntades, voluntades y anhelos, ¿y cómo han terminado? En un empate, polvo a polvo.

”Si no me quieren en Medical Center, pide primero en Johns Hopkins y después en todos los tugurios que encuentres en las guías. Otra de las razones por la que quiero parar en Suiza es la de enterarme del panorama de las facultades de medicina. Podría ponerme en contacto con gente de allí, explicárselo todo, y quizá dejarían que me matriculara.

”Así pues, manos a la obra, querida. Y otra cosa: vende los cerdos. Quiero que vendas a Kenneth, el de raza Tamworth, y a Dilly y a Minnie. Deshazte de ellos.

”Somos animales extraños. No vemos a las estrellas tal cual son, ¿por qué las queremos, pues? No son pequeños objetos de oro, sino un fuego interminable.

¿Extraño? ¿Por qué no ha de ser extraño? Es extraño. Todo es extraño.

”Aquí no me doy en absoluto a la bebida, excepto unos traguitos que estoy tomando mientras escribo esta carta. Al mediodía nos sirven una cerveza local llamada «pombo», que es bastante buena. La hacen con piña fermentada. Todos son muy alegres. La gente lleva plumas, cintas, pañuelos como adorno, anillos, pulseras, collares, conchas, nueces doradas. Algunas de las mujeres del harén tienen andares de jirafa. Las caras se inclinan hacia adelante. La cara del rey es muy inclinada. Él es un hombre brillante y entendido.

”A veces me siento como si llevara una verdadera tropa de pigmeos dentro de mí, saltando arriba y abajo, gritando y armando jaleo. ¿Verdad que es extraño? Otras veces estoy muy tranquilo, más tranquilo de lo que he estado nunca.

”El rey cree que uno debe tener una imagen adecuada de sí mismo....

Me parece que intenté explicarle a Lily cuáles eran las ideas de Dahfu, pero Romilayu perdió las últimas páginas de la carta y supongo que fue mejor así, porque en el momento de escribirlas había bebido ya bastante. Creo que dije en una de ellas, o acaso sólo lo pensé: «Tenía una voz que repetía: ¡Quiero! ¿Yo quiero? ¿Yo? Debió de repetir: *Ella quiere, él quiere, ellos quieren*. Y además, es el amor lo que convierte la realidad en algo real. Y lo opuesto hace lo opuesto».

XX

Romilayu y yo nos despedimos por la mañana, y cuando por fin se puso en camino con la carta para Lily, yo quedé con un presentimiento bastante sombrío. Me pareció que hasta mi propio estómago se derrumbaba al ver su cara arrugada al otro lado de la puerta de palacio, que se cerraba tras él. Creo que esperaba que en el último momento aquel amo temperamental e irracional lo volvería a llamar. Pero yo me quedé plantado allí, con mi casco y con aquellos pantalones, que me daban el aspecto de un soldado despistado de una tropa de zuavos. El portal se cerró ante los ojos arrugados de Romilayu y me sentí irrazonablemente muy desanimado. Pero Tamba y Bebu me distrajeran de mi tristeza. Me saludaron como siempre, postrándose en el polvo y colocando mi pie sobre su cabeza. Y luego Tamba se acomodó sobre su barriga para que Bebu pudiera practicar el joxi con los pies. Le pateó la espalda, el lomo, el cuello y las nalgas, y esto parecía proporcionarle a Tamba un placer divino. Cerraba los ojos ronroneando y regodeándose. Pensé que tendría que probarlo algún día; debía de ser saludable, pues a esta gente le encantaba. Sin embargo, no era aquél el día adecuado, estaba demasiado triste.

El aire se calentaba rápidamente, pero quedaban restos todavía del frío punzante de la noche; lo sentía a través de aquel trapo verde que llevaba encima. La montaña, que se llamaba Hummat en honor del dios, estaba amarilla; las nubes eran blancas y parecían muy pesadas. Descansaban sobre la garganta y los hombros de Hummat, aproximadamente, como un collar. Esperé, puertas adentro, a que la mañana se pusiera más templada. Con las manos entrelazadas, preparándome mentalmente para mi exhibición diaria ante Atti, intenté sinceramente razonar: Tengo que cambiar. No puedo vivir del pasado; me hundirá. Los muertos son mis huéspedes, me están corroyendo y terminarán por echarme de mi casa y de mi hogar. Los puercos eran mi desafío. Le estaba diciendo al mundo que era un cerdo. Tengo que empezar a pensar en cómo voy a vivir. Tengo que acabar con las manías chantajistas de Lily y encauzar el amor por su verdadero camino. Pues, a fin de cuentas, Lily y yo éramos dos seres afortunados. Pero, por otra parte, ¿qué bien me podía hacer un animal? ¿Podía ayudarme a llegar al último análisis? ¿De verdad? ¿Una fiera, un animal de presa? ¿Ni siquiera suponiendo que gozara de una especie de bendición natural? Ya se nos ha dado nuestra ración durante la infancia de todo este cuento de los animales bendecidos. Pero ahora, ¿se me pedía que completara otra cosa... proyecto número dos... la segunda bendición? No podía decirle todo esto al rey; él estaba chiflado por los leones. Jamás he conocido a un hombre tan entusiasmado con ninguna especie animal. Y yo no podía negarme a hacer lo que él quería, debido a lo que sentía por él. Sí, en algunos aspectos aquel muchacho se parecía extraordinariamente a un león, pero esto no probaba que fueran los leones los que lo hubieran hecho así. Esto era digno de Lamarck. En el colegio habíamos expulsado a Lamarck del programa a carcajada limpia. Recuerdo lo que dijo el maestro, que era una idea burguesa sobre la

anatomía de la mente del individuo. Hijos todos nosotros de hombres ricos, o casi todos, nos reíamos sin embargo de las ideas burguesas hasta reventar. Bueno —me dije, frunciendo al máximo el ceño y echando terriblemente de menos a Romilayu—, esto es el resultado de una vida llena de acción y vacía de pensamiento. Si tuve que disparar sobre aquel gato, si tuve que hacer saltar por el aire a las ranas, si tuve que levantar a Mummah sin darme cuenta del lío en que me metía, no era tan extraño que me pusiera a hacer el león, rugiendo sobre cuatro patas. Lo mismo hubiera podido estar enterándome del grun-tu-molani bajo la tutela de Willatale. Pero nunca me pesaron mis sentimientos por aquel hombre, por Dahfu; estaba dispuesto a hacer todavía más, si era preciso, para mantener aquella amistad.

Rumiaba todo esto en mi habitación de palacio, cuando entró Tatú, ensombreada con su viejísimo gorro de recluta. Convencido de que venía a llamarme como todos los días, para que yo me reuniera con el rey en la leonera, me levanté pesadamente, pero ella me indicó, con gestos y con palabras, que debía permanecer allí y esperar al rey. Él estaba en camino.

—¿Qué pasa? —pregunté. Sin embargo, no conseguí una explicación, y me arreglé un poco en atención a la visita del rey. Estaba sucio y barbudo, ya que no merecía la pena acicalarse para ponerse de cuatro patas, aullando y arañando la tierra. Pero hoy fui a la cisterna de Mummah y me lavé la cara, el cuello y las orejas, y dejé, de pie en el umbral de mi habitación, que el sol me secara. Lo hizo rápidamente. Con todo eso, me pesó haber mandado tan pronto a Romilayu, porque aquella mañana se me ocurrían muchas más cosas que hubiera querido decirle a Lily. No había escrito todo lo que le tenía que decir, pensé. Yo la amaba. ¡Dios mío! Había vuelto a meter la pata. Pero no tuve mucho tiempo para darle vueltas, pues Tatú cruzaba hacia mí el tosco patio de palacio, gesticulando con ambas manos y gritando: —Dahfu, Dahfu ala-mele. Me levanté y me condujo por algunos pasillos del primer piso al patio exterior del rey. Él estaba ya en su litera, bajo la sombra morada de su gigantesco parasol de seda. Tenía el sombrero de terciopelo en la mano, me hacía señas con él, y cuando me tuvo a su lado, se abrieron sus labios húmedos. Ajustó el sombrero sobre su rodilla levantada y me dijo sonriente:

—Supongo que ya se ha dado cuenta de qué día es hoy.

—Supongo...

—Sí, ha llegado el día. El día del león para mí.

—Conque ya hemos llegado, ¿eh?

—Un macho joven ha comido el cebo. Se ajusta a la descripción de Gmilo.

—Bueno, eso debe ser algo estupendo para usted, si piensa que va reunirse con un ser querido. Sólo quisiera que algo parecido me ocurriera a mí.

—Bueno, Henderson —dijo (aquella mañana disfrutó de un modo especial de mi compañía y conversación)—, ¿cree usted en la inmortalidad?

—Hay muchas almas que le confesarían que no se sentían capaces de soportar aún otra vida.

—¿Lo dice en serio? Claro, usted conoce mejor el mundo que yo. Sin embargo, Henderson, amigo mío, esta ocasión es solemne para mí.

—¿Hay muchas probabilidades de que se trate de su padre, del difunto rey? ¡Ojalá lo hubiera sabido! No hubiera mandado fuera a Romilayu. Se fue esta mañana. Majestad, ¿no podríamos mandar un corredor en su busca?

El rey no me prestó la menor atención y supongo que su excitación era tal, que no le permitía considerar prácticas mis soluciones. ¿Qué era Romilayu para él en un día semejante?

—Usted compartirá conmigo el hopo —me dijo, y yo asentí aunque no sabía de qué se trataba. Se acercó mi propio parasol, aquel hueco, aquella envoltura verde, con unas líneas transversales marcadas en él, que me ayudaban a convencerme de que no se trataba de una visión, sino de un objeto real, pues ¿por qué iba a molestarse una visión en tener aquellas líneas transversales? Sostenían el puño unas enormes manos femeninas. Otros portadores me trajeron la litera.

—¿Es que vamos a correr tras el león en litera? —pregunté.

—Al llegar al matorral, seguiremos a pie —respondió.

Me metí, pues, en la litera de Sungo, con uno de esos gruñidos profundos tan míos, y me dejé hundir en ella. Me parecía que los dos salíamos a atrapar a la fiera con las manos vacías..., a aquel león que había devorado al viejo toro y que nos esperaba dormido en alguna parte de la alta hierba.

Revoloteaban a nuestro alrededor mujeres de cabeza afeitada, histéricas y nerviosas. Se había reunido una multitud populachera, igual que el día de la ceremonia de la lluvia... tambores, hombres pintarrajeados, conchas, plumas y cornetas que ensayaban distintos sonos. Las trompetas medían unos treinta centímetros de largo y tenían las bocas grandes de un metal verde oxidado. Armaban un ruido endiablado; invitaban al miedo. Y así, entre trompetas y bombos y los traqueteos y castañeteos de la partida de moneros que bullían a nuestro alrededor, nos sacaron por las puertas de palacio. Los brazos de las Amazonas temblaban bajo mi peso. Varias personas salieron a mirarme y cuando embocamos las calles del poblado paseaban la mirada por mi litera; entre ellas estaban el Bunam y Horko. Me pareció que este último esperaba que yo le dijera algo. Pero no despegué los labios.

Volví la cabeza para mirarlos con mi enorme cara roja. La barba empezaba a crecerme como una escoba y la fiebre, que me había vuelto a subir, me afectaba los ojos y las orejas. De vez en cuando, un temblor me recorría las mejillas; no podía hacer nada para evitarlo, y me di cuenta de que bajo la influencia de los leones los nervios de mi barbilla y de mi nariz y mandíbula habían sufrido un cambio. El Bunam había salido para decirme algo o para advertirme algo; eso estaba claro. Yo quería reclamarle mi H y H Magnum con la mira telescópica, pero naturalmente no encontré las palabras para «dar» y «fusil». Las mujeres luchaban bajo mi peso; la litera se abultaba peligrosamente por abajo y casi tocaba el suelo. Era demasiada carga para sus hombros, aquel brutal rey blanco de la lluvia, con su cara de borrachín

enrojecida, su casco sucio, sus pantalones chabacanos y sus enormes pantorrillas peludas. La gente jaleaba y aplaudía, saltaba hacia arriba y hacia abajo, envueltos en sus trapos y en sus pieles, ondeando unos trozos de pelo teñido como si fueran gallardetes. Había mujeres con niños recién nacidos que buscaban sus largos pechos lacios, y algunos tipos desdentados o con algunos dientes rotos. Por lo que yo pude deducir, no estaban muy satisfechos de su rey; exigían que trajera a casa a Gmilo, el león adecuado, y que se deshiciera de Atti la hechicera. Él pasó ante ellos sin inmutarse, en su litera. Yo sabía que su cara estaba bañada por la sombra del parasol morado y que llevaba su gran sombrero de terciopelo, por el que sentía tanto cariño como yo por mi casco. Sombrero, pelo y cara se confundían íntimamente bajo la luz coloreada del parasol de seda, y él reposaba tumbado, con la misma majestuosa indolencia que yo había admirado en él desde un principio. Encima de él, como encima de mí, unas manos extrañas sostenían el puño ornamentado del parasol. Ahora el sol pegaba con fuerza y cubría las montañas y las piedras que nos rodeaban de un brillante barniz. Cerca del suelo parecía materializarse casi en una lámina de oro. Las chozas eran agujeros de oscuridad y cubría la paja una luz enfermiza y pobre.

Hasta llegar a los límites del poblado me repetí incesantemente: «¡Realidad! ¡Oh, realidad! ¡Mal rayo te parta!».

Ya en el matorral, las mujeres me colocaron en el suelo y salí de la litera a la tierra quemada. Era una piedra dura y blanca, de aspecto solar. También el rey estaba de pie. Volvió la vista hacia la multitud, que se había detenido junto al muro del poblado. Entre los monteros figuraba el Bunam, y una criatura blanca, un hombre completamente teñido o encalado, le seguía de cerca. Lo reconocí bajo su capa de yeso. Era el hombre del Bunam. El verdugo. Lo identifiqué, pese a su metamorfosis blanca, por las arrugas de su cara encogida.

—¿En qué consiste todo esto? —pregunté, acercándome a Dahfu por encima de aquella piedra dura y de las matas de hierbajos.

—¡Yo qué sé! —dijo el rey.

—¿Siempre se disfraza así en las cacerías de leones?

—No. Según el día, así es el color; depende de lo que anuncian los presagios. El blanco no es color de buen augurio.

—¿Pero qué es lo que están tramando? ¡Vaya despedida que le están haciendo!

El rey se comportaba como si no se le pudiera molestar. Cualquier león humano hubiera hecho lo mismo. Sin embargo, estaba irritado, por no decir traspasado, por todo aquello. Di media vuelta con mucha torpeza para mirar a aquella figura de mal agüero, que había venido a desmoronar la confianza del rey en sí mismo en aquella solemne ocasión; la reunión con el alma de su padre. —Oiga, ¿este blanqueo va en serio? —le pregunté al rey.

Sus ojos, muy separados, parecían tener dos miradas distintas, pero al hablarle, volvieron a unirse en una sola.

—Eso es lo que pretende.

—Señor —dije—, ¿quiere que yo haga algo?

—¿Qué?

—Lo que usted quiera. Es peligroso inmiscuirse en un día como éste, ¿verdad? Debería ser peligroso también para ellos.

—¿Eh? No —me dijo. Ellos viven en un universo antiguo. ¿Y por qué? ¿No es esto parte del trato que hice con ellos? Había en su mirada brillante algo del reflejo dorado de las piedras. Bueno, éste es mi gran día, señor Henderson. Me son indiferentes todos los presagios. Cuando haya atrapado a Gmilo, ya no podrán abrir la boca.

—¡Al diablo sus maldiciones, no es más que una superstición estúpida! Bueno, majestad, si usted opina esto, adelante.

Miré a mi alrededor. El aire era cada vez más caliente y parecía que pidiera prestado su color a las piedras y a las plantas. Yo esperaba que el rey hablase duramente al Bunam y a su seguidor de color pesimista, pero sólo hizo un comentario. Su cara aparecía redonda bajo el sombrero de terciopelo de ala ancha y la copa variaba suavemente de color. Los parasoles se habían quedado atrás. Las mujeres del rey, de distintas alturas, estaban junto al muro del poblado; nos vigilaban y gritaban cosas (nos despedían, supongo). Las piedras eran cada vez más pálidas con el creciente calor. Las mujeres emitían extraños gritos de amor, de aliento, de advertencia o de adiós. Saludaban, cantaban y balanceaban hacia arriba y hacia abajo los parasoles. Los monteros, silenciosos, no nos esperaban, sino que avanzaban con sus cornetas, sus lanzas, sus tambores y sus sonajas, formando un solo cuerpo. Eran sesenta o setenta, y se adelantaron en masa, pero después se dispersaron gradualmente entre los matorrales. Empezaron a extenderse como hormigas por los hierbajos dorados y las piedras de la ladera. Estas piedras, que ya he descrito, parecían precipitadas desde arriba por una fuerza desconocida.

Al irse los monteros, quedamos solos el Bunam, el mago del Bunam, el rey y yo, el Sungo, aparte de tres servidores con lanzas. Estábamos a unos treinta metros del pueblo.

—¿Qué les ha dicho? —le pregunté al rey.

—Le dije al Bunam que a pesar de todo yo lograría mi propósito.

—Se merecen un puntapié en el trasero —dije, mirando a los dos tipos con cara de malos amigos.

—Venga, amigo Henderson —dijo Dahfu, y echamos a andar. Los tres hombres con lanza nos siguieron.

—¿Qué hacen aquí estos tipos?

—Tienen que ayudar en la maniobra del hopo —dijo—, ya lo verá cuando lleguemos a la parte estrecha. Ésta será la mejor explicación.

Mientras bajábamos a la hierba alta, levantó su cara inclinada y olfateó el aire con su nariz respingona. También yo aspiré una buena bocanada. Seco y fino, un olor

parecido al azúcar fermentado. Empecé a advertir la vibración de los insectos que tocaban sus instrumentos ocultos bajo los tallos, justo en el punto donde se concentraba el calor.

El rey empezó a andar muy aprisa, casi a saltos, y mientras los lanceros y yo le seguíamos, se me ocurrió que aquella hierba era lo bastante alta para ocultar a cualquier animal que no fuera un elefante y que yo no llevaba ni un miserable alfiler para defenderme.

—¡Rey! —llamé—. Chist. Espere un momento. Pero no me atreví a levantar la voz, porque presentía que no era ocasión adecuada para armar un alboroto. Probablemente a él no le gustó, porque no se detuvo, pero yo seguí llamándolo en tono muy bajo, y por fin me esperó. Le miré excitadísimo a los ojos, esperé unos momentos para recobrar el aliento y le dije: —¿Ni siquiera un arma? ¿Con las manos vacías? ¿Acaso esperan que agarre usted al animal por el rabo?

Decidió tener paciencia conmigo. Puedo jurar que yo vi cómo tomaba esta decisión. —El animal, y espero que sea Gmilo, está probablemente dentro del área del hopo. Ahora escúcheme, Henderson, yo no puedo ir armado, ¿y si hiriera a Gmilo? Hablaba de esta posibilidad con horror. Yo no me había dado cuenta hasta este momento de lo profundamente excitado que estaba (¿cómo se me pudo escapar?); no lo supe entrever en su tono cordial.

—¿Qué pasaría?

—Me exigirían la vida, a cambio del daño causado a un rey todavía vivo.

—¿Y yo? ¿Es que tampoco me está permitido defenderme?

Tardó unos momentos en responder. Por fin dijo: —Usted está conmigo.

Después de esto, no quedaba nada más por decir. Decidí que haría lo que pudiera con mi casco, como por ejemplo golpear al animal en el hocico para desconcertarlo. Murmuraba entre dientes que estaría mejor en Siria o en el Líbano, como un simple estudiante, y aunque no hablaba claramente, él debió comprenderme porque me dijo:

—Oh, no, Henderson Sungo. Soy un hombre de suerte y usted lo sabe. Y reanudó la marcha con sus pantalones ajustados. Los míos resultaban un estorbo para correr tras él. En cuanto a los tres hombres de las lanzas, me inspiraban poquísima confianza. Esperaba que en cualquier momento el león se plantaría ante mí, como una erupción de fuego, me tiraría al suelo y me desgarraría en llamas de sangre. El rey subió a una piedra y me ayudó a subir a su lado. —Estamos cerca de la pared norte del hopo. La señaló. Estaba hecha de espinos punzantes y de toda clase de plantas muertas, que, bien amontonadas, alcanzaban un grosor cercano a un metro. Crecían allí unas flores vulgares y mortecinas; eran rojas y anaranjadas y estaban moteadas de negro en el centro. Me daba dolor de garganta sólo el mirarlas. El hopo era una especie de triángulo o embudo. Estaba abierto en la base y en la cúspide estaba la trampa. Sólo uno de los dos lados era obra humana, el otro era una formación natural de piedra, probablemente la ribera de un viejo río, que se elevaba hasta alcanzar la altura de un precipicio. Junto al alto muro de matas y espinos había un sendero que

los pies del rey supieron encontrar bajo la hierba amarilla y dura. Anduvimos hacia la parte estrecha del hopo sobre los restos de ramas rotas y enredaderas retorcidas. La figura del rey se ensanchaba desde sus muslos escurridos y alcanzaba una proporción enorme en los hombros. Pisaba firme con sus fuertes piernas y sus pequeñas nalgas se marcaban al andar.

—Tiene mucha prisa en vérselas con ese animal.

Creo a veces que sólo se puede sentir placer cuando uno impone su voluntad y estaba convencido de que el rey había asimilado esto de los leones. A pesar de todo lo que se haya dicho hasta ahora, el placer consiste en hacer la voluntad de uno. Yo me arrastraba tras él movido por su grandeza, por su brillantez y por su enorme vitalidad, que se manifestaba en aquella sombra especial, nebulosa y de un azul vibrante. Me arrastraba tras él porque estaba empeñado en hacer su voluntad. Lo seguí, pues, torpemente, sin una sola arma para protegerme, a no ser que utilizara el casco o que me bajara los pantalones verdes y atrapara al animal en ellos... desde luego eran lo bastante grandes para que cupiera entero.

Dahfu se paró, se volvió hacia mí y me dijo: —También usted ardía cuando llegó el momento de levantar a Mummah.

—Tiene razón, majestad. ¿Pero acaso sabía lo que hacía? No.

—Pero yo sí lo sé.

—De acuerdo, rey, no es asunto mío adivinarlo. Yo haré lo que usted diga. Pero cuando me dijo que el Bunam y el tipo de la pintura blanca vivían en el viejo mundo, supuse que usted estaba fuera de él.

—No, no. ¿Conoce usted un modo para cambiar esa situación? No lo hay. Aunque en los momentos supremos no existe ya lo viejo ni lo nuevo; existe sólo una esencia, capaz de sonreír ante nuestro arreglo..., capaz de sonreír incluso ante el ser humano. Tan arraigado está. Y sin embargo, hay que permitirle a la vida una jugada. Uno tiene que hacer cualquier arreglo —yo no acababa de comprender su razonamiento y por lo tanto no me atreví a interrumpirle y lo dejé terminar. Para Gmilo, el león Suffo era su padre y para éste lo fue su abuelo. Gmilo es mi padre. Así tiene que ser, puesto que yo voy a ser rey de los wariri. De otro modo, ¿cómo voy a ser rey?

—Está bien, yo lo comprendo, rey —dije, y añadí en un tono tan fogoso que hubiera podido interpretarse lo que sigue como una serie de amenazas—: ¿Ve estas manos? Son sus manos de repuesto. ¿Ve este pecho? —y me puse la mano en el pecho. Es su reserva. Majestad, en el caso de que algo ocurra, quiero que usted sepa cuáles son mis sentimientos. Estaba profundamente emocionado y empecé a sentir el sufrimiento en la cara. Como me daba cuenta de la nobleza de aquel muchacho, luché para evitarle la vulgaridad de mis emociones. Todo esto ocurría a la sombra de la pared del hopo, bajo el entrelazado de rígidos espinos. El sendero estrecho, contiguo al muro del hopo, era negro y dorado, igual que la hierba cuando arde a pleno día y el calor se hace visible.

—Gracias, señor Henderson. Ya he comprendido lo que siente —y después de vacilar un rato en silencio me dijo—: ¿Me atrevo a adivinarlo? A usted le preocupa la muerte, ¿verdad?

—Desde luego me preocupa.

—Y mucho. Es usted muy dado a ello.

—He tropezado varias veces con ella a lo largo de los años.

—Excepcionalmente, excepcionalmente —dijo, como si estuviera discutiendo uno de mis problemas conmigo. A veces pienso que es una ayuda pensar en un entierro y en su relación con la profundidad de la corteza terrestre. ¿Cuál es su radio? Unos setecientos u ochocientos kilómetros hasta el centro de la tierra. No, la sepultura no es profunda, es insignificante; queda a pocos metros de la superficie y muy cerca de los temores y de los deseos. Más o menos el mismo miedo, más o menos los mismos deseos, a lo largo de miles de generaciones. Hijo y padre, padre e hijo, siempre lo mismo. El miedo es el mismo. El deseo es el mismo. Sobre la corteza, bajo la corteza otra vez y otra y otra. Diga, Henderson, ¿para qué están ahí las generaciones? Explíquemelo. ¿Sólo para reiterar el mismo miedo y el mismo deseo, sin cambio alguno? No puede ser que sea para esto, una y otra y otra vez. Cualquier hombre que valga algo intentará romper el ciclo. No hay escapatoria de este ciclo para un hombre que no sea capaz de asumir las cosas y tomarlas en su propia mano.

—¡Oh, rey, espere un minuto! Con una sola vez que se ofusque un individuo, ya basta. ¿Tiene que haber setecientos u ochocientos o novecientos kilómetros para llegar a la sepultura? ¿Cómo puede hablar así?

Pero yo lo entendía igual. Lo único que se aprecia en la gente es deseo, deseo, deseo, saliendo a borbotones de sus pechos, y temor, temor, que golpea y golpea. ¡Ya basta! Ya ha llegado la hora de la verdad. Ya es hora de que se oiga algo que valga la pena. De lo contrario se cae, como una piedra que rueda cada vez más de prisa, de la vida en la muerte. Exactamente como una piedra, disparada directamente a la nada, y repitiendo hasta el fin quiero, quiero, quiero. Después un choque contra la tierra y hundirse en ella ¡para siempre! Bajo aquel sol africano, del que me resguardaba la pared de espinos entrelazados, pensaba: «La verdad es que es un placer que objetos desagradables como los espinos hagan algo por uno». Bajo las púas negras, que los matorrales entretejían como un encaje sobre nuestras cabezas, pensé largamente en las palabras del rey y estuve de acuerdo: la sepultura era poco profunda. No se puede penetrar muchos kilómetros sin encontrar la parte fluida de la tierra. Creo que consta principalmente de níquel... níquel, cobalto y una amalgama de alquitrán, o de lo que sea, que se llama magma. Todo en un estado como si lo hubieran arrancado del mismo sol.

—Vamos —dijo. Y le seguí más a gusto, después de esta breve charla. Tenía la capacidad de convencerme de casi todo. Acepté por él la disciplina de parecerme a un león. Y pensaba que sí, que podía cambiar. Estaba dispuesto a superar mi vieja

personalidad. Y quizá un hombre tuviera que adoptar un modelo nuevo para conseguirlo; quizá tuviera que engañarse a sí mismo durante algún tiempo, hasta que estuviera en marcha el cambio; es su propia mano la que vuelve a pintar sobre aquel cielo pintado ya en tantas ocasiones. Nunca llegaría a león, lo sabía, pero a lo mejor sacaba alguna ventaja inesperada de aquel experimento.

No tengo la seguridad de haber anotado con exactitud todo lo que me dijo el rey. Acaso, para que yo pudiera entenderlo, he estropeado un poco su pensamiento.

Pero lo cierto es que lo seguí, con las manos vacías, hacia el fondo del hopo. Probablemente habían levantado ya al león, pues los monteros, a unas tres millas, habían empezado con sus ruidos. Sonaban muy distantes, perdidos entre las listas doradas del matorral. Flotaba ante nosotros, en el aire azulado, un calor ondulante y adormecedor. Había que entrecerrar los ojos para protegerse de los rayos y reflejos del sol. Vi de repente que la pared del hopo tenía un trozo más alto. Se trataba de un refugio cubierto, que se apoyaba en una plataforma, suspendida en el aire a unos ocho o nueve metros del suelo. Colgaba de ella una escalerilla de sarmientos y el rey se agarró ávidamente a aquel armatoste de aspecto endeble. Empezó a subir por ella a la manera de los marineros, por el lado, sin vacilar y tirando fuertemente de sí mismo. Desde la hierba y las fibras reseca del umbral, me dijo: —Agárrese, señor Henderson. Se había agachado para ofrecerme la escalera y vi aparecer su cabeza, con el sombrero adornado con dientes cosidos, justamente encima de sus rodillas robustas. La enfermedad, la angustia y el miedo al peligro se agolparon dentro de mí. En vez de una respuesta, surgió de mi interior un sollozo. Debió agazaparse allí dentro desde una época muy lejana, pues fue magnífico y surgió de lo más hondo, como una enorme burbuja marina del fondo del Atlántico.

—¿Qué le ocurre, señor Henderson? —dijo Dahfu.

—Dios sabrá.

—¿Le pasa algo?

Mantuve la cabeza baja y negué con ella. Todos aquellos rugidos lanzados por mí habían aflojado algo en mi estructura y me habían liberado de algunas cosas que ocupaban un lugar en lo más profundo. Pero no era ésta ocasión de molestar al rey, en su gran día de alegría.

—Ya voy, majestad —dije.

—Espere un minuto y recobre el aliento si es necesario.

Paseó por la plataforma, cubierto por aquella choza suspendida, y después se acercó otra vez al borde. Miró hacia abajo, y hacia la frágil bóveda de paja. —¿Ahora?

—¿Soportará el peso de los dos?

—Ea, venga ya, Henderson —dijo.

Me agarré a la escalera y empecé a subir, colocando los dos pies en cada travesaño. Los lanceros se habían quedado esperando a que yo, el Sungo, me reuniera con el rey. Cruzaron ahora bajo la escalera y quedaron plantados en una esquina del

hopo. Aquí, en su parte final, la construcción era, aunque primitiva, muy cuidadosa, dejarían caer una verja para atrapar al león, después de dejar que la otra caza pasara de largo, y los lanceros pincharían al animal y lo situarían de modo que Dahfu pudiera capturarlo.

Por la escalera frágil que se bamboleaba bajo mi peso, llegué a la plataforma y me senté en el suelo de travesaños. Era un barquichuelo, pero navegaba en el calor y no en el mar. Empecé a considerar la situación: todo aquel armatoste no era más grande que un dedal, si se comparaba con el tamaño de un león adulto.

—¿No hay más que esto? —le pregunté al rey después de estudiar el lugar.

—Lo que usted ve —me respondió.

Encima de la plataforma, aquella concha hueca de paja, y en la abertura del hopo vi suspendida una jaula, a la que habían atado, por la parte baja, unos pesos de piedra. Tenía la forma de una campana y estaba hecha de sarmientos semiflexibles, que eran, sin embargo, fuertes como cables. Una cuerda de enredadera pasaba por una polea suspendida en un palo. Este palo estaba atado por uno de sus extremos a la copa del árbol, que hacía de techo de la choza, y por el otro a la pared del precipicio, a unos tres o cuatro metros de altura. Debajo había otro palo, que salía del suelo de la choza y estaba también sujeto, por el otro lado, a la roca. Sobre este palo, a modo de cuerda floja —y no tenía una anchura mayor que mi muñeca, si es que llegaba a tanto—, se balancearía el rey con la cuerda y la red en forma de campana, y cuando obligaran al león a meterse allí, Dahfu tenía que intentar dejar caer la red justo encima de él. Luego, al soltar la cuerda, se suponía que ya lo tenía atrapado.

—¿Esto...?

—¿Qué le parece? —me preguntó.

Yo no tenía ánimo para hacer muchos comentarios. Y aunque luchaba contra mis sentimientos, porque no quería que se me notaran, precisamente en aquel día tan excepcional, se veía claramente que sufría por ellos.

—Aquí capturé a Atti.

—¿Sí? ¿Con los mismos aparatos?

—Y Gmilo atrapó a Suffo.

—Haga caso de un... yo ya sé que soy poca cosa... pero lo aprecio una barbaridad..., majestad... no...

—¿Pero qué le pasa a su barbilla, señor Henderson? Se mueve arriba y abajo.

Sujeté mi labio inferior con los dientes. Y después de unos momentos dije: —Majestad, perdóneme. Preferiría abrirme la cabeza, antes de perder la moral en un día como hoy. Pero ¿hay que hacer todo esto desde aquí arriba?

—A la fuerza.

—¿No puede introducirse una innovación? Yo estoy dispuesto a lo que sea..., a drogar a este animal..., a darle un soporífero...

—Gracias, Henderson —me dijo.

Creo que su delicadeza conmigo era mayor que la que yo merecía. No me recordó

con palabras que él era rey de los wariri. Pero yo mismo recordé inmediatamente el hecho. Me permitía estar presente..., ser su compañero. Yo no podía meter baza.

—Oh, majestad...

—Sí, Henderson. Ya lo sé. Es usted un hombre de grandes cualidades. Ya me había dado cuenta.

—Temía que, a lo mejor, yo encajaba en una de las peores clasificaciones que hace usted de los tipos.

Esto lo hizo reír un poco. Estaba sentado con las piernas cruzadas, a la puerta de la choza, ante el hopo y el barranco, y empezó a enumerar, en parte para sí mismo: — La angustia, el apetito, el vacío y todo eso... No, le prometo, Henderson, que nunca lo había clasificado en un grupo malo. Es usted muy complejo. Quizá tiene mucho de angustia. Un pequeño toque de Lázaro. Pero no acabo de encasillarlo. Ninguna etiqueta le corresponde del todo. Quizá sea porque somos amigos. Uno ve muchas más cosas en los amigos. Las etiquetas no valen para los amigos.

—Tuve demasiada relación, por desgracia, con determinados bichos —le dije. Si pudiera volver atrás, sería muy distinto.

Estábamos sentados sobre la frágil plataforma, bajo la techumbre de paja dorada. La luz llegaba finamente tamizada al suelo. Esperábamos, agazapados, bajo la fiebre y la paja. El olor de las plantas nos llegaba a bocanadas, transportado por el calor de aquel aire azulado, y, debido a la fiebre, tuve la sensación de haber encontrado, allí, suspendido en el aire, el punto en que se distingue la materia de la luz. Me daba perfecta cuenta de lo que me salía de dentro, y me pareció oír, en la parte externa, lloros y gemidos. Incapaz de soportar esta sensación que me producían las cosas, me levanté y puse un pie en el palo en el que debía guardar el equilibrio el rey.

—¿Qué hace?

Yo lo estaba probando y le dije:

—Me aseguro de las intenciones del Bunam.

—No se quede ahí, Henderson.

Mi peso abombaba el palo, pero no se oía que crujiera; era una madera muy dura y yo quedé satisfecho de la prueba. Volví a la plataforma y nos sentamos uno junto al otro, encogidos, fuera de la pared de hierbajos de la choza, en una estrecha prolongación de la plataforma, casi al alcance de la mano la trampa con los pesos que esperaba colgada. Teníamos ante nosotros el barranco de piedra, y mirando en esa dirección, más allá del hopo, por encima de los lanceros que aguardaban, vi un pequeño edificio de piedra en lo más hondo del precipicio. No lo había visto antes porque había, en aquel precipicio o barranco, un bosquecillo de cactus, que daban un capullo o grano o flor roja. Ese bosquecillo lo escondía parcialmente de mi vista.

—¿Vive alguien allí abajo?

—No.

—¿Está abandonado? ¿Vivía alguien? En nuestra comarca la agricultura se ha ido al diablo y se encuentran casas abandonadas por todas partes —le dije. Pero este

lugar es terrible para vivir en él.

La cuerda que sostenía aquella red o especie de jaula estaba atada al extremo del pilar y el rey apoyaba la cabeza en el nudo. —No es morada de vivos —me dijo—, sin mirar hacia el edificio.

¿Una tumba?, pensé. ¿De quién?

—Vienen muy rápido. ¡Ah! ¿Los ve usted? Se oyen muy cerca. Se levantó y yo también me levanté. Me protegí los ojos del sol yforcé la vista.

—No, no veo nada.

—Yo tampoco, Henderson. Ésta es la parte más difícil. He esperado esto durante toda mi vida y ahora estamos ya en la última hora.

—Bueno, majestad —le dije—, para usted debe ser fácil. Ha tratado a estos animales toda la vida. Se le ha criado para esto; es usted un profesional. Me encanta contemplar a un hombre que es bueno en su profesión. Lo mismo si es un deshollinador que un limpiabotas o un albañil o cualquier tipo con los nervios templados y el cuerpo disciplinado... No me inspiraba ninguna confianza, cuando empezó aquel baile con las calaveras, pero después de verle un momento, hubiera apostado por usted hasta la camisa. Y saqué la cartera que guardaba en el interior de mi casco, para hacerle más agradables aquellos momentos. Mientras se oía cada vez más próximo el rumor de las trompetas y del tambor, y estábamos sentados allí arriba, como si hubiéramos naufragado en aquella atmósfera luminosa. —Majestad, ¿le he enseñado alguna vez las fotografías de mi mujer y de mis hijos? Empecé a buscarlas en mi cartera abultada. Tenía mi pasaporte y cuatro billetes de mil dólares, pues no quería correr el riesgo con cheques de viajero en África. —Ésta es mi esposa. Gastamos mucho dinero en hacerle un retrato y surgieron dificultades. Le supliqué que no lo colgara y estuvo a punto de tener un ataque de nervios. Pero esta fotografía de ella es preciosa. Lily llevaba un vestido de lunares muy escotado. Parecía muy alegre. Precisamente me sonreía a mí, porque era yo el que estaba detrás de la cámara. Me estaba diciendo cariñosamente que yo era un tonto; probablemente yo había estado haciendo el payaso. Gracias a la sonrisa, tenía las mejillas llenas y los pómulos altos. En la fotografía no se notaba su color pálido y puro. El rey la cogió. Y desde luego había que quitarse el sombrero ante un hombre que, en un momento como aquél, era capaz de contemplar el retrato de Lily.

—Es una persona muy seria —dijo.

—¿Cree usted que tiene el aspecto de la mujer de un médico?

—Creo que tiene aspecto de ser la esposa de cualquier hombre serio.

—Pero sospecho que no llegaría a un acuerdo con usted sobre la especie, majestad, pues decidió que yo era el único hombre del mundo con el que ella se casaría. Ya sabe, un marido, un dios. Bueno, éstos son los niños...

Miró a Ricey y a Edward, a la pequeña Alice en Suiza, y a los mellizos, sin hacer ningún comentario. —No son idénticos, majestad, pero a los dos les salió el primer diente el mismo día. En el siguiente compartimiento de la cartera había una fotografía

de mí mismo. Llevaba la bata roja, el gorro de caza, y tenía el violín bajo la barbilla y una expresión en la cara que nunca había observado hasta entonces.

Busqué rápidamente el certificado de mi medalla como herido de guerra.

—¿Oh, de veras? ¿Conque es usted el capitán Henderson?

—No estoy en activo. A lo mejor le gustaría ver mis cicatrices, majestad. Fue con una mina enterrada. Y no fui yo el que llevó la peor parte. Me lanzó unos siete metros. Ahora ya no se ve la cicatriz del muslo, porque está hundida y el pelo ha crecido sobre ella y la esconde. La herida mala de verdad es la de la tripa. Me empezaron a salir por ella las entrañas. Yo mismo me las aguanté y anduve, doblado en dos, hasta el puesto de socorro.

—¿Está usted muy satisfecho de esto, Henderson?

Siempre decía cosas así, con las que apuntaba nuevas perspectivas. He olvidado algunas de ellas. Pero recuerdo que una vez me pidió mi opinión sobre Descartes. —¿Está usted de acuerdo con la teoría de este hombre de que el animal es una máquina sin alma? O bien me preguntaba: —¿Cree usted que Jesucristo es todavía una fuente de tipos humanos, como prototipo, Henderson? He pensado muchas veces que mis tipos físicos, como la angustia, el apetito y demás, son posiblemente formas degeneradas de grandes tipos originales, como Sócrates, Alejandro, Moisés, Isaías, Jesús... Ésa era su forma desconcertante de conversar.

Observó que yo era muy raro en lo que se refiere a preocupaciones o al sufrimiento. Y sí, yo me daba cuenta de lo que él me decía, mientras esperábamos allí, sentados sobre aquellos palos, junto al extravagante montón de paja, un esqueleto vegetal, grotesco, reseco, peludo y punzante. Mientras esperaba para lograr el mayor anhelo de su corazón, me decía que, entre todas las cosas que me rodeaban, la que yo estaba más cerca de adorar era el sufrimiento. Creedme, yo lo conocía bien, y a pesar de que era un hombre extraño, yo comprendía lo que él quería decir. Era verdad, yo *estaba* enormemente orgulloso de mi sufrimiento. Estaba convencido de que nadie en el mundo podía sufrir tanto como yo.

Pero ya no pudimos seguir charlando juntos tranquilamente; el ruido estaba demasiado cerca. El rumor de las chicharras subía hasta nosotros en espirales verticales, como columnas de alambre, brillante y delgadísimo. Ahora, los ruidos más débiles no se oían ya en absoluto. Los monteros, en el fondo del hopo, levantaron la puerta enrejada para que huyeran los animales que los monteros habían asustado. Pues las hierbas del matorral empezaron a temblar, como tiembla el agua cuando una red abarrotada de peces se acerca a la superficie.

—Mire hacia allí —dijo Dahfu. Señaló hacia el lado del barranco. Corrían junto a él unos ciervos de cuernos retorcidos. No distinguí si eran gacelas o antílopes. Un macho iba a la cabeza. Tenía los cuernos grandes y retorcidos, parecidos a cristal ahumado, y daba brincos aterrado. Jadeaba y los ojos se le salían de las órbitas. Apoyado sobre una rodilla, Dahfu vigilaba la hierba en busca de señales. Miraba por encima de su antebrazo, de modo que su nariz quedaba casi oculta. Los animalitos de

menor tamaño formaban corrientes en la hierba. Bandadas de pájaros ascendían rectos hacia el cielo, como masa de notas musicales. Volaban hacia el barranco y se adentraban en la profundidad. Los ciervos trotaban debajo de nosotros. Miré y vi que había unos tablones en el fondo. No me había dado cuenta antes. Se levantaban a unos quince o veinte centímetros del suelo, y el rey dijo: —Sí. Después de la captura se ponen unas ruedas para que el animal pueda ser transportado. Se agachó y dio instrucciones a los lanceros. Cuando se inclinaba yo sentía ganas de agarrarlo, pero nunca había tocado su persona y no estaba seguro de que fuera correcto.

Detrás del macho y de tres hembras que pasaron apretujándose por la estrecha abertura del hopo, con el corazón a punto de estallarles de terror, llegó una multitud de bestezuelas. Se precipitaban a la abertura como emigrantes. Con más cautela, apareció una hiena, y al contrario de los otros animales, que no sabían que nosotros estábamos allí, aquel bicho clavó la mirada en los dos hombres que ocupábamos la plataforma y lanzó una aguda risotada, como un murciélago. Busqué algo a mi alrededor para tirarlo contra ella. Pero no había nada en la plataforma y le escupí.

—¡Allí está el león... el león, el león! El rey se había puesto de pie y señalaba. A unos cien metros de distancia, observé un lento movimiento en la hierba. No era la precipitación de los animales pequeños, sino los andares pesados y ondulantes de un cuerpo robusto.

—¿Cree que será Gmilo? ¿Eh, eh?... ¿Está aquí? Usted le puede, rey. Estoy seguro.

Yo me había puesto de pie en el estrecho borde de la plataforma, que sobresalía por debajo del muro de espinos, y gesticulaba arriba y abajo con el brazo mientras hablaba.

—Henderson... no haga eso —me dijo.

De todos modos, di un paso hacia él, y entonces me gritó; estaba enfurecido. Me puse, pues, en cuclillas y cerré la boca. Mi sangre hervía a causa de la fiebre y me parecía sentirla fluir abiertamente hasta el sol.

Entonces el rey se colocó sobre el palo delgado y enroscó con dos vueltas la cuerda de la jaula alrededor de su brazo. Empezó a deshacer el nudo contra el que había descansado su cabeza durante nuestra espera. La jaula, hecha de un tejido irregular de plantas trepadoras, tenía colgadas en la parte más rígida de su fondo unos pesos de piedra, que parecían cascos de caballo. A no ser por las piedras, aquel aparato apenas tenía fuerza; estaba tan cerca de convertirse en aire como lo está un buque de guerra portugués de convertirse en agua. El rey se había quitado el sombrero porque le molestaba y alrededor de su pelo rizado, que apenas levantaba un centímetro sobre la cabeza, parecía condensarse el azul de la atmósfera. Lo mismo que ocurre cuando enciendes unos palos en el bosque y el azul se acumula alrededor de estos palos negros.

La luz deformaba mi cara, pues estaba expuesto a ella, colgado en la punta del hopo como una gárgola. La luz tenía tanta fuerza que podía producir quemaduras. Y

sin embargo, a pesar del ruido que armaban los monteros, las chicharras seguían dale que dale, enviando hacia arriba aquellas espirales tan suyas. En el lado del hopo formado por el barranco, la piedra demostraba su constancia y parecía susurrar que no dejaría pasar a nadie por ella. Ante ella todo tenía que detenerse. Los pequeños capullos de los cactus del barranco, si se les puede llamar capullos y no bayas, eran de un rojo brillante. Las espinas me pinchaban. Todas las cosas parecían hablarme. Me pregunté en silencio en qué radicaba la seguridad de aquel rey, al que se le había metido en la cabeza la idea alocada de atrapar leones. Pero no obtuve respuesta. El lenguaje de las cosas no estaba hecho para estos fines. Hablaban sólo de sí mismas, cada una de acuerdo con su propia ley, afirmando lo que eran; pero no decían una sola palabra referente al rey. Así pues, me quedé allí agazapado, enfermo de calor y de miedo. Mi sentimiento por Dahfu había apretujado todos los otros elementos que yo llevaba dentro de mí, y en aquel momento ejercían su presión sobre ciertos órganos.

Con golpes y trompetazos, alboroto y gritos, llegaron los monteros. Los últimos se elevaban a saltos sobre la hierba, que les llegaba hasta los hombros, y locaban notas perversas en aquellas cornetas oxidadas de metal verdoso. Dispararon tiros al aire, quizá con mi propio H y H Magnum telescópico. Y los que iban delante agitaban sus lanzas y apuntaban con ellas sin orden ni concierto.

—¿Ha visto usted, señor Henderson...? Una melena. Dahfu se inclinó hacia delante sobre el palo, la cuerda en la mano, y los pesos de piedra chocaron unos contra otros sobre su cabeza. Yo no podía soportar verle allí, guardando el equilibrio sobre un palo miserable y con aquel montón de piedras estrepitosas sostenidas a unos centímetros de su cabeza por aquella especie de polea. Bastaba una de ellas para dejarlo seco.

—Rey, no puedo soportarlo. Por amor de Dios, tenga cuidado. No se puede jugar con este armatoste. Ya era bastante, me dije a mí mismo, que aquel hombre extraordinario tuviera que arriesgar su vida en aquel invento primitivo; sólo faltaba que hiciese aún más peligrosa la situación. Y sin embargo es posible que no existiera un modo más seguro de hacerlo. La verdad es que se balanceaba sobre el palo con la pericia de un experto. Los pesos de piedra dibujaban círculos con una fuerza irregular, cada vez que el rey tiraba de la cuerda. Aquel armatoste complicado y rudimentario daba vueltas y más vueltas, como un tiovivo, y la sombra de la jaula repetía las mismas vueltas sobre el suelo.

Durante unos veinte segundos, sólo fui capaz de darme cuenta a medias de dónde estaba y de lo que ocurría. Me limité a vigilar atentamente al rey, dispuesto a precipitarme tras él si caía. Entonces, en el momento en que estaba a punto de recuperar la conciencia, se oyó un alarido, y miré hacia abajo desde mi percha de paja... Estaba de rodillas y vi la cara enorme, furiosa y melenuda del león. Era una pura arruga y entre aquellas arrugas se escondía un asesino. Los labios dejaban ver las encías, y el aliento del animal llegó hasta mí, ardiente como una disputa, violento

como la sangre. Entonces empecé a hablar en voz alta. —Oh, Dios mío, a pesar de lo que creas de mí, no me dejes sucumbir en esta carnicería. Cuida del rey. Muestra con él tu piedad. Y añadí, o añadió mi pensamiento, como una coletilla, que eso era lo único que le faltaba a la humanidad: que su imagen se convirtiera en la del animal feroz que yo tenía debajo de mí. Intenté convencerme a mí mismo, influido por la luminosidad de aquellos ojos enfurecidos, que sólo una visión podía convertirse en algo tan real. Pero no se trataba de una visión. No cabía duda de que los rugidos de aquel animal eran la voz de la muerte. Y pensé en cómo había alardeado ante mi querida Lily de mi amor a la realidad. «La amo mucho más que tú», había dicho. ¡Pero ah, la irrealidad! ¡Irrealidad! ¡Irrealidad! Ésta ha sido mi artimaña para conseguir una vida angustiada pero eterna. Y esta artimaña se esfumaba ante la garganta del león. Su voz fue para mí un golpe en la nuca.

La verja había caído. Pequeñas bestezuelas escapaban todavía por los agujeros, como destellos de pelaje, saltando y escurriéndose y moviendo la cola desesperadamente. El león se precipitó por debajo de nosotros y se lanzó con todo su peso contra las rejas. ¿Sería Gmilo? Me habían dicho que le habían señalado a Gmilo las orejas siendo cachorro, antes de que el Bunam lo soltara. Pero claro, había que coger al animal para poder examinarle las orejas. Era posible que se tratara de Gmilo. Desde detrás de la barrera los hombres le pinchaban con sus lanzas mientras él se debatía en la verja e intentaba morderlos. Pero eran demasiado astutos para él. Cuarenta o cincuenta puntas de lanza, de los hombres que estaban en primera fila, lo hostigaban y se acercaban a él, mientras que los de atrás le tiraban piedras, que hacían que el animal sacudiera su enorme cabeza, con aquella melena amarilla que daba a su parte delantera un aspecto gigantesco. Su vientre escurrido tenía un fleco de pelo, y lo mismo sus patas delanteras, como los pantalones de un vaquero. En comparación con este animal, Atti no abultaba más que un lince.

Balanceándose en el palo sobre sus zapatillas, Dahfu soltó una vuelta de la cuerda que llevaba enroscada al brazo. La red dio un sacudida y el movimiento y el entorchocar de las piedras llamaron la atención del león. Los monteros le gritaron a Dahfu. —¡Yenitu lebah! Él los ignoró, se agarró fuertemente a la cuerda y dio la vuelta alrededor de la red, que ahora quedaba a la altura de sus ojos. Las piedras golpeaban unas contra otras mientras el aparato daba vueltas; el león se levantó sobre sus patas traseras y lanzó un zarpazo a los pesos. Entre los monteros destacaba el hombre del Bunam, pintado de blanco, que se adelantó corriendo y golpeó al animal en la mejilla con la lanza. De pies a cabeza iba revestido de aquel blanco sucio, incluso su pelo estaba recubierto de aquella pasta de yeso. Sentí el peso del león contra los postes que sostenían la plataforma. No eran más gruesos que zancos y vibraban cuando el animal se lanzaba contra ellos. Pensé que la construcción se vendría abajo y me agarré al suelo, esperaba precipitarme de un momento a otro en el vacío, como una de esas torres de agua que un tren de mercancías deshace en mil pedazos al descarrilar y convierte en una tonelada de agua que estalla en mil chorros

en el aire. El palo se balanceaba bajo los pies de Dahfu, pero él guardaba el equilibrio estabilizándolo con la cuerda en la mano.

Hubiera querido gritarle al rey: «¡Dios santo! ¿Dónde nos hemos metido?».

Volvieron a lanzar un espeso huracán de piedras. Algunas se estrellaron en la pared del hopo, pero otras dieron en el animal y lo obligaron a meterse bajo los pesos giratorios de la maldita red de enredadera. ¡Que Dios confunda a todas las enredaderas y plantas trepadoras! El rey empezó a descolgarse, al tiempo que empujaba y maniobraba la campana de nudos y de piedras.

Me liberé durante un momento de mi mudez. Me volvió la voz y le grité: —Rey, tómelo con calma. ¡Mucho cuidado con lo que hace! Entonces se me formó un nudo en la garganta aproximadamente del tamaño de un huevo de zurcir.

La única prueba que tenía de que la vida continuaba, era que conservé la vista. Durante un rato todo lo demás dejó de funcionar.

El león se levantó sobre sus patas traseras y volvió a precipitarse contra la red que descendía. Ahora la tenía a su alcance y las garras se le enredaban en ella. Antes de que pudiera soltarse, el rey dejó caer la trampa. La cuerda bajó de golpe de la polea, los pesos cayeron sobre las tablas con el estrépito de una tropa de caballos, y el cono cayó sobre la cabeza del león. Yo estaba tumbado de bruces, el brazo extendido hacia el rey. Pero él se acercó al borde de la plataforma sin mi ayuda y gritó: —¡Qué le parece! ¡Henderson, qué le parece!

Los monteros chillaban. El peso de las piedras debió haber tumbado en el suelo al león, pero se mantenía todavía casi derecho. Se le había enredado la cabeza; sus manazas delanteras apartaban la red y cayó debatiéndose. La red no había cogido sus partes traseras. Sus rugidos parecían oscurecer el mismo aire en el fondo del hopo. Permanecí tumbado con la mano tendida hacia el rey, pero él no la aceptó. Miraba hacia abajo, la cara del león cubierta con la red, su vientre y sobacos peludos, que me recordaron aquella carretera al norte de Salerno y la ocasión en que los médicos me agarraron para afeitarme de la cabeza a los pies por la sarna.

—¿Se parece a Gmilo? ¿Qué le parece a usted, majestad?

Yo no entendía nada de lo que ocurría.

—¿Oh, es que no se da cuenta? —exclamó el rey.

—¿Por qué?

Le sobresaltaba algo que yo aún no había captado. Yo estaba emocionado por los rugidos y los gritos de la captura y contemplaba el terrible esfuerzo de las patas y de aquellas garras negras y amarillas que salían como espinas de las grandes almohadilladas de los pies del león.

—Ya lo tiene, ¡qué demonios! ¿Qué es lo que pasa ahora?

Pero ya me había dado cuenta. Nadie podía acercarse al animal para examinarle las orejas. El león podía dar vueltas bajo la red y tenía las partes traseras libres; era imposible acercarse a él.

—¡Atadle las piernas, uno de vosotros! —grité.

El Bunam estaba allí abajo y apuntaba hacia arriba con su bastón de marfil. El rey se agarró a la cuerda, que se había detenido en la polea por un nudo, y se separó del borde de la plataforma de un empujón. El palo de arriba bailoteaba y se estremecía al agarrarse él a la parte deshilachada del extremo de la cuerda. El león no estaba bien cogido y el rey iba a intentar cubrir sus partes traseras.

—¡Rey, piénselo bien! —grité. No lo puede hacer. Pesa media tonelada y tiene bien cogida la red. No me daba cuenta de que sólo el rey podía remediar la situación y de que nadie podía interponerse entre él y el león, porque el león podía ser el difunto rey Gmilo. Por tanto, corría enteramente a cargo del rey rematar la captura. El tamborileo de los bombos, los toques de corneta y el tumulto, habían cesado. Se oía sólo un grito aislado, cuando el león no rugía. De vez en cuando la voz de un individuo le hacía un comentario al rey sobre la situación, que era muy apurada.

Me puse en pie diciendo: —Rey, bajaré yo a mirarle la oreja; dígame lo que tengo que buscar. ¡Espere, rey, espere! Pero dudo que me oyera. Sus piernas estaban muy separadas en el centro del palo, que se arqueaba profundamente y se bamboleaba bajo el movimiento enérgico de sus pies; la cuerda y la polea rechinaban como si tuvieran resina y los pesos de piedra armaban un alboroto terrible sobre las tablas. El león se debatía tumbado de espaldas y toda la construcción se tambaleaba. Volví a pensar que la torre del hopo se hundiría y me agarré fuertemente a la paja que tenía detrás de mí. Entonces vi que un poco de humo, o quizá de polvo, se elevaba por encima del rey, y me di cuenta de que procedía de las ligaduras de cuero que ataban la polea a la madera. El peso del rey y los tirones del león eran demasiado para ellas. Una se había roto y había causado la polvareda que había visto. Y ahora cedía la otra.

—¡Rey Dahfu! —grité.

El rey cayó en el vacío. El madero y la polea se precipitaron sobre la piedra, delante de los moneros, y ellos huyeron. El rey había caído sobre el león. Vi la convulsión de las partes traseras del animal. Las garras destrozaron. Inmediatamente, antes de que el rey pudiera apartarse, surgió la sangre. Me colgué del borde de la plataforma con los dedos y me dejé caer gritando. ¡Ojalá aquel hoyo no hubiera tenido fondo! El rey se había apartado rodando del león y yo lo aparté todavía más. A través de sus ropas desgarradas, la sangre salía a borbotones.

—¡Oh, rey, amigo mío! —exclamé, cubriéndome la cara.

—Wo, Sungo —dijo el rey.

La superficie de sus ojos era extraña; se había vuelto espesa. Me quité los pantalones verdes para vendar la herida. Era lo único que tenía a mano, pero no sirvieron de nada. Se empaparon instantáneamente.

—¡Socorredle! ¡Socorro! —grité a la multitud.

—No lo logré, Henderson —me dijo el rey.

—Pero rey, ¿qué está diciendo? Lo llevaremos a palacio. Le pondremos unos polvos de sulfamidas y lo coseremos. Ya me dirá usted lo que tengo que hacer, pues usted es el médico.

—No, no. No me llevarán jamás de vuelta. ¿Es Gmilo?

Corrí, me agarré a la cuerda y a la polea y lancé el bloque de madera contra las patas que todavía se debatían, luego las até con una docena de vueltas de la cuerda, arrancándoles casi la piel, y gritando: —¡Demonio! ¡Maldito seas, hijo de puta! Me rugió a través de la malla. Entonces se acercó el Bunam a examinarle las orejas. Tendió la mano hacia atrás y pidió autoritariamente algo. Su hombre de confianza, revestido de aquella sucia pintura blanca, le tendió un fusil, y el Bunam apretó el cañón contra la sien del león. Cuando disparó, la explosión se llevó parte de la cabeza del animal.

—No era Gmilo —dijo el rey.

Se alegraba de que su sangre no cayera sobre la cabeza de su padre.

—Henderson, usted velará para que no le ocurra nada a Atti.

—Vaya, majestad, usted todavía es el rey, ya la cuidará usted mismo —y empecé a sollozar.

—No, no, Henderson. Ya no podré estar... entre mis esposas... me tendrían que matar. Aquellas mujeres lo emocionaban. Debió de querer a algunas de ellas. A través de la ropa desgarrada, su vientre parecía fuego candente y algunos de los moneros lanzaban ya gritos de muerte. El Bunam se mantenía aparte, sin acercarse a nosotros.

—Agáchese —dijo Dahfu.

Me puse en cuclillas junto a su cabeza y le ofrecí mi oído sano. Las lágrimas me caían sobre los dedos y decía: —Oh, rey, rey, soy un tipo que trae mala suerte. Eso es lo que soy y la muerte no se despegaba de mí. El mundo no le ha enviado el hombre adecuado. Soy contagioso, como el tifus. Sin mí todo habría ido bien. Es usted el hombre más noble que he conocido nunca.

—No, es justamente al revés... La primera noche que pasó usted aquí —lo explicaba como suelen hacerlo los moribundos—, aquel cadáver era el ex, el Sungo anterior a usted. Como no pudo levantar a Mummah...

Su mano estaba ensangrentada, y se llevó débilmente el pulgar y el índice a la garganta.

—¿Lo estrangularon? ¡Dios mío! ¿Y qué ocurrió con aquel tipo forzado, el tal Turombo, que no la podía levantar? Ah, él no quería ser Sungo, demasiado peligroso, y me lo cargaron a mí. Yo fui el tonto, y a mí me cargaron el muerto.

—Además, el Sungo es mi sucesor —me dijo, tocándome la mano.

—¿Ocupar su lugar? ¡De qué está hablando, majestad!

Afirmó lentamente con la cabeza, mientras sus ojos se cerraban.

—No hay ningún niño de edad; esto convierte al Sungo en rey.

—Majestad —dije, y elevé mi voz llorosa—, ¿qué mala jugada es ésta? Debieron informarme de dónde me estaba metiendo.

No volvió a abrir los ojos, y sonriendo con creciente debilidad me dijo: —Ya me informaron a mí...

—Majestad, hágame sitio y me moriré a su lado. O conviértase en mí y siga

viviendo; de todos modos, nunca supe qué hacer con mi vida y moriré contento en su lugar —empecé a frotar y a golpear la cara con los nudillos, acurrucado en el polvo entre el león muerto y el rey moribundo. El sueño del espíritu ha estallado demasiado tarde para mí. He esperado demasiado y me estropearon los cerdos. Soy un hombre acabado. Nunca podría entendérmelas con las esposas. ¿Cómo iba a poder? Lo seguiré muy pronto. Me matarán. ¡Rey! ¡Rey!

Pero al rey le quedaba poca vida y pronto nos despedimos. Se lo llevaron los monteros. Abrieron el extremo del hopo y echamos a andar barranco abajo, entre los cactus, hacia aquel edificio de piedra que yo había visto por primera vez desde la plataforma. Murió en el camino por la hemorragia.

Aquella pequeña casa construida con losas tenía dos puertas de madera, como empalizadas, que se abrían a dos cámaras. En una de ellas pusieron su cuerpo. En la otra me dejaron a mí. Apenas sabía lo que estaba ocurriendo, pero todo me daba igual. Dejé, pues, que me metieran allí y que echaran el cerrojo.

XXI

En otro tiempo, en determinada época de mi vida, el sufrimiento tenía cierta emoción. Más tarde empezó a perder esta emoción; se convirtió en algo sencillamente sucio, y, como le dije a mi hijo Edward en California, ya no lo podía soportar. ¡Caray! Estaba harto de ser un monstruo de tristeza. Pero ahora, con la muerte del rey, el sufrimiento dejaba de ser un tópico y carecía en absoluto de emoción. El viejo Bunam y su asistente de blanco me metieron en aquella habitación de piedra. Yo sollozaba y me lamentaba por mi amigo. Y aunque las palabras me salían rotas, repetía sin cesar una sola cosa: —Se malgasta en los tontos (me refería a la vida). Se la dan a los tontos y a los idiotas (que ocupamos el puesto que les correspondería a otros). Y así me llevaron dentro, mientras yo lloraba a moco tendido. Estaba demasiado deshecho para hacer preguntas. Al poco rato, me asustó una persona al levantarse del suelo. —¿Quién es usted? —pregunté—, y dos manos abiertas y arrugadas se elevaron en un gesto que imponía cautela. ¿Quién es? —volví a repetir—, pero entonces reconocí una mata de pelo en forma de copa de pino y unos pies grandes y sucios, deformados como cepos. ¡Romilayu!

—Yo también estoy aquí, señor.

No lo habían dejado ir con la carta para Lily, lo cogieron en el momento mismo en que salía del poblado. De modo que, incluso antes de que empezara la cacería, habían decidido ya que no querían que el mundo supiera mi paradero.

—Romilayu, el rey ha muerto.

Intentó consolarme.

—Aquel hombre maravilloso, ¡muerto! —le dije.

—Era todo un caballero, señor.

—Creyó que iba a poderme cambiar. Pero lo conocí demasiado tarde, Romilayu. Yo era ya demasiado ordinario. Había ido ya demasiado lejos.

Lo único que me quedaba de ropa eran los zapatos, el casco, la camiseta y los calzoncillos. Estaba en el suelo, doblado, llorando. Al principio, Romilayu no lograba ayudarme.

Pero quizá el tiempo haya sido inventado para que la miseria encuentre su fin. Quizá para que no dure eternamente. Puede ser que en este aspecto sea un bien. Y la felicidad, que es justamente lo contrario, ¿no será eterna? Quiero decir que no existe el tiempo en la felicidad: se tiran todos los relojes en el tiempo.

Nunca llegué a sentir otra muerte tan profundamente. Como había intentado contener la sangre, estaba lleno de ella y pronto se secó. Intenté quitármela frotando. Bueno, pensé, ¿será esto una señal para que yo continúe su existencia? ¿Y cómo? Lo mejor que pueda. ¿Pero, con qué capacidades cuento? No podría enumerar ni tres cosas siquiera que haya hecho bien a lo largo de toda mi vida. Y al pensar esto, se me partía también el corazón.

Pasó así el día y la noche, y a la otra mañana me sentí ligero, sediento y vacío.

Flotando como un viejo barril. Toda la humedad se concentraba fuera; por dentro estaba hueco, vacío y reseco; me sentí muy mal. El cielo tenía un color rosado. Lo veía a través de las rejas de la puerta. Nuestro guardián era el asistente del Bunam, y nos trajo, pintarrajeado todavía de blanco, boniatos asados y otras frutas. Dos Amazonas, que no eran Tamba y Bebu, le servían como ayudantes, y todos me trataban con marcadísimo respeto. En el transcurso del día le dije a Romilayu:

—Dahfu me dijo al morir que yo sería rey.

—Lo llaman *yassi*, señor.

—¿Y eso quiere decir rey? —él asintió. ¡Vaya rey! —dije pensativo. Todo eso es tonto; tendría que hacer de marido con todas esas esposas.

—¿Y esto no le gustaría, señor?

—¿Estás loco? No puedo ni pensar en ocuparme de semejante rebaño de hembras. Me basta la esposa que ya tengo. Lily es una mujer maravillosa. Además, la muerte del rey me ha herido demasiado. ¿No ves que estoy deshecho, Romilayu? Estoy deshecho y no puedo actuar. Esto me ha aplastado.

—No tiene usted un aspecto tan malo, señor.

—Intentas consolarme. Pero tendrías que ver mi corazón, Romilayu; tengo el corazón débil. Ha aguantado más peligros de los que puede soportar. Le han jugado demasiadas malas jugadas. No dejes que te engañe este montón de carne que tengo. Soy demasiado sensible. Además, Romilayu, la verdad es que no debí apostar contra la lluvia aquel día. No fue un acierto por mi parte. Pero el rey, Dios lo bendiga, me dejó caer en la trampa. En realidad yo no era más fuerte que el tal Turombo. Él hubiera podido levantar a Mummah. Pero no quería convertirse en el Sungo. Escurrió el bulto. Es un cargo demasiado peligroso. Y el rey me lo encajó a mí.

—Pero él estaba también en peligro —dijo Romilayu.

—Sí, es verdad. ¿Por qué habría de pasarlo yo mejor que él? Tienes razón, amigo. Gracias por habérmelo hecho ver así —reflexioné un rato y luego le pregunté, como a un hombre de sentido común y reposado—: ¿No crees que asustaré a estas muchachas? —hice una mueca para ilustrar mis palabras. Quiero decir que sólo mi cara tiene la longitud de la mitad del cuerpo de una persona normal.

—No lo creo, señor.

—¿De verdad? —me la toqué. Bueno, de todos modos yo no me quedo. Aunque supongo que no volveré a tener nunca la oportunidad de ser rey. Pensé profundamente en aquel gran hombre que acababa de morir, que acababa de precipitarse para siempre en la nada, en la noche oscura. Él me había elegido a mí para que ocupara su lugar, o eso me parecía. Era cuestión mía decidirme a dejar atrás mi hogar, en el que nunca había sido nada. Él creyó que yo tenía cualidades de rey y que haría buen uso de esa nueva oportunidad de recomenzar mi vida. Le envié, pues, las gracias, a través de la pared de piedra. Pero le dije a Romilayu: —No; se me rompería el corazón si me quedara aquí e intentara llenar su cargo. Además, tengo que volver a casa. Y no soy ningún tonto. De nada sirve ocultarlo, tengo cincuenta y

seis años, o estoy muy cerca de tenerlos. No dormiría tranquilo, pensando que las esposas iban a denunciarme. Y además tendría que vivir a la sombra del Bunam y de Horko y de toda aquella gente. Nunca podría enfrentarme con la reina Yasra, la madre del rey; le hice una promesa. ¡Oh, Romilayu, como si yo fuera alguien para hacer una promesa! Huyamos de aquí. Me siento un asqueroso impostor. Lo único decente en mí es que he amado a algunas personas a lo largo de mi vida. ¡Oh, ese pobre muchacho está muerto! ¡Oh, oh, oh, oh, oh! Eso me mata. Ya sería hora de que nos borrarán de la tierra. Si no tuviéramos corazón, no sabríamos lo triste que es. Pero arrastramos nuestros corazones de un lado a otro, esas malditas patatas dentro del pecho, que nos traicionan. No me asusta únicamente el número de esposas, sino también que no tendría con quién hablar. He llegado a esa edad en que uno necesita de la voz y la inteligencia humanas. Es lo único que queda; la bondad y el amor. Volvi a caer en la pesadumbre, que no me había abandonado en realidad desde que me encerraron en la tumba. Y, si no recuerdo mal, seguí así un rato más. De repente le dije a Romilayu: —Amigo, la muerte del rey no fue un accidente.

—¿Qué quiere decir, señor?

—Que no fue un accidente, fue una conjura. Empiezo a estar convencido de ello. Ahora podrán decir que ha sido castigado por tener a Atti en los sótanos de palacio. Tú sabes que ellos no vacilarían en asesinarlo. Pensaron que yo sería más fácil de conducir que el rey. ¿No crees capaces de una cosa así a estos tipos?

—Sí, señor.

—¡Claro que lo son! Si alguna vez le echo la mano encima a uno de estos tipos, lo voy a estrujar como a una lata vacía. Hice un gesto con las manos para indicarle lo que haría. Enseñé los dientes y gruñí impaciente. A lo mejor había aprendido, a fin de cuentas, algo de los leones; no la gracia y la fuerza de movimientos, que Dahfu debía a su crianza entre ellos, sino el aspecto más cruel del león, pues mi experiencia había sido breve y menos profunda. Si lo piensas detenidamente, ves que no puedes prever de antemano las cosas que se te pegarán de un modelo. Creo que a Romilayu le asustó un poco ese salto mío de la pesadumbre a la venganza, pero parecía darse cuenta de que yo no estaba del todo en mis cabales, y estaba dispuesto a hacerme algunas concesiones, pues realmente era un hombre generoso y comprensivo y un buen cristiano. —Tenemos que pensar en el modo de salir de aquí. Examinemos este antro. Pero ¿dónde estamos? ¿Y qué podemos hacer? ¿Y con qué podemos contar?

—Tenemos un cuchillo —dijo Romilayu, y me lo enseñó. Era su cuchillo de caza, y lo había escondido en su pelo cuando los hombres del Bunam cayeron sobre él en las afueras del poblado.

—¡Oh, muy bien! —dije, le cogí el cuchillo e hice el gesto de apuñalar a alguien.

—Será mejor utilizarlo en cavar el suelo.

—Sí, en esto tienes razón. Me gustaría ponerle las manos encima al Bunam, pero eso sería un lujo. La venganza es un lujo. Tengo que ser astuto. Fréname tú, Romilayu. Es asunto tuyo frenarme. Ya ves que estoy fuera de mí. ¿Qué hay aquí al

lado? Empezamos a encaramarnos por la pared y encontramos un agujerito muy alto entre las losas de piedra. Nos pusimos a hurgar en él y nos turnábamos con el cuchillo. A veces sostenía a Romilayu en mis brazos; a veces, dejaba que se pusiera de pie sobre mi espalda, estando yo a cuatro patas. Era imposible tenerlo sobre mis hombros; el techo estaba demasiado bajo.

—Sí, alguien enredó la polea del hopo —repetía yo una y otra vez.

—Es posible, señor.

—No es posible; es seguro. ¿Por qué te agarró el Bunam? Pues porque estaba armando un complot contra Dahfu y contra mí. ¡Claro que el rey me metió en muchos líos cuando me dejó levantar a Mummah! Evidentemente eso no tiene vuelta de hoja.

Romilayu cavaba, haciendo girar el cuchillo en la argamasa, y limpiaba el polvo con el índice. El polvo caía sobre mí.

—Pero es verdad que el rey también vivía bajo la amenaza de la muerte, y si él vivía así, también podía vivir yo. Era mi amigo.

—¿Amigo, señor?

—Bueno, el amor también puede comportarse así —le expliqué. Supongo que mi padre deseaba, lo sé de fijo, que hubiera sido yo el ahogado cerca de Plattsburg, y no mi hermano Dick. ¿Significaba esto que no me quería? En absoluto. Yo también era su hijo y al viejo le atormentaba su deseo. Sí, si hubiera sido yo el ahogado, hubiera llorado casi tanto como por Dick. Quería a sus dos hijos. Dick debió haber vivido. Hizo el loco una sola vez en su vida; quizá había fumado algo raro. Y fue un precio demasiado alto por un único cigarrillo. No, yo no culpo al viejo. Así es la vida, ¿y no tenemos acaso derecho a reprochárselo? —Sí, señor —dijo. Estaba cavando con todas sus fuerzas y yo sabía que no me escuchaba.

—¿Cómo vamos a reprocharle nada? Tiene derecho sobre nosotros. Sigue, sencillamente, su camino. Le dije a aquel hombre que estaba a mi lado, que yo tenía una voz que decía *quiero*. ¿Qué diablos era lo que quería?

—Sí, señor —respondió y me echaba más polvo encima.

—Quería la realidad. ¿Cuánta irrealdad podría soportar?

Y él cavaba y cavaba en la pared. Yo estaba a cuatro patas y mis palabras se dirigían al suelo.

—Suponemos que la nobleza no existe. Pero ésta es la cuestión. La ilusión es harina de otro costal. Nos hacen creer que ansiamos más y más ilusiones. Pues bien, yo no corro en absoluto detrás de las ilusiones. Nos dicen: pensad en mayúscula. Y claro que eso no son más que tonterías, un dicho publicitario. ¡Pero la grandeza! Eso es ya otra cosa. ¡Oh, la grandeza! ¡Dios mío! Romilayu, yo no me refiero a la falsa grandeza, pedante y desmedida. No me refiero al orgullo de pavonearse; me refiero a otra cosa, es el mismo universo el que penetra en nosotros al ampliar horizontes. Lo eterno está ligado a nosotros y reclama su parte. Y por eso los hombres no soportan la mezquindad. Yo tenía que hacer algo. Quizá debí quedarme en casa. Quizá debí aprender a besar la tierra (lo hice en aquel momento). Pero me pareció que allí, en mi

casa, iba a explotar. ¡Oh, Romilayu, ojalá le hubiera abierto por entero mi corazón a aquel pobre muchacho! Su muerte me ha destrozado. Nunca lo había pasado tan mal. ¡Pero ya verán esos intrigantes, si tengo una sola oportunidad!

Romilayu cavaba en silencio. Después acercó un ojo al agujero y me dijo bajito: —Veo, señor.

—¿Qué es lo que ves?

Permaneció callado y parecía asustado. Me puse de pie, me sacudí el polvo de la espalda y acerqué el ojo al agujero. Vi al rey muerto. Estaba envuelto en una venda de cuero, no se le veían las facciones porque la venda le tapaba la cara. El cuerpo estaba atado por las caderas y por los pies con correas. El asistente del Bunam era el guardián del muerto. Estaba sentado junto a la puerta, en un taburete, y dormía. Hacía mucho calor en los dos cuartos. Tenía a su lado dos cestas llenas de boniatos asados fríos. Y atado a una de las asas de las cestas había un cachorro de león, moteado, como suelen ser los cachorros muy jóvenes. Juzgué que tendría dos o tres semanas. El sueño de aquel hombre era muy pesado, a pesar de que el taburete no tenía respaldo. Sus brazos pendían flácidos, apretados entre los muslos, y las manos, con las venas abultadas, llegaban casi hasta el suelo. Con el corazón lleno de odio, dije para mí mismo: «¡Espera un poco, canalla! Pronto llegará tu turno». Debido al tipo de luz, tenía un aspecto tan pálido como el rey; sólo los agujeros de la nariz y las arrugas de las mejillas eran negras. «¡Ya te arreglaré las cuentas!», me prometí en silencio.

—Bueno, Romilayu —dije. Esta vez vamos a usar la cabeza. No haremos lo que hicimos la primera noche que pasamos aquí con el cadáver de aquel tipo, el Sungo anterior a mí. Tracemos un plan. Primero, yo soy el sucesor al trono. Por lo tanto, no querrán hacerme daño, ya que soy un parapeto que les permitirá gobernar la tribu a su antojo. Ya tienen listo el cachorro, que es mi amigo difunto, así pues, van aprisa y nosotros tendremos que ir aprisa también. Mejor dicho, muchacho, tendremos que ir más aprisa que ellos.

—¿Qué quiere hacer, señor? —preguntó, alarmado por mi tono.

—Salir de aquí, naturalmente. ¿Crees que aguantaremos hasta Baventai tal como estamos?

No podía o no quería responder.

—Estamos bastante mal, ¿verdad? —pregunté.

—Usted está enfermo.

—Ya. Yo puedo si tú puedes. Ya sabes cómo soy cuando me pongo en marcha. Déjate de bromas. Podría cruzar Siberia sobre la palma de las manos. Y además, amigo, no podemos escoger. Lo mejor de mí sale a flote en ocasiones como ésta. Tengo materia para resistir. Ya sé que será duro. Nos llevaremos aquellos boniatos. No irás a quedarte atrás, ¿verdad?

—No, no señor. Me matarían.

—Entonces resígnate. No creo que estas amazonas monten guardia toda la noche. Estamos en el siglo veinte y esa gente no puede hacer un rey de mí si a mí no me da

la gana. Y no es que se me pueda acusar de gallina por lo del harén. Pero mira, Romilayu, creo que sería acertado comportarme como si me apeteciera el cargo. Así no querrán que se me haga daño. Les pondría en un apuro si algo me pasara. Además, supongo que calculan que no seremos tan idiotas como para intentar cruzar dos o trescientas millas de desierto, sin comida y sin un fusil.

Al ver mi estado de ánimo, Romilayu se asustó.

—Tenemos que mantenernos unidos. Si me estrangularan dentro de unas semanas... y es lo más probable, pues no estoy en condiciones de pavonearme ni de hacer grandes promesas, ¿qué te pasaría a ti? Tendrían que matarte también para mantener su secreto. ¿Y cuánto grun-tu-molani posees? ¿Quieres vivir, muchacho?

No tuvo tiempo de responder, pues entró Horko a hacernos una visita. Sonreía, pero su comportamiento era un poco más grave que antes. Me llamó *Yassi* y exhibió su gruesa lengua roja. Es posible que lo hiciera para refrescarse después de la larga caminata por el ardiente matorral; sin embargo, a mí me pareció una señal de respeto.

—¿Cómo está usted, señor Horko?

Se inclinó, muy satisfecho, por la cintura, mientras mantenía sobre su cabeza el dedo índice. La parte superior de su cuerpo quedaba siempre muy apretada y abultada, debido a la túnica estrecha, aquel vestido rojo de ceremonia, y tenía la cara congestionada. Las joyas rojas colgaban de sus lóbulos y lo miré mientras sonreía de oreja a oreja, no abiertamente, sino con odio. Pero como nada podía hacer, convertí todo mi odio en astucia, y cuando me dijo: —Ahora es usted rey. *Roi* Henderson. *Yassi* Henderson...

Yo le contesté: —Sí, Horko. Estamos muy tristes por lo de Dahfu, ¿verdad?

—Oh, muy tristes. *Dommage* —dijo él, pues le encantaba utilizar las frases que había aprendido en Lamu.

La humanidad sigue tonteando con la hipocresía, pensé. No se dan cuenta de que es demasiado tarde hasta para esto.

—No más Sungo. Usted *Yassi*.

—Sí, señor —dije, y ordené a Romilayu—: Dile al caballero que me alegro de ser *Yassi*, y que es un gran honor. ¿Cuándo empezamos?

Teníamos que esperar, dijo Romilayu haciendo de intérprete, a que el gusano saliera de la boca del rey. Entonces ese gusano se convertiría en un león pequeño, en un cachorro, y ese león pequeño se transformaría en el rey.

—Si se tratara de cerdos, sería por lo menos emperador, y no mísero reyezuelo del matorral —dije, saboreando amargamente mi propio comentario. Ojalá viviera Dahfu para oírlo. Dile al señor Horko (él inclinaba su gorda cara sonriente y los pendientes volvieron a colgar como anclas y yo tenía ganas de retorcerle el pescuezo y después arrancarle con gran satisfacción la cabeza) que es un honor inmenso. Aunque el difunto rey era un hombre más grande y mejor que yo, haré lo que pueda. Creo que nos espera un gran futuro. Huí de mi casa principalmente porque en mi país no tenía nada que hacer, y ésta es la oportunidad que yo esperaba —hablaba en este

tono, tenía el ceño fruncido, pero eso me daba un aspecto sincero. ¿Cuánto tiempo tenemos que permanecer en esta casa mortuoria?

—Dice que tres o cuatro días, señor.

—¿Bien? —preguntó Horko. No es mucho tiempo. Y usted casarse con *toutes les leddy* —y contaba con los dedos, de diez en diez, cuantas había: sesenta y siete. No se preocupe por nada.

Cuando se hubo ido, ceremoniosamente, mostrando a las claras que quedaba convencido de mis ganas de ser rey, le dije a Romilayu: —Nos vamos esta noche.

Romilayu me miró en silencio, el labio superior alargado por la desesperación.

—Esta noche —repetí. Tenemos luna. Ayer por la noche se podía leer a su luz un directorio telefónico. ¿Hemos pasado ya un mes entero en este pueblo?

—Sí, señor. ¿Qué haremos?

—Tú empezarás a gritar esta noche. Dirás que me ha mordido una culebra, o algo así. Aquel tipo de cuero vendrá con las dos amazonas a ver lo que pasa. Si no abre la puerta, tendremos que idear otra cosa. Pero supongamos que abren la puerta. Entonces tomarás esta piedra, ¿comprendes?, y la metes en la ranura de la puerta para que no la puedan cerrar. Eso es todo lo que necesito. ¿Dónde está tu cuchillo?

—Yo lo guardo, señor.

—Sí, no lo necesito, puedes guardarlo tú. Bien, ¿me has comprendido? Tú gritarás que al Sungo, y al *Yassi*, o a lo que yo sea para estos asesinos, lo ha mordido una culebra. La pierna se me hincha rápidamente. Tú tienes que colocarte junto a la puerta dispuesto a meter la piedra. Le mostré exactamente lo que quería que hiciera.

Así pues, el comienzo de la noche me encontró sentado trazando planes, concentrando ideas e intentando que la fiebre no las ofuscará. La fiebre me subía todas las tardes y duraba hasta bien entrada la noche. Tenía que luchar contra el delirio y mi estado se agravaba con el poco aire de la tumba y con las horas de vigilia que pasé pegado al agujerito esforzando primero un ojo y luego el otro para ver la figura muerta del rey. Había momentos en que imaginaba distinguir alguna de las facciones debajo del cuero. Pero era, creo, algo mental..., un engaño de mi mente, un sueño. No tenía la cabeza normal y de esto me daba perfecta cuenta. Lo notaba más por la noche, bajo la influencia de la fiebre. Visitaban mi mente las montañas, los ídolos, los leones, las mujeres negras gordas, la casa del rey, el techo del hopo; todo iba y venía por mi mente. Resistí, sin embargo, y esperé a que saliera la luna; ésa era la hora que había escogido para entrar en acción. Romilayu tampoco dormía. No dejó de mirarme un solo instante desde el rincón donde estaba medio tumbado. Yo lo localizaba por los ojos, que siempre estaban allí.

—¿No cambia de idea, señor? —me preguntó una o dos veces.

—No, no, no hay cambio.

Cuando juzgué llegado el momento, respiré profundamente y mi esternón dio un chasquido. Me dolían las costillas.

—¡Vamos! —le dije a Romilayu. El hombre de al lado dormía, sin duda, pues no

se había dormido desde la caída de la noche. Levanté a Romilayu en mis brazos y lo acerqué al agujerito que habíamos abierto. Lo apretaba fuerte y sentía los escalofríos que recorrían su cuerpo. Empezó a gritar y a tartamudear. Añadí unos quejidos, como si vinieran del fondo, y entonces se despertó el hombre del Bunam. Oí sus pasos. Debió detenerse para escuchar a Romilayu, que repetía con voz aterrada: —¡Yassi k'muti! Había oído la palabra a los monteros, mientras llevaban a Dahfu hacia la tumba. K'muti... se está muriendo. Debió ser ésta la última palabra que llegó a sus oídos. —Wunnutu zazai k'muti. Yassi k'muti. No es un idioma muy difícil y lo estaba aprendiendo rápidamente.

Entonces se abrió la puerta de la tumba del rey y el hombre del Bunam empezó a gritar.

—Oh —me dijo Romilayu—, está llamando a las dos mujeres soldados, señor.

Le dejé sobre sus pies y me tumbé en el suelo.

—La piedra está a punto —le dije— ve a la puerta y haz lo que tienes que hacer. Si no salimos de aquí, no nos queda un mes de vida.

Vi a través de la puerta el reflejo de las antorchas; eso quería decir que las Amazonas habían venido a toda prisa. Lo curioso es que lo que más me tranquilizaba era el instinto asesino que llevaba en el corazón. Me daba confianza. Poder ponerle las manos encima al hombre del Bunam con su cara chupada actuaría sobre mí como un bálsamo; y para él supondría la muerte. «Él, por lo menos, me las pagará», me repetía incensantemente. Y así, calculando hasta el menor detalle, lanzaba gritos de terror y de debilidad... y me regodeaba en aquellos grititos de debilidad, porque sentía que aunque mis fuerzas estaban en aquel momento en baja forma me volverían en cuanto tocara al hombre del Bunam. Quitaron una de las tablas de la puerta. Levantaron las antorchas, y el hombre del Bunam me vio gimiendo y agarrándome la pierna. Levantaron el cerrojo y una de las Amazonas empezó a abrir la puerta.

—La piedra —grité como si estuviera enloquecido de dolor—, y vi, a la luz de la llama, que Romilayu había metido la piedra debajo de la bisagra, exactamente como le dije, a pesar de que la Amazona apoyaba la punta de la lanza justo debajo de su barbilla. Retrocedió hacia mí. Lo vi todo a la luz de aquella antorcha grande, humeante, tosca y medio rota. La Amazona gritó cuando la tiré al suelo agarrándola por los pies. La punta de la lanza dio contra la pared, y di gracias a Dios de que no hubiera tocado a Romilayu. Golpeé la cabeza de la mujer contra las piedras. En aquellas circunstancias, no podía permitirle ningún favor a su feminidad. Habían apagado la antorcha y la puerta se cerraba rápidamente, pero no llegó a cerrarse del todo porque allí estaba la piedra, y quedó abierta justo lo suficiente para que yo pudiera meter los dedos. La otra Amazona y el hombre del Bunam empujaban desde fuera la puerta contra mí, pero logré abrirla de un empujón. Actuaba en silencio. Ahora actuaba a mi favor el aire de la noche, que me hizo inmediatamente mucho bien. Le di primero a la otra Amazona, sólo con el borde de la mano; un truco de comando. Eso bastó. La invalidó y cayó redonda al suelo. Todo esto se hacía todavía

en silencio, porque ellos no hacían más ruido que el que hacía yo. Entonces fui por el hombre, que huía por el otro extremo del mausoleo. Bastaron tres zancadas para agarrarlo por el pelo. Lo levanté en línea recta, con el brazo estirado, de modo que pudiera mirarme a la cara a la luz de la luna, que asomaba ya por el cielo. Di un gruñido interminable. Toda la piel de su cara se estiraba hacia arriba por la fuerza con que yo lo agarraba, incluso tenía los ojos oblicuos. Entonces lo cogí por el gaznate y empecé a estrangularlo. Pero Romilayu se acercó corriendo a mí y gritaba: —¡No, no, señor!

—Lo voy a estrangular.

—No lo mate, señor.

—¡No te metas en esto! —chillé, y sacudía al hombre del Bunam agarrándolo por el pelo. Él es el asesino. Aquel hombre está muerto allí dentro por su culpa.

Pero ya había dejado de estrangular al mago del Bunam. Sacudí por la cabeza su cuerpo encalado. No emitía ningún ruido.

—Si no lo mata —dijo ansiosamente Romilayu—, el Bunam no nos perseguirá.

—Llevo la muerte en mi corazón, Romilayu.

—¡Usted es mi amigo, señor!

—Bueno, pues le romperé un par de huesos. Haré este trato contigo; tienes derecho a exigirme algo. Sí, eres mi amigo. Pero ¿y Dahfu? ¿No era también mi amigo? Está bien, tampoco le romperé los huesos. Le daré una paliza.

Sin embargo, no se la di. Lancé al hombre dentro de la habitación donde nos habían tenido encerrados, y a las dos amazonas con él. Romilayu les quitó las lanzas y echamos el cerrojo a la puerta. Entonces entramos en la otra cámara. La luna se había levantado ya por completo y todos los objetos eran visibles. Romilayu recogió la cesta de boniatos, mientras yo me acercaba al rey.

—¿Nos vamos, señor?

Miré bajo el cuero. La cara estaba hinchada, llena de bultos, y muy deformada ya. Debido a los efectos del calor, y a pesar de todo mi afecto por él, me vi obligado a torcer la cara. —Adiós, rey —le dije y me alejé.

Pero entonces, en el momento de irnos, tuve un impulso. El cachorro atado escupía contra nosotros y lo cogí.

—¿Qué hace, señor?

—Este animal se viene con nosotros —dije.

XXII

Romilayu empezó a protestar, pero yo apreté al animal contra mí. Oía su ronroneo y sus garras me arañaban el pecho. —El rey hubiera querido que yo me lo llevara —dije. Mira, tiene que sobrevivir de algún modo. ¿No lo comprendes? El horizonte iluminado por la luna estaba extraordinariamente claro. Influía sobre mí y me despejaba. Una luz se extendía sobre nosotros, por encima de los picos de las montañas, se extendía ante nosotros a lo largo de cincuenta kilómetros, el terreno que debíamos cubrir en nuestra fuga. Supongo que Romilayu pudo haber señalado que aquel animal era el hijo del enemigo que me había privado de Dahfu. —Mira, mira —le dije. No he matado a aquel tipo. Ya que yo lo he perdonado, Romilayu, no nos quedemos aquí charlando. No puedo dejar a este animal detrás de mí, no lo haré. Lo llevaré en el casco. Por la noche no lo necesito. A decir verdad, la brisa nocturna le estaba haciendo un gran bien a mi fiebre.

Romilayu cedió y emprendimos la huida, saltando entre las sombras de la luna por el barranco. Interpusimos el hopo entre nosotros y el poblado, y nos encaminamos hacia las montañas, en línea recta hacia Baventai. Yo corría detrás de Romilayu con el cachorro. Anduvimos toda la noche a paso ligero y al amanecer teníamos ya unos treinta y cinco kilómetros detrás de nosotros.

Sin Romilayu, yo no hubiese durado ni dos días de los diez que nos llevó llegar a Baventai. Él sabía dónde encontrar agua y qué raíces e insectos eran comestibles. Cuando se acabaron los boniatos, y fue al cuarto día, tuvimos que buscar lombrices y hierbajos. —Servirías para instructor de las fuerzas aéreas, para enseñar cómo sobrevivir. Serías una joya —le dije.

Y dije también: —Conque por fin vivo de saltamontes como San Juan, la voz que clamó en el desierto. Pero teníamos el león, al que había que cuidar y alimentar. Tenía que machacar los hierbajos y las lombrices en la palma de la mano y hacer con ellas una pasta, que le ofrecía al animal. Durante el día, cuando necesitaba el casco, cargaba con el cachorro bajo el brazo, y a veces lo llevaba sujeto con la correa. Dormía también en el casco, juntamente con mi cartera y mi pasaporte. Mordisqueaba el cuero y al final se lo comía. Entonces me metí los documentos y los cuatro billetes de mil dólares en los calzoncillos.

Mi barba tenía varios colores y cubría mis mejillas hundidas. Y mientras andaba y andaba, estaba fuera de mí y deliraba. Me solía sentar a jugar con el cachorro, al que puse el nombre de Dahfu, mientras Romilayu buscaba comida. Yo estaba demasiado atontado para ayudarle. Sin embargo, en muchos puntos fundamentales mi cabeza estaba despejada, e incluso razonaba sutilmente y con delicadeza. Mientras comía mis larvas, gusanillos y hormigas, en cuclillas y en calzoncillos, con el león debajo de mi trasero para que tuviera sombra, hablaba como un chiquillo y cantaba... sí, recordaba muchas canciones del parvulario y de la escuela, como «Fais do-do», «Pierrot», «Mambrú se fue a la guerra», «Nut Brown Maiden» y «The Spanish Guitar». Y

mientras cantaba, acariciaba al animal, que se había acostumbrado a mí de un modo extraordinario. Rodaba jugueteón entre mis pies y me arañaba las piernas, aunque una dieta a base de hierbas y lombrices no podía ser muy sana para él. Yo temía que Romilayu deseara la muerte del animal. Pero tuvimos suerte. Disponíamos de las lanzas y Romilayu mató con ellas algunos pájaros. Estoy casi seguro de que matamos un ave de rapiña que se había acercado demasiado, y que nos dimos el gran banquete con ella.

El décimo día (esto me lo dijo Romilayu más tarde, pues yo había perdido la noción del tiempo), llegamos a Baventai. Se asentaba calurosa entre las piedras, pero no tan calurosa como nosotros. Las paredes eran blancas como huevos y aquellos árabes morenos, con sus ropajes, nos vieron aparecer por el camino reseco. Yo saludaba a todo el mundo, formando con dos dedos la V de la victoria, como Churchill, y lanzaba unas carcajadas quebradas, agudas, con la alegría de haber salvado la vida, y les enseñaba al cachorro, a Dahfu, agarrado por el pescuezo, a aquellos silenciosos hombres con turbantes, a las mujeres que sólo enseñaban los ojos y a los pastores negros, con la grasa cayéndoles a chorros del pelo. —¡Qué salga la banda, tocad música! —les decía a todos.

Pronto caí rendido, pero antes le hice prometer a Romilayu que cuidaría del cachorro. —Para mí es Dahfu —dije. Que no le ocurra nada, Romilayu, por favor. Te aseguro que me hundiría. No puedo amenazarte, amigo, estoy demasiado débil. Sólo puedo suplicar.

Romilayu me dijo que no me preocupara. O por lo menos eso entendí yo cuando me respondió: —Bien, señor.

—Soy capaz de suplicar; no soy como yo creía. Una cosa, Romilayu... —estaba en una casa indígena, tumbado en una cama, y él, en cuclillas a mi lado, me cogió el animal de los brazos— ¿es una promesa? ¿Me lo prometes del principio al final?

—¿Qué promesa, señor?

—Me refiero a algo que esté *claro*. ¿No se nos promete? Romilayu, supongo que me estoy refiriendo a la razón... *la única razón*. Puede ser que no la descubramos hasta el último aliento. Pero la justicia existe. Estoy convencido de que existe la justicia y de que nos esperan muchas cosas. Aunque ya no soy lo que creía.

Romilayu se disponía a consolarme, pero yo le dije: —No tienes por qué consolarme ya. Ha reventado el sueño y me he descubierto a mí mismo. No eran los cantos de los niños. Lo que me gustaría saber es por qué luchan todos contra esto, pues a nada nos resistimos tanto como a llegar a nosotros mismos. En lugar de ello, nos conformamos con estas heridas. Heridas candentes, heridas fértiles.

Me llevé el león al pecho, el hijo de nuestro enemigo asesino. Debido a la debilidad y a la fatiga, sólo logré dirigirle una mueca a Romilayu. «No me falles, viejo amigo», era lo que intentaba decir.

Entonces dejé que se llevara al animal, dormí durante un rato y soñé, o acaso no dormía, sino que, tendido en aquel catre en la casa de un desconocido, confundí el

sueño con las alucinaciones. Sin embargo me repetía incesantemente a mí mismo y a Romilayu una sola cosa: que tenía que volver junto a Lily y los niños, nunca me sentiría del todo bien hasta volver a verlos, especialmente a Lily. Era un caso raro de nostalgia. Y yo pensaba: ¿qué es el universo? Grande. ¿Y qué somos nosotros? Algo muy pequeño. Será mejor, pues, quedarse en casa, donde tengo una esposa que me ama. Y aunque sólo fuera una apariencia, resultaba mejor que nada. De un modo o de otro, yo sentía ternura por ella. La recordaba de mil maneras diferentes; me volvían algunas de sus frases, como por ejemplo: uno debe vivir por eso y no por aquello, el bien y no el mal, la vida y no la muerte, y todas sus teorías. Pero supongo que no importaba lo que dijera, pues ni siquiera sus sermones podían evitar que yo la amara. Romilayu se acercaba a mí con frecuencia, y en los peores momentos de mi delirio su cara me parecía un cristal irrompible, al que se había hecho ya todo lo que un cristal puede soportar.

—Oh, uno no puede escapar al ritmo, Romilayu —recuerdo haberle dicho muchas veces. Uno sencillamente no puede escapar. La mano izquierda le da la mano a la derecha, la inhalación sigue a la exhalación, al sístole le responde el diástole, las manos juegan a batir palmitas y los pies bailan el uno con el otro. Y las estaciones. Y las estrellas. Y los mares, y todo ese montón de cosas. Hay que vivir en paz con el ritmo, o le preocupará a uno y se perderá la partida. No se le puede vencer. Sigue y sigue y sigue. ¡Mierda! Nunca nos evadiremos del ritmo, Romilayu. Ojalá me dejaran de dar la lata mis días vacíos. Me vuelve a la mente todo lo malo, y ésta es la peor forma del ritmo. La repetición de la peor parte de un hombre es el sufrimiento más agudo que existe. Pero uno no puede escapar al ritmo. Y sin embargo el rey dijo que yo cambiaría; no es lógico que sea un tipo angustiado. O un tipo Lázaro. La hierba debería ser mi prima hermana. ¡Ves, Romilayu, ni siquiera la Muerte puede saber cuántos muertos hay! Nunca sería capaz de organizar un censo. Deberían desaparecer. Nos obligan a pensar en ellos. Esto es lo que tienen de inmortales. Están dentro de nosotros. Se me está rompiendo el espinazo. Es demasiada carga para mí. No es justo... ¿Y qué hay del grun-tu-molani?

Me enseñó el cachorro. Había sobrevivido a todas las penurias y crecía de prisa.

Después de pasar varias semanas en Baventai, empecé a recuperarme y le dije a mi guía: —Bueno, muchacho, será mejor que me ponga en camino mientras el cachorro sea todavía pequeño. No voy a esperar a que se convierta en un león, ¿verdad? Me costará trabajo llevarlo a los Estados Unidos, aun estando a medio crecer.

—No, no. Está demasiado enfermo, señor.

—Sí, la carne no está realmente en forma. Pero ya me las arreglaré. Se trata sólo de una enfermedad. Por lo demás, estoy bien.

Romilayu se opuso con todas sus fuerzas, pero finalmente lo obligué a llevarme hasta Baktale. Allí me compré unos pantalones, y me administraron en la misión unas sulfamidas hasta dominar mi disentería. Esto llevó varios días. Después, mientras

Romilayu conducía hasta Harar, Etiopía, yo dormía en la parte trasera del *jeep* con el cachorro de león, cubiertos los dos con una manta kaki. Esto llevó seis días. Ya en Harar, le compré a Romilayu un montón de regalos, que me costaron varios cientos de dólares. Le llené el *jeep* de toda clase de objetos.

—Iba a hacer una parada en Suiza para visitar a mi hijita Alice —le dije. Es mi hija menor. Pero creo que no tengo buen aspecto, y será mejor no asustar a la chiquilla. Lo dejaré para otra ocasión. Además, tengo el cachorro.

—¿Se lo va a llevar a casa?

—Dónde yo vaya él irá conmigo. Y escucha, Romilayu, tú y yo nos volveremos a ver. En el mundo ya no existen distancias. Siempre se puede localizar a un hombre, con tal de que esté vivo. Tienes mis señas. ¡Escríbeme! No lo tomes tan a pecho. Quizá, cuando nos encontremos la próxima vez, yo llevaré un delantal blanco. Vas a estar orgulloso de mí. Te invitaré.

—¡Oh, está usted demasiado débil, señor! —dijo Romilayu. Me da miedo dejar que se vaya.

Yo lo estaba tomando tan a pecho como él.

—Escucha Romilayu, no es posible acabar conmigo. La naturaleza lo ha intentado ya todo. Se ha sacado todos sus trucos de la manga. Y aquí me tienes.

Él veía, sin embargo, lo débil que yo estaba. Se me podía tumbar con un dedo.

Y aun después de despedirme, el último adiós y para siempre, me di cuenta de que Romilayu seguía mis pasos y me vigilaba a distancia, mientras yo paseaba por Harar con el cachorro. Me fallaban las piernas, tenía la barba como la de un profeta, y hacía el turista delante del palacio del viejo rey Menelik, junto con mi león, mientras Romilayu y su mata de pelo, el temor y la ansiedad reflejados en la cara, me vigilaba desde una esquina para asegurarse de que no me desmayaba. Por su propio bien no le hice caso. Todavía me vigilaba cuando subí al avión. Era el vuelo a Karthum, y yo llevaba el león en una cesta de mimbre. El *jeep* estaba al lado de la pista y Romilayu, sentado al volante, rezaba. Tenía las manos juntas, como cangrejos gigantes, y yo sabía que estaba poniendo el alma para obtener para mí la seguridad y el bienestar. — ¡Romilayu! —grité, poniéndome en pie. Varios pasajeros parecieron temer que volcara el pequeño avión. Aquel hombre negro me salvó la vida —les dije.

Pero estábamos ya en el aire y volábamos por encima de las sombras del calor. Entonces me senté, saqué el león y me lo puse en las rodillas.

Ya en Karthum, tuve un altercado con los tipos del consulado para poner las cosas en orden. Armaron un alboroto por lo del león. Dijeron que había en los Estados Unidos personas especializadas en vender animales al zoológico y que si yo no hacía las cosas bien tendrían que poner al león en cuarentena. Dije que estaba dispuesto a ir a un veterinario y a que le pusieran unas inyecciones. Pero añadí: —Tengo prisa en llegar a casa. He estado enfermo y no soportaría un retraso. Aquellos tipos dijeron que ya se veía por lo que había pasado, trataron de sonsacarme sobre mi viaje y me preguntaron cómo era que había perdido el equipaje. —Eso no es asunto vuestro —

les dije—, mi pasaporte está en regla ¿no? Y tengo dinero. Mi bisabuelo fue jefe de vuestra pobretona empresa, y no era ningún tiralevititas ni un pueblerino encopetado como vosotros. Todos sois iguales. Creéis que los americanos somos unos tontos bobalicones. Oíd, lo único que quiero de vosotros es un certificado... Sí, sí, he visto algunas cosas en el interior. Es verdad. He puesto la vista sobre algunas cosas importantes, pero no esperéis que satisfaga con ellas vuestra ociosidad curiosa. Ni se la satisfaría al mismo embajador en persona.

No les gustó nada todo aquello. Tuve diarrea allí mismo en la oficina. El león estaba encima de la mesa de aquellos muchachos y les tiró el pisapapeles y los mordisqueó a través de la ropa. Se deshicieron de mí lo antes posible, y volé aquella misma noche a El Cairo. Desde allí llamé a Lily por teléfono, por medio del cable trasatlántico. —Soy yo, nena —le dije. Llegaré a casa el domingo. Sabía que estaba cada vez más pálida y con el rostro cada vez más puro, como le ocurría siempre que sentía una gran emoción. También sabía que sus labios debieron moverse cinco o seis veces antes de que pudiera pronunciar palabra. —Nena, vuelvo a casa —dije. Habla claramente y no entre dientes como siempre.

—¡Gene! —oí, y después las ondas de medio mundo, el aire, el agua, el sistema vascular de la tierra, se interpusieron.

—Cariño, me portaré mejor de ahora en adelante, ¿me oyes? Ya tengo bastante.

Sólo pude entender dos o tres palabras de lo que ella decía. Se interpuso el vacío con sus extraños gritos. Pero sabía que hablaba de amor. Su voz estaba emocionada. Supongo que estaba moralizando y pidiéndome que volviera. —Para ser una mujer tan grande, sueñas muy pequeñita —decía yo repetidas veces. No había duda de que ella me oía y añadí:

—El domingo, Idlewild. Trae a Donovan contigo.

El tal Donovan es un viejo abogado que administraba ya la hacienda de mi padre. Debe haber cumplido los ochenta. Pensé que quizá necesitaría su ayuda legal en el asunto del león.

Esto era el miércoles. El jueves volamos a Atenas. Juzgué que tenía que ver la Acrópolis. Así pues, alquilé un coche y contraté un guía, pero estaba demasiado enfermo y demasiado confuso para darme plena cuenta de lo que veía. El león iba con nosotros, sujeto a una correa, y a no ser por los pantalones tropicales que me había comprado en Baktale, iba vestido como en el interior de África, el mismo casco, los mismos zapatos de goma. Mi barba había crecido considerablemente; salía parcialmente blanca, pero con muchos mechones rubios, rojizos, negros y morados. El personal de la embajada me había sugerido que me afeitara para facilitar mi identificación con la foto del pasaporte. Pero no seguí su consejo. En cuanto a la Acrópolis, yo veía algo allá arriba, algo amarillo, color rosado y color hueso. Me daba cuenta de que tenía que ser muy hermoso. Pero yo ni siquiera pude salir del automóvil, y el guía no me lo aconsejó. Habló muy poco, casi no dijo nada, pero sus ojos reflejaban a las claras lo que pensaba. —Hay una razón para todo esto —le dije.

El viernes llegué a Roma. Me compré un traje de pana color vino y un sombrero tirolés con plumas de bersagliere, además de unos calzoncillos y una camisa. Excepto las salidas para comprar estas cosas, no salí de mi habitación. No tenía muchas ganas de exhibirme por Vía Veneto, con el cachorro de león atado a una correa.

El sábado volvimos a volar, pasando por París y Londres. Era la única ruta que pude tomar. No sentía la menor curiosidad por volver a ver ninguno de los dos sitios; a decir verdad tampoco por ningún otro, fuera el que fuera. Para mí la mejor parte del vuelo era la que cruzaba sobre el mar. Me parecía que nunca tendría ya bastante agua, como si me hubiera deshidratado... El agua en continuo movimiento, sin límites, el profundo Atlántico. Esta profundidad me hacía feliz. Me senté junto a la ventanilla, entre las nubes. El mar estaba denso a causa de aquel sol del atardecer, descolorido, cegador y terrible. Nos llevaron por encima de aquella tranquila masa de agua, aquella agua que parecía de plomo; el corazón de todas las aguas.

Otros pasajeros leían. Personalmente nunca he podido comprenderlo. ¿Cómo puede sentarse uno en un avión y quedarse tan tranquilo? Naturalmente ellos no venían como yo del mismo corazón de África; no habían estado separados de la civilización. Se habían levantado ya, en París o en Londres, con sus libros. Pero yo, Henderson, con mi cara enfurruñada, con mi pana y mis plumas de bersagliere... el casco iba dentro de la cesta de mimbre, con el cachorro, pues pensé que él necesitaría un objeto conocido para tranquilizarse en este viaje nuevo y excitante..., yo no lograba empaparme lo suficiente de agua, ni de aquella especie de sierras invertidas que formaban las nubes. Como los pasillos de los cielos eternos (sólo que no son eternos, ahí está el quid del asunto; se los ve una vez y ya nunca más; son figuras y no realidades palpables; nunca se volverá tampoco a ver a Dahfu, y pronto no se me volverá a ver a mí; pero todos podemos ver los elementos: el agua, el sol, el aire y la tierra).

Al verme tan alterado, la señorita me ofreció una revista para que me tranquilizara. Se había dado cuenta de que yo llevaba el cachorro de león, Dahfu, en el compartimiento de equipajes, pues había pedido leche y unas chuletas para él, y además llamaban bastante la atención mis idas y venidas hacia la parte posterior del avión. Era una muchacha comprensiva y acabé por contarle de lo que se trataba: que el cachorro de león era muy importante para mí y que se lo llevaba a casa a mi esposa y a mis hijos. —Es un recuerdo de un amigo muy querido —le dije. Pude haberle explicado también a aquella muchacha que el cachorro era un símbolo enigmático de este amigo. Ella era de Rockford, Illinois. Cada veinte años, más o menos, se renuevan las jóvenes doncellas del mundo. ¿Comprenden a lo que me refiero? Sus mejillas tenían aquella forma perfecta que es exclusiva de la juventud; su cabello rizado tenía un tono dorado. Los dientes eran blancos y los lucía con mucha frecuencia. Era todo miel y azúcar. Bendita sea su cadera. Benditos sean sus muslos. Benditos sean los dedos suaves, un poco cubiertos por los puños del uniforme. Bendito sea aquel manchón dorado. Era una cosita encantadora aquella muchacha; su

actitud era la de un amigo o compañero de juego, como es frecuente entre las mujeres jóvenes del Medio Oeste. —Me recuerda usted a mi esposa. No la he visto desde hace meses.

—¿Sí? ¿Cuántos meses hace? —me preguntó ella.

No se lo pude decir porque no sabía en qué fecha estábamos. —¿Estamos en septiembre, más o menos? —le pregunté. Asombrada, dijo: —¿De veras no lo sabe? La semana próxima será el Día de Acción de Gracias.

—¡Tan tarde! Ya no llego a matricularme. Tendré que esperar al próximo semestre. Verá, me puse enfermo en África, llegué a delirar y perdí la noción del tiempo. Cuando uno se adentra mucho en el interior, corre este riesgo. ¿Ya lo sabe, verdad, chiquilla?

—¿Va usted a la escuela?

—En lugar de sernos fieles a nosotros mismos —dije— permitimos que crezcan en nosotros toda clase de deformidades y monstruosidades. Por lo menos a ellos se les puede ayudar, ¿sabe? Entretanto esperemos el día.

—¿Qué día, Sr. Henderson? —me dijo riéndose de mí.

—¿Nunca ha oído la canción? Escuche, le cantaré un trocito. Íbamos en la parte trasera del avión y yo le daba de comer a Dahfu. Y canté: —«¿Y quién esperará el día de su llegada? ¿Quién se pondrá en pie cuando Él aparezca?».

—¿Es Haendel? —dijo—. Eso es de Rockford College.

—Exacto. Es usted una jovencita con mucho sentido común. Pero yo tengo un hijo, Edward, que perdió el juicio con todas esas tonterías del *jazz* frío... Yo pasé mi juventud dormido —seguí diciendo, mientras le daba al león su carne cocida. Dormía y dormía, como nuestro pasajero de primera clase.

Nota: Tengo que explicar que estábamos en uno de esos *stratocruisers* que tienen un verdadero camarote, y yo había observado que la ayudante entraba en él con un bistec y con champaña. El hombre que viajaba dentro nunca salió. Ella me dijo que se trataba de un diplomático famoso.

—Supongo que se siente obligado a dormir, ya que le cuesta tanto dinero —comenté. Si padece de insomnio, va a resultar una terrible decepción para un hombre de su clase. ¿Sabe por qué estoy tan impaciente por ver a mi esposa, señorita? Porque tengo muchas ganas de ver cómo será todo de ahora en adelante, ahora que ha reventado el sueño del espíritu. Además, por los niños. Los quiero mucho... creo.

—¿Por qué dice creo?

—Sí, lo creo. Habrá que verlo, ¿sabe usted? Somos una familia muy extraña en eso de escoger compañeros. Mi hijo Edward tuvo un chimpancé al que vistió de vaquero. Después, en California, estuvimos a punto de adoptar una foquita. Luego mi hija trajo a casa un niño. Naturalmente se lo tuvimos que quitar. Supongo que considerará a este león como un sustituto. Espero poder convencerla.

—Hay un niño en el avión —dijo la azafata. Probablemente le encantaría el cachorro de león. Tiene un aspecto muy triste.

—¿De quién se trata?

—Sus padres son americanos. Lleva colgada al cuello una carta que cuenta su historia. El niño no habla inglés. Sólo persa.

—Continúe —le dije.

—El padre trabajaba en una compañía petrolífera en Persia. Al niño lo criaron unos sirvientes persas. Ahora ha quedado huérfano y va a vivir con sus abuelos en Carson City, Nevada. Tengo que entregarlo a alguien al llegar a Idlewild.

—Pobre crío —dije. ¿Por qué no lo trae aquí y le enseñamos el león?

Se fue a buscar al niño. Era muy blanco. Llevaba unos pantaloncitos cortos con tirantes y un chaleco verde. Tenía el pelo negro, igual que el mío. Aquel niño me robó el corazón. Y ya saben lo que pasa. El corazón cae como una manzana magullada del árbol en una mañana fría de otoño. —Ven aquí, pequeño —dije, y extendí la mano para coger la del niño. No es buena cosa —le dije a la azafata— mandar a un niño pequeño solo alrededor del mundo. Cogí al cachorro Dahfu y se lo di. —No creo que sepa lo que es... Probablemente imagina que es un gatito.

—Pero le gusta.

Lo cierto es que el animal alivió la melancolía del niño. De modo que los dejamos jugar. Al regresar a nuestros asientos, lo retuve conmigo. Intenté explicarle las fotografías de una revista. Le di yo la cena y por la noche quedó dormido en mi regazo. Tuve que pedirle a la muchacha que vigilara mi león, porque ahora no me podía mover. Me dijo que también el cachorro estaba dormido.

Durante aquella jornada de vuelo, mi memoria me hizo un gran favor. Sí, me devolvió ciertos recuerdos que han resultado ser muy importantes para mí. A fin de cuentas, no es totalmente malo haber tenido una larga vida. Se puede sacar algún beneficio del pasado. Primero, me dije, consideremos las patatas. La verdad es que pertenecen a aquella familia mortífera y nocturna. Después pensé que en realidad los cerdos no tenían monopolizado el gruñido.

Esta reflexión me hizo recordar que después de la muerte de mi hermano Dick, yo me fui de casa, pues ya era un muchacho de dieciséis años, tenía bigote y estaba en mi primer año de universidad. La razón de mi marcha fue que no soportaba ver lamentarse al viejo. Tenemos una hermosa casa, una verdadera obra de arte. Los cimientos son de piedra y tienen un metro de grosor; los techos tienen seis metros de altura. Las ventanas tienen cuatro y empiezan en el suelo, de modo que la luz lo invade todo a través de aquellos cristales anticuados y esmerilados. Reina en aquellas habitaciones una paz que ni siquiera yo he podido destruir. No se parece en absoluto al resto de la vida, y por lo tanto engaña. En lo que a mí respecta, Dick pudo haberse quedado con ella. Pero el viejo, con una frondosa barba blanca que le cubría buena parte de la cara, me hizo notar que nuestro árbol familiar había terminado con Dick, allá arriba en los Adirondacks, cuando disparó a la pluma y agujereó la cafetera exprés del griego. Dick era, como todos nosotros, un hombre de cabello rizado y hombros anchos. Se ahogó en las montañas y ahora mi padre me miraba y

desesperaba.

Un hombre viejo, desilusionado, al que le fallan las fuerzas, puede intentar recuperar su vigor mediante la ira. Ahora lo comprendo, pero no lo veía así a los dieciséis años, después de una discusión. Aquel verano yo trabajaba convirtiendo viejos coches en chatarra con un soplete. Era dueño y señor de aquellos coches desmoronados, a unos cinco kilómetros de casa. Me sentaba bien trabajar en la chatarrería. Aquel verano no hice otra cosa que desmontar coches. Iba cubierto de grasa y orín por todas partes, me quemaba y me mareaba con el soplete, y levantaba verdaderas montañas de guardabarros, ejes y tripas de coche. El día del funeral de Dick, también fui a trabajar. Por la noche estaba lavándome en la parte posterior de la casa, debajo de una manga de riego. Se me cortaba la respiración al caer a chorros el agua fría sobre mi cabeza. El viejo salió al porche posterior entre la oscuridad verde de la hiedra. Había allí al lado una huerta abandonada, que más tarde yo arrasaría. El agua caía a borbotones sobre mi cabeza. Estaba más fría que la estratósfera. El viejo empezó a gritar furibundo. Con la manguera seguí echando agua sobre mi cabeza, pero por dentro estaba yo más caliente que el soplete que empuñaba al trabajar en todos aquellos coches hechos papilla. Mi padre, abrumado de pena, me maldijo. Yo sabía que iba en serio, porque dejó a un lado su acostumbrada elegancia verbal. Maldecía, supongo, porque yo no le ofrecía ningún consuelo.

Así pues, me largué. Hice auto-stop hasta las cataratas del Niágara. Llegué ante ellas y me quedé mirándolas. Me hechizó la caída estrepitosa del agua. Realmente el agua puede resultar consoladora. Después seguí hasta la *Doncella de las Nieblas*, la vieja, que después ha ardido, y pasé por la Cueva de los Vientos, y todo lo demás. Luego fui a Ontario y me empleé en un parque de diversiones. Esto fue lo que recordé en el avión, con la cabeza del niño persa-americano en mi regazo, y debajo de nosotros el Atlántico incommovible, mientras las cuatro hélices de los cuatro motores, dando aire, nos llevaban hacia casa.

Estoy seguro de que era Ontario, aunque no recuerdo qué parte de la provincia. El parque era también una feria, y Hanson, el encargado, me alojaba en los establos. Por la noche, las ratas, que se alimentaban de cebada, saltaban entre mis piernas. Empezaba a examinar los caballos al amanecer, en aquella luz azulada que surge al filo de la oscuridad en las altas latitudes. Los negros se acercaban a los caballos en esta hora azul de la noche, cuando la humedad era muy intensa.

Yo trabajaba con Smolak. Había olvidado ya casi a aquel animal, Smolak, un viejo oso castaño. Su domador (también se llamaba Smolak, de ahí el nombre del oso) se había esfumado con el resto de la troupe y lo había dejado en manos de Hanson. No hacía falta domador. Smolak era demasiado viejo y su amo lo tenía ya enseñado. El viejo animal abandonado se había vuelto casi verde con los años. Los pocos dientes que le quedaban eran como huesos de dátiles. Hanson había pensado el modo de utilizar en algo al pobre animal. Le habían enseñado a ir en bicicleta, pero ahora era demasiado viejo para esto. Comía en el mismo plato con un conejo y

después le ponían un gorro y un babero y se tomaba un biberón, de pie sobre sus patas traseras. Pero todavía faltaba algo para completar el número, y aquí intervenía yo. Quedaba un mes de temporada, y durante todos los días de ese mes subimos juntos Smolak y yo a las montañas rusas ante grandes multitudes. Dos veces al día, aquella pobre criatura y yo volábamos en aquel aparato. Y mientras subíamos y bajábamos por cuestas y curvas, llegando a estar más altos que la misma noria, permanecíamos abrazados. El lazo común de la desesperación nos lanzaba a uno en brazos del otro, mejilla contra mejilla, pues al empezar a bajar aquella pendiente perpendicular parecía desaparecer todo apoyo. Me apoyaba contra su pelaje apolillado, marcado por tantos sufrimientos, descolorido y trágico, y él gruñía y lloraba. A veces el animal se orinaba. Pero parecía darse cuenta de que yo era su amigo y no me echaba las zarpas. Llevaba conmigo una pistola con cartuchos vacíos para el caso de un ataque, pero nunca la necesité. Recuerdo que le dije a Hanson: «Los dos somos iguales. Smolak fue repudiado y yo también soy un Ismael». Mientras estaba tumbado en el establo, solía pensar en la muerte de Dick y en mi padre. Pero la mayor parte del tiempo no vivía entre caballos, sino con Smolak, y aquella pobre criatura y yo éramos íntimos. De modo que antes de que los cerdos llegaran al horizonte de mi vida, había recibido ya la profunda influencia de un oso. Y si las cosas corporales son imagen de lo espiritual y los objetos visibles son consecuencia de los invisibles, y si Smolak y yo éramos dos seres repudiados, dos payasos para la multitud, dos hermanos de alma, resulta que yo no llegué a los cerdos cual *tábula rasa*, antes me osifiqué con él y él probablemente se humanizó por mí. Era lógico que fuera así. Se había grabado algo muy profundo en mí. A fin de cuentas, me preguntaba si Dahfu, en su interior, no habría discurrido ya todo esto.

Había más. Todo lo que yo había ganado se debió siempre al amor y a nada más. Y mientras Smolak (lleno de musgo como una haya en el bosque) iba conmigo en la montaña rusa, y mientras gritaba en lo más alto, en el comienzo de aquella carrera por el precipicio interminable, sujetos con aquellos frágiles soportes amarillos, y mientras volvíamos otra vez a remontarnos hacia el cielo azul (¡oh, las cosas que han ocurrido en este sobre azul, en ese sutil cucurucho de gases vivificadores!), y mientras aquellos paletos canadienses disfrutaban abajo con sus caras enrojecidas, una multitud rubia de manos campesinas, nosotros nos abrazábamos, el oso y yo, en aquellos cochecitos dorados, con algo más grande que el terror. Hundía los ojos cerrados en aquel pelo miserable, maltratado por el tiempo. Él me sostenía en sus brazos y me consolaba. Y lo grande es que no me culpaba. Había visto demasiadas cosas durante su vida, y había discurrido, en algún rincón de su enorme cabezota, que nada para los animales ocurre con sencillez.

Lily tendrá que soportarme toda la noche para oír todo esto, pensaba.

En cuanto al niño apoyado contra mí, camino de Nevada, sin otra cosa que su vocabulario persa, me dije que llevaba todavía a rastras su nube de gloria. Dios sabe bien que yo arrastré la mía mientras pude, hasta que se puso fea, hasta que no fue más

que unos jirones de niebla gris. Sin embargo, no siempre supe de lo que se trataba.

—Vaya, vaya, miren a estos dos —dijo la ayudante, y esto significaba que el niño estaba también despierto. Dos ojos grises y suaves se volvieron hacia mí, las pupilas dilatadas en el blanco... miraban la vida como una cosa nueva. Tenían el brillo de lo nuevo. Pero junto a esto, poseían también una fuerza antigua. Nunca se me podría convencer de que *esto era por primera vez*.

—Vamos a tomar tierra un rato —dijo la joven.

—No puede ser. ¿Hemos llegado a Nueva York tan pronto? Le dije a mi esposa que nos encontraríamos por la tarde.

—No, es Terranova. Bajamos para reabastecernos —me dijo. Pronto amanecerá. Se ha dado cuenta, ¿verdad?

—Oh, me muero de ganas de respirar un poco de aire fresco, ese aire que hemos venido atravesando. Supongo que se hará usted cargo; después de todos estos meses en la zona tórrida.

—Creo que tendrá usted oportunidad.

—Deme una manta para el niño. Lo sacaré también a tomar el aire.

Empezábamos a descender y a meternos en el aeropuerto. Se veía, por el lado del sol, un rojo punzante que perforaba las nubes cerca de la superficie del mar. Fue sólo un destello y volvió la luz gris. Los precipicios, revestidos de una armadura de hielo, iban al encuentro del movimiento verde del agua. Descendimos al aire blanco y seco, que se extiende bajo la parte gris del cielo.

—Voy a dar un paseo. ¿Quieres venir conmigo? —le dije al niño. Me contestó en persa. Bueno, está bien —le dije. Extendí la manta, se puso de pie sobre el asiento y se apretó contra ella. Lo envolví y lo cogí en brazos. La joven le sirvió café al invisible pasajero de primera.

—¿Ya están listos? ¿Pero dónde está su abrigo? —me preguntó.

—Mi único equipaje es aquel león, pero no importa. Me he criado en el campo. Estoy curtido.

Nos dejaron salir al niño y a mí. Lo bajé del avión en brazos y lo paseé así sobre el suelo helado de aquel invierno casi eterno. Respiraba de un modo tan profundo que me hacía temblar; era todo yo pura alegría, mientras el frío se me metía por todos lados en el traje italiano de pana, con sus pantalones anchos. Los pelos de la barba se me pusieron tiesos, porque la humedad de mi aliento se helaba instantáneamente. Corría patinando sobre el hielo, con los zapatos de ante. Los calcetines se me estaban pudriendo dentro y se hacían pedazos, ya que no les tocó nunca el turno de cambiarlos. Le dije al niño: —Respira hondo. Tus preocupaciones de huérfano te han puesto demasiado blanco. Respira este aire, pequeño, a ver si coges un poco de color. Lo apretaba fuerte contra mi pecho. No parecía tener miedo de que me cayera con él. Para mí, el niño era una medicina, y el aire también, además de la felicidad que me esperaba en Idlewild al encontrarme con Lily. ¿Y el león? Él también estaba metido en esto. Di vueltas y vueltas, galopando, alrededor del cuerpo brillante y lleno de

soldaduras del avión, que estaba colocado detrás de los camiones de petróleo. Unas caras oscuras miraban desde el interior. Las hermosas hélices estaban quietas las cuatro. Supongo que sentí que ahora me tocaba a mí moverme, y así corrí... saltando y saltando, aplastando el suelo, traspasado el pecho por alfilerazos de emoción, por encima de aquel puro forro blanco y silencioso del Ártico gris.



SAUL BELLOW (Lachine, Canada, 1915 - Brookline, Massachusetts, Estados Unidos, 2005). Novelista estadounidense, procedente de una familia de emigrados rusos, nació en Canadá emigrando con su familia a Chicago, Estados Unidos a la edad de nueve años.

Participó como soldado en la II Guerra Mundial, estudió antropología y sociología en la Universidad de Northwestern y fue profesor y miembro permanente del Comité de pensamiento social de la Universidad de Chicago.

Sus primeras novelas fueron *Hombre en suspenso* (1944) y *La víctima* (1947). Luego, tras obtener una beca de la fundación Guggenheim, Bellow vivió durante un tiempo en Europa, donde escribió la mayor parte de *Las aventuras de Augie March* (1953), novela con la que consiguió su primer National Book Award. La humanidad moderna, amenazada con perder su identidad pero aún no destruida espiritualmente, es el tema de sus obras posteriores, *Carpe Diem* (1956) y *Henderson, el rey de la lluvia* (1958). Pero es en 1964 cuando da a conocer *Herzog*, su novela más importante, considerada como un monumento de la literatura contemporánea, y que fuera galardonada con el National Book Award. Por tercera vez obtendrá el mismo premio con *El planeta de Mr. Sammler* en 1970. En ambas obras retrata a los intelectuales judíos en su lucha contra el malestar espiritual que los rodeaba. En 1975 obtuvo el premio Pulitzer por su libro *El legado de Humboldt*.

Bellow prosiguió su análisis de la cultura contemporánea en *El diciembre del Decano* (1982); *Jerusalén* (1976), un estudio reflexivo de su visita a Israel, y luego la novela

Son más los que mueren de desamor (1987). En 1994 publicó una colección de ensayos titulada *Suma y sigue*; en 1997 publicó una novela corta, *La verdadera*, y en 2000 su última novela, *Ravelstein*. Su libro de relatos, *Collected Stories*, (Cuentos Reunidos) apareció en 2001 con un prefacio de Janis Bellow, entonces su quinta esposa.

Saul Bellow fue reconocido en 1975 con el premio Nobel de Literatura «por la comprensión y análisis sutil que realiza de la sociedad contemporánea en sus trabajos».